This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

SAL2581.73.100

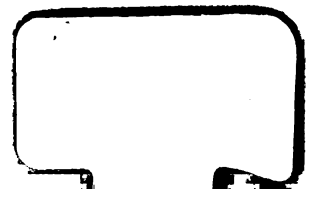
Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913



# MISCELANEA

PIO VIQUEZ

# MISCELANEA

## Prosa y Verso

San José, Costa Rica
1903

~~SAL 2182.1.11~~ F

SAL 2581.73.100

HARVARD COLLEGE LIBRARY

JAN [illegible] 1 [illegible]

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

TIPOGRAFIA NACIONAL, SAN JOSE DE COSTA RICA

219-27
48

Pío Vigil

## CARTERA DE FOMENTO

Nº 43

San José, 14 de Agosto de 1902

Vista la solicitud de varios vecinos de Cartago para que por cuenta del Estado se haga la publicación de las composiciones literarias del ameno poeta y escritor don Pío Víquez,

El Presidente de la República

ACUERDA:

Como tributo de simpatía hacia aquél ameritado autor, y estímulo á la juventud estudiosa, que se imprima por cuenta del Estado en la Imprenta Nacional, el libro inédito de don Pío Víquez, y que los señores Doctor don Rafael Machado y don Tobías Zúñiga Montúfar dispongan y vigilen la edición del libro.— Publíquese. — Rubricado por el señor Presidente.— JIMÉNEZ.

# PRÓLOGO

Pocos días después de la muerte de Pío Víquez, hallábanse reunidos en la oficina de *El Heraldo de Costa Rica*, diario que aquel escritor redactaba, don Máximo Soto Hall, don Alberto Masferrer, don Agustín Luján y el administrador de aquel diario, don Emilio Alpízar. Ellos, bajo la influencia de la tristeza producida por la inesperada desaparición del más genial de nuestros escritores nacionales, y deseosos de tributar un homenaje á su memoria, concibieron la idea de coleccionar y dar á luz, en forma de libro, algunas de las composiciones literarias de aquel distinguido poeta y espiritual escritor costarricense.

Largo sería relacionar los trabajos emprendidos por los infrascritos y por otras varias personas, para reunir y hacer copiar poesías y artículos que se hallaban dispersos; para hacer la selección de las mejores páginas de Víquez, entre tantas y tantas como dejó escritas, escogiendo las que no hubiesen perdido su interés, y para procurar la obtención de los medios de dar á la estampa este libro, aquí donde la imprenta es cara y las obras de bella literatura rara vez tienen un

espendio que costee los gastos de su publicación. Todas esas dificultades han sido vencidas, mediante empeño inquebrantable, y, la última de ellas, gracias al Acuerdo gubernativo que reproducimos al frente de este libro. Dicho Acuerdo nos abrió las puertas de la Tipografía Nacional, donde hemos encontrado la mejor voluntad y amplios elementos para hacer la presente edición.

Habría resultado muy voluminosa esta obra si hubiésemos dado cabida en ella á todos los escritos de Víquez que logramos reunir. Por eso hemos hecho la selección más concienzuda que nos ha sido posible, dejando á un lado la mayor parte de los artículos de política local, que hoy serían poco atrayentes, pasadas las circunstancias transitorias que los motivaron, para unos enteramente desconocidas y para otros olvidadas; lo mismo que muchas poesías que no son sino ensayos hechos por Víquez en los años de su primera juventud. De algunos artículos publicamos tan sólo fragmentos, á fin de conservar pensamientos felices que hemos encontrado envueltos entre asuntos que hoy no tendrían interés para los lectores.

¡Ojalá que hayamos sabido corresponder á la confianza que, para la formación de este libro, depositó en nosotros el Gobierno de nuestra patria!

San José, 20 de Febrero de 1903.

*Rafael Machado Láureçui*

*Tobías Zúñiça Montúfar*

# Pío Víquez

(Datos biográficos).

Este distinguido costarricense vió la luz en Cartago, en el año 1850. Permaneció durante quince años en su ciudad natal, frecuentando las escuelas de enseñanza primaria, y fueron entonces sus maestros don Francisco Ulloa y Mata y el Doctor don Pedro María de León Páez.

A la edad de quince años, Víquez abandonó las aulas, á causa de la necesidad en que se hallaba de proporcionarse por sí mismo la subsistencia.

Tenía veintiun años de edad cuando obtuvo el nombramiento de maestro de la Escuela de Varones de la villa de Desamparados, provincia de San José, cargo que desempeñó hasta el año 1873.

A fines de ese año fué trasladado á esta capital, como ayudante de la Escuela de Varones del Norte, que estaba regentada por el profesor don Adolfo Romero.

Mas tarde, ya como ayudante, ya como maestro, prestó servicios en dos escuelas de niñas.

En el año 1875, fué nombrado profesor de Lengua Castellana en el Instituto Nacional, cargo que

desempeñó hasta 1876, en que le trasladaron á la dirección de la Escuela del Norte.

En 1877, se separó de la enseñanza, porque el entonces Presidente de Costa Rica, General don Tomás Guardia, tuvo á bien nombrarle Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública Justicia, Culto y Beneficencia.

Al empezar el año 1879, colocado al frente del Instituto Nacional el ilustrado Doctor don Valeriano Fernández Ferráz, Víquez fue llamado otra vez al servicio de la asignatura que anteriormente había desempeñado y prestó en ese Instituto nuevos servicios.

Víquez, desde su traslación á San José, tuvo oportunidad de emprender estudios de Filosofía en la Universidad de Santo Tomás; en 1875 le confirió el grado de Bachiller, en aquella facultad, el señor Rector Doctor don José María Castro; en seguida emprendió el estudio de Derecho Civil y obtuvo el bachillerato en 1877.

Varias veces sirvió la dirección de la Imprenta Nacional, siendo al mismo tiempo redactor oficial de *La Gaceta* y profesor de Derecho Internacional.

Cuando el señor Licenciado don Bernardo Soto, á la sazón Presidente de Costa Rica, pasó á Nicaragua con el objeto de procurar el arreglo de dificultades internacionales entonces pendientes, Víquez formó parte de la comitiva presidencial, y á su regreso escribió y publicó un libro interesante que contiene la relación de aquel viaje.

Bajo la ilustrada administración del señor Soto,

Víquez sirvió la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, y después estuvo agregado á la de Gobernación. En 1886, desempeñó la Secretaría de la Legación de Costa Rica ante el Gobierno de México, presidida por el señor Licenciado don Ricardo Jiménez.

Durante la Administración del señor Iglesias fue acreditada una Legación ante el Gobierno de Colombia, á cargo del señor Licenciado don Ascensión Esquivel, actual Presidente de Costa Rica. Víquez fué nombrado Secretario de esa Legación, mas no pudo ir á ocupar tan honorífico puesto á causa de la enfermedad y muerte de su hijo Julio.

En los últimos años de su vida, nuestro ameno escritor vivió dedicado á redactar *El Heraldo de Costa Rica.*

Pío Víquez murió en Cartago en la madrugada del 10 de Mayo de 1899 y sus restos se trasladaron á esta capital donde fueron inhumados.

R. M. J.

# Pío Víquez

Al margen de MISCELANEA

Por noble disposición del actual Poder Ejecutivo, que preside el probo ciudadano Licenciado don Ascensión Esquivel, hé recibido, en unión de mi notable amigo Doctor don Rafael Machado, el bien honroso encargo de dar á la estampa el presente volumen de prosas y versos, el cual encierra lo que, en concepto nuestro, constituye la esencia duradera, digna de vivir en libro, de la fecunda y genial labor literaria de Pío Víquez, poeta en sus mocedades y gran prosador en la madurez de los años, cuya labor fue realizada en indolente y magnífico desorden, al extraño toque de un raro cincel de artista y al vertiginoso correr del pensamiento, en brega dolorosa con las vulgares pequeñeces de la vida y bajo el mezquino influjo de nuestro rudimentario medio ambiente, asfixiante y mortal para quienes al cultivo de las artes bellas se dedican.

* * *

Fue la de Víquez una hermosa inteligencia malograda que, por escasez cuasi absoluta, entre nosotros, de elementos necesarios para la vida del artista, no

pudo dejar una obra, por lo menos, perdurable y digna de sus talentos literarios.

Nacido en un villorrio de la provincia de Cartago, en el paradisíaco valle de Ujarrás Viejo; levantándose á golpes de ala sobre el obscuro nivel de las multitudes; funcionando ora como amanuense, más tarde como maestro de escuela; proporcionándose, por sus propios vigorosos impulsos, un modesto y limitado *modus vivendi;* visitando las aulas de la Facultad de Derecho, en calidad de alumno, primero, y en carácter de catedrático, después; internándose en los laberintos de nuestra política, hasta ocupar una Subsecretaría de Estado bajo el Gobierno del General Guardia; representando con burlesca prosopopeya el papel de Director de la Imprenta Nacional y Redactor oficial de *La Gaceta*, durante la gloriosa Administración de don Bernardo Soto; integrando una Legación costarricense acreditada en México; hasta fundar definitivamente, al cabo de una agitación incesante,—poco adecuada para las investigaciones hondas y las serenas meditaciones,— su tribuna periodística, su ídolo gentil, que decía donosamente, su *Heraldo de Costa Rica;* así distraídas y consumidas las atenciones de su alma, toda la fuerza de su ingenio literario, que era proverbial cuando vivía, permaneció latente, mostrándose, apenas, en breves y efímeras fulguraciones, y desvaneciéndose parte de ella en su inolvidable faena periodística de diez años y en las batallas de la política militante, en la cual tomó participación activa, burla burlando, más como práctica necesidad que como natural satisfacción de su espíritu.

* * *

Al calor de los primeros entusiasmos de su juventud, en la edad de los dulces ensueños de la vida, cuando el hombre se considera armado de todas armas y broquelado con la cota de mallas de hercúlea energía para escalar todas las cimas y para combatir,—pobre y desvalido Ayax,—con las legiones del cielo y las falanges de la tierra; cuando todavía se aman con cariño los encantos del mundo, y se sueña en una tierra prometida, con la novia, con la dicha y con la patria, y se acarician con fervor los engañadores halagos de la gloria,—deidad mitológica, noble espejismo de la existencia;—al beso embriagador de la Quimera que hace vibrar el arpa divina de los poetas, comenzó Pío Víquez su jornada literaria, pulsando una lira sentimental y triste, más bien romántica que clásica, que parecía encordada con las cuerdas gemidoras de Hine y de Musset, de Zorrilla, de Espronceda y de Zenea, y que, con tener arranques vigorosos de conmovedor lirismo, pocas vibraciones tuvo de gran vuelo como *El baño*, *El apache*, el *Nocturno* y *La torcaz*, para adquirir estable reputación entre los trovadores del Parnaso continental.

Pío Víquez, poeta, fue, dentro de sus aptitudes, devoto de la poesía lírica, poesía que tiene por campo de especulación las íntimas y complejas manifestaciones del alma, y que,—contra el vulgar criterio de los pretensos letrados y positivistas de pega, que la consi-

deran sin práctica finalidad para mejorar las dolencias del humano linaje y la desdeñan por estéril y vacía,—contribuye, sin duda, en gran manera, á refinar las ideas y los sentimientos de la humanidad, y sirviendo de heraldo á los grandes gritos de miseria y dolor que conmueven el mundo, ayuda á levantar el templo de la religión del amor, de la caridad, de la misericordia y de la fraternidad universal, único templo que ha de quedar en pié cuando las basílicas de las religiones positivas se derrumben.

Y aunque Víquez poseía un temperamento privilegiado de artista verdadero, y aunque fue siempre un poeta en todas las manifestaciones de su existencia, apenas si dejó vagos perfumes, armonías perdidas, en las cuales su personalidad literaria se esfuma lejanamente.

Bien porque la poesía, en la expresión usual de la palabra, aprisiona en la jaula dorada del artificio el pensamiento,—águila caudal ó ruiseñor enamorado que necesita ancho y libre espacio para batir las alas y remontar el vuelo;—bien porque Víquez, alma esencialmente artista, no hubiese alcanzado el total desarrollo de la inteligencia cuando se consagró al culto de las musas; bien porque hubiese tomado, como norma de su poesía, modelos un tanto deslucidos por el tiempo y alejados de las nuevas formas y tendencias de la Literatura contemporánea; bien porque su espíritu no tuviese sosiego y dedicación bastante; lo cierto es que los cánticos de Víquez, con ser ánforas de ternura, soplos de tristeza, trovas de galán enamorado, encajes de

crugientes sedas, ó músicas etéreas de bucólicas flautas, lo cierto es que, con tales delicadezas, sólo tuvieron firme reputación dentro de las estrechas lindes de la América Central, y apenas si responden á las geniales aptitudes que como inspirado y hábil prosista había de revelar con el transcurso del tiempo.

Con todo, Pío Víquez es de los buenos poetas centroamericanos, y Costa Rica no ha tenido otro de semejantes bríos, excepción hecha del vate modernista Justo Facio. Pero en tanto Víquez resulta puramente impresionista, gemebundo y plañidero, Facio resulta puramente cerebral y plástico. Víquez deja correr su inspiración galopante por las viejas rutas españolas ya gastadas, mientras que Facio la refrena para conducirla serenamente por los nuevos senderos de mármoles y jaspes que van trazando los bardos revolucionarios de la Francia.

Con faltarle formas nuevas ó perfectas á los versos de Víquez, hay en ellos la inefable armonía del sentimiento, las supremas palpitaciones del corazón, las intensas vibraciones del alma que, aunque todos alguna vez hemos sentido en nuestros breves minutos de ventura y en las horas interminables de pesadumbre, sólo el poeta puede traducir y crearles vida en la música maravillosa del verso, dándole á las cosas un tinte ideal, ultraterreno y vaporoso, que lleva nuestra fantasía, por momentos, en el carro alado de que nos habla Platón, á los espacios rutilantes de la poesía, donde hay misteriosas deidades y ángeles aéreos que forman el divino cortejo del Eterno.

También su numen tuvo valientes resonancias de trompa épica, tales como el himno guerrero que entona á Grau, el inmortal almirante peruano; lo mismo que, al pintar, tenía gran vigor en los pinceles y abundante colorido, como lo prueban las poesías ya citadas y el siguiente fragmento de *El Apache*, donde describe con mano maestra al indio americano:

Como el antiguo atleta es el impío:
De porte majestuoso y contextura
No menos formidable que su brío.

Del homérico Marte la apostura
No pudo ser mejor; es intachable
Del rudo apache la marcial figura.

Ancho, enarcado pecho comparable
A una coraza, y brazo que semeja
De ásperas cuerdas retorcido cable.

De la pestaña y la tupida ceja
Entre la sombra grave, el ojo inquieto,
Como bruñido acero, audaz refleja;

Rasga el párpado tenso que sujeto
Tenerlo apenas puede, y la mirada
En són esgrime de insolente reto.

Pierna menos robusta que acerada,
Para vencer el árido desierto
Y las agrestes cúspides formada.

De la sombrosa selva, el tigre experto
En la espesura salta y la aspereza
Con más agilidad que en campo abierto;

Que para que ejercite su fiereza
En lo áspero, le dió nervio potente
Y flexibilidad Naturaleza.

Muy joven todavía abandonó Víquez el plectro melancólico de sus cantos primeros, que no volvió á

pulsar sino hasta en las cercanías de su muerte, cuando inspirado por infinita y letal tristeza, por abrumador escepticismo y mortal dolor de la vida, cantó los *Oscuros de insomnio*, al lento recuerdo de Julio y de Graciela, sus dos pequeños hijos perdidos que ya reposaban en la fosa de la eternidad:

Es la tristeza mi más adorable amada,
Y mis pesares las joyas que más estimo;
¡Oh maga!, sólo cuando mi llanto se agote,
Paz tener quiero, la que nos brinda la muerte.

Piadosa guarda tus amorosos afanes
Para el que ríe, que se imagina dichoso;
Con tus arrullos apártalo del fastidio,
Y, en mi memoria, deja que vivan mis muertos.

. . . . . .

¡Oh bella musa!, consuelo de los que sufren,
En vano quieres ampararme con tu gracia;
Están abiertas mis heridas; ancha hoja
Clavó el destino, sin piedad, en mi costado.

Pero si anhelas que tornen mis alegrías,
¡Ay! vuela entonces donde los sauces gimen,
Rompe las piedras que mi corazón estrujan,
Y haz que mis hijos, como Lázaro, levanten!

Mas si no tienes el poder del Belemita
Y yo carezco de la fe grata á los dioses,
¿Qué sirve, maga, que yo mi lámpara apague
¡Ay! si encendidos han de quedar mis recuerdos?

Abre tus alas y abandona al infelice;
¡Oh dulce amiga! déjale aquí solitario,
¡Nó solitario! pues que lleva en sus entrañas,
Cual vivos eran, sus muertos inolvidables.

Tal verso blanco, cuya atrevida novedad á primera vista desconcierta, lleva en sus alas un ritmo profundo y contiene en su seno amarga cicuta, intensa síntesis de una desesperación de agonía.

Prolífica fue la tarea de Víquez en el breve período en que cultivó la gaya ciencia, pero en este volumen sólo figuran las composiciones que, en nuestro sentir, pueden considerarse como más perfectas y perdurables, y dar idea de las facultades que pudo haber desarrollado si continúa sus peregrinaciones por los espacios de la poesía.

* * *

Pero para admirar á Víquez en sus geniales rarezas, en su extraña originalidad y en pleno vigor de sus facultades, es preciso seguirle, paso á paso, durante el relativamente largo período en que, abandonando el verso, desplegó sus anchas alas para batir el vuelo en el vasto dominio de la prosa.

Antes de amarrarse á la roca del diarismo, donde vivió sujeto por las necesidades materiales hasta el día de su muerte, había dado á la publicidad la única obra de aliento hija de su ingenio: la relación del viaje del Presidente Soto á Nicaragua.

Es en dicho libro, verdadera curiosidad literaria, donde campea de cuerpo entero la personalidad de Víquez, y donde, por lo mismo, puede apreciarse mejor, con más campo para la investigación, aquella singular figura de artista escéptico y burlón, amable y triste, verdadero desencantado de la vida á ratos y á ratos admirador profundo de la naturaleza,—en lo que la naturaleza tiene de más hermoso y adorable,—cuya ideal interpretación, al mismo tiempo vaporosa y ro-

busta, sabía realizar con tal maestría, donosura y colorido que por momentos nos trae á la memoria el vivo recuerdo del Manco de Lepanto.

La burla fina, que se pasea con donaire por todo su libro, embozada en túnica lujosa, haciéndoles morisquetas de buen gusto á los hombres, grandes y chicos, que el autor encontrara al paso en su peregrinación por la tierra lujuriante de los lagos; la observación y relato de los pequeños detalles y peripecias del viaje, traídos á cuento con interés y gracia de narrador florido; los chistes y novedades de fino ingenio; los quiebres y requiebres del idioma; los perfiles vagos y los alto-relieves; y muy especialmente el colorido y pujanza en la descripción de las encantadoras regiones tropicales de Nicaragua, hacen de tal libro una obra amena y de mérito, digna de figurar entre las buenas obras literarias que se hayan publicado en Centro América, y esto sea dicho con perdón de quienes, como Pedro Ortiz, afectando gravedad doctoral, sólo encuentran en ella "burlesca pintura del país que visitaba" y superficial relato de "como se ponía el autor los calcetines y cuantos *cocktails* se tomaba cada día".

Después de la turbulenta campaña electoral de 1889, durante la cual Víquez fue buen campeón del Partido Liberal, se consagró por entero al diarismo militante, fundando *El Heraldo de Costa Rica*, periódico puramente subjetivo,—que fue durante diez años encanto de la sociedad costarriqueña y reflejo fiel de la personalidad impresionista y caprichosa de Víquez,—donde forzosamente derramó el embriagador perfume

de su ingenio, y donde trazó una órbita de estrella errante y perdida, sin orden ni concierto, sin rumbo fijo, más por llenar la faena perentoria del momento, que por lograr algún triunfo determinado en la ciencia, en la política, ó en la sociedad, marcando por lo general, sus más serias y trascendentales concepciones, con la punta de un desdén soberano y con el filo de una sátira mordaz que esgrimía con habilidad y sutileza volterianas.

Es de notar, sin embargo, que siempre fue adversario pertinaz de la administración dictatorial del Licenciado Rodríguez.

Persuadido de que el cultivo del arte, afición única de su temperamento, en nuestro medio todavía rudimentario, no da honra, ni siquiera suficiente provecho para el humilde sustento del más humilde de los artistas, y que tanto monta en la consideración general del gran público lector el diletantismo callejero como la consagración benedictina á la difícil labor del publicista; persuadido de la ausencia de ideales amplios y concretos en las diversas esferas de nuestra existencia embrionaria, hubo de abandonar sus ilusiones literarias, para consagrarse por entero al periodismo, única forma viable en Costa Rica de la Literatura, y envuelto en la negra túnica de un jovial y elegante escepticismo, que fue siempre su nota culminante, caminaba hacia la tumba con una sonrisa dolorosa en el labio y con un fulgor triste en la pupila.

Por ligero examen que se haga de la faena periodística de Víquez, se llega á tener perfecta convicción

de que, á falta de otra, forzosamente hacía esa vida de intelectualidad superficial del diarismo, el cual, como el dios de la Mitología, aniquila y devora sus propios hijos, sin que de ellos quede más que el vago recuerdo de sus fulguraciones, la memoria indecisa de sus afanes, la estela casi borrada por el olvido de las luchas generosas libradas al choque de los hombres, de las ideas y de los hechos que se agitan en cada histórico minuto dentro del complejo organismo de las sociedades. Y así vemos que con frecuencia salían de su pecho gritos de indignación ó de amargura, al sentir la desoladora injusticia del público que alimentaba, y al persuadirse de que sus esfuerzos se perdían, sin ser comprendidos, en el desierto de la ignorancia, ó encontraban tenaz resistencia en el muro de las envidias y los egoísmos ilustrados.

En *El Heraldo de Costa Rica* dejó Pío Víquez la floración magnífica pero trunca de su ingenio. Escribió acicatado por las exigencias del diario, sobre todos los asuntos del momento, en agitación acelerada que apenas si le daba tiempo para revisar sus artículos, los cuales salían de su pluma, no en el dolor del aborto, ni en el martirio del pulimento, sino como chorro bullente de agua, que diría el Duque Job.

Y trató de todas las cuestiones palpitantes con rapidez vertiginosa y con la misma extraña y original inspiración: si de Política, con paternal desdén hacia los hombres que representan los principales papeles en la escena; si de Religión, con violencia inusitada contra el clericalismo y contra los mitos y los dogmas

venerados; si de Arte, con profundo y reverencial respeto; si del movimiento social, con amable y exquisita cortesanía; y lo mismo cuando escribía sobre las más altas cuestiones de la Política, de la Ciencia ó del Arte, que cuando trataba de las mayores futilezas ó de los asuntos más prosaicos de la información local, sus concepciones, por baladíes que fueran, nacían vestidas en espléndidos ropajes, ostentando formas caprichosas de singular belleza.

Y perdidos entre las prosas cotidianas y arrolladados entre las bagatelas del momento, dejó un reguero luminoso de brillantes, de bocetos, de bibelots, de camafeos, de bustos y de paisajes de magníficos colores, que llevan el sello de una rica y vibrante fantasía oriental y reflejan un alma de artista á la vez soñadora y desencantada.

Hé aquí, verbigracia, que al escribir un anuncio de un almacén de licores, de conservas en lata, de trastos y demás abarrotes y fruslerías, el sugestivo nombre de la casa le cautiva y le sirve de plinto para cincelar, como Benvenuto Cellini, en el asa de una jarra, el siguiente busto de mujer:

LA GENOVESA:

Bajo el ala de su lindo sombrero de paja de oro bruñido, enseña unas pestañas largas, crespas y jaldes que, con los arcos de las cejas, parecen reflejos de la mañana engastados en el mármol sonrosado de su frente. Y bajo sus pestañas están sus ojos de profundo cielo primaveral, limpio y al parecer tembloroso al contacto de la ardiente luz del medio día. Tiene una ancha boca incitante de labios esponjados, que destilan de sus franjas olorosas jugo riquísimo de granada en su punto. Cada labio es un sartal de besos que convida á morder y á hacer otras locuras.

Los camanances y el hollito de la barba son triple tentación; y nada

digamos de aquel pecho donde parece que á compás se mueven dos cisnes pichones sobre onda de leche.

Abundan, como el citado, los ejemplos.

Prueba de mi afirmación es este libro en su parte de prosa, verdadera miscelánea entresacada del pandemoniun de *El Heraldo*, ora dejando los artículos tal como nacieron, ya recortando la forma primitiva para quitar la brosa y dejar la médula.

Los epitalamios, etéreos nidos de perfumadas flores, que se mecen voluptuosamente "en el aire en que flotaban los colores y las líneas de su fantasía"; las descripciones de nuestra virgen naturaleza, que derrama en sus vagorosos relatos de viaje al través de nuestros parajes fascinantes; las necrologías, desbordes de consolación y de ternura que extendía como mantos funerales sobre las tumbas recién abiertas; los artículos políticos, que improvisaba repentinamente, con variables y muchas veces encontradas tendencias, dando siempre inesperados toques, y que, por el nervio y dialéctica con que los escribía, parecían nacidos de inmutable y profunda convicción; las polémicas, en las cuales empleaba tanto el cauterio como la bomba explosiva; las crónicas sociales, que eran anacreónticas en prosa; todas las creaciones de su pluma, que brotaban espontáneamente, sin adornos postizos ni retoques, á veces con incorrecciones de bulto, al calor de sus impresiones del momento, eran pequeños y vibrantes poemas, en cuyo fondo contenían el amargor filosófico de su genial y afable escepticismo.

Puede asegurarse que Pío Víquez, prosista, es, en

sus cualidades y defectos, un magnífico y peculiar producto de los tiempos que corren y de nuestro medio, donde se necesita para no caer en desmayo y para tomar por lo serio las diversas manifestaciones de nuestras luchas intelectuales, un espíritu de apóstol incorruptible y un temperamento en extremo inquebrantable y resignado, como el del Maestro Zambrana, cuya fe en la victoria de sus ideales es lámpara que no se apaga.

Por una parte, el burlesco escepticismo, la aparente indiferencia, la decepción risueña, la infinita tristeza que reboza en el fondo de sus escritos, aun en las más humorísticos, es proveniente, á no dudarlo, de la falta de medio, entre nosotros, para un alma de poeta, "pero esa tristeza, por sí sola, es obra buena, obra santa, obra ideal, porque unida á la de los pocos que luchan por el arte en nuestro medio pobre y mezquino, está labrando lentamente, como tenaz gota de agua en la roca más firme, un medio mejor y más generoso para los que han de venir, dentro de breve ó largo tiempo, con el puro amor del arte en el fondo del alma."

Por otra parte, el carácter singular de su estilo complejo y alborotado como una cabellera de Medusa; que se retuerce en ondulaciones múltiples; que se contorsiona como un epiléptico; que gira en un hermoso desconcierto, movido al mismo tiempo por asuntos baladíes como por grandes ideas y hondos sentimientos; que vibra de diversos modos, con sonoras y exquisitas vibraciones; que ilumina fugazmente, con fulguraciones eléctricas, al choque de pensamientos opues-

tos; que se deshace en ondas luminosas de duración efímera; todo el conjunto de heterogéneas rarezas que constituyen el carácter propio del estilo de Víquez, es el efecto producido sobre su naturaleza impresionable por nuestra civilización contemporánea, á la vez intensa, complicada y vertiginosa, que por el progreso casi fantástico que ha realizado, tan pronto nos trasmite en alas maravillosas de la electricidad los avances de la Ciencia y del Arte, como nos trae el mensaje de las cuestiones palpitantes que conmueven en cada minuto las sociedades modernas, y nos transporta en el vientre de los automóviles, con la velocidad del viento, de un punto á otro de la tierra, haciendo pasar nuestro espíritu, con la misma rapidez, por los estados de ánimo más variados y sutiles, tanto más radiantes cuanto más sensible y vibradora el alma que los siente.

*Tobías Zúñiga Montúfar*

# PROSA

# MI SUEÑITO

A las doce de la noche me convidó á la blanda almohada y al colchoncito de crin el cariñoso beso del invisible embriagador que la mitología griega, ó no sabemos si otra, ha llamado por el nombre onomatópico de Morfeo:—dormir.....

Caí como la piedra en la profunda fosa. Imposible recordar cuando me cloroformó el dedito de seda; apenas me hiere la reminiscencia, que se borra como el crayón de un viejo esbozo abandonado, del roce ideal con que acabó de cerrarme los ojos la punta tenue del alita trémula de aquel indolente querubín de la media noche.

No sé más, sino que abrí los párpados cuando el rayo azulino de las seis y media me calentó la frente: mi cabecera la tengo en dirección á la rendija por donde la mirada del día, que se asoma á la tierra envuelto en los pliegues de su holanda, pueda entrar á desperezarse en mi alcoba.

Me incorporé y pronto me puse á repintar las sombras y los claros de mi sueñito. «Cosa linda ha sido mi nocturna visión»: esto dije; y apoyadas las sienes en las puntas de las manos, comencé á ponerle reactivo á las penumbras del glorioso ensueño que se iba como se deshace una nube hermosa.....

He aquí, poco más ó menos, lo que me quedó de todo aquel mundo extraordinario, donde felizmente hube de encontrarme mientras dormía.

Era una tierra distinta, un campo diferente. Las flores eran de otro modo y tenían perfume que no recordaba el aroma común, ni siquiera el de Arabia.

La corriente era un gran topacio desleído. Tenía rumores parecidos, aunque lejanamente, á las notas concertadas de flautas que cantan allá.....

De improviso cayó la chispa luminosa de una estrella y vi en el remanso, bajo arcadas de sombra dibujada por ramos de verde claro ó de esperanza primera, y también por otros ramos de matices de ilusiones que más se acercan ó más se alejan; allá, en el fondo de aquella arcada, bajo la cual espejeaba el cristal sereno, descubrí una piragua, ó, por lo menos, á una piragua triunfal se parecía la barquichuela inimitable con su lino purísimo desplegado y con su remo brillante que ya esparcía á ambos lados de la proa las gotas de topacio desleído.

Una locura magnífica me hizo arrojarme, y partí la corriente hasta

que la fatiga rindió mi brazo. Me esforzaba inútilmente, aquella agua se empeñaba en ahogarme. El ala de la gaviota de nada me servía; ninguna ave marina podía ampararme; ninguna ala resistía al peso del náufrago. ¡Quien sabe si un águila me hubiera hecho surgir; las hebras de oro del cielo se me rompían en la mano, y los renuevos de las rosas ribereñas que llegaban hasta mí, se desbarataban en mis manos como cualquiera ilusión!

Me ahogué, y exánime flotaba sobre la onda mansa; pero yo pensaba sin embargo, y vi que la linda piragua se vino á recogerme. Una mano de pálido marfil me arrojó un pabellón que decía: yo soy la Gloria, y me así con diestra y siniestra, y la piragua rauda corrió adelante; pero yo estaba muerto, y era un viejo; apenas pude ver el rostro de aquella mujer excelsa.

El cielo resplandeció y la tierra se puso linda; pero estaba muerto; había disipado mi jugo.....Ya no era joven.

La gloria había llegado muy tarde.....

Algunas veces me pongo á pensar que la diosa de la piragua se parece á mi amiguita, gloria que ya no puede ser mía. Ah! si durara por lo menos mi dulce sueñito, qué importaría que la onda de topacio me hubiese ahogado para siempre!

1º de Febrero de 1895.

## POLEMICA

El nº 15 de *El Imparcial* ha disparado directamente contra mi persona. Sin embargo estoy ileso, el dardo no ha podido alcanzarme.

Para que se comprenda lo que ahora voy á decir, es necesario recordar ó leer lo que don P. C. me espeta á quema ropa desde el campo *neutro* del periódico de las lecturas populares, que sale imparcialmente de las prensas del Estado.

No puedo gloriarme de estar sin mancha como los que ahora están al frente de esa publicación, notable, sobre todo, por la sencillez popular que campea en sus lecturas ofrecidas á las gentes que no entienden ni de Grecia, ni de Roma, ni de edad antigua, ni media, ni moderna, ni saben cosas de las Cruzadas, ni de solidaridad humana, ni tampoco de posibilismo; pero que tienen, en cambio, al dedillo, las ventajas del orden, del trabajo, de la honradez y de la independencia por la propiedad. Mas aunque he sido y soy pecador, calculo que, excepto el señor C., no hay quien me atribuya con seriedad el hábito ó la costumbre de hacer mal. Si no estoy en ello, que salgan mis acusadores.

Envidioso es posible que sea. Cosas tan apetecibles tienen los prójimos, que yo no puedo verlas sin que el anhelo me tiña el rostro de amarillo. Sin embargo, estoy seguro de no haber puesto mis ojos, hasta ahora, sobre las gracias y excelencias tentadoras del señor C.

Cierto que salí de Cartago. El director de *Costa Rica Ilustrada* llama desdeñosamente pueblecito á la ciudad madre. Le doy las gracias. A fines del año 70 principió mi carrera de empleado público: en Desamparados fuí maestro de á veinticinco pesos. El 74 vine á San José para seguir ocupándome en el magisterio.

El año de 77 dije el famoso discurso que me valió una Subsecretaría. Mal trabajo ¿á qué negarlo? Algunos dicen que no salió de mi cabeza, y yo daría algo porque otro quisiese cargar con la paternidad. El Ministro señor Machado me puso en el apuro, con muy buen deseo de su parte. Usted triunfará, me decía, y efectivamente triunfé. Los aplausos que me llovieron no los olvido, me emocionan todavía. Pero el discurso era malo: el auditorio fué el excelente. El elogio, ó si se quiere la adulación para el General Guardia, no es lo que yo recuerdo con vergüenza triste. Me afecta la memoria de aquella ampulosidad vacía. Cada frase era una esponja

seca. En aquel tiempo era de buen tono tributar al mandatario alabanzas abigarradas, de entonación lírica y conmovedora. Yo era entonces derrochador de frases que me reventaban en la boca, y aproveché la oportunidad de colocarme medio á medio de la corriente del uso. Pero si personas graves y bien pintadas en el cuadro de lo más selecto, solían soplar á todo pulmón en la trompa lisonjera, ¿qué mucho que un pobre diablo, recién llegado del *pueblecito*, se entregara al desbarajuste apologético? Y la verdad es que el General Guardia merecía ser aplaudido.

Guardia levantó luego al muchacho, que sí lo era, á pesar de sus años de hombre.

Nunca tuve condición de oportunista, y francamente, jamás pensé en explotar el cariño que por lo pronto me tuvo el insigne dictador.

Yo no soy político en el concepto de hábil medrador ó intrigante para ganar puesto público de negocio y conservar la ventaja. Cierto que tampoco lo soy en otra forma, y ya Gavidia me llamó con ingenio «calavera en política». Sólo me precio de tener buena voluntad y un fuerte deseo de que los hombres depongan el egoísmo que los arma en guerra y se unan y se arreglen para distribuir el haber en justa razón y ser todos felices. De la Subsecretaría me caí como una bola. Ingenuo y sensible, no pude disimular el dolor que me causaba el destierro del maestro: acompañé á Zambrana hasta La Palma, y poco tiempo después fuí arrojado de Palacio. Creo que el Doctor Castro hizo el sacrificio de pedirme la renuncia.

Durante el Gobierno de don Próspero Fernández fuí corrector del diario oficial, por instancia de don Faustino Víquez, que, como pariente mío, deseaba patrocinarme con cincuenta pesos mensuales. Esto no vale la pena de recordarlo, y supongo que el amigo C. no querrá apremiarme para que dé estrecha cuenta de la piltrafita. Era yo, en verdad, quien hacía favor. Por ese mismo tiempo me llevó el Doctor Castro, que era Rector de la Universidad de Santo Tomás, á desempeñar dos cátedras de Derecho; creo que Natural y Público. Pero entonces se pagaba poco: treinta y cinco pesos por hora diaria, y nuestros grandes maestros en ciencias jurídicas no solían rendirse á tan poco precio. Hoy es cosa distinta: cien pesos valen la pena de un sacrificio, y el año entrante es muy seguro que habrá más de un sabio en traje blanco para cada cátedra. Yo me considero ya borrado de la lista de profesores.

Muerto el General Fernández, don Bernardo Soto, su sucesor en la presidencia, tuvo á bien nombrarme para director de la Imprenta Nacional, y redactor de *La Gaceta*. Pero no acepté sino á condición de que se me pagaran ciento cincuenta pesos mensuales. Don Faustino Víquez había servido ese puesto por la miseria de ciento cinco.

El señor C. afirma, prometiendo probarlo, que no desempeñé bien mis funciones de empleado público; y al efecto recuerda que cuando estuve en la Imprenta Nacional, solía pasármela de andariego. Haré saber al señor C. que desde la segunda ó tercera vez que fuí llamado á la Imprenta, obtuve de mi jefe que me permitiera no estar en el puesto, sino cuando hubiese necesidad de escribir. Entonces, puedo decirlo, no tuve en rigor

otra obligación forzosa que la de redactar *La Gaceta*. De otro modo no habría durado en el destino. Me parecía bastante hacer una ó dos docenas de editoriales repelentes por ciento cincuenta pesos.

En fin, hay razón para que se me diga que he sido por mucho tiempo empleado del Gobierno; y no me choca que se me acuse de inepto y menos de perezoso, que es epíteto de lujo, muy puesto en moda hoy por ser el que reina y gobierna sobre todos los demás. Recuerdo que cuando fuí Subsecretario de don José Rodríguez, este jefe, no tan famoso por su destreza como por su actividad, apenas podía tolerar mi indolencia y falta de expedición. Pero puedo, en cambio, decir con orgullo que serví con dignidad, que no hay jefe mío que pueda echarme en cara malos manejos ni calidades de baja cortesanía. También puedo decir hasta en tono insultante, que tengo toda conciencia de no haber recibido sueldo por hacer papel de estúpido ó de maligno.

11 de Diciembre de 1890.

# EL REY CAUTIVO

La posible oportunidad ha venido, aunque tarde, á ofrecer protección al rey de zopilotes. El infeliz monarca pasábasela en extremo mohino, desazonado, aburridísimo, jurando sin tregua y dándose á los mil demonios. Vivía metido en una cabaña, que por estrecha, sucia, ruinosa y pordiosera, más que mísera morada parecía calabozo abominable, estrujado entre los muros desconsolados que negrean allá, perdidos en el silencio solitario de antigua y abandonada fortaleza.

El público clamó largo tiempo, sin resultado ninguno, contra la crudeza de corazón que daba campo sin fin á que los ojos llorasen y los pechos se estremeciesen de pura pena, ante la miseria aborrecible, que, así como espada de filos muy delgados, atravesaba de parte á parte la salud preciosa y la vida importantísima del príncipe zopilotesco, que en hora fatal cayó prisionero mientras venturoso se divertía en las verdegueadoras y perfumadas selvas del enhiesto Tablazo.

Mas hubo de venir el Gobierno posibilista, y desde que se ofreció á la consideración de *El Imparcial* la primera oportunidad, no sabemos si guerreó contra los malos instintos que en otro tiempo inclinaban al despotismo y la tiránica dictadura. Mas ello es cierto, que tan pronto como ese batallador salió muy orondo de la Imprenta Nacional, sin ningún peligro de su bolsillo, el mencionado rey de zopilotes principió á cambiar de fortuna.

Hoy se pavonea, con su altivez de soberano, en el ancho espacio que cierran las metálicas rejillas que lo guardan para estudio y recreo de cuantos son dueños de amar la soberanía, aunque ésta se la pase metida dentro de cualquier jaula.

El palacio real fué construído alrededor del tronco de un sauce. En las ramas de éste cantan los aires que vienen ahora huyendo del Norte; deposita la lluvia sus aljófares gruesos ó menudos, y el sol, cuando las nubes no lo esconden, teje luminosas urdimbres con sus rayos de oro.

Y el Monarca, palpitando de libertad, bebiendo los estímulos de la independencia en los raudales de luz y las olas del viento que se entran por las ventanillas como otras tantas tentaciones eficaces, esponja el matizado plumaje, abre y tiende las alas con altanera gallardía, así como si ello lo hiciese en son de amenaza ó desafío al cielo. Y vive bajo su techo

de metal reluciente y sonoro, á la vista de las gentes grandes y pequeñas que lo contemplan, que lo observan minuciosamente, y de vez en cuando lo irritan con amagos ó burlas diferentes de palabras y acción.

Y así vive al parecer feliz, pero en realidad cautivo, sujeto á admitir buena ó malamente, como le dé su gana, las sobras ó piltrafas del festín que se le arrojen para su alimento cuotidiano.

¡Oh pueblos! ¡oh democracias! Considerad que ésa ha sido siempre en las Repúblicas la suerte de los soberanos!....

3 de Diciembre de 1890

# LA IGLESIA Y EL ESTADO

PUBLICAMOS hoy un artículo en colaboración, que fija nuestro cuidado. Es una llamada al orden, es una línea que pide se la siga. De nuestra parte no tendríamos ningún inconveniente serio para aceptar la invitación, si de algún modo pudiéramos convencernos de que es tiempo oportuno para discutir si la Iglesia debe mandar ó ceder el puesto—para el régimen político—al Estado ó al gremio civil considerado en la simple función del trabajo por la dicha temporal. La ocasión parece ya un poco pasadita. Muchas décadas han transcurrido desde que el debate sobre el punto fué llevado á fondo.

Presumimos que el clérigo, en Costa Rica, no aspira á ser gobernante, sino á ser gobernado en condiciones que permitan entera libertad á sus costumbres, enseñanzas, economías, progresos y esparcimientos. Quiere ser libre, quiere que el Estado no se inmiscuya en sus prácticas ni en sus misterios. La propaganda es una de sus armas más queridas y á ningún precio consentiría de buen grado desprenderse de ella. Lo que existe de irregular ó incomprensible es la tendencia de la Iglesia á ser libre, entidad concreta, esfera de superficie suya, desprendida de cualquier contacto extraño; á la vez que admite vínculos con la política, formados por intereses de tierra y tiempo.

Entonces no bastará renovar la discusión, meramente teórica, sobre si la Iglesia debe mandar á la sociedad civil, desprendida de la conciencia que se une con Dios por el amor puro y místico. Será menester que siga ardiente el debate sobre si la Iglesia ha llegado ya á ser error histórico, y conviene, por lo mismo, demolerla para erigir un nuevo templo á Dios con los materiales modernos; ó si sigue siendo necesaria y eficaz para el progreso.

No combatimos, sólo exponemos. Mientras el ingenio y la sabiduría no demuestren para convencer de plano, nos guardaremos mucho de propagar en pro ó en contra. Abramos los libros.

Pero lo dicho no obsta para que avancemos la afirmación, ó mejor dicho, para que repitamos el aserto de que el fanatismo ultramontano, dominante ó exclusivista, hace daño no sólo al orden civil sino al religioso. Esa espada dura y filosa ha cortado, quizá más que la revolución, el credo de los papas y también el de Cristo. La intransigencia es un absurdo rematado á esta hora postrera del siglo XIX, en que la conciencia y el pensamiento, hasta por adivinación, aman la libertad.

8 de Febrero de 1891.

# JUAN SANTAMARIA

El notable y malogrado escritor centroamericano Alvaro Contreras, nos dejó un brillante artículo sobre el héroe que hoy recordamos; artículo que fué acertadamente reproducido en dos periódicos de esta República: primero en *El Tambor,* de Alajuela, y luego en *El Diario de Costa Rica,* de esta ciudad.

El justiciero escritor introdujo su trabajo con las siguientes palabras:

«Escribimos sobre un objeto *olvidado,* sobre una gloria cuyos resplandores no brillan en los recuerdos del pueblo centroamericano, porque el cielo de nuestra vida intelectual se halla todavía entoldado por nubes obscuras que el tiempo y la civilización disiparán».

Esas palabras que más que acíbar amargo tienen garfios desgarradores, debemos reconocer, mal que nos pese, que no han carecido de fundamento.

El vigoroso reproche, que así como un látigo nos ha flagelado el rostro, no parece cruel y excesivo; se ajusta perfectamente á la medida de la sublime indiferencia con que hemos premiado al héroe del extraordinario sacrificio, al hombre humilde que dió serenamente su vida en cambio de romper con ella la cadena de males que, en hora funesta, ceñía y quebrantaba su patria.

Hé aquí la pintura que el mismo escritor hace del modo como el humilde soldado supo rasgar la sombra de su vida obscura con el vivo resplandor de un grandioso patriotismo.

«El inolvidable once de Abril (1856) el ejército costarricense, valiente y celoso defensor de la América Central, era diezmado en Rivas por las huestes filibusteras, que ocupaban un fuerte edificio. Este no podía ser demolido, porque faltaban de nuestra parte elementos adaptables al intento.

¿Cómo debíamos triunfar en aquel pavoroso conflicto? ¿Cómo vencer á nuestro tenaz enemigo, tan ventajosamente situado?

Con sólo el impulso de un gran corazón, con sólo la voluntad de un soldado.

En medio de la desesperación y la muerte, se alzó en nuestras filas una voz imperiosa diciendo:—¿Quién quiere sacrificarse yendo á incendiar el *Mesón*?—Yo, respondió Santamaría, pronta y resueltamente, como si este terrible encargo fuera un simple precepto de la disciplina!..... Con

ánimo sereno, tomó una tea, y firme fué á cumplir su consigna, bajo una lluvia de balas. Una de estas inhabilitó el brazo de la tremenda ejecución; pero el otro le sirvió para coronar su grande intento; y nuestros compatriotas vieron, al reflejo de las llamas, una prodigiosa trasfiguración y un triunfo tan inesperado como espléndido».

Así fué; así cayó la existencia de ese soldado ejemplar: ¿ejemplar? no; las virtudes humanas tienen su medida, y es lícito pedir que cada hombre procure ajustarse á ella. Pero presentar como modelos á quienes han llevado las suyas más lejos del límite que la naturaleza señala, es sencillamente una locura, porque tales hombres son, por el mismo hecho, seres maravillosos, divinos, inimitables.

Podéis aspirar á ser tan virtuosos como los hombres buenos, á sentir y pensar como es corriente que sientan y piensen los mortales más perfectos. Pero es inútil que pretendáis levantar el vuelo á donde llegan los privilegiados. Para ser Sócrates, Régulo, Guzmán el Bueno ó Colón, se necesita tener alma hecha, no de la materia que domina en nuestra tierra, sino de la que más allá de nuestra atmósfera forma el impalpable y luminoso tejido de las cumbres del cielo. Santamaría, no por obscuro que fué antes de su grandioso sacrificio, deja de pertenecer al glorioso gremio de los inmortales.

Estos seres maravillosos no son, ni pueden ser ejemplo para los hombres; pero su trascendencia en el mundo es sobremanera fecunda. Ella remueve la naturaleza humana para mejorar su condición. Sócrates es inimitable, pero, con su paso por este globo, ha ganado nuestro pensamiento y nuestra voluntad.

Nuestro soldado, nuestro héroe está más allá de lo que puede ser ejemplo; pero si aprendemos á conocerle le amaremos de seguro, haremos de su recuerdo culto religioso. Cuando esto suceda sentiremos crecido nuestro corazón, y entonces ya seremos capaces de comprender lo que significa el amor desinteresado por la patria.

Juan Santamaría es grande entre los grandes. Voluntad, virtud superior no se conoció jamás. Muchos héroes podríamos citar, pero difícilmente presentaremos otro de tanta abnegación como la del insigne mártir de nuestros tiempos heroicos.

Ni la vanidad, ni la soberbia, ni la ambición; ningún estímulo de ese linaje obró en el ánimo de nuestro soldado incomparable: su proeza está exenta de toda mancha. El movimiento de su espíritu fué absolutamente espontáneo. Esta aserción está sostenida en otro párrafo del mismo Contreras.

«Nada que ofrezca interés podemos referir sobre la vida de Santamaría, nada sobre su rango social y sobre su educación, porque todo en él parece que se confundía en el fondo obscuro y silencioso de la clase exheredada y pasiva de la sociedad».

El mismo escritor conviene en otros puntos de su artículo en que Santamaría no tiene semejanza con los héroes en cuyo cuadro debe sin embargo dársele puesto. A nuestro juicio, esa falta de similitud, que nos-

otros reconocemos también, consiste nada menos que en la falta de móvil concreto que hubo en Santamaría cuando aceptó el sacrificio de su vida. Su espíritu superior obedeció á una causa superior que no admite análisis: á una intención grandiosa, pero no inspirada por estímulos vulgares.

La figura de Santamaría se destaca del cuadro de los héroes, porque ningún cálculo egoísta puso la tea en su mano y con ella la vida ante las balas del enemigo.

La causa de su tremendo arrojo debemos buscarla en la naturaleza extraordinaria de su alma, en el temple maravilloso de su corazón, al que no faltó ni un solo átomo para ser dechado de corazón entero.

Se es virtuoso por artificio y virtuoso de un modo natural; ámase el bien por los beneficios que reporta, ó siquiera por el temor del vituperio, y ámase, también, por el bien mismo.

Santamaría perteneció al orden de seres superiores en quienes la virtud y amor al bien, forman parte integrante de su humanidad, así como la luz y el calor forman la del sol, la verdad de la ciencia y la belleza y la perfección del arte.

Como la brújula se inclina hacia el Norte, así Santamaría inclinó su vida al sacrificio, cediendo de un modo necesario al impulso de su nobilísima naturaleza, caldeada en el santo amor del patriotismo y del bien que formaba parte de su nobilísima naturaleza.

Si en el instante supremo, cruzó por la mente del insigne soldado el recuerdo de su hogar, de su familia y de su pobre madre, de quien ciertamente refiérese que fué recomendada por el hijo á la compasión de sus compañeros, hemos de admitir que esta circunstancia contribuye poderosamente á levantar, todavía más, la figura del héroe, pues entonces, si así fué, su admirable carácter no sólo triunfó del terror de la muerte, sino también del amor más dulce de la vida.

La enérgica decisión de quien por antecedentes y calidad tiene título para esperar que su sacrificio será lluvia de bienes para su memoria y su casa, es alta; pero pueden los ojos distinguir sus cumbres. Mas el heroísmo de quien no ha podido tener motivo fundado para esperar que con su caída se levantarán los suyos y su memoria, ése, ciertamente, no tiene cimas, sube y se pierde fuera de nuestra atmósfera.

Nació Santamaría en la ciudad de Alajuela, en 1830; fué conocido con el nombre de *Erizo:* cubría su cabeza un pelo encrespado y rudo, no poco semejante al de la raza africana; pero en su tipo se descubrían los rasgos característicos de la nuestra.

Pobre y de modestísimo origen, el Erizo tuvo que luchar con los embates de la adversidad, con las vanidades y las injusticias de aquellos que gozan menos con las ventajas sociales de que disfrutan, que con hacer sentir á los humildes el bajo nivel en que los ha colocado la fortuna.

Cuéntase que amaba entrañablemente á su madre, á la que no abandonó jamás, hasta el momento en que le fué preciso sacudir las luces de su alma, estrellándose contra la muerte.

Era tanta la bondad de su índole y de su carácter, que llegó á trascender desde el rincón oscuro de su vida silenciosa.

Nada más sabemos de Santamaría: pero, si después de su sacrificio continuó viviendo, como es natural, en el corazón de la madre, aun podemos agregar que el infortunio no lo perdonó ni después de su muerte. La injusticia de los hombres no declinó, y la pobre huérfana, la desventurada vieja apuró sus últimos días batallando con las tinieblas del olvido ó los rigores de la miseria.

Tiempo es ya de que nos resolvamos á demostrar que el cortante reproche que nos enrostró hace algunos años la pluma de Contreras, ha dejado de tener fundamento.

El señor Presidente de la República que considera, con razón, que Santamaría es una gloria nacional, ha dispuesto que se le erija un monumento en Alajuela, su ciudad natal, costeado por la Nación; y á este fin están encargados en cada provincia los Gobernadores y Comandantes respectivos, de promover una suscripción voluntaria.

¿Qué costarricense, que no sea una mezquina vulgaridad, podrá resistirse á contribuir para la realización de tan noble objeto?

11 de Abril de 1891

# BODA CELESTE

Ellos están arriba, más allá del hondo postrero á nuestra vista. Las estrellas que ya parecen polvo de oro en las cimas vertiginosas que se desvanecen en la pupila y también en la lente que se lanza á penetrarlos, son los comienzos de la ascensión formidable. Los mimados del principio, de la primera razón generadora,—el alado del cielo y el pequeñito de la tierra,—van y vienen al través del infinito espacio, porque son ligeros como el suspiro y más blandos que la mirada sin reproche; y pueden entonces romper el átomo sutil con sus alas silbantes formadas con las plumas potentes de mil águilas y descansar en las cumbres del rayo de luz, sin peligro de que se rompa el columpio.

Ellos están arriba: la alborada de ayer les indicó el comienzo de la vía. La tempranísima luz los vistió de gala. En el camino de Santiago, tomó el niño su corona de azahares que necesitaba para tejer á su novia corona inmortal. Y rasgaban la altura, y el rocío de la alborada temblaba sobre las plumas de la pareja, y rodaban y caían como sartal de estrellas ó quizá mejor, como las vivas lágrimas de la madre que llora el pedacito del alma que se le escapó de su regazo.

Mientras la queja angustiadora se retorcía como culebra en esta mísera tierra ¡ah! mientras aquí, en cada uno de los dos hogares desdichados que envenenaba la muerte, todo era tristeza y gemido y luto..... allá, mucho más allá del polvo de oro que esmalta las cumbres de turquí, abrazaditos los dos querubines se daban el beso castísimo de su boda infantil.

Los dos niños, granitos de oro de sus casas, están de fiesta. ¡Dios mío, sus pobres padres están muriendo de dolor!

2 de Junio de 1891.

# LORENZO MONTUFAR

El *Partido Liberal* de Guatemala ha postulado para Presidente de la República en el próximo período, al Doctor don Lorenzo Montúfar, hombre muy conocido en Centro América por sus luces, y principalmente por sus grandes energías de hombre contrario á las preocupaciones insostenibles del pasado, y amigo fervoroso de los empujes del progreso racional.

Varios periódicos aclaman al insigne viejo, todavía más lleno de saludables experiencias que de años abrumadores.

Montúfar es un verdadero centroamericano, pero tan lleno de amor por la santa causa de la unión, que no ha tenido inconveniente en pronunciar fallo contrario á cualquier trabajo, que no reúna las condiciones necesarias para hacer fuerza que agregue alguna ventaja á la solución del problema.

No es hombre que delira: es hombre que piensa muy seriamente en el triunfo de su partido y en la derrota de su adversario; y, atento á ambos fines, en rechazar aun aquello mismo que teniendo colores de su bandera, no viene al caso para que su bandera flamee triunfante.

Astuto, inteligente como cualquiera que pretende lugar distinguido por los méritos de su luz, sabe trabajar, dirigir como piloto que tiene conciencia clara de su destino. En sus manos la nave no se estrellará, ni cuando el viento loco de la fatalidad lo lance estúpidamente.

Montúfar es uno de nuestros grandes liberales. Se conoce fuera, es decir, allende el mar; y no por badulaque que suele pagar biografías ampulosas de baja recomendación: se le conoce en el mundo porque el centelleo de su espíritu levantado ha resplandecido á lo lejos.

El partido republicano liberal de Guatemala lo propone para Presidente en lugar de Barillas. Hace bien la clase progresista, la clase enamorada de la civilización moderna, que no tiene orillas de lo tradicional insostenible.

Montúfar gobernaría, teniendo en una mano la palanca del progreso, en otra mano el arma del derecho, y en todo su ser, el prestigio del hombre humano, del hombre que ama y perdona á sus semejantes, más cuando están debajo.

Con verdadera convicción simpatizamos desde aquí con la candidatura de nuestro viejo y erudito profesor de Derecho Civil y Derecho Internacional.

1º de Julio de 1891.

# MINUTO DE ORO

No pude estar en tu boda, mi querido de la Guardia. Deseaba mucho ver á tu buen Destino ó Angel Custodio, poner en tu frente de Apeles el rayo de la dicha.

Deploro grandemente no haber gozado con mirarte beber á grandes sorbos y labios temblorosos de emoción, la vid gaseosa de la felicidad, en la rica copa ancha é hirviente que esculpe el hada benéfica para el festín ruidoso y enloquecido del primer día de amor.

No estuve en tu boda; pero adivino tu mirada resplandeciente de altivez y hasta de altanero orgullo; y adivino también la tenue claridad que se atrevía á besar el pulido alabastro de la frente encorvada de tu bellísima novia, en el instante mismo en que salió temblando por entre la felpa olorosa de su boca, el *sí* arrobador de tu ventura.

Día feliz..... minuto de oro incomparable!.....

¿Contaste las palpitaciones indescriptibles de tu ansiedad? ¿Te diste cuenta de las sumergidas de tu alma, esponjada de satisfacción, en las ondas opalinamente fúlgidas de tu sueño realizado?

En un tiempo me dijeron poeta, pero jamás pinté como pintas tú, privilegiado del estro; la hoja no vivió nunca al calor de mi musa, como la tela vive y se levanta á los toques de tu pincel.

Pero tengo un poco de imaginación, y adivino, sin grande esfuerzo, que la mano de Margarita estremeció la tuya con su contacto, como si fuese una punta electrizada.

Veo con ojo grande aquella mano breve, en la que cada linda flor primaveral alega tener alguno de los pétalos bruñidos de su corola perfumada; la veo en la tuya cuando el sacerdote dispuso que se abandonara á tu diestra febril y ávida de embriaguez..... y me hago cargo de tu agitación, de toda la descarga eléctrica que hirió tu ser.

Amigo Wenceslao, acoge mi parabién.

La airosa, imantada y gentilísima beldad de este valle josefino; tu Margarita, pues; esa mujer que habría servido de modelo antiguo á la estatuaria inmortal, ha abierto para tí con su varita mágica una fuente limpia y abundante de felicidad.

Bebe siempre mi querido de la Guardia, en la copa rica, ancha é hirviente que el hada benéfica esculpió para el festín ruidoso del día de tu boda.

11 de Julio de 1891.

# PARAJES

(De Cartago á Juan Viñas)

Nos hicimos á la vela sobre rumbo Este, con más ó menos grados al Sur y otras veces al Norte.

El Diablo milagroso de Fulton, bufando humo y chispas del infierno, metido en su vientre, cortó en un minuto toda la frente de la ciudad, retorciéndose como una culebra llena de cólera. No habíamos acabado de vernos los que ocupábamos el mismo coche, cuando el pito pregonó la entrada al Paraíso.

De un salto nos pusimos en el puente, ávidos de manzana tentadora. Por allí, cerca de la estación, hay mucha maleza y algunos arbolitos que echan grandes ramilletes de flores blanquecinas, menudas y perfumadas. Los oriundos llaman Tuete á los tales arbolitos, que arbusto llamáramos nosotros, á no ser que tenemos muy mala opinión de nuestra sabiduría en materia del..... Tuete: no recordamos el nombre de la ciencia.

Cuando se nos dijo: ¡El Paraíso!, nos dimos á pensar que éramos Adanes y que el Padre Eterno, complacidísimo de su obra, había dispuesto colocarnos en la entraña mejor dotada de aquel jardín terrenal.

Los tuetes derramaban sus balsámicas esencias, que eran verdaderas maravillas robadas al Oriente. Atraídos de los dulces olores fuimos en busca de la costilla por un pequeño declive sembrado de *güisaros* y en lo demás pelado como quien ha perdido la vergüenza. Eva no pareció desnuda; ni tampoco la vimos cubriendo su honestidad ruborizada con la hoja luciente y velludita de la higuera.

Dos ó tres viboreznos, llamados culebrillas de tierra, y un par de pequeños lagartos conocidos por el nombre de *gallegos*, fueron los únicos signos de vida sandia ó feliz ó paradisiaca que se ofrecieron á nuestra anhelante mirada en aquel verjel que marchitó la malicia. Tan triste y desolada nos pareció aquella tierra agrietada y roja y de grueso grano, parecida á sangre dispuesta para las morongas, que poco y muy poco faltó para que nosotros perdiéramos el juicio, y nuevos Adanes desventurados, echásemos á correr dando gritos de tardío arrepentimiento por sobre aquel jardín reseco y poroso, que se distingue por sus lomas rápidas é infecundas. La espada del ángel terrible chispea sobre aquella natu-

raleza y con su fuego busca todavía las postremas raíces. Unas cuantas dehesas sin sombra, ni los jugos necesarios y algunos frijolares enfermos de fiebre, constituyen la riqueza principal de aquella árida región.

Consternados y casi llorando á verdaderas lágrimas la pérdida de Adán y su costilla infeliz, y jurando, al propio tiempo, que aquella abrasada delicia más que Paraíso Terrenal, semeja aquel jardín ó huerto que se halla camino del Infierno, y donde cada rama de árbol ó de arbusto es un alma ó varias almas que se quejan al ser desgajadas; consternados, llorando y jurando así, nos encontrábamos á distancia de la estación, un poco entretenidos en aplastar lagartijas con piedrecitas y terrones, y en mortificar el gusto con el ácido espeluznante de los güísaros, cuando el maquinista tiró de la palanqueta y el grito salvaje del bruto de hierro nos dió la señal de la partida.

Nos fuimos y pronto se desvanecieron en el horizonte ó se perdieron en la hondonada las torres de la iglesia de la aldea, jeroglíficos imperfectos de una civilización que ha pasado y lucha, sin embargo, por abrirse campo entre las nuevas ideas: así el río caudaloso salta de los últimos términos de su lecho, y sin respeto al tridente de Neptuno, hiende con arrogancia en muchas millas y muchas leguas, la salada onda azul.

Una vez salvadas las postreras lindes del Paraíso, principiamos á serpear lindamente por lugares desconocidos: siempre y en todo caso tiene caracteres de novedad el panorama, que por ser grandiosamente bello, enloquece el sentido y apasiona el ánimo con grandeza.

El magnífico valle de *Ujarrás Viejo* como lo llamaba mi abuela materna, para distinguirlo del Paraíso, que en otro tiempo tuvo la altanería de llevar el lindo nombre de aquella región famosa por muchas razones, y principalmente porque fué asiento de una villa fecunda en ingenios y buena sangre, villa sobre la cual soplaron hasta barrerla los rencores del Demonio, siempre enemigo obstinado de la virgen milagrosa que era la reina santa, patrocinadora de aquella población, tan infortunada á la postre como dichosa había sido antes—ese valle magnífico donde tal villa tuvo asiento hasta que el azote de Satanás no hirió sus espaldas y las calenturas del río no la pusieron en fuga precipitada, se desarrolló de repente como un gran pliego—lienzo, donde juntas todas las fantasías del Oriente dibujaron y pintaron sus maravillas orientales, ó sus cuentos fabulosos de hadas y enanos y genios encantadores.

—«Allá está.... allá está.... Dios mío! que lindo es todo eso.... Ah! yo me vuelvo loco ante esos verdes distintos, que parecen otros tantos colores de esa alfombra que resplandece como si fuese tejida en seda lujosísima: ¡qué matices, qué cambiantes! son facetas pulidas á la perfección, en París, sobre piedras finas bañadas en luz!.... allí veo una especie de pájaro enorme que abre sus alas más enormes aún, matizadas de tintes fuertes, vistosas por demás, que deslumbran; y sin embargo la pupila se resiste á contraerse: ese pájaro está formado por un filete del cual penden, con inclinación que no es violenta, dos lomas de esmalte maravilloso; el pico del pájaro es una cascada que se lanza de allí, cerca de aquel árbol

gigantesco adornado de trenzas de lianas, y que ahora, en este momento, mueve su copa de verde claro, que parece la seda de un paraguas veraniego, así como si el tal árbol pensara y tuviese la intención de decirnos adiós con todo respeto; las plumas de la cola están partidas en dos grupos, del mismo modo que en aquella ave menor, que el vulgo llama *Tijerilla;* uno de los grupos es el platanal luciente que tenemos á la derecha y otra lanza larguísima parecida al platanal, y que debe ser una milpa en cabellos largos, porque su verdor es menos semejante á las luces de la esmeralda».

Así decía la señorita A. N. á la poética novia; y la dulce Ninf, que no había tenido tiempo de observar el paisaje, invitó á su compañero más inmediato, á que la condujese al puente, desde el cual podía registrar con toda la amplitud de su mirada, hasta los últimos detalles de aquella región mágica. «No quiero perder un punto de esa tierra encantada de nuestros dioses bucólicos amantes del idilio; y antes bien copiara ese paisaje espléndido, con la pluma ó el pincel, si tuviese la dicha de ser artista.»—Escuché la melodía, adiviné la boca, y dije al punto: qué importa ¡oh virgen! que no seas artista, si eres numen delicioso.

***

El panorama era magnífico, y absorbía la mirada y dominaba el corazón.

Atento á la abstracción en que había quedado mi dulce amiga, para desprenderla de su éxtasis que ya me ponía en cuidado, le pregunté dónde se encontraba, y si por acaso había ascendido al cielo por mis propios ojos, y si algún sentimiento extraño ó recuerdo triste ó alegre enajenaba su espíritu. Es indiscutible que yo deseaba saber al punto la causa del arrobamiento á que inopinadamente se entregó la niña.

Como si despertara de un sueño profundo, así me dijo de prisa, acertando apenas á coordinar sus ideas y palabras con embarazo visible:

—«Siempre oí decir que la naturaleza es el avaro que logra atesorar mayor caudal de bellezas perfectas, y que fuera de ella no es posible encontrar los modelos superiores. Pero ahora reflexionaba yo, mirando esas bordaduras ó relieves altos y bajos del valle que nos ha hecho en un momento recoger la lengua y abrir mucho los párpados, reflexionaba yo que tal vez sería cosa muy difícil encontrar en otro punto del globo región más pintoresca, ó pintoresca y cautivadora, como ese verjel que allá bajo está desenvuelto á nuestra vista atónita de admiración. A ese valle sí le vendría bien el nombre de Paraíso. Nuestros primeros padres no habrían echado de menos los parajes bíblicos de la Mesopotamia, si por acaso al Eterno vengativo se le hubiese ocurrido condenarlos á destierro en Ujarrás. Y vea V.—seguía diciéndome—el Eufrates y el Tigris están allí. Dudo mucho que esos históricos ríos, que tan excelso papel han representado en las leyendas sagradas, tengan ni hayan tenido jamás atractivos comparables con los que ofrecen á la mirada esas serpientes

de anillos de plata, que espumean retorciéndose con ímpetu sobre ese país encantado que sirve de base á esta escarpa que Mr. Keith domeñó y cortó para dar paso al riel vibrante de la cultura. Son el Río Macho, el del Agua Caliente, el Palomo y el Grande; los tres últimos unidos allá en aquel recodo que parece hecho de melenas de leones blancos; y todos en punto más lejano mezclados en una sola masa de agua atronadora, que se denomina Reventazón. Orosi, fértil región, que con ser de tierra arcillosa, es el Moca del café costarricense, paréceme que asoma del otro lado de la corriente mayor, aunque no sea más que una de sus lenguas feroces. Espectáculo soberbio.... Retírese V., si tiene ganas de conversar. Yo amo mucho la naturaleza y prefiero estar muda ante sus cuadros sublimes.»

Me retiré sin replicar.

Me dirigí al puente que consideraba solo, con ánimo de clavar á mis anchas la pupila y el espíritu contemplativo en ambos lados de la vía; pero me fué mucho mejor de lo que yo pensaba. La distinguida y muy inteligente señora doña Celina de Brealey se había anticipado á mi deseo y en el mismo puente meditaba sobre las bellezas inimitables del arte natural.

Doña Celina, le dije, ¿seré molesto?

«Al contrario, me replicó: mucho más agradecida le estuviera si hubiese venido antes. Tenía deseo de conversar con alguien sobre ese valle indescriptible de Ujarrás; mire V. los últimos esmaltes de su verdor; los postreros visos de esa joya inapreciable, ya se pierden, ya no alumbran la pupila. En cambio, ahí tiene V. una túnica nueva de terciopelo resplandeciente. Santiago extiende á los ojos ávidos, con orgullo muy bien fundado, la rica tela de que suele vestir. Por lo pronto llama mi atención aquella cinta entre azul y blanca que se desata al pie de aquella pendiente color de gualda ó del oro de las estrellas. Parece y lo más probable es que sea un arroyo desbocado. Rompió la brida, espantado por el abismo, y ya sin frenos se precipita de la cumbre al fondo. Ahora comprendo la poesía de Teócrito, de Virgilio y de Garcilaso. Nunca fueron de mi gusto el idilio, ni la égloga; ni la geórgica, pero también es cierto que jamás había visto la naturaleza en su traje de gala rústica.

«La delicada cantinela del pajarillo sobre el tomillo, es muy inferior á lo que podría escribirse conociendo estos valles y laderas donde los ramos del tuete esparcen su perfume aperezador. Le confieso que sin embargo del anhelo que tenía de ver á mis amigos confinados, emprendí el viaje con poco gusto. ¡Qué cansada debe ser esa línea,—me decía,—qué fastidiosa!;—ahora yo quisiera seguir hasta Limón: este camino es una maravilla. Los ojos van siempre abiertos y se duelen de no ver despacio; ellos quisieran llevar la brida del tren para no dejarlo ir sino á su antojo. Mire V. una égloga práctica..... es cuadro hecho en el estudio del naturalismo. Por la cuchilla de aquel montecito va un pastor arriando perezosamente su yunta; la zagala lo sigue con un cesto en el cuadril, y por la loma de la derecha, como hurtándose á las miradas de la pareja, resbalan con lentitud su pie un mozo y una mozuela: allí se quedan sentados bajo

los extendidos abanicos de aquel copudo arbolillo que centellea como si fuese una enorme esmeralda. Oh! qué linda y descansada debe ser la vida de la inocencia montaraz. Pero, en fin, amigo mío, mejores son las fatigas que nos vencen á nosotros: bajo la verdura suntuosa que alfombra esos campos, se arrastra la zarza espinosa, y la víbora hinche de veneno el colmillo que busca el calcañar del hombre».

Juntó sus labios doña Celina, y yo me retiré diciendo sin desplegar los míos:

«No le es dado á una señora de su clase conocer á fondo el mal. Ella imagina que el tósigo de las culebras es el colmo de lo malo. Cambiara de opinión y diera á las serpientes calor bajo su techo si llegase á calcular bien la malicia de Adán. La mujer es sencilla y buena, el hombre es doble y perverso. Sólo el atraso de su tiempo puede excusar á Moisés de que hubiese pintado á la serpiente y á la pobre Eva perdiendo al hijo del barro.»

Me tendí en un sofá, cerré los ojos y descansé unos pocos minutos del lujo insultante de aquella naturaleza: así abruma al desheredado la soberbia altanería del rico, y al que es débil, la insolencia del fuerte.

Casi dormitaba, cuando sentí que una mano me tiraba del hombro con amor, ó á lo menos con mucha cortesía. Aquella mano era inglesa y tenía las leyes de etiqueta más refinada escritas en la punta de sus dedos.

El puente de Birrís iba á presentarse: ese nuevo portento de la mecánica yankee iba á ofrecerse muy pronto á nuestros ojos.

* * *

Ahora no estamos para hablar de ese puente de Birrís. El atrevido gigante de hierro que apoya manos y pies sobre poderosos fundamentos que se miran á ciento cincuenta metros de distancia uno de otro, y así, afirmado sobre estos malecones inquebrantables, gana su fama dejando pasar por sobre sus espaldas de roble y acero el pesadísimo tren,—merece pintura especial, no sólo de arte sino también de ciencia. Hoy tenemos cielo pardo, y las hebras fastidiosas de la lluvia sustituyen á los rayos del sol. No está nuestro espíritu para imaginar ni pensar, y ese gran puente que es el asombro superior de la nueva vía, merece estudio severo y pintura particular. Por ahora baste saber que, aparte de los malecones sobre que apoya sus puntas, lo sustentan á trechos tres firmísimas columnas de hierro, y que está suspendido á una altura que marea: cien, doscientos y quizá trescientos pies de elevación. Allá, en el fondo del abismo, salta un arroyo, de altura muy considerable; y sin embargo, apenas se ve de lo alto del puente como una mota no muy grande de algodón batido.

El puente atrae las miradas, no sólo por su dimensión y resistencia, sino por su forma bella. Visto por dentro, de un extremo al otro, parece la galería suntuosa de un gran palacio, fabricado por la fantasía árabe, que se recoge ó empequeñece á medida que se aleja de la pupila. Mr. Keith tiene mucho motivo para estar orgulloso de haber sido quien levantó ese

monumento de gloria para la virilidad de Costa Rica. Y no importa que ese hombre haya recibido el precio de su gran fatiga: la verdad es que no hay recompensa bastante para quien lleva su energía bienhechora más lejos de lo que todo un pueblo pudo esperar. Nadie ignora cuál fué el tamaño de la lucha que ese empresario famoso tuvo que librar contra la envidia y la preocupación conservadora, para ver de asegurar el contrato con el inglés, cuyo oro suena en cada riel de ese portentoso camino de hierro, construído á pesar de los tajos y las escarpas yertas, que al cabo y sin embargo de su oposición fiera, tuvieron que encorvarse hacia atrás para darle paso libre; y sin embargo, también, de las pendientes rápidas y profundas (hasta de mil á dos mil pies) que amenazaban al obrero indomable de partirlo en su tarasca y tragarlo con su abismo. Los rieles están tendidos sobre suelo consistente, trabajado á pico, barreta y dinamita, sobre las fuertes y extensas costillas puestas de punta de los enemigos del cielo que allí doblaron la cerviz al rayo de Dios.

Después de mucho conversar y mucho ver, las turistas tuvieron la feliz ocurrencia de quitar la tapa á sus canastas. Iban éstas hasta el gollete de aves asadas, de pasteles buenos y de otros incomparables, de chorizo, de huevos duros, de frijoles negros estrujados entre tortillas blancas, de queso oloroso, de manteca de Jersey, de *huevos de liza*, de enormes papas asadas, de lomos rellenos, de sardinas delicadas, ricas en trufas, tomates, tajaditas de limón ó encurtidos de Oxford. No faltaron las aceitunas, ni el pan faltó tampoco. Lo que más estimuló nuestro apetito, y desde el comienzo de la revista hizo que nos relamiéramos, fué el vino, la cerveza y el ginger ale.

Por lo pronto hicimos boca con un gran trago de whisky. Denne, nuestro joven amigo, hízonos una guiñada. Acudimos y lo encontramos con un pollo entre manos, que echaba aceite al entrarle el cuchillo, y muchas cosas que hicieron reir á los ojos, luego que se le registró el vientre.

Me entregó un cubierto completo: plato, cuchillo, tenedor y servilleta blanca como una hostia que no ha tocado el aliento del sacerdote.

«¿Qué prefiere?.... ¿pechuga, pierna ó ala? Esta última era muy del gusto de los Borbones reales de Francia. Luis XIV se desayunaba con un ala de pollo. También los monarcas ingleses han tenido predilección por esa pieza. Se cree que la carne más fina del ave está en las alas».

—Ya lo creo, respondí: lo más delicado y precioso ha de ser aquello con que se vuela. Pero, amigo mío, yo no sé distinguir bien, porque me crié comiendo en escudilla de barro, que por cierto no era de Andújar sino del Tejar; y así, permítame que le diga ingenuamente que «prefiero el caballo». No me entendió al momento, pero le expliqué de prisa, y yo mismo le ayudé á desprender el espinazo.

Todos almorzamos al estilo bárbaro, pero antes de que el tren parara, sólo habíamos tomado un puntal (refrigerio). En Juan Viñas, ó digamos en la estación de esa aldea, fué la gorda. El señor Ortuño, empeñado en que celebrásemos su cocina andariega, casi nos ahoga en rico pastel de guisantes y de atún. Dichosamente no somos demasiado flojos para

beber, y con un par de limetas de cerveza y otro par de botellas de vino hubimos de bajarlo todo.

***

Después de haber almorzado de un modo feroz y de haber bebido á cántaros ¿qué otra cosa habríamos podido hacer con gusto mejor que ir por el carro, que nos sirvió de sala, de comedor, en busca de un ángulo más obscuro y provisto de muelle sofá?

Nos tendimos: otro tanto hacen los animales de las otras especies cuando la pereza de la digestión los solicita perentoriamente. Y dicen las gentes de experiencia (tal vez las indolentes por mal acostumbradas), que después de comer, y, sobre todo, si se ha engullido material suficiente y de lo escogido entre lo sabroso y vigorizador, nada viene más á pelo ó á gusto del cuerpo y del espíritu, que dormir; y también afirman las gentes de sentidos bien abiertos, que es muy higiénico un sueñito echado á la sombra y sobre cogín voluptuoso, apenas se alza la mesa del regalo.

En fin, conste que buscamos reposo luego que hubimos metido en el saco suficiente provisión, conforme al capricho del intestino ávido siempre y nunca satisfecho.

26 de Agosto de 1891.

# HABEAS CORPUS

A propósito de la cuestión jurídico-política que ha días viene siendo tema fecundo para la conversación y la prensa, hemos hecho ver en distintos artículos, que nuestro juicio, fundado en razón filosófica de los derechos individuales, en revelaciones de la historia y prácticas corrientes de gobiernos civilizados, y también en fuertes motivos de conveniencia política y social, es completamente adverso al criterio ó á la opinión de aquellos que sostienen con el Ministro de Justicia que la suspensión de garantías ejecutada el 1º de Mayo fué constitucional y atribuyó al Presidente la facultad de condenar y penar sin necesidad de oír á los reos (?), y mucho menos de permitirles defensa; y también el derecho de mantener su condena dictada, aun después de reintegrado el orden constitucional, y sin embargo del fallo de la Corte á favor del recurso de hábeas corpus interpuesto por don Ricardo Fernández Guardia.

Los que incondicionalmente defienden la conducta del Jefe de la Nación, pretenden que son políticos nuestros alegatos y las aspiraciones á que se reformen las malas costumbres que dejaron, en las altas regiones del Poder, gobiernos un poquito fuertes, personales y voluntarios. La dictadura minó en gran parte el pundonor y el buen sentido, y ahora vemos que sus efectos lograron interesar hasta inteligencias claras y corazones que parecían hechos para proteger el reinado de lo justo y la buena razón. Dos grandes Doctores de la ley nos dirán si estamos equivocados: uno es el señor Rodríguez y otro el señor Páez; el primero, Presidente de la República, elegido por los pueblos sedientos de legalidad y formas prácticamente liberales, según decían sus apóstoles, y el otro, Ministro de Estado y Justicia, llevado al Gabinete sin el trabajo de la intriga y sólo por el prestigio de su fama de hábil, ilustrado y recto.

Es posible que seamos poetas, es decir, soñadores. Pero preferimos ser así, con el libro y el pensador que nos han enseñado lo poquito que sabemos, á andar metidos en la prosa irritante y odiosa de quienes van pegados á la tierra por el peso de su ignorancia ó por el áncora de su mala fe.

Que hablen el libro y el pensador; pero conste que las inserciones que vamos á hacer no se dirigen al que es desleal hasta con su propia conciencia, sino solamente al que yerra por ignorancia.

Antes de emprender la tarea de copiar *exactamente*, bueno será que nos pongamos de acuerdo en que la suspensión de garantías (*ni siquiera individuales*) ha existido en Inglaterra ni los Estados Unidos; pues que, tanto allá como acá, el objeto de la suspensión, cuando el caso lo pide, es el hábeas corpus (*right of habeas corpus*) establecido para proteger la libertad personal contra la extralimitación de cualquier autoridad.

De ahí resulta claramente, que así los ingleses como los norteamericanos están muy lejos de haber pensado nunca que sea necesario defender otros derechos que el correspondiente al *right of habeas corpus*, porque los segundos, principalmente constituídos en república democrática, no podían imaginar que, dados los fundamentos racionales de su política, hubiese alguien tan bárbaro que osara, revestido de autoridad, agraviarlos con la violación de su propiedad, con reducirlos á esclavitud, con condenarlos á pena alguna sin haberlos oído y sin haber dado campo á su defensa en la amplitud de la ley, etc., etc.

En los países latino-americanos, vejados aún por aquel espíritu de tiranía que hizo misérrima la colonia y del cual no pudo salvarlos la gran revolución de su independencia, ni ha logrado aún redimirlos el notable progreso que han verificado, es donde puede ser afeada la Constitución con el funesto artículo que permite latamente suspender las garantías..... y hasta acudir á la dictadura plena. Verdad es que Roma, la ciudad de la ley, de la institución severa, del más alto espíritu jurídico, tuvo también dictadores. Pero aquí debemos recordar que aquella gran República no recurría al peligroso é imponente extremo de darse un Magistrado de autoridad absoluta (no hablamos de los dictadores efímeros) sino en circunstancias muy graves, visibles y tangibles para todo ciudadano, que eran grandes amenazas de su propia vida. Camilo humilló á Breno insolente que había saqueado y destruído la ciudad, y Cincinato una vez salvó el ejército y otra reprimió una gran insurrección.

Pero á nosotros ¿qué nos importa lo que dice el *panfleto*?. Quiere este desgraciado de Costa Rica lo mismo que quisieron y practicaron el pueblo de la patria de Bruto y Publícola: que no haya poder absoluto sino *en caso de conmoción interior ó de agresión extranjera;* eso dice el *panfleto* de la soberanía, en letra de molde, y palabras precisas; pero esta gente abogadil halla, sin embargo, la manera de clavar el diente de la interpretación al dicho decir constitucional, que lo mismo podría ser cántico ó música celestial, para hacer de las suyas á medida de su deseo. Y así sucede que si por caso un pleito reñido de gatos tiene ocasión en algún tramo de zinc ó de hierro de la techumbre de Palacio, ya podemos contarnos de bruces, sin que haya apelación que nos valga, porque, mal que nos pese, los pretorianos gritarán que la patria arde por fuera y arde por dentro, y que es preciso que inmediatamente salgan á destierro veinte ó treinta de los ciudadanos selectos; y el mandón que ya deseaba refrescar sus entrañas con el néctar grato de los dioses, aprovecha el clamoreo de sus libertos para darse humos de generoso con no arrancarle la piel á nadie, *sur le champ*, sino después de sesenta días de encierro ó de remojo en calabozo húmedo y sombrío.

Roma también tuvo dictadores abominables, podrá decir algún mal defensor de estos menudos déspotas que con frecuencia lucen sus malas artes en América Latina.

Es cierto, Roma tuvo á Sila y con esto está dicho todo. Pero la gran República podría decirnos en su abono: «cuando caí en desgracia y aflojó el nervio de mi entereza y no pude contener los avances del vicio que daba paso al cesarismo, ya había cumplido una gran misión, mis águilas habían afirmado sus garras en las cumbres de la glória y desde allí me señalaban señora del mundo».

Por acá, en nuestros terrenos selváticos, no ha habido ni hay esperanza de que haya Yugurtas encadenados, Pirros escarmentados, ni mucho menos Aníbales vencidos, y, sin embargo, ya se permiten estas naciones infantiles el lujo de tener tiranos y demostrar sus frentes rotas á puntapiés. ¡Qué desarrollo tan precoz!

Pero confesemos, para honra de estas patrias, que no siempre son flageladas de la dictadura pura: lo más corriente es que se las desuelle con una cierta moderación que nosotros debemos agradecer.

Un mandoncillo de por estas tierras no necesita suspender el orden constitucional entero para darse su gusto. Cuando le grita la vanidad demente que debe ser cosa linda asemejarse en el poder á cualquiera de los difuntos emperadores del sacro romano imperio, entonces deja de hablar por tres ó cuatro días, se muerde duro el labio, avienta las ventanillas de la nariz, mide sus estancias muchas veces, á pasos largos y cortos, se sienta á la mesa inquieto y sombrío, articula monosílabos incomprensibles, aprieta el puño, abre los ojos de repente y puf, revienta!.... Hay que salvar la República (que entre tanto nada sabe, nada teme, y ríe y canta); y concluye diciendo: que dicte el organillo la suspensión de garantías.—Ha poco nos dijo un europeo: la gente de estas tierras es muy buena para la vida del bosque.

27 de Agosto de 1891.

# MARIO CASTRO

Nos dijeron unos que trece, otros nos han dicho que once años había cumplido el reyezuelo hermoso de aquel hogar, tan feliz y resplandeciente ayer, como misérrimo y apagado á esta hora triste del profundo desconsuelo.

Mario Castro Mata era el sultancito vivo y simpático de su casa, y no importa que fueran once ó que fueran trece los años que contaba.

El luminoso colibrí zumba por el jardín, y parece, cuando vibran sus alitas de oro sobre el lirio ó la rosa, menuda flecha de fuego lanzada por el arco diminuto del juguetón Cupido; y no importa que sean once ó trece las primaveras que han perfumado su plumaje.

Pues el reyecito Castro Mata jugaba locamente en el huerto mágico de las hadas hechiceras; la naranja de oro y la manzana fresca como mejilla de virgen rozagante, le hacían mimos y lo invitaban á que les hiciese heridas con las puntas de sus alitas relampagueantes.

Pobres padres!.... pobres amigos míos!

27 de Enero de 1892.

# SOBRE EL MARMOL

Los que no tengan ahora grande agitación debajo del arca de su pecho, que reflexionen, que estudien mucho esa vida ilustre, no menos grande que las que Plutarco esculpió; y diga después con largueza y no dé paz al decir, que bien sé que si nos ponemos á pensar atentamente sobre lo que valió ese hombre alto entre las primeras estaturas de la patria, y á calcular con esmero el influjo de su memoria veneranda en lo porvenir, fácil será á cualquier pluma, mediana que sea, acabar un libro grueso que dé medida alguna de nuestro *muerto inmortal.*

Todo lo noble y generoso; cuanto demuestra civilización, progreso, libertad, siéntese hoy en esta tierra profunda y dolorosamente conmovido por la muerte de este costarricense, cuyo espíritu salido de los talleres del año 18, hubiera dicho que salía nuevo de los moldes del 92. Así era aquella naturaleza, fácil para recibir la impresión clara del sello distinguidor de cada día y cada conquista del progreso. Joven siempre!.... que sin embargo de haber frisado en los setenta y cuatro de su vida, no logró el tiempo vencer aquel corazón entero, ni arrugar aquella inteligencia vigorosa, moneda americana que llevó siempre impresa el águila del último troquel.

Pero yo, pobre desventurado, que llora con la amante familia enlutada la pérdida triste de quien fué padre de mi condición actual, no podré dedicar ahora atención al estudio de esa gran vida.

Felices vosotros, los que en iguales condiciones de pesadumbre no os encontráis por fortuna..... ó por desgracia tal vez,—porque ya estoy viendo que es una dicha tener motivos grandes para deplorar y llorar con alma lastimada de veras,—la muerte del insigne patriota, que con su hombro de romano antiguo levantó á Costa Rica al rango de República.

Vosotros podréis escribir y hablar maravillas, estudiarlas y decirlas con conciencia y arte. El Doctor don José María Castro es, para la lengua y la pluma, asunto alto é inagotable en novedades dignas de la espléndida narración.

Yo no aspiro á nada, y dejo la explotación de esa vena rica á los más dichosos. Yo quiero que mis lágrimas corran, yo solamente anhelo, en este lance fúnebre, depositar mi gemido y la flor humilde de mi veneración cariñosa sobre el sepulcro de ese hombre querido é inolvidable.

¡Duerme y sé feliz, verdadera celebridad de mi patria!

7 de Abril de 1892.

# APLASTADOS

HABIA un niño que estaba recogiendo en la prensa el número de ayer de este diario.

Pobrecito el niño, pobre el padre, pobre cien veces la madre! Le agarró, la plancha de hierro que va y viene,—la plancha en donde está lo compuesto del periódico,—le agarró entre su filo y el muro de metal en donde tiene límite, le agarró la cabeza. El estaba recogiendo la hoja de nuestro pensamiento. Nuestra hoja se empurpuró con la inocente sangre. La materia agitada le apretó el cerebro, le dió muerte. El niño que trabajaba alegre, fué sorprendido por el aplastamiento horrible. Es doloroso. Es amargo. Es lamentable. Y es simbólico!

Trabajamos todos los días; la máquina social tiene en nosotros servidores humildes, pero constantes y entusiastas. Se hace un diario; buscamos médula y doctrina, arte y belleza, poco ó mucho, lo que podemos dar; buscamos el mejoramiento del intelecto, ó el mejoramiento del corazón de la patria; buscamos que la idea nuestra se estime y que el sentimiento nuestro se avalore. Así todo periodista de buena fe. Así todo el que pone el alma en la pluma, el que sigue camino limpio, el que quiere que sus alas sean blancas en todo aire que le lleve su inteligencia. Mas, no es tanto el choque de contrarias ideas ó de bruscas é indoctas opiniones; no es tanto el aire de desaliento que da la falta de comprensión ó el hielo de vanidades infundadas, ó el témpano de piedra de una estulticia cualquiera. El mal temible está en que la máquina social, mal dirigida, ó de antiguo descompuesta, le apriete á uno el cerebro y se lo exprima, le agarre á uno el cráneo y se lo despedace. Trabajar en labor continuada, á punto de que la enfermedad invada con su cortejo de dolores; sudar sin que se estime el sudor; ser los privilegiados de la anemia y de la tisis, hacer la campaña de cada aurora, y pensar en que pocos, muy pocos, dan á cada uno lo que es suyo, es atrozmente desconsolador.

Dar como pasto del público, todas las mañanas, ideas, fórmulas, frases; escribir de todo, pensar en todo, buscar la manera de agradar al suscritor que paga y al avisador que se da aires protectores; dar una noticia, atacar un desacierto, alabar á un artista, dar un pésame; entrar al despertar todos los días, en el maremágnum más aturdidor y formi-

dable, y luego encontrarse con que lo que uno hace no halla ambiente ó estimación, ó siquiera justicia; oh! eso es sentir en el cráneo el aplastamiento más cruel. Eso es sufrir siempre lo que ese niño sufrió una vez; y eso es lo que padecemos á la continua los que aquí y allá, en este país ó en el otro, cargamos con la sentencia de escribir para el público, ese tirano á veces, ese cretino otras, y ese caprichoso siempre.

21 de Abril de 1892.

## NUMEROS

DEJEMOS el camino del vulgo.

Ya no queremos tropezar: la sombría y estrecha calle de la política fué siempre intransitable para nuestro pie torpe y pesado. Por el *Río de la Muerte* solíamos caminar con alguna expedición. Por los verdosos suelos de la calle pública ó sea del Estado, nos andamos siempre á resbalones y grandes caídas. Nos falta habilidad para ir derechos por esos lomos ó filetes angostos que la humedad borda y esmalta con sus notas traicioneras.

***

La política es el camino del vulgo. Las pequeñas personalidades saben ir por esa ruta peligrosa, como si ella fuese el camino de su casa. Cuando menos se piensa saltan á las poltronas elevadas del Ministerio, encuentran un solio, y, aturdidas de maravilla, vense por derecha é izquierda y por detrás y por delante impedidas de moverse: hacen valla los muñecos que piden, los que juran amor y fidelidad, y votan grandes cualidades para el señor. Este, necio quizá, se convierte en Quirino. Quien haya hecho algún estudio, ha de saber que Tiberio, el más grande de los disolutos, tuvo apoteosis, y que en Francia Luis XIV mereció el renombre de *grande*.

Los más sobresalientes no son inútiles para administrar el bolsillo de los contribuyentes; pero cualquiera podría jurar, sin temor de condenarse por perjuro, que sobre este mezquino terrón de la carne hirviendo no ha habido menos de un noventa por ciento de políticos ladrones, disolutos, mentirosos, asesinos y sancho panzas. Es preciso ignorar la historia de esta paila de grasa que se llama tierra, para no saber que el barro fué fecundísimo en Baltasares, Sardanápalos, Vitelios y Enriques Octavos, en tanto que ha demostrado ser muy bajo para producir virtudes públicas.

***

Por un hombre de bien coronado, vestido de púrpura ó puesto á la sombra de un pabellón presidencial, surgen al tablado más alto de la política innúmeras docenas de perversos. Dios está dormido. Nuestra

historia cuenta seis mil años. Pues desde el primer día se durmió el Poderoso. Sueño de gran rey universal. Todavía no despierta. Ronca á pierna suelta como bienaventurado. Los gemidos del Nazareno no logran hacerle abrir los ojos. Hizo su cosa y descansó. Séptimo día fatal! Adán y Eva fueron echados del jardín por cualquier papanatas Secretario de Estado. Dios dormía y duerme, y la culebra encarnizada sigue mordiéndonos el talón de segundo á segundo.

***

Ah! si el gran artífice despertara!.... Entonces ya no habría pícaros traficantes, ladrones solapados, asesinos que rompen el cuello con el cuchillo de la justicia; entonces ya no habría, si el gigante inconmensurable volviera á tomar las riendas de esta inmensa muchedumbre de planetas, entonces caerían hechos pedazos de su alto trono, los hipócritas, los que negocian en adulación, los que venden su alma al auxilio indecoroso, los que arrebatan, de su mano seca de sangre, el seco migajón al que muerde la limosna y bosteza de alegría, porque una gota del cielo humedece su labio.

***

Pero es inútil. Hay que entregar al que supere en maña, en destreza para negociar. El poderoso titán se acostó con sueño horrible, luego que hubo redondeado su obra con las esquinas de Adán y las curvas de Eva. Se acostó y el sueño de un Dios tiene que ser de siglos y millones de siglos! Despertará ese gran soberano cuando todos los planetas se hagan polvo á puñetazos, los unos contra los otros. Y se pasará el dedo perezosamente por el lagrimal para quitarse la divina legaña y ver claro; y luego dirá que no salió bien el ensayo, y que vaya todo al demonio, mientras piensa cosa mejor. En tanto nosotros, ¡ah! nosotros los que no tenemos pie firme para ir por el camino de esta enorme balumba de nervios ansiosos, seremos víctimas. Los altares del Gobierno civil ó religioso se hartarán de nosotros. ¡Pobres estúpidos..... pobres, pobres!

***

Convenzámonos de nuestra inutilidad y entreguémonos á los vivos. Que sean ellos los mandadores: que sean ellos los intrigantes: que sean ellos, que se duelen poco de la desgracia de los hombres, los que comen de la mazorca del campesino sin mira de pagar, los que buscan utilidad por cualquier medio, los que van de una tierra á otra, sin patria, como el judío errante, porque piensan que la providencia los hizo sanguijuelas de cualquier pozo.

25 de Agosto de 1892.

# ACUARELA

San José crece como una muchacha robusta de la zona tropical. Parece gente en cuyas venas coloradas no nadan microbios de mal carácter. Un rubio del frío norte y una india del frío austral, es probable que no engendrarían carne más sana ni espíritu más amigo del *go a head.* A paso que marea con la prontitud de ferrocarril, esta locuela se desarrolla, sin que le importe ir, en sus brincos de travesura, más ó menos cubierta. En la calle, sin que de ello se le dé un ardite, enseña, con la boca hecha una pascua de primavera, aquella curva que el demonio enemigo de Dios le hizo en la pantorrilla temblante de blancura rosada y de candidez llena de mórbida tentación. San José no tiene hoja grande de servicios; al contrario; ayer daba vueltas de carnero en nuestras sabanetas, y, como cualquier niña de ojos grandes y claros de inocencia, se deleitaba en caer á la llanura desde lo alto de la colina, á fuerza de rodar con niños y chicas de los que no muerde todavía la víbora paradisíaca.

Los nicaragüenses de seguro, y los de Guatemala, probablemente, se inclinan á negar que esta diabólica hembra tiene ya grandes dotes y razones trabajadas para proteger su eterno *go a head.* Pero la tunante se ríe de Managua y Guatemala; dice, cuando está de buen humor josefino, que lavará, así que quiera, en onda de los lagos, su cabellera larga y undosa y su patecita labrada en colmillos de elefante, y que no habrá poder de Goathemalán que la impida, dentro de poco, pasear hasta la frontera de México su carcaj repleto de flechas voladoras.

San José tiene gancho de oro, y quien mira su ojo crespo ya está atravesado por el venablo poderoso de su pupila. Ahora se ocupa mucho en adornarse del nacimiento de erbúneas copas que le cinceló Venus, al remate del moño prendido en la coronilla.

Bajo el dintel de la nulidad, sin cuidarse mucho de su desnudez, tiembla temerosa como una hija de Júpiter que no ha aprendido á ser amable con los arrebatos de los dioses ó de los hombres divinos. Se la oye gritar que no se la fuerce á poner el lampeante pie, casi descubierto en la sandalia, chinela ó zapatilla parisiense, sobre el pavimento del palacio encantado. Tiene gran cariño á su pecho de piel de conejo nítido, y prefiere quedarse de fuera, antes de ver que estalle tan lindo regalo del amor por las locuras del corazón.

Parece mentira, pero ello es cosa cierta que podría demostrarse: al revés de las niñas que no han llegado á núbiles, ama exageradamente la pulcritud esta belleza en botón, surgida debajo de la falda del Irazú, volcán fiero en altitud, tremendo en boca y abominable en abismo: cuando no llamea y tiembla este diablo, hace recordar con sus bocanadas de humo que vive aún, así como Tiberio desde Capri, con sus asesinatos y voluptuosidades. Pues decimos que esta niña fresca y apenas movida á la dulce malicia, que nació en la falda esmaltada del pavoroso Lucifer costarriqueño, suele amar con pecado la limpieza; y más de muchas veces al día suaviza su manecita de vellón de armiño, su cuello de paloma blanca de Castilla y su bigotito azul que empieza á nacer y tentar, con jabones delicados de la fábrica más eximia.

No se levanta muy de mañana, porque, muchacha del trópico, gusta de pasarse, hasta que el sol no calienta, bajo la sábana, con los rasgados ojos abiertos vendidos á la reflexión del pecado, y con la blanda manecita oculta con delicia entre los pliegues de la holanda sensible y eléctrica.

27 de Agosto de 1892.

# FINADOS

Hoy es día de finados. Cualquiera es dueño de un dolor mortal. Ah, pobres! desgraciados de los que rían hoy, recuerdo de los muertos! Una herida en el corazón la tiene el que nació; pero una herida profunda sólo la tiene el pobre que busca en vano el ser querido! Viudo, huérfano, infeliz!.... aquel que llora la muerte de un ser amado.

Ah, pobre niña mía!.... ah, pobre corazón mío!.... y ni me queda el recurso consolador de pensar que rodando el tiempo hallaré en el espacio el amor perdido de mi corazón.

2 de Noviembre de 1892.

# NOCHE BUENA

Nochecita alegre del Niño Diòs, te saludamos. ¡Ah! si volviera con su pico breve el pájaro melífluo que nos gorjeaba en el pecho, cuando veíamos salir, de la caja cerrada el año pasado, los angelotes de trapo, que iban á ser otra vez adorno estupendo del cielo de linón de nuestro *portal!* Inútil anhelo!.... el viento vino recio y la nube de rosa se perdió hecha girones. Niño Dios!.... Niño Dios!....muñequito de cedro, de piernas rollizas, de *cacheticos* encarnados y abiertos, ojos crespos ¿que has hecho de la poesía del buey y la mula que te calentaban con su vaho? Ya no tiene el nacimiento racimos de naranjas, ni plátanos amarillos, ni piñas olorosas! Y la chicha de piñuela ó cohombro ¿por qué se ha puesto ó se ha vuelto tan insabora? Ah! Niño Dios, muñequito lindo, devuelve á nuestra alma el entusiasmo que ha perdido! Inútil anhelo! ¿sería posible que volviésemos á nacer?

Ah! *Noche Buena*, nochecita alegre, que tristes estamos!

25 de Diciembre de 1892.

# AÑO NOVENTA Y TRES

Todo pasa; ¡sólo Dios es grande y eterno!

También pasa, y es cosa segura que muchas veces ha de haber pasado ya, la misma moneda, aquella de dos duros, respecto de la cual afirmó elegíacamente, en soneto de sorpresa, el humorístico sonetero español, que era lo único que no pasaba..... de su casa, porque nadie quería recibirla por falsa.

Al vate le sobraban ánimos para meterla hasta por el ojo de una aguja, cual si se tratase de cualquier camello y hasta de cualquier rico, mucho más jorobado todavía que el buque del desierto; pero nadie quería aceptar que se le diese á engullir gato por liebre.

Ah! sin embargo, ponemos doble á sencillo á que ambos duros tienen ya comprobado que la tierra es redonda. La moneda era falsa, y ¿qué mentira no le ha dado vuelta al mundo? Pues bien, todo pasa, y tú has pasado por el aro angosto de la ley tremenda ¡oh año de 92!

Qué nos importa? Te fuiste?—pues que te vaya bien, gran embustero, jactancioso y abominable. Tú que has dado cuerda á la herejía de la reacción ultramontana; tú que faltaste á la palabra jurada de vivir como persona civilizada, siempre respetuosa á la ley; tú que has puesto en juego las malas artes del duende y la bruja para perder á hombres honrados que no han tenido más defecto que el ser un poco alegres en política; tú que te has complacido en escarnecer el sentido común, áspero contra las preocupaciones locas, consagrando municipios y provincias al Sagrado Corazón de Jesús; tú que hiciste promesa de ser económico y hasta muchacho de ahorro, y, sin embargo, has echado el tesoro por la ventana de la República; tú que has gritado insolentemente, desde el púlpito y la calle, contra la santidad de la escuela laica, y has pretendido que Herbert Spencer, educado en la Inglaterra de Isabel la virgen, no es sabio que está sobre todos los pensadores de María Stuard y Carlos V; tú que has intrigado porque la pedagogía de España y Colombia esté por encima de la ciencia y arte de enseñar que profesan los filósofos ingleses, franceses, suizos y alemanes; tú que le has hecho creer al paulino Thiel, que á más de Obispo puede ser presidente de este país honesto y sencillo; tú que has guerreado contra la libertad y hecho locuras por la victoria del potro; tú, pícaro, que reíste á mandíbula nerviosa porque lograste enga-

ñar al hombre honrado y generoso, amigo de la Constitución, hasta meterlo en los sombríos baluartes del cesarismo; tú insensato y sin pudor que has hollado nuestra legalidad y puesto en peligro la vida republicanamente democrática de este país, y que nos haces ahora llorar por los amigos que sufren las consecuencias de una política rencorosa.

Decimos que tú, monstruo aborrecible, mereces el entierro que de tí se hace en este primero de Enero de 1893.

***

En cambio, sed bien venido ¡oh tú, año nuevo!

Que los hados te hagan grande. Indultas á los que padecen, y estrujas en su rincón á los envidiosos de la conciencia libre!

1º de Enero de 1893.

# NELLY

Nacio bajo los auspicios de una estrella que la quiso desde el cielo. Así, la niña gentil de siete años era propietaria de una cabellera rica; la viva estrella había escogido, en noches de profundo azul claro, las mejores hebras de su centelleo. También es fama que para sus ojos, la benévola estrella había fabricado de dos gotas frías de la aurora, las brillantes pupilas con que miraba desde un fondo obscuro, que se destacaba sobre una curva de porcelana maravillosa por su claridad y pulimento.

La niña tocó la tierra; bajó sobre un reflejo de nácar desde lo alto. El gnomo curioso que vive en el palacio inimitable que está fabricado en la veta aurífera de más precio, se enamoró de

"el alma mía"

desde el primer momento que la vió. Estaba el gnomo divertido con las idas y venidas de la gente por la calle de la Estación; estaba oculto tras de un bambú fresco de los que suspiran cerca á los jardines de Morazán, cuando, de improviso, descubrió á Nelly, que seguía, que seguía, aleteando como una mariposa que ensaya el vuelo, tras la falda ó junto á la falda de Clementina, la concha de nácar donde tuvo su primer nido blando aquel proyecto de Venus contemporánea. El diminuto duendecillo del espléndido palacio de la valiosa veta, la vió y cerró los ojos de ternura.

Por la noche, el gnomo enamorado, luego que su cuadrilla esculpidora hubo abandonado el buril y dejado en paz la pepita de oro y la piedra resplandeciente, tomó su acero ingenioso y se puso á fabricar bocas y mejillas; y cortó de un hada linda que dormía incauta, las pestañas crespas y largas, y se introdujo después al jardín de las rosas encantadas, y sin reserva despegó de las corolas los primeros pétalos que las ornaban, y fabricó con ellos dedos agudos terminados en cordelina trasparente; y al día siguiente voló á la Estación, y cuando Nelly pasaba, le ofreció su canastilla, habiendo tomado el gnomo la figura encantadora de un bebé que miraba y sonreía.

La niña de siete años era, pues, una niña muy bien dotada. La estrella alta le había regalado cabello y pupilas; el gnomo de las entrañas de

la veta aurífera habíale ofrecido, en prenda de amor, bocas nuevas para todos los días, mejillas risueñas y manos pálidas.....

Iba así la deliciosa amada del gnomo y protegida de las estrellas, cuando la nube arrugó su entrecejo, disparó su rayo y Nelly cayó muertecita.

Oh, Dios mío! Quién mata á los niños? Pues, por ventura, ¿la tierra no ha de tener perfumes, sonrisas, ni gracias? ¡Ah, Dios mío, ve la espada infanticida y quebrántala!

Al día siguiente de la desgracia vi al gnomo que lloraba á la sombra de una flor de sauco y me estremecí.

La estrella protectora recogió pálida de tristeza sus hebras de oro.

Nelly estaba muertecita dentro de un hueco de la tierra. Ah! la tierra tiene hueco para encerrar, también, como á criminal, la dulce y consoladora poesía!

13 de Junio de 1894

# TODO TIENDE A SU FIN

La oposición política no es una loca que, piedra en mano y á carrera tendida, va por las calles hiriendo al paso sin otro ideal que herir con su guijarro fuerte. No es la pasión desatornillada que está dispuesta, en su violenta cólera, á hincarle el diente filoso á la justicia misma. No es la envidia que se retuerce con el dolor del bien ajeno y hecha sierpe busca ansiosa el calcañar de aquellos que la aflijen con su superioridad ó la pisan con su mejor fortuna. No es el interés que se encrespa como la mar y no se tranquiliza sino con el pago del precio en que se estima. La oposición no es un vicio, es una virtud. La oposición es serena, amante de la verdad, tranquila, buscadora de los datos, analizadora, clasificadora y generalizadora de éstos, voluntad ilustrada, sentimiento bien dirigido, inteligencia que no le da tregua á la observación y al estudio.

Su misión es grande y de muy difícil desempeño: por eso la oposición ha de tener carácter firme, energía indomable, audacia para herir al malo, benevolencia para defender al bueno, una gran penetración y una gran ciencia. Sus principales distintivos son la calma, la prudencia, el celo, la dignidad, el valor, el espíritu de reforma, la franqueza y un amor al bien, capaz de llegar hasta el sacrificio. Cuando decimos que entre los sellos principales de la oposición, se han de encontrar así el de la calma como el de la prudencia, no queremos en manera alguna significar que la oposición ha de andarse con modorra y flojedad, ni con tanto tiento y melindre como quien tema que alguien pueda quejarse de que se le tocó la piel con la punta de un alfiler. La calma y la prudencia á que nos referimos, han de ser, justamente, aquellas que son indispensables para ver bien, con estricto ajuste á los términos de una proporción matemática, qué armas deben ser escogidas, qué ceño debe ponerse, qué impulso debe tomarse, qué plan debe seguirse, por qué flanco debe acometerse y cual es el momento más oportuno de dar la batalla. Se comprende que la oposición no ha de ser una sino que, al contrario, ha de tener diversos tipos. Si fuera siempre el ángel exterminador, estaría, con alguna frecuencia, sumamente expuesta á dar espectáculos cómicos y hasta de sainete.

Tampoco ha de ser siempre mansa como la res que se estremece y desorienta al oir el sordo rugido del león. Ha de ser adecuada á cada cir-

cunstancia, más terrible ó más serena, más desencadenada ó más recogida, según lo que haya de combatir ó vencer.

Salir á la batalla con todo el grueso del ejército, con todo el arreo, con toda la artillería, con todas las espadas; no dejar en el campo ni los elefantes, puede ser muy conveniente en ciertos casos, pero convengamos en que hay otras ocasiones en que todo ese aparato apenas serviría para demostrar que hay mucha locura y mucha inflación de parte del general.

Contra Filipo fué Demóstenes; Cicerón contra Catilina; Tácito contra Césares podridos; fué necesario un Mirabeau para estrellar contra la nueva filosofía las viejas tradiciones políticas; para acardenalar y herir á Napoleón III, fué preciso el libro de los castigos; la vieja reina de España no habría dejado el trono de San Fernando sin la elocuencia revolucionaria de los Ríos Rosas y de los Castelares; para castigar á Veintemilla hubo que forjar el martillo de Montalvo; y el presidente titular de Colombia estuviera muy tranquilo en el otro mundo, si no le hubieran roto las orejas y rasgado el alma la palabra de fuego y las plumas aceradas del partido liberal de su tierra, abatida por la reacción más escandalosa que haya habido en América: del libro de oro de Río Negro á un catecismo de monaguillos, es cuanto se puede decir. Y tómese nota de las consecuencias dolorosas á que ha dado ocasión la rota desgraciadísima de los batallones de la izquierda. Cuando consideramos eso, cuando nos damos á reflexionar en la tristeza que ahora debe sombrear como gran sauce doliente á aquella tierra querida en otros tiempos tan alegre, entonces nos sentimos muy compungidos de corazón, y antojos nos dan de ser de allí para irnos corriendo á defender las fuerzas de la libertad como buenos y como bravos, en vez de estarnos gastando, sin provecho de Dios ni del Diablo, en este rinconcillo de poca monta, la poca savia intelectual y el carácter no muy dúctil que el cielo quiso concedernos.

30 de Noviembre de 1894.

# EN EL TREN

(De San José á Guácimo)

Vamos de prisa. El tren nos lleva á escape: no corre sino vuela como el bergatín del pirata. Las cercas desaparecen así como anchas cintas resplandecientes de verdor heridas al soslayo por las brillantes hebras del sol, del cual aun no sabemos si habrá acabado de desperezarse. Son las seis y media; la mañana está húmeda, fresca y envuelta todavía en su camisa de baño. Sus jabones ricos embalsaman el aire. El peine no le ha alisado los cabellos: Está junto al espejo de la campiña esperando, tal vez, que el hada matutina de servicio le ofrezca su tacita de café; y mientras tanto, allá flotan en abandono, sobre la loma fulgurante y sobre el perfil que chispea como un filo de acero bien bruñido, sus bucles y sus tirabuzones. Tiene suelta la madeja rica, maravillosa por sus matices tan diversos. Según la toca el rayo de Apolo, aquí semeja plata, allá oro, de ese otro lado esmeraldas hiladas, de aquél, copitos de nieve. El color azul más y menos subido la tiñe también. Lelia, la virgen no menos pura y delicada que bella, va conmigo; ocupa conmigo un mismo sofá, y me asegura con palabra é inocencia peregrinísimas que esa cabellera ideal son las nubes, los vapores que surgen y ofrecen matices diversos á consecuencia de las varias distancias y modos distintos como los hiere la luz. Es una delicia mi compañerita, la más graciosamente atractiva colegiala que no hace un minuto escapó de las aulas. Cómo me hicieron rabiar este deshoje y marchitez en que me han dejado tan de prisa los huracanes de la vida; aunque ello es lo cierto que, además, soy un casado, un buen padre de familia. Lelia, pues, decía que aquello eran las nubes, y que lo que á mí me parecían campos sembrados de estrellas, eran ciertamente campos, pero sembrados de frijoles que no habían crecido mucho, ó de maíz que apenas comenzaba á brotar, y no de estrellas. Era inútil que yo le dijera que lo que pasaba por las cimas ó un poquito más abajo ó más arriba, eran brujas escondidas en sus largas y flotantes camisolas de dormir; porque ella me decía luego que no eran sino nieblas matinales enredadas en los picos ó echadas á vuelo sobre dehesas ó montañas. Para ella las sierpes de plata no eran sino ríos; las ondinas y las ninfas, los pescados

y las nutrias; y las arpas del viento, las ramas agitadas por el aire amotinado. Dos almas enamoradas, dos muy finos amantes que en espíritu y deseo volaban casi abrazaditos, hubieron de quedarse siendo, según Lelia, dos lapas ó guacamayos, pájaros que usan volar en parejas. Juntos fuímos hasta Guácimo, y ella se divertió mucho con su compañero descolorido, y yo gocé muchísimo con mi gentil amiga, deliciosa explosión de primavera.

# REALIDAD

La realidad es de naturaleza para llenar de pesadumbre al más descreído y, por lo mismo, sereno é impasible.

Nuestra política de las crestas y valles angostos de Costa Rica, es cosa que da risa.

Cada muchacho aspira á ser, por lo menos, lo que fué cada viejo: «Un buscador».

Yo quiero, dice hasta el mozo de la hacienda, quiero que el Gobierno me dé veinticinco mil pesos para formar una finca.

Perico habla de que será mortal enemigo del tata que mande, como no ordene este embustero que se le pague, aunque sea por oficios de espía.

El ricacho del frente, que regüelda de hartura, jura y rejura que no será partidario incondicional mientras no reciba, sin saber porqué, lo que baste para adormecer día á día su naturaleza egoísta.

Mas allá dice el bebedor de tragos en taquilla de *guaro:* maldita la hora en que se montó este gobierno, que no da ni para quitarse la *goma.*

El negociante severo no articula; pero pone su tacto nervioso en juego para pescar algún contrabando ó alguna remisión de derechos aduaneros,..... porque de otro modo estará tentado de ofrecer á la oposición, aunque sea el cuchillo desmuelado del pinche.

El sabio médico habla, en voz baja, de venenos últimamente descubiertos por entre las cabañas del Africa Central; el abogado parlanchín, de que tiene registrado el artículo que condena toda dictadura; y el otro, que presume de grave, ronca y ronca como un trueno que no se atreve á reventar.

Todo es *modus vivendi.*

La beata espía el instante de que el cura la abrace; el coadjutor la hora en que suba su sueldo para ir en andas ó litera hasta la casa del abuelo que se va al cielo ó al infierno.

El Obispo abre el ojo de buey considerando el campo de la lucha y estudiando el lado que más conviene al interés de la Iglesia.

Maldita tierra! Hasta cuándo no hervirás en las marmitas de la indecente grasa humana? Hasta cuándo no serás el amor interesado, el patriotismo á precio, la humanidad en venta?

También los monigotes, inseguros de poder decir misa de segunda, ya están buscando misas de primera, ó sea de San Gregorio.

Y no hay dependiente que diga con franqueza qué tiene en su pecho.

Dirá si le preguntan: ignoro todavía si el patrón elevará mi dotación.

Y la presilla piensa que la altura de su decoro la mide el sueldo que recibe por enseñar la tarasca á la puerta del cuartel.

Sólo los empleados superiores, los que van cuando quieren á tomar el lomo y el *pousse-café* á la casa presidencial; los funcionarios políticos que redactan contratos de alto precio y compran iglesias y parques, y enajenan, en cambio, bienes nacionales á favor de negociantes, aunque sean de sotana; sólo esos no se andan por encima de la tierra; esos prefieren caminar por las nubes, esos exigen que se les tenga mucha más consideración, que se les pague mejor!

Según esos datos, que nosotros no los hemos inventado, sino que así los tomamos como escritos están en la información que la experiencia sigue de ha tiempo, ya podemos atrevernos á jurar que la clerecía ganará.

Los sacristanes, aunque en su mayor parte tontos y campaneros, suelen gastar menos que los enemigos de la sobrepelliz.

De manera que, aunque bribones, ellos pertenecen á un género de sabandijas que se contentan con menos utilidad. Roen cualquier hueso!

Pero los oficiales mayores, por ejemplo, ah!.... señor, estas piezas ya piden del banquete presidencial, que, cuando menos, ofrece cecina.

Y cuanto á los que no tienen empleo que paga claramente el Estado, no hay para que hablar. Como el Presidente no les dé campo para ejercitar la zarpa, dicen: que venga cualquier otro y á sostenerlo á todo trapo!

Así es.

No deliremos: ilusiones á tierra, tierra á la fantasía, pedrusco al entusiasmo.

15 de Enero de 1893.

# TEMBLORES Y LLOVIZNAS

Hoy ya no es el gran día de Pascua. El aniversario del nacimiento de Dios pasó ayer. Hoy es un día de Pascua, pero tibio, casi frío. Si no hubieran las naturales fiebres que deja la alegría extremada, pocas gentes pudieran gozar de buena circulación, atendido el llover á hilos de cedazo fino que nos invade desde hace ocho ó más días. Ese pelo de gato, á veces casi cerda ó cerda briosa en verdad, cala la tierra hasta los huesos; y el reumatismo que desarrolla la humedad, en la vieja hija de Caos, influye también en nuestros endebles fosfatos de cal.

Ay! ay!.... dichosamente en la contentera del cumple años del niño —1893 primaveras—el brazo nos duele menos, y ya podemos afirmar un poquito el pié gotoso. Casi nada hicimos, afligidos como la pasamos, viendo llorar al cielo, al través de la vidriera. El cielo ha llorado mucho de esta vez. Parece un racionalista desencantado, un gran ateo á quien asusta la tarascuda *nada*, un tremebundo hereje, por lo menos, que tiembla horripilado de las llamas que encendió aquel teólogo loco y que fueron dulce recreo del insigne bárbaro conocido con el nombre espantoso de Felipe II.

La conciencia del suelo está prostituída. Pobre humanidad de barro! El cielo de seda india que hilaron olorosas y menudas manecitas de Oriente, ya no sabe creer!.... y ¡pretende la Unión Católica que se prosterne la carne y ore y ore ante los profundos é inexcrutables misterios! El razo azul que se pliega y repliega y que las nubes bordan y las estrellas prenden á la media naranja que limita á nuestra vista; ese ya no ríe cuando nace el Cordero, ni enciende una estrella más para guiar á los Magos! se deshace en lágrimas que calan la tierra hasta las entrañas y á nosotros nos enfrían la sangre y nos ponen compungidos y macilentos.

Quién ha enseñado al cielo á ser perverso? Pues ¿no fué siglos y siglos el espejo de Dios, el imán de las almas justas, y el ensueño sin fin, delicioso, de los bienaventurados? El arcángel Miguel, dónde aprendió la esgrima de la lanza para abatir al dragón, si no en los dominios celestes? El arcángel Rafael, dónde se hizo incomparable pescador para sacar el bobo maravilloso con que hubo de curar las nubes de Tobías?

No llora el cielo porque es malo; el cielo es siempre santo. La parda bruma lo tapa hoy, y llora porque prevé un desenlace funesto.

Esta tierra enérgica, tanto que sobre sus rocas filosas sustenta cedros y palmas que van á dar aire al vacío con sus abanicos soberbios; esta tierra de la dulce miel y la leche jugosa, de los valles donde verdean la caña y el cafeto, de las lomas que esmalta el cultivo, de la virilidad severa y la juventud que la esperanza perfuma; esta tierra que Dios hizo para hombres libres, para que la conciencia y la razón echaran poderosas anchas alas; esta tierra prometida se aflige y se retuerce de angustia ante el peligro inminente que la amenaza: tiembla!

El cielo la ve y se queja y llora sobre ella. El cielo no puede ser indiferente á nuestros temores. La avalancha se aproxima, y ya está próximo el día de la injuria mortal para nos y nuestros hijos. No comeremos más el cordero pascual, ni la sangre de esta víctima señalará nuestras puertas. No nacerá el Niño para nosotros!....

Nuestra tierra está triste y el cielo que la mira se deshace en lágrimas.

27 de Diciembre de 1893.

# EPITALAMIO

El día amanece horriblemente mal humorado. El ojazo del cielo nos mira con desdén odioso. No quiere mostrarnos ni la porcelana azulina de su esclerótica. En el fondo no hay obscuro atrayente; el abismo que marea con su profundidad insondable está velado; lo cierra una gasa turbia que se estremece como un tejido de nervios electrizados de espanto.

Fría y húmeda está la mañanita de Enero. Este es el mes príncipe, como tal, caprichoso y hasta cierto punto insolente. Es el niño del año, el muchacho mal criado que se duerme ahora como un inocente y no corre entonces un soplo, y luego despierta y llena con su aliento amotinado el pulmón de la tierra y las velas del aire.

Enero, ya lo sé perfectamente, es un cachifo caprichoso, que tan pronto como aprieta con su dedito la apertura del tubo para que salte en *garúa* el agua, como rompe los tules de la atmósfera para que el azul entero se presente, hace que pasen coladitos, en hebras finas, por el inmenso pascón, los rayos del sol vivo.

Ya sé que este niño del año es un rapaz inquieto, de gustos locos y pasiones inseguras. —Llora, ríe, canta, y aunque no habla ni á media lengua, se comprende que jura, por sus gestos y la actitud de sus miradas. Hace ahora sus puñitos y luego extiende cada cinco afilados dedos, como si fueran palmas, ávido de coger y de acariciar.

Mas digo que este su despertar de hoy tiene mucho de original. Desplegó los párpados el llorón, y sin reverencia soltó el grito, y con sus lágrimas empañó el horizonte, y con sus hirientes sollozos rompió el equilibrio de los aires. Una nube baja hecha polvo plomizo, otra rueda hecha brisnas de pluma, otra cae con vacilación como la falda de una bruja que se desprendió de lo alto.

Qué te pasa, mañanita del primer mes?

Enero, niño que despiertas, por qué te muestras endiablado, para qué pides tu tacita de leche si al primer sorbo la arrojas colérico? Qué diablos tienes, mañanita ventosa y fresca como una hoja de acero que pasa de prisa y me corta los cartílagos nasales y me hiere los pómulos y taja las orejas? Ah! muchacho soberbio, qué te pincha, dí, y toma tu leche. ¿Dónde está tu muñeco? ¿lo quieres? ¿donde está el caballo de San

Nicolás? Vuelve en tí, primor del día. Albor primero de la luz, por qué te estremeces y soplas y haces pasar tu aliento por mi sién, ásperamente frío como ala que golpea con enojo?

Ahí está tu tigre, ahí está tu perro..... ¿quieres un chivito que ruede? ¿deseas un tambor? ¿te gustaría una caja de soldados de plomo? Vamos, niño del año, refrena tu cólera, que ya enfadas con tu berrinche inexplicable.

Deja en paz los pájaros, deja que vuelen libremente las avecitas del cielo. Te teme todo; yo también me embozo al ver tu cara gruñona y la acción violenta de tus patecitas endiabladas. Allí está una chispa que quiere ocultarse bajo la hojita de una reseda. Es un *zunzun*, un pájaro mosca que ardería como una brasa, si dejaras que el sol le viese. Las pobres flores están de cola caída, como el perro aquel de *El Rey que rabió*. Tu hálito filoso las entumece. La rosa se pone pálida y el jazmín rosado de tu inclemencia.

Ah! zángano, muchacho perverso y antojadizo ¿pues qué deseas? ¿Pues qué te pincha; te han castigado, chiquirritín? Estás sombrío como un viejo Matusalém. Algo grave te pasa. La política no te preocupa; es Febrero el que debe pensar en soluciones graves. El pobre mentecato está encargado de las elecciones. ¿Pues qué demonios tienes, que ya no sufro más! Ahí está el polichinela riente como una pascua, sin embargo de que ya le falta un ojo y la nariz va quedándole en roma imperial.

Ah! mañanita de Enero, despertar del niño príncipe, alteza real del año. Yo tiemblo de frío, tu vaho húmedo me enferma. Blanquizco y movible algodón cubre la alta cima; la luz pasa al través de las pestañas del día como una ladrona que tiembla temerosa de ser sorprendida.

Lo comprendo al fin.

Ah! se acerca el día! ésta es su víspera. Y tú no quieres nada, niño violento y antojadizo del año. Pides tu dije, quieres tu joya. Pobre heredero de la corona, es inútil que te empeñes. Agustín tiene ya guardado en la urna de su dicha tu primor preferido. El domingo es la boda. Marianita se casa.

Bien haces en arrojar colérico la tacita de tu leche.

Pero Marianita va á ser feliz; cantémosle un epitalamio.

13 de Enero de 1894.

# VIAJES PRESIDENCIALES

## I

Era la hora de *una y media* del día jueves, cuando salió el tren extraordinario con rumbo á Alajuela. Llegamos, y de prisa se fueron las acémilas á tomar distancia cargadas del equipo, y casi con prontitud igual nos tomamos unos refrescos donde el amigo Cordero, el clásico señor de hotel que hay en Alajuela; y, sin pérdida de tiempo, tomó cada uno su bestia (animal en todo y por todo), y picando el ijar, echamos trote por las ramblas y empedrados que guían á la ancha calle del cementerio.

Vamos á galope los que no tenemos caballos de otro andar que el vertical enemigo del vientre y desollador de lo otro. Los más listos, que apercollaron brutos de más noble raza, esos iban orondos y hasta enjarrados de felicidad á la derecha ó la izquierda ó por lo menos allí detrasito de la yegua que montaba el Presidente.

Nosotros vamos mejor, sin embargo. Poco dados á la vanidad y al enojo de que no se nos mire, tampoco queremos ser fastidiosos, y así resulta que en conformidad con el temperamento que nos distingue, atrás nos vamos quedando á fin de evitar que las uñas delanteras nos echen el polvo que levantan y nos asfixien entre la nube barcina del átomo terrible. Mi amigo don Pedro Loría es de mi parecer, y nos concertamos para no ir metidos en lo apretado de la cabalgata: «que aquellos que lo merecen, decimos, se apareen á la yegua que monta el Jefe y se disputen la honra de ir de cerca». Y en efecto, llegamos á Grecia al último minuto de las dos horas y media de trote puro las más veces, y de un pasito de mala ley cuando sin pensarlo tirábamos de la brida á los sencillos, inocentísimos y sobre manera virtuosos cuadrúpedos caballares.

No hicimos altos..... Apenas por razón de espera solió haber demoras.

El señor Iglesias paraba á fin de saber de sus compañeros, y proseguía la marcha, asegurado de que no había contratiempo. Trago?.... ninguno. Muy bien hecho. Tanto polvo y tanto sol y tanto tic-tac de bestia desacostumbrada á gastar finezas, habría sido un motivo poderoso de congestiones decisivas. El que quiso agua la tomó al paso, y el que tuvo ansia de otra bebida se la reservó hasta Grecia. El Presidente es hombre de

buenas costumbres; su temperancia es una novedad. Nosotros, los concertados, tuvimos la feliz ocurrencia de cargar con una limeta de wisky y á cada recodo ó vuelta de la calle polvorosa, besábamos el pico. De ese modo se nos hizo poético el camino quebrado y seco y caliente de pura prosa. Está visto que la costumbre hace una nueva naturaleza.

Hemos llegado á Grecia.

Antes de poner punto final á este capítulo, queremos decir que estuvimos en esa villa la tarde y la noche, pues que, á pesar del interés que mostraba la gente de la villa para que allí permaneciera el Presidente siquiera dos días, el señor Iglesias hubo de contrariar á los griegos en razón de haber recibido, la tarde que llegamos, una comisión del Naranjo, la que tenía poder para manifestarle al Presidente que los naranjeños lo esperaban á almorzar el día siguiente. También sabemos que los griegos querían un baile y que, según su buena voluntad, hechas tenían cosas conducentes al pensamiento. En Grecia tuvimos buena acogida hasta los menores en el mérito y en la estimación de la política. No podremos olvidar el blando testimonio de cariño que la gente de pró—en parte principal—rindió al señor Iglesias.

Allí comimos y pernoctamos.

El Presidente deseaba quedarse, tenía mucho que hacer; pero se decidió á ir con los naranjeños y aplazar su trabajo griego para la vuelta.

## II

Aun no queremos dejar esa tierra, notable ya por su amor á una cierta independencia política, la cual, si no les hace bien, los distingue como gente que vale la pena de que se la considere al través de los vidrios de la libertad administrativa. Grecia tiene defectos enormes, pero los tiene con músculo suyo. Ama en gran parte las atrevidas fantasmagorías de la *Unión Católica*, pero las ama con brazo propio; es decir, los griegos quieren ser con decoro alto lo que piensan que es mejor que sean los pueblos y los hombres. Se dejan arrastrar de un cura revoltoso, pero nunca con terminante abdicación de su personalidad individual. Creen que este ó aquel otro *padre* tiene poder bastante para redimirlos del infierno; pero lo creen porque así les parece bien hecho, y nunca porque el cura amotinador los pone en el garlito de sus pasiones ú odios contra la gente menos crédula.

Los griegos son dueños de su voluntad. Se *retiran* ó se *lanzan* por razón suya, por convencimiento y persuación propios. Oyen la letanía del médico de las almas, pero porque les da la gana de oir la letanía y no porque tercero alguno les imponga la necesidad de oirla. Se rompen el pecho con la piedra picuda, pero eso hacen porque les parece según su preocupación y sabiduría que nadie mira á Dios sin que se presente con el pecho transformado en caverna. Los griegos tienen rasgos muy buenos. Los amigos del Gobierno actual son grandes por su franqueza y su leal-

tad; los enemigos valen mucho porque no se andan con hipócritas manejos, ni con locuras sistemáticas: porque obran según su talento y su libertad, y son capaces de entrar por la vía de la paz y del progreso tranquilo y de ayudar al que manda, como entiendan que así es mejor para el interés de la dicha nacional. Esa gente no tiene pasiones ruines: la causa pública la obliga mucho más que las intrigas del negocio egoísta.

Los griegos son los hombres y las mujeres que dicen: «Aunque oigamos misa y al *padre* le contemos nuestros traspiés ó tropezones, queremos ser gente civil, gente de costumbres políticas y servidoras del país en lo que nos señala la proporción del movimiento general, eso por lo menos. Un gobierno no es malo porque se niega á dar para la compra de un púlpito ó de una patena. Cada administración debe ser calculada con el metro del esfuerzo encaminado á la prosperidad de todos los costarricenses; y como éstos son ya doscientos mil y pico, es una locura de abominación exigir que tan gran número viva ceñido á una conducta especial que resulte del querer de una escuela. Todos tienen derecho de acción, y han de moverse libremente hasta que las leyes no defiendan este ir ó aquel venir; que esa es la vida del derecho y de la libertad, cuya fórmula práctica es la civilización ó mejor dicho coexistencia de todo empeño que no choque con la noción filosófica del progreso».

## III

A las ocho de la mañana, después de algunos requilorios conducentes á cambio de bestias un tantito trotonas por otras de algún *pasitrote* ya que no *picado* ó *jacón*, le dijimos adiós al Cura y al Político y también al Alcalde y al escribano y á cuantos por cariño cierto ó por curiosidad maligna, allí se andaban, cuando menos, á nuestras espaldas, espiando los términos de la aventura ó la partida para el Naranjo. El Cura es un poco retraído; pero cuando uno lo esfuerza se sonríe con donosura y hasta suele entrar á la pica liberal. Cierto que sólo se necesita de un poco de prudente contemporización y de algún agasajo juicioso para que los señores que están encargados de lavar las almas en las villas y pueblos, declaren que viven convencidos de que el señor Iglesias y sus partidarios nada tienen de reprochable en cuanto á su actividad religiosa. La palabra *liberal* ha sido desnaturalizada por la malicia que todo lo corrompe; pero en ocasiones nos damos á sospechar mucho que el mismo señor Obispo se ríe, por detrás de su cortina, de la candidez increíble de aquellos sencillos que dan crédito tal á las historias locas que de los *liberales* refieren los brujos empeñados en alterar así el idioma como las ideas, diciendo que los dioses hicieron la gran fábrica del infierno, no tanto para los masones como para quienes con los masones entran en algún comercio. En efecto, hasta el Cura de Grecia, que es un joven que revela estar tocado de savia racional, solió gastar en nuestra visita atenciones que no hubiera conce-

dido si su *ojeriza* fuese otra cosa que picante falso del pastel que los astutos han preparado contra los que no son estrictamente siervos de Roma.

Hemos dicho que á las ocho nos abrazamos con las autoridades civiles y místicas y con cuantos quisieron ponerse á tiro de nuestros brazos, y así fué. Hecha la despedida, y ya puesto cada cual sobre su cabalgadura, herimos con rumbo á Naranjo el polvo del camino, ancho aquí y angosto allá, y en todas partes undoso como culebra que corre, y desprovisto de *quitasoles* que sombreen y refresquen al caminante que se quema en el fuego de la canícula.

Fuimos dispersándonos para impedir la tiranía de aquella inmensa nube barcina que nos envolvía irritada al sentir el choque de los cascos de la cabalgata.

Caminamos y caminamos. Pedro y yo aprovechamos los consuelos de una corriente que hacía su espuma y sus pocitas mansas y azuladas á la derecha del camino, cabe á unos copudos arbustos grandes de flores encarnadas y bajo las anchas y tupidas ramas de unos árboles frondosos. Allí, sentados sobre las piedras lisas, que acusaban el largo uso que de ellas habían hecho los viajeros, sacamos de la alforja una copa y echamos un trago de wisky que estaba en una botella ya casi vacía, como que la pobre venía de servicio desde Alajuela.

No llevábamos *cajeta* ni otro dulce de viaje; pero, con todo, pusimos agua sobre el wisky, la cual, después de éste, nos pareció lo mejor: ¡qué fría y suave! Por debajo de las arcadas umbrosas buscaron mis ojos aquella ninfa ó princesa encantada de cuya fresca boca debía de saltar aquel borbollón refrigerante.

Perezosamente tornamos á montar, y á seguir cuesta arriba y cuesta abajo, sin ver ni hablar y apenas respirando lo necesario para engañar los pulmones con aquel aire caliente impregnado del átomo que se revolvía á cada aletazo del viento. Llegamos á Río Colorado, que corre por una ondonada donde se encuentran y afirman las puntas de los piés de dos altas cuestas, las mayores que en ese trayecto se empinan en hostilidad del caminante. En ese punto, del lado de acá, nos encontramos con la gran comitiva naranjeña que topaba al Presidente. Tres cuartos de hora después ya estábamos en el Naranjo llenando las jofainas de agua mitad y mitad de aguardiente para darnos el baño del siglo. Hecha la policía y refrescadas las cutis y fauces, nos dispusimos á almorzar.

## IV

Almorzamos muy bien. Teníamos hambre, todos estábamos desperecidos por echarle algún lastre al saco. Era avanzada la hora, algo entre las doce y la una, y habíamos hecho una jornada aburrida, caliente, incómoda y empolvada. Por otra parte, pinchaba el apetito aquella recomendable destreza culinaria de nuestro infortunado Sacripanti, el gran

preparador de macarrones y raviolis y de pavos trufados y perdices en salsa, etc. etc. La mesa estaba tentadora. Satanás debía de andarse por allí suspendiéndose, como gato niño, de la punta de los manteles. Por allí debía de andarse el muy taimado, husmeando con su hocico de zorro á los descuidados liberales. Y daño grande nos habría hecho si se hubiese empeñado en hacernos coco, porque no había á la redonda ni un cura, pero ni una botella de agua bendita, ni un hisopo aspergiante. Allí nos hubiera cogido el muy tiznado como conejos al sol, sin una sola munición de iglesia que nos defendiera. Dicen que el padre Luis había echado á correr para San José, tan pronto como supo que los masones nos aproximábamos á sus satrapías, espirituales por supuesto. Estábamos en gran peligro, pues, de que el diablo nos llevara sin confesión. Pero almorzamos á las mil maravillas, y eso nos hizo olvidar las asechanzas del enemigo malo.

No hay para que decir lo que allí, en ese primer acto, comimos y bebimos. Cada cual hizo de su capa un sayo, sin oposición de tercero. Bebió más el que quiso y menos el que no quiso mucho. ¡Qué potajes y qué vino! Conste desde ahora que ni en San Ramón tuvimos mejor mesa.

Luego nos pusimos de gala y emprendimos el paseo. Ninguno de la comitiva quiso ver las corridas, que por más señas no pudieron enorgullecerse de tener mucha concurrencia. Bien es cierto que ese día de fiestas era extraordinario, pues las alegrías y escaramuzas de cajón anual habían pasado ya. Con todo, tuvimos mogigangas y un disfrazado improvisador de versos, que tuvo, sin embargo, su gracia de vez en cuando. He aquí una de las redondillas:

"Señores, hasta el gollete
El Cura me tiene ya;
Porque veo que papá
No se cambia de bonete."

Hicimos una larga peregrinación por unas cuestas arriba y unas cuestas abajo. El Presidente iba siempre á la cabeza, en ese afán de reconocer las poblaciones. Descendimos á grandes profundidades y trepamos á grandes alturas. Mas pudimos convencernos de lo que ya se nos había dicho antes, que la villa del Naranjo no tiene sobre qué extender su caserío, como no sea que quiera hacer una población enteramente quebrada y de tránsito muy difícil. Su planta topográfica se parece á la del Paraíso de Cartago. Pero la sociedad es viva y agradable. Asoman bonitas caras de mujer, que las de los hombres no las reparamos, y vimos trajes femeniles bien entrados al camino del buen gusto.

Ya hemos dicho que el Cura no quiso contaminarse de la excomunión que nos abruma á los herejes, y que puso piés en polvorosa así que se supo que llegábamos; ó tal vez se puso á cubierto por detrás de su telón.

Pero no embargante su ausencia, supimos allí no más, que este hábil sacerdote no pierde ocasión de explicar cómo los masones son hijos del diablo y reos de muerte eterna; y cómo es preciso que los pueblos los acribillen.....

## V

Llegada la noche, el Presidente recibió una invitación para que asistiera con su comitiva á una *maroma* de circo, sin tigre ni otros animales, pero enriquecido con dos muchachas bastante hábiles y graciosas. Eran las nueve y media y el señor Iglesias que estaba decidido á no desdeñar á los acróbatas, se levantó y convidó á la marcha. La función estaba dispuesta casi al cielo raso; pero como la temperatura del Naranjo es un poco lasciva, más seguramente que la de este San José voluptuoso y destornillado, ninguno tuvo miedo del resfriado y todos nos acomodamos en el sitio amplio que había sido reservado al Jefe.

Fueron pruebas y vinieron pruebas, saltos, equilibrios y costalazos del payaso, del cual, por cierto, no podemos acordarnos sin reir por su gran parecido con un amigo tribuno de la prensa.

Lástima que hayamos olvidado el nombre de aquella *machita* que cantó versos tan disparatados como el que sigue, pero con mucha suavidad y donaire:

No regaré con mis lágrimas
La tierra donde nací,
Porque no quiero que digan
Que me voy pensando en tí."

El Licenciado Astúa, enamorado de la vocesita, ordenó la repetición de las trovas; y en efecto fueron recantadas por aquella muchacha de cabello cortado y ojos negros y rostro pálido que tenía en su actitud y su acento una acusación de tristeza que le daba interés poético. En fin, como estábamos á la faz de la pálida luna, es posible que todo no fuera más que una quimera ó visión.

A las once y media estábamos rogando á la dulce y mórbida hada del sueño que nos besara mucho y prontito nos entornase los párpados. Teníamos que mañanear, y nos aterraba la idea de levantarnos sin haber descansado lo suficiente. Teníamos los huesos un tantico mondos y hasta lirondos á consecuencia de las jornaditas á caballo.

Esa noche le tocó á *El Heraldo* hacer guardia, ó dormir en una sala contigua á la alcoba del Presidente. Y así fué que el pobre periódico, que no cerró bien los ojos ni un momento, ni menos pudo darse á interrumpir el silencio con su ronquido, hubo de abandonar las blandas plumas luego que la rosada aurora se asomó por los balcones del Oriente. En efecto, el señor Iglesias, á las cinco de la mañana nos daba personalmente la voz de ¡arriba!

Sin embargo, no abandonamos la villa, hasta las ocho y algo más. Las bestias andaban siempre á manga por hombro; cada vez faltaba alguna, y era preciso esperar que se le diese caza con perros listos, ó hacer remuda. Mas, por fin echamos á caminar, después de haber hecho grandes pucheros, ojos tiernos y cariños á la gente naranjeña que había tenido la fineza de acudir á decirnos adiós.

Caminar y caminar. Una necesidad nos hizo desmontar cuando menos lo esperábamos. Era ésta la necesidad de echar en firme mano del revólver para contener la abominación de un enemigo espeluznante que se empeñaba en defendernos el paso ó clavarnos su colmillo mortal. Echamos pié en tierra y con denuedo inesperado atravesamos el caballo, hicimos mampuesto de la silla, cerramos el ojo derecho, vimos con el izquierdo á la punta del cañón y, tomada la puntería, disparamos. El *pum* y la muerte todo fué uno. Enorme y anillado cascabel que nos llegó á amedrentar con su medio cuerpo empinado sobre la rodaja de la otra mitad, y con aquellas fulminaciones siniestras de su lengua ahorquillada, allí quedó, tendido en la mitad del polvoroso campo. Un alemán que acertaba á pasar nos dió la mano en señal de admiración y dos guineas por el difunto reptil.

## VI

Ya estamos en San Ramón!....

Muerto el colmilludo cascabel, la cabalgata pasó de prisa. Nos habíamos adelantado desde el Río Grande, que tiene una cuenca de abismo, y así sucedió que fuimos nosotros los llamados á desempeñar en esa ocasión el papel de Teseo, el estirpador de pícaros Procustos.

Los ramonenses, en número infinito, se presentaron en caballos grandes y pequeños, briosos y mansos, etc., etc., árabe ninguno, pero acostumbrados á vencer aquella vía de altos y bajos interminables. Allí recordamos el canto del terrible Dante, en que dice en verso:

¡Maestro, me horroriza
lo que leo allí.....

La terrible leyenda estaba puesta sobre un ancho del propíleo del infierno.

En fin, el camino para San Ramón es un camino difícil, y conviene que los gobiernos protejan liberalmente esa vía que conduce también á ricas zonas del país: San Carlos vale por un gran porvenir agrícola y hasta urbano.

Allí, en ese remanso de nuestro sistema montuoso, brillan las aguas mansas de grandes ríos que convidan con su tranquila índole á que se les hermosee con la góndola perezosa y el buquecito activo. De San Ramón á San Carlos hay poca distancia y de San Carlos á las junturas con el Río San Juan, que, según hemos oído decir, los nicaragüenses pretenden que es suyo exclusivamente, no hay más que un paso fácil.

San Ramón es, pues, una ciudad que merece patrocinio especial del Estado. Centinela á la postre del camino, soldado que cala su bayoneta *patriótica* á la boca del bosque, es necesario que reciba lo que ha menester para que su papel quede bien representado. Si no tiene pólvora no podrá

disparar; si no tiene plomo no le será posible hacer que la *enemiga* eche pié atrás.

El San Carlos es río de grande importancia, y el primer vigía serio de esa corriente navegable hasta el Atlántico es la bonita y adelantada ciudad de San Ramón: la cual, si conforme al anhelo de los palmareños no llegase á ser la capital de la provincia, siempre tendría que ser á todo trance la primera ciudad de la circunscripción provincial.

Espuela al ijar, punta de rienda al anca, zangoloteo allá, pudimos al cabo vencer la pendiente y poner el pabellón en la cima. La primera palabra que oímos fué la de Cleofás, que nos decía: ¡San Ramón!

En efecto, á corta distancia de aquel picacho enmarañado de nieblas blanquizcas y de plomo, una población que, fuera por el anhelo de llegar á cosa civilizada ó de bajar de la montura escarneciente, nos pareció un prodigio de primor. Cierto es que esa ciudad viene á ser el más hermoso de los oasis entre Alajuela y las tierras feraces de San Carlos.

San Ramón reune condiciones de emporio en el desierto. Es una Palmira ó una Alejandría.

Tiene bella sociedad, gente que gasta las costumbres de San José; que bebe wisky, que bebe vino, que toma cerveza, que come carne fresca y usa toda clase de conservas; que viste como debe ser, que habla español corriente sin melindre, que aspira, que se mueve y hace y se engrandece; que cuenta por número mayor sus mujeres lindas é inteligentes, y apenas, de vez en cuando, se ve en caso de arrojar á la piscina romana ó al hondo río de Esparta, humanidades inútiles.

Hermosa vista! San Ramón es un panorama contemplado desde las alturas de aquella cuchilla que se yergue del otro lado del río profundo. No queda mucho más abajo de esa altura de 3,500 y pico de piés; al contrario, la bella población se destaca sobre un horizonte que no marea la vista ni por alto ni por bajo. San Ramón está sobre una meseta. Tiene una ancha puerta sobre el Norte y recoge todos los ecos que la civilización envía desde las tierras de arriba que gobiernan ó arriendan el corcel del progreso.

Es una ciudad pequeña; aun no reune gran número de casas; pero tiene los cortes de una capital próspera. Su planta es de lo mejor; calles anchas, rectas y cuadradas, sobre un plano casi horizontal en su mayor parte y capaz de contener un millón de habitantes, sin que haya necesidad de alas para subir ó bajar como pájaros.

## VII

San Ramón estaba de gala. El tricolor nacional flameaba alegremente en cada casa. Entre arcos y palmas y festones y gallardetes, en medio de vítores que partían con estruendo del gran cortejo de á pié y de á caballo y al estampido de las recámaras y la bulliciosa charla de las campanas sonoras, llegó el Presidente á la hermosa y cómoda casa que

estaba dispuesta para que le sirviese de morada. Inmediatamente se tocó á aseo. Cada cual le añadió á su agua lo que pudo: una botella de la florida, de colonia, de aguardiente, etc., y procedió á darse con la esponja ó la toalla hasta encontrar la cutis ó el cuerpo que yacía enterrado debajo de la triple capa de polvo.

Así que el Presidente asomó al balcón (la casa era de alto) sonó un estruendo que hizo que la comitiva se le pusiese inmediatamente al lado: pudo pensarse que algo grave amenazaba al Jefe de la República. Mas todo resultó ser altas voces de alegría, saludos en cuerpo, demostraciones de cordialidad, vivas al señor Iglesias y más vivas al Presidente. También los bóreas de poderoso pulmón abanicaban fuertemente y alzaban sus cantos jubilosos columpiándose en la arboleda de la plaza sobre cuyo lado Oeste quedaba la morada presidencial. De modo que el bullicio era una mezcla confusa de voces, de gritos, de repiqueteos, de disparos, de choques de herradura, de relinchos, de tasquidos de freno..... Aquello fué una ovación verdaderamente ruidosa.

De repente sonó la corneta: orden de silencio. Como por encanto calló todo; la ola doblegada escondió su frente en las arenas de la playa. Un joven de pocos años subió sobre una mesa; era el maestro de escuela que se disponía á hablar por toda aquella inmensa gente. El señor Iglesias y su comitiva se dispusieron á oir atentamente. El joven orador soltó la frase con entonación y cadencia, y auxiliaba las ideas con su acción conveniente. Si el discurso no era improvisado, el decirlo sin titubear daba crédito de una memoria fresca y de un recomendable desembarazo.

El señor Iglesias contestó inmediatamente, agradeciendo primero las demostraciones del fino aprecio que allí le ofrecían los ramonenses, distinguidos por su amor al trabajo y sus apegos indiscutibles á todo lo que lleva la marca viva del progreso. Habló de política, alentándolos á ser respetuosos con la autoridad y á no dejar nunca de la mano la salvadora causa del orden. Les ofreció ampararlos en todo cuanto le permitiera la ley y el miramiento que en proporciones justas debía tener el Jefe de la Nación por los otros pueblos. El señor Iglesias, que tiene de ha tiempo ganada la reputación de elocuente, fué de esa vez, en todo rigor, hombre de palabra, de prudencia y de visión. Sus últimas palabras fueron saludadas con una salva de aplausos que parecieron una tormenta. La banda de música echó á los nortes amotinados sus aires alegres, principalmente los himnicos y marciales.

Poco á poco desfiló la gente y ya no quedaban á la redonda sino los hombres más jóvenes en mezcla con las mujeres, sobre todo, las menos muchachas, que siempre son gente más dispuesta á la curiosidad insistente. El almuerzo estaba pronto y todos seguimos al Jefe. La mesa estaba guarnecida de tantos asientos como era menester, y cada cual ocupó el que le fué señalado, sin mirar al ajeno, porque todo era dulce amistad que se contentaba hoy aquí como mañana allá, siempre que no se perdiese la estimación de todos para todos, ni el ánimo igualador del Jefe.

# BISMARCK

EL águila no suelta todavía su pluma. El frío bóreas ha embotado su filo hiriente por 80 años, en el acero de aquellas alas poderosas acostumbradas á rasgar las alturas. El tiempo deja su empresa de abatir. La piel se arruga, pero aquella masa soberbia que hirió de muerte lastimosa el imperio del Napoleón engrandecido por la cólera de Hugo, esa, esa masa milagrosa no cede, sigue compacta y firme como una legión de César. Ese hombre es una armonía de combinaciones maravillosas, una encarnación política, un canto guerrero de los tiempos homéricos, un himno á la patria, una grandeza, una gloria alemana, la levadura del imperio, una cifra de lo inmortal, un blasón de la especie humana. Nadie está más arriba que el terrible viejo de la Germania. Ninguna cumbre sobrepuja esa eminencia. El Emperador ha tenido que reconocer aquella alteza y rendirla su homenaje. Bismarck es un alemán extraordinario. Ayer estrenó la cana bruñida de octogenario. Parece un Júpiter. La serenidad lo rodea y el entrecejo hace pensar en su poderoso rayo. Bien haya el admirable derribador del imperio napoleónico. La República francesa se apoyó en sus hombros para surgir. La colonia alemana ha recordado ruidosamente al Canciller. Ahí va nuestra palabra de sincera simpatía por el insigne fabricador de la unidad alemana.

23 de Marzo de 1895.

# SEMANA SANTA

Ya vamos á entrar en los grandes días: miércoles, jueves, viernes y sábado. Los misterios incomparables comienzan á resplandecer. La corona de espinas es una constelación en torno de aquella frente de dios, y no hay en el cielo estrellas que copien las lágrimas de María. ¡Oh dulce y consoladora fe! qué mal te hizo nunca mi corazón para que de él alzaras vuelo y lo dejases en doloroso vacío? Allí va la niñez ávida de prodigio, allí va la inocencia ávida de Cristo atado á la cruz.....; la amable sencillez se prosterna en el altar y oye la palabra sagrada sin pensar en medirla, y ve la crucifixión, y se abate y adora, y maldice á los Pilatos y Caifaces. También nosotros fuimos niños, también fuimos inocentes, sencillos y puros como el candor virginal. ¡Qué mucho que lloremos la pérdida de nuestra fe y el derrame de las cuentas de nuestro rosario! Oh sol! fulgura. Sed de tu luz aflige nuestra alma. Vuélvenos á hacer aptos para sentir lo místico y lo poético. ¿Qué es la vida del hombre sin el cielo brillante y adormecedor de la indiscutible ciencia? ¡Oh dulce fe! prueba á hacer otra vez niño mi corazón, y rumorea nuevamente á mi oído tus cuentos maravillosos y tus leyendas inmortales. Dame que pueda ver en esta mañana de pascua un cielo magnífico bordado de espléndidas cabelleras de querubín.

Marzo de 1895.

## CRONICAS SAGRADAS

ESTAMOS de Pascua de Resurrección, así lo decimos aunque estamos seguros de que la muerte rastrea nuestros pasos como una tigre hambrienta. De resurrección, por que los evangelistas nos enseñan que Jesús, Rey de los Judíos, no se quedó hecho tierra en el sepulcro, sino que antes bien se levantó bueno y sano al tercer día de entre los muertos y surgió á los cielos delante de muchos ojos maravillados que veían aquel fenómeno hasta entonces no visto jamás. El hijo de María, el que fue crucificado por sentencia de Pilatos en el histórico monte de la Calavera, era Dios, y, si Dios muriera realmente, se desvanecería el Universo. Todo eso es un misterio ¿no es verdad? En fin, contamos lo que todos saben que refirieron los Evangelistas. Y hoy es el Domingo de Pascua, que es lo mismo que decir el gran día del regocijo. Y todos se alegran con la Resurrección del Hijo del Padre, y nosotros estamos dispuestos á festejar el acontecimiento maravilloso. Gran día!

***

El viernes de esta Semana Santa fue magnífico. La ciudad estaba llena de piedad: la multitud ahogaba las calles de San José. De todas partes había acudido gente, por que parece que en ninguna otra parroquia del país hay tanto espectáculo solemne como en la parroquia nuestra. Bien es cierto que los de fuera se quedan muy tranquilos y serenos sin hacer un gesto de pesadumbre á la hora terrible de la crucificación; por que esos que vienen en busca de la mayor alteza de las ceremonias augustas, alegan para no llorar ni en el supremo lance de la muerte de Jesús, el no ser feligreses de ésta sino de las otras parroquias.

***

El viernes fué un día extraordinario, sin embargo de una cierta falta de *compostura* que se notó en algunos de la muchedumbre, sobre todo, en personas de alto copete. Vimos, en efecto, á varios de los que se precian de verdaderos católicos, tirando al aire más canas que cualquier viejo acostumbrado á la vida fácil que descansa en la incredulidad y hasta en

el ateismo. Casi nos pareció que veíamos en esa falange de alegres religiosos otros tantos Rollases, llegando á invadir y matar la sencilla virginidad de la pobreza, á los postres de la orgía. Mas decimos otra vez que no obstante esos casos de poca moderación y recogimiento, todos los otros, que éramos miles, nos anduvimos llenos de circunspección y místico compungimiento. Más de doce años, á nuestro parecer, habían trascurrido sin que la sociedad se exhibiese tan llena de solicitud en sentir é interpretar como debe ser las sagradas historias de la Pasión y muerte del divino Nazareno. Luego que murió don Tomás Guardia, el gran amigo de los jesuitas y las monjas, el fervor y la inflamación por lo devoto fué decayendo á tal grado, que era de temer que el cielo lanzase sobre esta tierra su rayo mortal y su fuego devastador. Mas ahora nos consolamos pensando que entra de nuevo el tocamiento piadoso. Vimos muchos jóvenes de lo selecto, así del sexo fuerte como del atractivo, ir y venir por el Calvario en acompañamiento de las sagradas imágenes.

***

La noche del viernes no fue menos hermosamente religiosa que lo fue el día. A las seis y media de la tarde llegaba el féretro inmortal á la Iglesia de la Soledad. *El Heraldo*, que ha sido franco en todas sus manifestaciones, acudió oportunamente al Coro, deseoso de estar con aquellas almas inspiradas del divino soplo, que debían poner la dulce y magestuosa nota adolorida en las bocas de aquellas señoras y señoritas designadas para engrandecer con sus gargantas la gran ceremonia de la inhumación. No hubo oradores de cálculo que tributaran elogios al inmortal Crucificado, pero hubo un sacerdote de Cristo que habló doce ó quince minutos de aquel misterio de la muerte del Salvador. Mas queremos decir ahora que desde lo alto de las galerías del Coro, vimos con las chispas postreras del sol, una mar, verdadera mar de piadosas gentes que desde la calle del Parque llenaba el trayecto hasta las puertas del templo. En éste no fue posible que de aquella multitud cupiese ni la décima parte. Mas Dios recibe la buena voluntad y bendice las uniones que han de resultar de las entrevistas de esa tarde ó de ese claro-oscuro del día que se va y de la noche que viene. Caballeros y señoritas andaban de gran luto. Las chisteras comienzan á desempeñar su verdadero papel aristocrático ó de distinción.

***

Nos encantaron aquellos cánticos. Hubo momento en que sentimos que caía el peso de nuestra tierra y subía á mayor altura la ligereza del espíritu. Apoyados á una columna permanecimos enamorados de aquella *nota*, la más ritmica que ha sonado en nuestra oreja y ha tocado nuestro corazón. Es mística como una blanca espuma de amanecer. Parece impalpable, pero nos compenetra sin embargo. Es una melancólica que dice ¡amor! Es parecida al musical rumor que resultara de una hebra de luna

herida por una pluma de brillante pájaro mosca. Allí estaba el inmortal canto para gloria de nuestra alma. Qué linda es nuestra Vírgen. Hasta ahora ningún Bellini ha sorprendido música más adorable. Allí estaba nuestra nota personificada en unos ojos entredormidos y una linda boca de besos. Es la nota más cadente, es la armonía más religiosa. Mozart no la vió, pero Murillo la ha dejado en las inimitables curvas de sus vírgenes ideales. Estaba triste y silenciosa y la amamos mucho más.

23 de Marzo de 1895.

# ESTACION LLUVIOSA

El invierno se nos ha entrado con fuerza de titán. Júpiter nos mira á relampagazos, y á disparos de truenos nos echa en cará que vivimos pegados á lo terrenal. Comienza el día tan risueño y travieso que parece un monito de niña ó sea *titi*, color de pelo de maíz tierno, cuando á primeras horas sube y baja con tanto donaire desde la tierra al cielo y desde el cielo á la tierra por el tendido de cuerdas aúreas del arpa magnífica de Apolo; y han pasado algunas horas desde que amaneció Dios, dulce, esplendente, cuando el monito rubio, regalo de las niñas, se va transformando en mico grande, en orangután pardo, en gorila negro, en monstruo espeluznante, y ya entonces el arpa de oro se convierte en guitarrón insonoro, en marimba de *zambos* ó en chirimía de indígenas. El cuadro cambia completamente. El raso azul del éter, cruzado de bandas blanquizcas, y recamado de copos de nieve esmaltados de oro y plata, se va volviendo poco á poco tela de luto, túnica de capuchino, sotana de clérigo, capuz de hipócrita; y ya negro como una lengua de loro, como una conciencia empedernida, se echa de bruces sobre nuestra pobre tierra y la estropea, y la inunda, y la socava, y de humedad y frío la cala hasta los huesos. Y todo se aflige y parece que vaticinara que ya hieren la vecindad con su casco las bestias ¡ay! del profético San Juan.

Es un invierno atroz, y tenemos malas calles y peores alcantarillas, que no lo son en manera alguna, y tampoco arroyos son, sino canales descubiertas, y, más que todo, angostas para contener el agua que cae aun en épocas de lluvias menos rigurosas.

Y así sucede que el líquido elemento disparado con violencia, como si el enemigo alto tratará de regocijarse nuevamente, ahogando una vez más al humano linaje, que nada ha podido hacer contra él en desquite de que lo creó, se derrama por todo el ámbito callejero, y como no cabe en el espacio público, invade el privado, y se mete en las salas de recibo y en los dormitorios y en las cocinas. Y aunque en ese diluvio se ahogan muchos perros y muchos gatos, no se ha visto que ruede en la corriente uno solo de los roedores plomados que tan preocupado tienen de contínuo al señor Médico del Pueblo.

En fin, la menor desgracia sería que el *diluvio* volviese y nos ahogase á todos, pues

"¿Qué es la vida? Una ilusión.
Y el mayor bien es pequeño
Que toda la vida es sueño
Y los sueños, sueño son".

Lo que nos arde es que ya que en el verano no podemos tener diversiones, por que la gente alegre se va al campo, en invierno tampoco podamos tenerlas, ni siquiera de circo con tigres, por que no hay manera de traer compañías dispuestas á arruinarse y á no tener con qué regresar á su tierruca. Pero digan, señores, si no sería lindo estar gozando de traviatas, mascotas y *madamas* Angot, mientras el cielo tonto se entretuviera en estar olímpicamente gestudo y cejijunto lloviendo y tronando. Qué se nos diría?

# FRAGMENTO

(A raíz del asesinato de León Tessier).

Ah! Costa Rica no es un país despreciable; Costa Rica es una nación llena de buenos elementos, sobre los cuales brilla el rayo de la civilización. Los malos caracteres ó, mejor dicho, las índoles pícaras ó los perversos instintos no son bastante cosa en este país nuevo para que por encima de sus tinieblas no doren las almas benévolas, juiciosas y prudentes que llevan la marca de la cultura de las naciones mayores. Doran por encima de las tinieblas los arranques generosos, los ímpetus severos de la justicia, el amor por lo noble y el odio luminoso por lo miserable moral, así como una alba chispea y sonríe sobre los filos encapuchados de la montaña. Ah! es inútil que el crimen dispute su campo á la nobleza en este país. Aquí la mala voluntad estará encorvada por la benevolencia, el aborrecimiento por la filantropía, el cinismo por el pudor, la bajeza por lo alto, el mal intento por el ojo espiador; aquí la perversidad vive y vivirá apretada bajo el pie inamovible de la persecución. Costa Rica ha demostrado que tiene virtud, y que el vicio es apenas una sombra que la destaca más, desnuda ya su púdica tez, ora envuelta en su túnica limpia. Triunfa en esta sociedad el número de los hombres sensatos, el de las mujeres sin mancha, el de los corazones amasados por Dios y no por la mano negra del demonio. Ah! Costa Rica es un país que merece aprecio; él no tiene la culpa de que el asesino y el ladrón escupan su suelo; son responsables del baldón que sufre el entusiasmo y el sentimentalismo que siempre fueron consejeros atarantados. Si el ladrón en cuadrilla fuese suspendido, y el asesino fuese ahorcado, he aquí que la gente honesta, que es la cifra alta de nuestra sociedad, no tendría que cerrar los ojos, á menudo, ante hechos atroces, ni que avergonzarse tanto por insufribles escándalos. Una benevolencia mal entendida—incientífica—á pesar de los criminalistas soñadores, ha sido la causa de que los grandes crímenes se hayan aumentado en espantosa proporción durante los últimos tiempos.

1º de Junio de 1895.

# IGUALDAD

ZAPATERO á tus zapatos ó pastelero á tus pasteles, no quiere decir que haya clases, y que el hijo del verdugo ha de ser forzosamente verdugo; ni que el hijo del ladrón ha de ser ladrón; ni el del asesino, desgarrador infame de las venas de su prójimo. Eso quiere decir solamente que aquel que sabe hacer buenas *chanclas* ó pantalones holgados ó machetes firmes para la roza y la aporca, hará mejor si consagra sus esfuerzos á esas funciones honestas y deja la pena de muerte y el camino de hierro, y los demás asuntos de la política á quienes han hecho estudios para que den voto en esos negocios. Las clases sociales, desde el punto de vista del egoísmo monárquico, son una locura insostenible, y por eso amamos á Mario y al Canillón de Angel Pitou; pero la igualdad de derecho es un escándalo de locura, si ha de afirmar en su virtud, que un fabricante de candelas chorreadas goza de la misma expedición racional para meterse á las honduras de la política, donde se resuelven los más árduos problemas de la asociación, y de ésta en sus relaciones con la humanidad. Sócrates será siempre un filósofo que nada tiene que ver con los griegos que lo obligaron á beber la cicuta. Aristóteles será siempre un libro sabio y maravilloso delante de sus contemporáneos y la palabra de Voltaire y de Rousseau vivirán con tal eco, que, aquellos de su tiempo, revolucionarios también, no acertarán á ser oídos.

El trueno de Dantón apaga la voz del vulgo ó la populachería, y el rayo de Mirabeau tritura la elocuencia de la aristocracia.

Así sucede siempre. Dios manda que cada muchacho tenga su papel propio. El que no sabe escribir ¿para qué se mete notario? ¿Y el que no estudió leyes para qué aboga?

La sociedad se compone de distintas fuerzas. Esté cada energía en su puesto y la nación marchará bien. Hágase un médico de un sastre y estaremos perdidos. Hágase un sastre de un doctor en medicina y andaremos con las vergüenzas desnudas.

Ahora decimos que la moral de esta fábula es que aquellos peroradores que *revuelven los términos* pretendiendo que un loco de atar puede ser un hombre de juicio, que un mentecato puede ser un ingeniero, un rábula un juez, un curandero un médico y un ignorante un sabio, son los peo-

res instrumentos de la sociedad civil y política, y que por ende deberían ser echados de la tierra como pestes de la república.

Hermosa vida aquella, en que sin diferencia de derecho, pero sí de individualidad y de ocasión, todos los ciudadanos de un pueblo se mostraran satisfechos de la tarea que les tocó ó ellos exigieron. Hermosa tarea aquella en que el zapatero viviera contento clavando sobre sus hormas y el médico escribiendo sus recetas.

Dios ha creado fuerzas distintas y la bienaventuranza social consiste en que cada fuerza cumpla su destino y no busque choque con la de su lado. La nación debe proteger á todos. Y el derecho del Estado es para todos; pero el derecho condicional no es el mismo para todos sin igualdad de condiciones.

## GRANDES HOTELES

TENEMOS, efectivamente, en ese ramo, establecimientos que hacen honor al país. En los últimos veinte años el adelanto de Costa Rica, particularmente el de la capital, ha sido maravilloso en todo aquello que es ornato y comodidad y confort de la población; pero de los hoteles y restaurantes podemos decir que estos han sido creados en un período de tres ó cuatro lustros. Antes no había nada de eso; todo era unas cuantas posadas modestísimas, ó casas de huéspedes, en las cuales el candor patriarcal reinante no solía hacer diferencia entre comensales y gatos, aves domésticas y podencos salameros; los unos y los otros, llegada la hora del regalo, ocupaban sus puestos sin tufos ni melindres, en torno á una misma mesa, coja casi siempre y lujada desde el tiempo de los bisabuelos; y no era parte á extremar los miramientos de la pastelera ni los de su marido, el que allí charlasen también en alegre consorcio con la lora y los pericos, algunos padres conscritos y médicos y abogados: ya es sabido que los estudiantes eran la canalla revoltosa de la fonda, los muchachos mimados del ama de llaves y el tormento contínuo de la chata Maritornes de las caderas anchas. ¡Qué diferencia!; y cómo varían los años en un solo minuto! Nos parece que ayer no más, sin necesidad de previa introducción, departíamos é intimábamos relaciones á un solo *sírvase alcanzarme el dulce*, con el más desteñido ó pintado de estos valles y con el más chulo ó cuello recto de los de allende; la cual ventaja venía de la mesa redonda donde era común el salero de cristal, antes pomito de pomada, ornamento del tocador, y donde no había más que pellizcar todos de una misma fuente de picadillo y de un mismo puchero; puchero deleitador del estómago á fuerza de su llenura de huesos suculentos, de postitas gordas de cecina, de papas esponjadas, de dulces camotes y más dulces plátanos maduros, de tacacos, chiayotes, ayiotes de pejivalle y de coles pingües, resplandecientes de grasa; así como también dè tiernos chiverrillos y nabos picantes y de zapayitos frescos que parecían senos sin mancha de una nubilidad que alborea. ¡Qué diferencia de aquellas sencilleces campechanas con los tufos, melindres y ventoleras que dan tono á las costumbres actuales! Bien es cierto que el mayor progreso es la causa sola de que ahora, en vez de mesa redonda y bullanguera, tengamos mesitas apartadas, en cada una de las cuales no se sientan sino los pares ó aquellos que se parecen

por origen y educación; de modo que ya no es posible tener la dicha de comer entre pollos y gatos confianzudos, ni menos la incomparable felicidad de estar pisando el perro y de gozar durante la comida con la charla de las cotorras ladinas y la frase sonora de los papagayos elocuentes.

Ahora tenemos en debida forma grandes hoteles y grandes restaurantes. Ya no tenemos que alternar con los descamisados ni con los peleles; por supuesto, peleles y descamisados son aquellos que no tienen dinero: éstos llenan las fondas, los hoteluchos, las hosterías de mala muerte.

18 de Junio de 1895.

# ¡QUE COSAS!

PERO señores, ¿por qué se irritan y se enfurecen? Por ventura ¿es ofensa para alguien decir que un zapatero, lo más probable es que *entienda poco* de filosofía del derecho, y de ciencia penal, y de ingeniería, y de botánica, y de literatura, etc., etc., y que un médico ó un abogado, lo más probable es que no entienda ni jota del arte de calzar los pies sin que los callos protesten con feroz denuedo incomparable? Señores nuestros, motivo no hay para que ustedes alcen el grito y se encaren siniestros. La modestia, el *nosce te ipsum* es lo mejor. Mediten un momento en que cada uno desempeña en el mundo su función, y que en Inglaterra hay poquísimos Gladstones, así como en Alemania apenas apenas hay un Bismarck, y que sastres como los de París apenas los hay en otra parte, así como oradores no los hubo en aquellos días de elocuencia olímpica como en Grecia, ni arquitectos y estatuarios como los creadores del Partenón y del Gran Júpiter y la inimitable Venus y el portentoso Apolo. Piense cada cual que es mucho más propio de cada ciudadano que preste al Estado y la sociedad el servicio para que tiene más capacidad. Es inútil que el ciego quiera ver; el que no tiene ojos dará testimonio de ser imbécil si discute con quien goza de pupilas radiantes sobre los matices de la luz y las formas de la naturaleza. ¿Por qué fatalidad hemos de provocar á risa, discutiendo la filosofía de Aristóteles, cuando nuestra mano no ha oprimido ni un tomo cerrado del Stagirita? Y ¿qué nos fuerza á hablar de Mancini, y á decir de Beccaria, ni del fundador de la moderna escuela positivista, ni de la historia de los delitos y las penas, ni de las tendencias sociales conforme á las distintas condiciones de los pueblos, considerando el origen, la edad y el grado de cultura ó de vida primitiva ó bárbara? Qué nos obliga á hablar de lo que no entendemos? Ahora, si entendemos de ello, pues entonces, que no pare nuestra lengua, caso necesario.

Es preciso conocer para hablar. Dejemos al herrero que haga la herradura, dejemos al hombre técnico que calcule el puente y que haga las leyes trascendentales. No queremos echar á ningún ciudadano de la esfera de la política, que para todos es, donde todos caben; pero justamente nos quejamos de que cuestiones técnicas ó meramente científicas, de análisis y observación concreta, especial en todo, sean sometidas al fuego de las pasiones hasta ponerlas al rojo.

No corrompamos la seriedad, el buen juicio y la modestia de nuestros pueblos.

No embauquemos ni explotemos á la *gente*, haciéndola creer que ella es árbitra de la paz y de la guerra, y nada más que ella.

No le abramos más las puertas al monstruo de la anarquía.

15 de Junio de 1895.

# LIMON

A las ocho y veinte minutos de la mañana del lunes anterior, salimos en tren rápido. A Cartago llegamos sin haber logrado ver las hojas de las cercas. Era veloz carrera, y todo se confundía en una sola ancha faja verde que rodeaba las fincas, más ó menos recamada y subida de color, según la espesura del follaje y el grado del tinte. Unos treinta y cinco minutos serían los que echamos desde la estación de San José á la cartaginesa. Aquí estuvimos apenas para sacar las manos y decir adiós muy de prisa.

No salimos á toda carrera de la pintoresca metrópoli de Costa Rica; pero no había dado muchos golpes el émbolo, cuando ya se hacía pedazos el tren por esa cuesta abajo; y vimos á vuela pluma la planta del Paraíso, los soberbios valles inimitables de Ujarrás, Orosí y Cachí, y las lomas gentiles de Santiago y las llamadas de Tucurrique, y los declives esmaltados de Juan Viñas; y en ese orden fuimos siguiendo la ruta férrea hasta topar con Turrialba, donde el almuerzo nos esperaba.

En el camino, ni un solo trago..... Pasamos con el alma en la boca, con el credo en los labios, el extenso trayecto, sin intentar ni un solo breve aliento que nos sacase del miedo de rodar por aquellos abismos profundos que nos hicieron recordar á González y González, el de la famosa estrofa que dice: *el mar es cosa*, etc.

En efecto, el horror es adversario de las bebidas fuertes; el horror es amigo del cielo, prefiere el recogimiento y la mirada que se clava en Dios. Aquellos *pasos* lo son en todo rigor; ahora que los derrumbes han hecho diabluras y que cerros y cerros se encorvan sobre la línea ó se desmoronan bajo de ella, nadie se atrevería á decir que *pasos* peores fueron los del Calvario, ni siquiera iguales.

Admira que por allí pase triunfante la trompetera y desdeñosa locomotora. El abismo le parece un esclavo, el peligro un eunuco: ella va tocando á todo aliento su himno de gloria con su clarín ruidoso que espanta las bestias y asorda los montes; y así va como reina altanera que pisa el campo de sus enemigos, siempre ceñida á su frente de hierro duro la soberbia corona de humo gris.

Llegamos á Turrialba, y nos reconciliamos con la Providencia; el

*pacto* lo sellamos con algunas libaciones, las primeras que hacíamos hasta ese instante de piadoso recogimiento.

La hora se nos había entrado; habíamos perdido tiempo, había sido preciso ir con notable prudencia en muchas partes del camino; se nos había hecho tarde; el tren ordinario humeaba allá en honduras y cimas lejanas, cuando la suerte nos dió su mano en la estación de Turrialba.

Hechas las libaciones del pacto, corrimos á las mesas. Cada cual se acomodó. Nosotros preferimos estar en verdadera confianza, y tuvimos de compañeros á tres ó cuatro muchachos que encendían hábilmente nuestra sangre cabizbaja á fuerza de correr el mundo.

Levantados los manteles, nos dimos otra vez á la vela, y corrimos y corrimos, ya sin mucho temor de los peñascos de arriba y los *gouffres* de abajo, merced al refrigerio, y después de correr y de notar el rápido desfile de Las Lomas, de Peralta, de Pacuarito, de La Junta, de Siquirres, de Guápiles, de Cimarrones, de Santa Rosa, de Steinvorth, de Matina, de Moin, etc., oímos que la máquina anunciaba con su pito alborotero la entrada triunfal á Limón.

Llegamos á las cinco y media. Tarde, por cierto, habiendo salido de San José á las ocho y cuarto, pero es el caso que aunque nuestro tren era rápido y habría podido alcanzar con mucha ventaja al ordinario que sale á las siete, había sido preciso parar muchas veces en espera de los trenes de carga ó bananeros que habían ganado el paso. Nuestro tren era expreso de verdad, pero rápido de mentira ó por lujo. Cuando no había disputa, entonces si que se meneaba como todos los diablos, como un huracán por lo menos. Algunas veces corrimos á razón de 50 millas por hora, cosa inusitada en esa vía.

Luego que llegamos al puerto, nada hubo de alegría; cada cual bajó su frente y con signo de tristeza inequívoca, marchó hacia el muelle. El inolvidable Mr. Baker, Ministro de los Estados Unidos de América en esta República, debía partir esa misma tarde. Su patria lo llamaba, y los costarricenses que allí estábamos, no podíamos acompañarlo á su embarque sin verdadera pesadumbre. El grave diplomático dejaba buenas impresiones en nuestros pechos, y no pudimos decirle adiós sin que todo buen humor cediera su puesto á una amarga reflexión acerca de cómo el mundo tiene el capricho de cambiar á cada instante su decoración teatral.

Cuando el día se iba entre algunas brumas de invierno, y cuando las gaviotas batían pesadamente sus remos en largas filas, allá á distancia del muelle, así como en señal de triste despedida, entonces fué cuando nosotros agitamos nuestros pañuelos, en la punta del muelle, para declarar al Ministro y á su simpático William que nos dolía en el alma verlos irse ¡quién sabe si para siempre!....

Regresamos al Gran Hotel más que suficientemente apagados, á pesar del champagne que nos había hecho beber la cortesía muy amable del capitán del «Alene»..... en cuyo puente ofrecimos el apretón último de nuestras manos á los apreciables amigos que dejaban nuestro suelo.

En breve estuvo lista la comida, y comimos, sin que faltara nada

al decoro del Gran Hotel de Limón que nos había hecho el cariño de hospedar con distinguida cordialidad, al Presidente y su comitiva.

## II

El viaje á Limón tuvo también su carácter público. El señor Presidente aprovechó la ocasión para hacer al puerto su visita oficial. La mañana del día siguiente fué dedicada á inspección y estudio. La ciudad mostró todo su haber, bueno y malo; el Jefe la recorrió de arriba abajo, sin que fueran parte á detener su pié los abundantes pantanos que alfombran las calles en parte muy considerable de la población y que, bajo su capa de motas verdes, guardan con celo los gérmenes odiosos de las fiebres que se disponen á hacer su agosto apenas el verano les caliente la marmita como debe ser; porque ahora los días dulces están enamorados del puerto y lo miman con sus frescores.

Pero, felizmente se trabaja duro en el relleno que debe mejorar mucho la condición higiénica de la población.

Con el relleno y con el tajamar, que por cierto va haciéndose esperar demasiado, Limón será otra cosa enteramente distinta. En breve tiempo llegaría á convertirse en una de nuestras más lindas ciudades y en el paseo rey del país. Extranjeros y nacionales acudirían á esa perla de Costa Rica, cuyo precio entonces excedería en mucho al que hoy tiene. Pero hay que trabajar, dejar á un lado la pachorra, la bonachería y esa conformidad enferma de mal gusto que sólo sirve para poner pálida de anemia la ambición noble de progreso.

## III

Almorzamos....naturalmente, pues ¿cómo habíamos de quedarnos sin almorzar, siendo la costumbre que cada hijo de vecino se regale por la mañana y por la tarde y por la noche, cuando no sea más que con los zoquetes de su pan añejo? Y así decimos que esos turnios de *La Prensa Libre* no tienen razón para tomar á mal que de vez en cuando hagamos recuerdo dulce de nuestras comilonas de viaje. ¿Qué hacer, amigos nuestros? Si la suerte se complace algunas ocasiones en acercarnos la botella de Burdeos y luego la de Borgoña y la del blanco del Rhin y la del blanco de Champagne, por ventura ¿somos nosotros los que de ello hemos de responder? Pues si la suerte no os mima á vosotros de la misma manera ¿ quién de ello ha de tener la culpa sino la misma suerte, muchacha desgobernada, caprichosa y llena de voluntariedades; bailadora de can-can, que, á la primera de bastos y sin antecedentes que la autoricen, así le aprieta la boca al más feo entre los múrices y las perlas de la suya, como alza la patecita breve envuelta en pétalos de rosa, y con la punta adorable le rebana la nariz al más hermoso? Almorzamos con verdadero brío, como

quienes habían hecho una caminata de cinco ó seis leguas más ó menos á lo largo de todas las calles, á lo ancho de las ídem y al rededor de toda la villa; y esto cuando picaba el sol de invierno y despertaban alegres los hervores del suampo.

Pero lo mejor de ese día fue una excursión á Río Banano. El Presidente no quería perder la ocasión de dar un vistazo por allí, donde es fama que tiene el país terrenos que prometen mucho, y á cortísima distancia de Limón. Se va por ferrocarril, y se llega á la boca del río, en minutos; la distancia es de pocas millas, y toda la vía es plana, firme y encantada de bellezas naturales. Es un camino á que da sombra la fila de cocoteros y de otras palmas diversas. A uno y otro lado están los cultivos rientes de los coolíes, los yucales, los plantíos de ñame y de fréjol, de caña de azúcar y de muchas otras cosas que el negrito de la India Oriental cultiva para abastecer el mercado limonense. Las cabañas están allí asentadas en medio de aquella naturaleza seductora, y las niñas de azabache brillante en cuyos senos tiembla la nubilidad y en cuyos ojos arde el Demonio, van y vienen oficiosas por aquellos paraísos que se miran en las ondas del mar.

Llegamos muy pronto. Lo primero que visitamos fue la gran máquina de aserrar y labrar maderas y de fábrica de muebles diversos. Nosotros, hasta entonces no habíamos visto cosa igual, ni parecida, y quizá muchos de los compañeros experimentaron, como nosotros, un sentimiento de complacido orgullo al ver en tierra de Costa Rica aquel tren magnífico de la industria. Por un momento, deslumbrados como estábamos á la vista de aquellas sierras veloces y poderosísimas que abrían las grandes trozas así como si éstas no fueran más duras que *ayote*, y de aquellas fajas enérgicas sembradas de garfios que arrastraban desde el río al piso alto en que giraban las sierras aquellas mismas trozas como si no pesaran más que bollos de pan;—por un momento, decimos, á la vista de esa gran maquinaria, tuvimos la locura de imaginar que un Manchester, por ejemplo, no es más que Río Banano! Querríamos tener tiempo para hablar mucho y en correcta palabra de los valiosos progresos de nuestro país, y para dedicar al empresario señor Keith la alabanza que bien merece por su empeño nunca desmentido de empujar el país hacia adelante. Recordamos que el señor Obispo (estaba de visita en Limón), que se había servido acompañar al Presidente, nos decía, con espíritu patriótico que palpitaba de júbilo: «Crea usted, señor *Heraldo*, que esto es muy bueno y digno de ser mirado; no abundan las maquinarias iguales, y aun creo que las más grandes de su clase no tienen mejor tipo que ésta».

Las maderas llegan bajando por el río; las cortan allá lejos, y allá en el bosque las disponen en trozas; las arrastran con bueyes donde es necesario, hasta colocarlas junto al cauce, y llegado el caso, las arrojan al agua. La corriente, aunque serena, las va conduciendo hasta cerca de la boca. Después, peones dedicados á la faena, las toman por su cuenta y las arriendan con ganchos hasta ponerlas al alcance de las fajas terribles. Las fuerzas de brazos que allí se aplican son muy pocas; casi todo lo hace un poderoso vapor.

Hay otra cosa de ver, que vale mucho la pena de que se la conozca bien; es la finca del señor Kaempffer y Kruse. Pero de esta otra novedad no hablaremos sino hasta mañana. Por ahora baste saber que, para llegar á la casa de esa linda posesión, hay que atravesar una tersa laguna que forma el mismo Río Banano, allí junto á su boca, pues en lo largo de su curso están contenidas sus aguas por altas orillas. La travesía se hace en hermosos botes planos que pertenecen á la misma sociedad, y que atracan á un muellecito muy cómodo. De modo que ni Su Señoría, ni el buen cura católico, que iban en la comitiva expedicionaria, tuvieron dificultad para echar pie á tierra á pesar de que el hábito talar debe ser una traba muy incómoda.

## IV

Llegamos á donde Kaempffer y Kruse cuando nos parecía que estaba agotado el buen humor, que ya habíamos visto mucho y sudado bastante. Algunos habían manifestado poco deseo de tomar el bote, tanto más cuanto que uno de los compañeros, poco avisado ó muy escaso de atención, tuvo la desgracia de caerse en el agua cuando debió haber caído en la embarcación. El tal compañero se amoscó, se puso verdaderamente excéntrico y sombrío con su desgracia; y estuvo en un tris que ganara mayoría de votos en pro de una determinación general de no ir al otro lado de la tersa laguna. Llegó á pensarse, después del triste suceso del hundimiento, que algunos enanos benévolos se apuraban á avisar que no era juicioso atravesar la laguna ó entrar en ella, y hubo más de cuatro de los trece excursionistas que cambiaron de color, temerosos de que algún genio de lengua ahorquillada y colmillo de jabalí, resultara del fondo de las aguas tersas dispuesto á sumergir las embarcaciones y llevar los navegantes á sus huertos de frutas de oro. Todo lo cual hubiera sido una gloria para nosotros que no traficamos, y tenemos por lo tanto, hoy y mañana, pez con pez el bolsillo modesto. Con todo, prevaleció la curiosidad. Esta hada dominante rompió en su rodilla los empeños del miedo, y cada prójimo dió su voto en favor de la travesía. Kaempffer, por su parte, allí estaba abundantísimo en cariño y en promesas de que Cipango y Catay tenían desnudos sus auríferos senos sobre la otra orilla. Cada cual sintió en sus nervios el calofrío de la novedad arrastradora, y así fue que hasta los más aprensivos ó supersticiosos se acomodaron á la voluntad de los remos.

La navegación fue de minutos, de cortísimo tiempo. Las frases comenzadas en esta margen no habían tocado á su fin, cuando dimos con el muellecito de la otra parte.

Entramos al castillo del encanto. No de otro modo debe ser considerado el bonito y cómodo palacio que tiene por habitación el amigo Kaempffer. Es una casa de dos pisos, con escaleras suaves, con frescas galerías, con apartamentos llenos de aire y de limpieza, con útiles que estimulan á su uso, y guardada por dos pares de perros poderosos, que tienen incisivos, caninos y molares capaces de imponerle cobardía al más guapo.

Aquello fue una verdadera recepción. Del Presidente abajo, todos fuimos favorecidos con miradas y tratos de igual fraternidad. No sabemos si esa familia es protestante; pero podemos afirmar que, tanto los de pantalón como los de hábito talar del gremio católico, fuimos mirados con franca y amabilísima cortesía y abundante hospitalidad. Al dejar los botes nos recibió noble y germanamente la bondadosa, muy señora y muy delicada mujer, compañera del apreciable Kaempffer. Hizo los honores con talento y jovialidad de mujer bien educada y nacida de buena estirpe. El Ilustrísimo señor Obispo debió sentirse enorgullecido de llevar en sus venas aquella misma sangre, generosa y terrible al mismo tiempo, de los invasores que rompieron el poderío de Roma cesárea.

Así que hubimos saboreado un lunch rico en carnes frías, en vinos, aguardientes y frutas, repasamos la mansa laguna de los temores y fuimos á tomar el tren para ir á las alturas del río. Dos ó tres millas avanzamos hasta un remanso que formaba playa perezosa, ancha y esmaltada de brillantes arenas y curiosas piedrecitas de diferentes colores. Allí estuvimos sin ver un caimán. Los ojos ávidos no encontraron lo que deseaban. El lagarto, por fortuna, no muerde ni parte aquellas aguas limpias y serenas. Apenas, dicen los vecinos, muy de tarde en tarde, arroja la onda brava del mar algún animal fiero á la linfa dulce de esa corriente. Pero el pescado comestible sí abunda; de manera que Dios puso alguna vez su mirada compasiva sobre Río Banano: corre entre elevados árboles como un pensamiento misterioso que sombrean las palmas de la poesía. Nos vinieron á buscar los botes á dos y tres remos; tres horas de navegación arriba, una de navegación abajo: y aquí debemos ser francos y decir la pura verdad, aunque se nos tache de prolijos al hacer la relación.

Toda la comitiva llegó con el Presidente á Río Banano; pero no toda la comitiva fue curiosa y valiente y entusiasta por los paisajes magníficos de su tierra. Bello de más alteza no es fácil que lo haya en otra parte: ni sobre el lago Como, ni sobre el Ginebra, ni sobre el Eúfrates, ni el Guadalquivir. Naturaleza estaba de gorja cuando parió aquella oculta y casi desconocida joya de Costa Rica. Queremos decir que algunos perezosos más aficionados á darse á la vida del sueño ó de la poltrona, que al ejercicio vigorizante y despertador de las reflexiones útiles, prefirieron quedarse en los carros, echando sus repelones, haciéndoles caricias al champagne y la cerveza que habían apurado. Los resueltos, los amigos de vivir por la pupila, la contemplación y el estudio, saltaron á las barcas, sin que les importara un bledo el peligro de naufragar, que era bien problemático. Uno de estos resueltos fue el redactor de *El Heraldo*.

## V

Atravesamos el río; en un abrir y cerrar de ojos ya tremolaba el pabellón expedicionario en la otra ribera. Se había resuelto reconocer la zona opuesta, sobre la cual se está pensando fundar la población de Río

Banano. El señor Presidente quería ver, con sus propios ojos, el espacio que va á ser el fundamento de la próspera ciudad del porvenir. Extenso campo fue reconocido, y, en la caminata, más de una vez logramos descubrir tierras que demostraban su feracidad prodigiosa con cafetos pomposos, resplandecientes de hojas pingües y armados de múltiples sartas de gruesos rubíes, con arrogantes cañas de azucarados canutos, con vástagos de banano y plátano henchidos de savia cuya abundancia saltaba por arriba en chiras purpúreas y dorados racimos, etc., etc. Caminamos mucho por aquellos peregrinos campos, donde la cabaña antigua se presenta aún, con las sencilleces geniales de la fábula que describe al indio anterior á la conquista. Bajo alguno de los pajizos techos, sorprendimos gente americana en todo rigor, que se conturba todavía á la vista de los blancos, y todavía siente el afán del odio contra la civilización invasora de sus bosques y de sus costumbres primitivas. Había una india joven, descansada en el umbral con cierto descuido que recordaba el candor salvaje. El señor Obispo le habló luego en su idioma montaraz, y nos hizo saber enseguida, que aquella sonrisa entre maliciosa y cándida, entre cobarde y desdeñosa, era un tipo típico de la raza vencida por Cavallón y Vázquez de Coronado. El Ilustrísimo señor Thiel sacó de su cartera unas cuantas imagencitas de la Virgen Madre de Dios y estampas de algunos santos, y todo lo distribuyó entre la típica descendiente de los caciques de *Telire* y varios niños bronceados que por allí se andaban procedentes de la Estrella. La muchacha joven demostraba, con el brillo de su piel, con el claro de sus ojos, la morbidez tensa de su pecho y el torneado lleno de sus brazos, que aun no había profundizado los misterios de la diosa apasionada de la pubertad. Era dulce de índole, amablemente burlona y no poco resistida á dejar correr su verbo. No hablaba para ser entendida fácilmente en español, pero hablaba bastante, y sobre todo con gracia de movimientos en la lengua y en la boca. Después encontramos otros indios, pero varones, mucho menos interesantes, esto es claro, que la muchacha de los contornos suaves y picadores. El Prelado distribuyó más reliquias ó prendas milagrosas, y nos hizo saber que casi todos los vecinos indígenas de aquellos dominios serán católicos.

Nos embarcamos nuevamente y echamos á navegar río abajo. Eran tres embarcaciones. Ahora tomaba ésta la delantera, después, siguiendo el curso vario del crayón de la fortuna, le tomaba la otra; más tarde aquella. Ello es lo cierto, que no llegó antes que la última, la que primero había levado su ancla; pero todos los valientes y entusiastas exploradores de aquella cuasi maravillosa ribera, que nos hizo pensar en la simplicidad rústica de nuestro cobrizo del siglo XVI, se encontraron nuevamente en casa de Kaempffer y Kruse á eso de las cinco de la tarde, después de una navegación, sobremanera deliciosa, por aquel río que pudiera compararse á una veta argentina por lo que promete facilitar y abaratar el trasporte de maderas y productos de la industria, en un espacio de varias millas. Ya hemos dicho que muchas de las maderas que llegan á la máquina de aserrar de Mr. Keith, no presentan más resisten-

cia económica que la que existe ó consiste en ser recortadas y lanzadas á la corriente y la sierra.

Kaempffer y Kruse poseen en ese punto tierras de mucho precio. Es una concesión á tiempo que les ha hecho el Estado—creemos que por cincuenta años. Ellós tienen obligación de cultivar condicionalmente y de abandonar todo eso al término del período, en beneficio de Limón. Limón está llamado á ser un gran mundo, quizá el más rico de este país. Sus riquezas son incomparables. El Pacífico no podrá decir: aquí están las mías á competencia. Limón tiene la enorme ventaja de estar sobre la mar que baña á Europa y los países más importantes de América, con excepción de Chile y El Salvador.

## VI

«Ya se acabó todo,—decíamos.—El viaje á Banano lo resume todo. No tenemos que esperar cosa que nos valga».

Impaciencia!.... Hijos de españoles, por mucha sangre indígena que lata en nuestras venas, hemos de besar con más locura las impresiones momentáneas que las bocas vírgenes de la *espera*. Por ventura! «si ahora se apaga el sol ¿el astro rey no aparecerá mañana? Si pasa esta noche un banquete ¿ya no será posible que otro día haya manteles blanquísimos embriagados en vino? Si una mujer linda se hace fea por su buena ó su mala conducta, ó porque la viruela la señala con su colmillo desgarrante, ¿no será posible que nueva alba tiña de carmín el rostro de otra doncella? Españoles siempre, exagerados siempre, apenas queremos pensar en las impresiones presentes; y estamos listos á darnos de tiros por la boca, ó por el pecho, si por acaso esta hembra de caderas torneadas nos niega su gesto simpático; sin considerar que por un *no* femenil suele haber muchas veces *síes* para aburrir.

Pues en esa impaciencia característica de la raza de don Sancho ó de don Quijada, que viene á ser lo mismo, echamos cuentas, así que hubimos regresado de las pintorescas y, más que todo, valiosas tierras de Río Banano; y concluímos por sacar en número redondo esta conclusión: «ya no hay qué hacer ni qué esperar en el puerto, y lo más juicioso será ir mañana á San José, donde la vida, aunque insoportable, huele menos á cangrejo, pantano y coral».

Nos equivocábamos de medio á medio. La suerte tenía indicado que muchas impresiones nuevas nos esperaban, y que el día siguiente iba á ser trazado por una hada famosa en conocimiento de la vida amable, de la vida que sueña y se apaga riendo, sin que llegue á saber que la llama azul de ahora es la postrera de la bujía, cuyo pábilo se ahoga en la estearina que escapó: la dicha.

Las negras abundan en esas tierras, y cuando no son negras son mestizas y cuando no mestizas, gente de poco pelo. Bien es cierto que llegan beldades de otras playas y de otros mares. De Colombia vimos

algunas trigueñas adorables, de gracia no común, y, antes bien, rebosantes de sal que podría con ventaja llenar los saleros más exigentes de las ricas mesas del puerto. Preciosas criaturas, de pieles hechas de pellejitos de trigo tocados por las llamas de la Aurora. Hay también, de otras zonas, hembras que seducen; pero lo común es el coco quemado y lustrado á la nicaragüense. Sin embargo, no podemos negar que hay negritas interesantes, si bien demuestran embarazo grande para ser agradables delante de los blancos.

## VII

Amaneció el día miércoles; amaneció radioso. Las aves marinas con rumbo á Limón volaban y volaban..... Un nubarrón algo negruzco que allá, muy lejos, se cernía como una gran suma de largas pestañas de árabes doncellas, nos tapaba la lira ó el arpa de Apolo, pero apenas por el pié. Las cuerdas de oro estaban tensas y resplandecientes á la vista. Los pescados del muelle saltaban como locos, atraídos del color de fuerte azul diáfano que contrastaba con las espumas de blanco, en las junturas celeste claro, de la mar dormida, pero soñadora y nerviosa por la acción de la brisa que besaba con amor las crestas de las ondas. Un tiburón enorme, casi mitológico ó de los días de Adán, se puso á flote, extendido en una línea de doscientos piés, poco más ó menos, desde la vecindad del embarcadero, con rumbo á la Uvita. Hubo alguna alarma; varios sintieron discurrir por sus nervios el medroso calofrío. Con todo, nos embarcamos, muertos de risa y de profundo desdén para las gaviotas de sesgado vuelo siniestro y para el vientecito que hería el tímpano con sus párrafos impertinentes, y para las blancas crestas de las olas que ondeaban por allí con aire de consejo. No hicimos caso de las señales; ni de las de la tierra ni de las del cielo. Soltamos la carcajada escéptica ó descreída ó rebelde contra los dioses, y nos metimos en los botes.

Eran dos las embarcaciones. Todos cupimos cómodamente. Los remos chocaron contra una escama desconocida. Se creyó que aquella piel guarnecida de *soles* ó monedas del Perú, era el pellejo de un ictiosauro antiguo. Pero fuimos adelante sin que el temor nos arrugara el entrecejo, ni bebiera la sangre de nuestras mejillas. El viento soplaba amotinadamente, y se nos metió una ninfa. Los marinos, que son gente ordinaria, echáronla fuera, y cuando observamos que hacían un disparate en arrojar á tal deidad, ya era tarde. La pobre muchacha, ávida de mundanear, tuvo que conformarse con el puntapié de los remeros, y volver á sus antros acuáticos. Sabe Dios qué cuentos le hizo á su madre. Ello es cierto que cuando la virgen pescada se hundió, muchas espumas revueltas surgieron á la superficie.

En la isla de los cocoteros bebimos mucha agua de coco y por casualidad probamos también un poquito de wisky. Recogimos algunos caracoles, matamos algunos cangrejos, vimos á la negra que guarda el faro,

tiramos el anzuelo inútilmente, compramos un pescado de manchas de oro, é hicimos correr la nueva de que lo había tirado nuestra caña, volvimos á beber agua de coco, y luego nos reembarcamos, á pesar de los gritos agudos de las aves del islote antiguo y de los *cáucamos* que se hacían pedazos en el alto filo del arrecife. A las diez trepábamos por la escalera temible del muelle.

Qué muelle! Si da horror aquella armazón. Nos dábamos á sospechar que no era sino el esqueleto miserable de algún animal creado en el principio del mundo y sometido por décadas de siglos á la descomposición. Aquello es monstruo que gime y amenaza hundirse, que ya no tiene costilla sana, ni espina que lo sostenga. El bosque de pinos de ese muelle es un bosque de árboles que el hacha ha trozado. Da miedo! Cuesta mucho ver un estacón sano. La lengua salada del mar ha hecho tiras aquella madera. Cuando estábamos arriba temíamos hundirnos y echamos á caminar á paso largo.

Después de haber almorzado nos fuimos á Matina. Llegamos, hicimos unos tiros á la playa: allá había un racimo de bananos que daba buen blanco. Algunos pegamos. Otros hicieron fuego sobre la playa y casi siempre acertaron. No había ni buque de vapor, ni de vela, ni de remo. Allí esperamos pacientemente, sin hacer gasto que valiera, como no fuese el corte de unas *gavillas;* no sabemos cómo se llama eso en español; son unas semillas parecidas á alforjas de cuero lustradas del uso, y de las cuales se afirma que son medicinales y hasta virtuosas contra el colmillo de las culebras. El arenal nos pareció excelente; nos íbamos hasta la cintura y alguien estuvo á punto de irse hasta la coronilla. Andaba por allí un lagarto y estuvo en un tris que fuese víctima de la fiera una adolescente negra, túrgida de seno. Se escapó así como por un milagro. La tarasca le había pescado el ruedo de su enagüita corta; gritó la niña, y la presencia de tres ó cuatro fue bastante para que el anfibio se fuese indignado á morder la arena de la barra.

Llegaron á las cinco y tres cuartos los vaporcitos repletos de bananos. Esa gente se hace más rica. El Estado la patrocinó con su concesión y ahora la favorece con su buena voluntad. Nos subimos, y bien ó mal sentados echamos una carrerita río arriba y otra río abajo. No entramos contra la corriente más de tres millas, á nuestro parecer. Es adorable la feracidad de aquellas orillas; el Nilo no tiene en sus vegas mejores tierras. Cacao y banano, esa es la riqueza. Y aquellos protegidos del Estado no sienten la necesidad de gastar en avisos sino allá de año en año. Dichosos mortales!

## VIII

A las siete y media de la mañana nos pusimos en marcha de regreso. Hasta ese momento la brisa del mar nos había soplado benignamente, apenas para mitigar los abusos del calor natural del puerto. La juguetona abría sus abanicos y con dulce cariño de muchacha acostumbrada á en-

tender los caprichos del amor, los balanceaba sobre nuestras carnes, con más ó menos pereza, conforme á la necesidad del caso. Pero á la hora de partir, la brisa se descompuso, frunció el entrecejo y nos arrojó al rostro, sin ninguna consideración, un buen chubasco. ¿Fué el regreso que emprendíamos lo que la puso de mal humor y encaprichada, como una loca hermosa y joven que tiene confianza en el satín sedoso de su cutis nuevo? ¿Fué que amanecía fastidiada de nuestra presencia y dispuesta á demostrar que no quebraba en ella la regla antigua de la movilidad femenil?

Julio de 1895

# LA CRONICA

El patriotismo ha tenido su fiesta. Los grandes recuerdos de las épicas glorias de la abnegación y del sacrificio por el honor y la libertad fulguraron con gran pompa el 15 de este mes. El 15 de Setiembre tiene para la República un valor histórico de mucho alcance, y el Gobierno lo eligió para inaugurar en él la estátua del denuedo costarriqueño, que representa en bronce grave la protesta para todos los tiempos contra la invasión oprobiosa de nuestros derechos territoriales y políticos, en todo rigor independientes y soberanos de toda soberanía. La elección de ese día fué acertada; el 15 de Setiembre marca el comienzo de nuestra vida nacional, ó sea de la ruptura del coloniaje á que por ley dura de conquista vivimos sometidos hasta 1821.

***

El 15 de Setiembre es un día de gran novedad y recordación para nuestros pueblos, y tuvo la dicha de ser escogido, sin esfuerzo de elección, para que el monumento consagrado por la gratitud nacional, así como recuerdo perpétuo de las jornadas gloriosas del 56 y 57, deslumbrara la primera vez el ojo ávido del patriotismo, al luminoso rayo de su sol refulgente. El año de 21 fuimos hechos mayores de edad con la cédula de independencia de la corona española, y los años de 56 y 57 demostramos al mundo que somos dignos del bien valioso que el cielo nos otorgó.

***

El Gobierno se propuso hacer grande y solemne la inauguración de ese monumento nacional, que había sido decretado hace 38 años, y lo consiguió ventajosamente. Las fiestas han sido suntuosas y ruidosas. El 15 de este mes acudieron el ciudadano y el extranjero, como en ola inmensa, á abrillantar aun más aquellos bronces inmortales con el relampagueo de sus pupilas, ansiosas de ver expuesto al ancho cielo aquel testimonio firmísimo de la resolución y el brío inquebrantables del soldado de la patria. El ejército de hoy estuvo allí también, representado por bizarra falange de infantes y de caballeros, con las diversas armas de la seguri-

dad nacional, ofreciendo al de ayer el homenaje de su respeto y de su admiración.

***

El soldado del 95 ensanchó su pulmón al recuerdo santo de las hazañas perdurables del soldado del 56 y 57, y bajo el influjo de la memoria estremeciente de los heroísmos de aquella legión inmortal, juraba en silencio religioso ser digno heredero de las armas de la República que fueron glorificadas por aquellos hombres del famoso entonces.

***

Las impresiones violentas que todavía sacuden nuestra alma, se oponen con tenacidad á que hagamos cuadros metódicos, á que hablemos de la fiesta con la medida y el compás del arte severo, y así nos decidimos á hacer pinturas breves, sin que le demos mayor importancia á la distribución ordenada de las líneas y los colores.

***

El 15 fue el día que ganó la corona del triunfo. El 13 y el 14 brillaron bien, pero el 15 fué una explosión grandiosa de luz; el entusiasmo dejó ver sus cumbres más altas. Aún está pegada á nuestra retina aquella procesión sorprendente, de la cual no habíamos tenido otro ejemplo; aquel río fué una verdadera maravilla. Desde lo más dominante de la estación lanzamos nuestra mirada hasta lo más hondo y lejano que de la calle pudimos alcanzar; y aquella era una onda invasora que se extendía poderosa sobre una línea de mil metros próximamente. Allí, en nuestro ventajoso puesto nos mantuvimos, y desfilaron ante nosotros la compañía tan disciplinada como simpática de los jóvenes colegiales, el batallón de seis ó setecientos de los jefes y soldados que nos quedan de la guerra nacional, el cuerpo montado de artilleros y también el de infantería, los grandes y los pequeños cañones de Krup y de Bange, los tiradores, y por último el ejército de á pié. El Cuerpo Militar, incluyendo los jefes y soldados de la campaña, subía quizá á dos mil hombres. La compañía de preferencia ó sea de la ciudad, es un precioso cuerpo, pero ahora no vamos á hacer recuerdos especiales que revistan carácter de alabanza. La verdad es que todo el desfile se componía de cuerpos que son muy dignos de particular elogio. Los paisanos mismos nos parecieron prusianos por su disciplina, su destreza y garbo. La comitiva oficial marchaba en el quinto lugar en el orden establecido por el programa.

***

A su debido tiempo hablaremos de los jefes y soldados que tomaron parte en la gran revista del 14 y en la inauguración solemne del monu-

mento. Desde luego anticipamos que hay distintos pareceres y que nosotros no somos jueces competentes. Quien dice que los artilleros son los señores, y quien afirma que la compañía de la ciudad ganó las palmas del triunfo. Nosotros pensamos que lo cierto de todo es que cada cuerpo y cada jefe y cada soldado pudo muy bien ostentar en su frente la hoja bruñida de laurel. Es increíble lo que el ejército progresó en tan estrecho tiempo de ensayo. Unos días, apenas, de ejercicio bastaron para que aquellos batallones maniobrasen como debía ser.

***

El 15 llegó la concurrencia al mayor grado. Hemos oído á personas muy imparciales asegurar que por la calle de la Estación desfilaron ese día cerca de 20,000 personas. Sólo San José tiene unas 30,000 almas; y es de advertir que el entusiasmo ha hecho de esta vez sentir su golpe en toda la República. El tren no descansó. Los carros llegaban á la capital atestaditos de cartagineses, heredianos y alajueleños. De todas partes nos invadían las remesas de gente. Nadie quería perder la gran fiesta nacional; se trataba de conmemorar grandes hechos y cada hijo de Costa Rica sentíase en el deber imprescindible de no reservar ni un punto de su alegría, de su orgullo y de su gloria.

***

El programa de las fiestas circuló profusamente, y consideramos innecesario decir aquí cómo pasó la función inaugural. Si el desfile fue grandioso, grandiosa en toda forma fue la religiosa y solemne ceremonia del patriotismo que evocaba, en aquel gran *Parque Nacional,* las sombras venerandas de sus mártires, y concedía á los pocos hombres que aún nos quedan del glorioso entonces, el premio enaltecedor que les discierne la patria reconocida.

***

Luego que fue descubierto el monumento, comenzaron los discursos. Fue el del señor Secretario de la Guerra el primero que rasgó el silencio de la emoción. En representación del Gobierno nos leyó su discurso extenso, mesurado y lleno de sencillos rasgos de elocuencia. El señor Delegado de Guatemala nos deslumbró enseguida con su brillantísima y sobre manera oportuna y generosa oración. Hemos tenido el gusto muy singular de publicarla en este mismo diario, y preferimos ahora guardar silencio acerca de esa pieza excelente de viva oratoria, ya que de seguro vendrán mañana comentarios que con más autoridad la recomienden tanto como se merece. Llegó su turno al Delegado de El Salvador, al Delegado de Honduras y al Delegado de Nicaragua, y he aquí que también estos tres honorables y muy distinguidos recomendados de esas tres naciones hermanas, acertaron con mucho talento y destreza á glorificar

á Costa Rica en términos que conmovieron fuertemente al auditorio y comprometieron la gratitud de sus compatriotas costarricenses.

***

Muchas coronas fueron consagradas á la memoria de aquellos tiempos de acrisolado patriotismo. Allí estaban, en torno al monumento, los tres Poderes del Estado, el Poder Eclesiástico, las corporaciones municipales, el Cuerpo Consular, el cuerpo de jefes de oficinas públicas y muchas otras corporaciones importantes, y cada uno de esos rangos oficiales ó particulares que allí estaban presentes por invitación del Gabinete, fue á depositar su laurel, sus acantos y flores magníficas en aquel glorioso monumento, que, con la gravedad del granito y la sonora expresión del bronce, da testimonio irrecusable de los triunfos de la patria. Algunos particulares también depositaron coronas y la Prensa ofreció una hermosísima que fue tejida en la quinta del ciudadano de mérito, señor Licenciado Máximo Fernández, el cual la había enviado oportunamente, con su tarjeta, al Director de *El Heraldo de Costa Rica*.

***

Llegó el momento primero en la solemnidad de ese día: el de la distribución de condecoraciones. Escena tierna, en todo rigor conmovedora. El Presidente de la República se adelanta hasta la primera grada del monumento, y don Camilo Mora, acompañado de dos Secretarios de Estado, va luego á que la mano del Jefe ponga en su pecho la gran medalla de honor que la Nación agradecida ofrece al hijo y representante del esclarecido é inolvidable patricio don Juan Rafael Mora. El señor Iglesias, Presidente de la República, no puede ocultar su emoción, y trémulo logra apenas dar al señor Mora, en nombre de la nación, el abrazo con que sella el testimonio de respeto profundo á la memoria de su padre, el gran caudillo de la guerra por el decoro y la independencia de Centro América.

***

El señor Mora recibió, en representación de su tío el eximio General don José Joaquín Mora, otra medalla de primer orden. Luego fue condecorado el señor don Rafael Cañas, que allí representaba á su inolvidable é infortunado padre, el gran General don José María Cañas. La medalla que se le puso al pecho por mano del señor Presidente, pertenece también á las de alta clase. Muchos otros jefes de la campaña fueron honrados con medalla de oro: recordamos á los Generales don Víctor Guardia y don Federico Fernández. Más tarde tendremos el gusto de insertar la lista de nombres de todas aquellas personas que tuvieron en ese día de gloria para los corazones templados en el amor de la patria, la inmensa fortuna de recibir el galardón de sus merecimientos indisputables.

***

Conforme al programa, el Ministro de Relaciones Exteriores, entregó las medallas de segundo orden y don Camilo Mora las destinadas á los soldados. La escena de la condecoración fue, á nuestro juicio, una de las más excelsas y elocuentes de esa hermosísima jornada del 15 de Setiembre.

Las nubes se amontonaban rápidamente por los cuatro flancos, amenazando de lluvia fuerte con sus enormes alas negras, que ya comenzaban, poco antes de terminarse la grandiosa ceremonia de inauguración, á soltar de sus senos el rayo y el trueno. El gran concurso comenzó á temer y á moverse para el escape. Fue, pues, imposible que dejara de haber en la retirada alguna agitación rompedora del más estricto orden y armoniosa compostura y gravedad que hasta entonces habían regido á la multitud del concurso. Ya caía el agua, y ya se hacía á cada momento más triste la mirada del cielo y más espantoso el calor de infierno de aquellas nubes amenazantes; y el parque fue quedando solo cuando no era tiempo de abandonarlo. El desfile de las huestes militares, así como el de la comitiva oficial, hubo de resentirse también de alguna prisa. Era cosa natural. No había necesidad apremiante de exponer las tropas á coger un baño fuerte que podía ser peligroso para quienes habían estado de fatiga sufriendo largo tiempo la llama de un sol vivo.

***

El programa se cumplió; y no consideramos que sea necesario hablar del estallido de las baterías que se repitió por varias veces, desde el momento en que la palabra oficial, que estaba encomendada al Secretario de la Guerra, General don Juan Bautista Quirós, ordenó descorrer el cortinaje que cubría el monumento. Banges y Krups de primera clase desempeñaron su función como quienes estaban gobernados por diestros artilleros.

***

Los movimientos del ejército no pudimos verlos; pero hemos oído decir que nada dejó por desear nuestro jefe y nuestro soldado. El General don Federico Fernández era jefe de operaciones; el General don Víctor Guardia, jefe del Estado Mayor,—ambos divisionarios,—el General de Brigada, Ingeniero don Lesmes Jiménez, jefe de la artillería. De buen grado dedicáramos párrafo extenso al ejército, á sus maniobras y á las esperanzas y confianzas que infunde el rápido progreso de los que se han exhibido de esta vez; pero no hay manera de que nos extendamos mucho. Tenemos que escribir algo de prisa, huyendo de ocasionar fastidio á nuestros lectores. Pinceladas, apenas podremos dar pinceladas breves. Por otra parte, toda la Prensa se ocupa en tratar del asunto, y lo que nosotros dejemos cojo, otro lo enderezará, y de aquello que nos olvidemos, cualquiera de los

colegas podrá aprovecharse con ventaja mayor del interés de sus descripciones.

***

Por la noche, el baile. Las lenguas parece que se resisten á ponerse de acuerdo. El gran jurado de la opinión pública prefiere seguir encerrado y no comer, ni beber, ni dormir, antes que ajustar pactos de uniforme benevolencia ó rigor. Unos hacen los mayores elogios, otros se producen con tibieza, y no faltan jueces que se rían de la gran velada y que tomen á broma pura los entusiásmos de los otros, principalmente de aquellos que sólo piensan en dar vueltas en los salones de la musa coqueta del palmito cimbrador y las patecitas inquietas. Nosotros somos poco observadores y la verdad es que como llegamos allá de tarde en tarde á un baile, apenas sabemos lo que es girar en una sala con una guapa al brazo, así como Paolo y Francesca van abrazaditos llevados del huracán de aquel dichoso círculo del infierno. Tampoco somos inclinados á las copas, y cuanto á comilonas nocturnas, nunca olvidamos que de bañadas y cenas están las sepulturas eternamente ricas en grasa humana. Así por lo menos lo reza el decir de Sancho, ó de Bertoldo, ó de cualquier Cacaseno, aunque éste no sea hijo de Bertoldino. De modo que no daremos opinión sobre asunto tan grave y contradicho. En todo caso, el *Comité* nos informará si le parece bien, ya que es á él á quien le toca quitarse de arriba los grandes moscones que quieren herirle la cara y estarle subidos á las barbas.

***

*El Heraldo de Costa Rica* estuvo contento. Nada le faltó; tiene buena índole, y, para que esté satisfecho, cualquier zoquete que ruede por los manteles basta y sobra. La concurrencia fue hermosísima; hasta entonces no vimos jamás un mundo tan guapo, tan alegre y tan rítmico. Se calcula que hubo mil personas por lo menos. A las seis de la mañana el vértigo del entusiasmo se resistía aún, como león rugiente, á dejar aquella gran sala y aquella otra de las sesiones más pequeña pero grande también, y había un grupo de muchachos empeñados en contratar de nuevo la orquesta para que continuara tocando hasta las otras seis de la mañana siguiente.

***

A las diez y media rompieron aquel aire perfumado las armonías musicales de las cuadrillas. Mil señoritas de finísima piel satinada, dentro la que vibraba la blanca carne de la juventud, abrían de ansiedad las rosas peregrinas de sus labios traidores. Colores lindos, desde la aceituna verde clara hasta la gualda, y desde el rojo del trigo hasta el moreno de carmín, y desde el color árabe hasta la tez romana, y desde la rosa de Castilla en campo níveo hasta la color incomparable de la sajona del Norte; allí estaban todas las pieles dulces y todas las teces amables y todas las epidermis

del durazno que pide ser comido y todos los pellejitos que inflaman de locura ó digamos de amor irradiante como el de Orlando Furioso.

La presentación había pasado. El señor Presidente de la República, sus Secretarios y los Delegados, ya habían satisfecho la medida de su deber. Todos ellos habían desfilado solemnemente al rededor del salón, para indicar que así quedaban abiertas para todos las ricas salas de aquella diosa disparatada de la embriaguez del movimiento.

Queremos recordar alguna cosa que sea digna de recuerdo suave, y ponemos los ojos en Manuelita, la dulce señora del Presidente, que estaba allí, amable como un alba coloreada con la sangre de suaves rosas, y llena de los rayos magníficos de la escondida modestia. La señora presidenta ocupaba un sitio común entre jóvenes almas femeninas. La vimos cordial de toda amabilidad; y *El Heraldo de Costa Rica*, siempre dispuesto á recoger un rayo de lo blanco, acudió á poner en su programa el nombre suyo. La distinguida dama nos admitió al honor, y allí escribimos nuestro signo. Hemos oído contar que anduvimos con mucha imprudencia, pues no es corriente en el capítulo de las buenas maneras, que los menores acudan ántes que la superioridad especial á hacer su oblación de cortesía con quien merece sus singulares cumplimientos. Pero incurrimos en el pecado y de ello no estamos arrepentidos.

El sátiro enorme, Pan, estaba allí con sus flautas irritantes; y allí ocultaban entre las gasas y los linos del ornamento sus curvas delicadas, las inimitables ondinas y toda la torneada familia de los ríos y los bosques del encantado país de la mitología griega.

Nos pareció adorablemente seductora la caribdiana Livia, muchachita de pocos años, y la corintia Menandra, de hoyuelos en la mejilla y la barba, y nos hizo locos de pasión sanguinolenta aquella Atilia fresca como una guinda recién brotada.

Soberbios atavíos; alientos de clavo oloroso; cutis de pera que anuncia apenas el ofrecimiento de su dulce carne; ojos audaces que miran tierna y matan salvajemente; bocas parecidas á una cuba de viejo vino de borgoña; dientes que semejan la escama chica de una punta menuda de colmillo de elefante; cuellos que convidan á la horca; senos que excitan á robar otra vez las pomas de las Espérides; tallecitos que son otros tantos abrazos locos; contornos suaves como suspiros enamorados; patitas ligeras como los cascos de la gacela; todo ese tren de condenados llameantes y perdedores reinaba allí esa noche poética, donde Dante y Petrarca confundían sus eternos colores de lo célico y lo infernal, del amor y del odio.

Nosotros habríamos querido abrazarnos con Carmen y Concha, y sobre todo, con Dafne la nemorosa. Linda noche de Faunos y Ninfas.

Setiembre de 1895.

# CANTO EPITALAMICO

(A los novios Jorge Bramma y Enriqueta Tinoco).

AMANECE el día sonriente, dulce, tapizado de nubes suaves que sirven de hamaca á los ensueños, á las espléndidas ilusiones que alzan vuelo de los rosales incomparables de la juventud.

El aire matutino encendió con el alba, con las dianas y clarines, sus alitas palpitantes, y corrió á posarse en las corolas entreabiertas como van los besos del amor á prenderse de las bocas núbiles ávidas del aroma y del jugo embriagante de la inocencia.

La crespa pestaña rubia del amanecer se alzó para dejar paso á la saeta de la luz dirigida á herir las copas, bañar en resplandor los nidos y concitar los pájaros á estremecer los cielos con sus trinos y aleteos.

Allí está el rocío chispeante como fantasía de Nájera, el poeta mejicano. Son sartas de brillantes que se mecen en las hojas del mimbre con el ritmo del verso.

Allí están las mariposas, serenas aún, esperando que el rayo de Apolo enjugue sus túnicas blancas y sus chales pérsicos para abandonarse á sus locuras amables en el florido carmen.

Allí las hebras de la luz se tienden sobre la loma como las cuerdas de una arpa de dios helénico y sobre ellas pasan suspiros misteriosos para vibrar y llenar el campo de su melodía.

Allí está el filo de oro de la montaña: el día lo toca con las puntas de sus piés y lo enciende y lo hace reverberar como un acero enrojecido; y los colibríes acuden á teñir su plumaje en los colores soberbios de la mañana, que pliega el párpado de rosa y suelta el torrente magnífico de sus miradas.

He ahí el cielo y la tierra en su alto esplendor.

Y se apasiona una hoja de otra hoja, y una flor le refiere sus ansias á otra flor, y un suspiro vago del aire se queja de soledad, y un suspiro vago de la tierra surge al cielo, y las almas soñadoras van junto á la fuente que murmura, y en el jardín de las esperanzas hablan en su idioma peregrino los corazones amantes.

Y los céfiros se abrazan á las brisas, y el cielo y la tierra se confunden en amoroso deliquio.

¡Es gran día!

El amor ha preparado una gran fiesta. El arte ha combinado sus líneas más delicadas, la musa ha sorprendido las morbideces de lo bello, el ingenio ha puesto las puntas de su llama, la caída del día sus tintes más suaves, las tres gracias, su aliento y su vida.

Y allí está la virgen, la niña apenas joven con la corona de azahar ceñida á la sien y con el velo de una luna misteriosa desplegado y plegado en torno de su belleza.

Y allí está el mancebo de pocos años, con la timidez de quien ama y siente de veras el amor.

Ambos acusan su procedencia, su distinción de origen ya fundado sobre sólida base de buen granito.

Van al templo y se prosternan, y el sacerdote los recibe co nla pompa de la religión.

Y mil espectadores están allí, empinándose los unos sobre los otros para ver el rubor de la virgen y la palidez del novio.

Júpiter va á bendecir la unión y sus amadas más dichosas le quitan el antiguo entrecejo, la barbicana terrible, el rayo matador..... irresistible.

Y sus amadas más dichosas le cambian el rostro carcomido por el rostro de sus aturdidas mocedades, por aquel semblante que dominó á Juno y venció á tantas niñas de la tierra y del agua; la lluvia de oro cae y *misterializa* la boda.

Allí está Júpiter en sus mejores tiempos: risueño, jovial, bondadoso, irresistible, enamorado.

Cerrad los ojos!

Sus pupilas resplandecen, y bendice la unión.

Bien hayas tú, afortunada pareja. Que nunca os falten el amor recíproco ni las simpatías ajenas.

Os beso las manos amigo Bramma. Os beso los pies Enriqueta.

¡Hadas! Corred las cortinas y bendito sea Heros!

21 de Abril de 1895.

# EL AÑO NUEVO

El año nuevo no ha hecho su estreno como en otro tiempo solía hacer su triunfal asomo.

Algunos despechados dicen que toda la diferencia consiste en que los muchachos miran los cielos azules ó celestes y recamados de mechitas de vellocino blanco, y que los viejos miran la casa de las estrellas manchadas de lápiz ó de tinta parda.

Cosa de los años! Estamos por creer que ello es cierto.

Lo que nos abruma es que sea tan pérfida la vida. En un tris-tras le tira á uno los postigos á la cara.

Apenas hace días que encontrábamos rientes mejillas bermejas, que, ahora pálidas, no parecen sino tierra surcada hace tiempo para el riego de los gérmenes.

La juventud es la belleza. Una boca sin dientes no puede tentar los besos.

Un labio sin múrice se parece á la toca de la muerte. ¡Quién ha de morder un cachete que ya no está envuelto en piel de melocotón!

Un año nuevo es un insulto para un hombre viejo.

Los aguinaldos ya no son otra cosa que zopilotes de golilla, cuando pasó el hermoso encarnado de la primavera.

Pero si la luz irradia en el alma y la chispa mágica de la ilusión corre por la vena caliente, un adiós de año nuevo vale por un *te adoro*.

Malditos treinta años,
funesta edad de tristes desengaños.

¡Quién fuera muchacho! Y lo peor es que ya no son los del poeta escéptico, sino los de cualquier viejo descolorido, los otoños que nos ponen argentados los cabellos y bigotes y, sobre todo, enjutos los pellejos sin sangre del rostro sin gracia.

¡Triste año nuevo! Ni una amiga nos ha quedado que nos desee dicha en el 96. Al contrario, creemos, y con razón, que cada una de las de satín y rosa dirá..... el pobre! si ya no tiene muelas, lo mejor sería que descansara.

¡Oh juventud! eres tú la felicidad y el amor, así como la cortesana es la pobreza, y la vida la ilusión.

---

Pero hablando de veras, este año nuevo ha estado muy chirle. Ni los gallos quisieron cantar. Sólo se escuchaba á las doce de la noche el desconsolante suspiro del viento que tocaba á las puertas y ventanas como un loco entrapado que pedía un rincón donde calentarse y dormir.

La niebla no desfruncía el cejo, ni dejaba de rociar con sus aljófares insoportables.

Gritos, ninguno. Bien es cierto que contra todo buen gusto, la Gobernación ha dispuesto sentenciar á multa á cualquiera que se arrebate y lance un *güipay carambolita!*

Mal hecho. Hacen falta los juramentos de nuestro pueblo en los días de pasatiempo.

Cenas las hubo, pero contadas. Los hoteles han renegado de su suerte. Sin embargo, en el Imperial hubo alguna gente de pro.

---

Las fiestas tampoco prometen gran cosa. Yo no sé qué diablos pasa; pero todos estamos hechos unos babiecas. Conste que este año nuevo ha sido un año viejo y hasta vieja.

3 de Enero de 1896.

# A LAS SEIS DE LA MAÑANA

Se quejan algunos pollos, como es natural amigos de las pollas, de que las músicas de *parada* se practiquen al amanecer, es decir, á las ocho y media. Quieren los enamorados que haya tiempo para que sus muchachitas adorables se hagan el moño y se lustren la mejilla con arroz finísimo; quieren los pollos que las pollitas tengan lugar para acomodar con arte platónico ó de Zola, que todo da lo mismo, sus lindas plumas de pintada y crespa juventud. Nos parece bien lo que desean los pollos, pero nos parece mal que se levanten tarde. Bueno es que se dediquen á la vida desde el crepúsculo. Los albores matutinos son muy saludables, Y muchas mozas feas y repelentes se han hecho guapas y simpáticas con los aceites olorosos del amanecer. Déjense, los quejosos, de roncar demasiado; estén en pié temprano, pásense los cepillos por donde conviene á hora oportuna, y citen á sus niñas para darse el beso de la mañana cuando las bocas guardan aún el frescor del primer baño de rocicler.

En otras partes se tendrán paradas á las diez de la mañana, pero aquí es más correcto que se las tenga (así, pues) entre seis y ocho de la mañana. Las costumbres son distintas. Cada país tiene sus propios usos; y aquí no ha habido parada ninguna sino á primera hora.

Los jóvenes saben eso demasiado bien, y no vemos por qué se empeñen en que esas revistas de rifles hayan de tener ocasión cuando caldea el sol. Cuánto mejor hacer el trabajo sobre las plumas todavía húmedas con el frescor de la mañana. Entonces hay más deseo de aire puro y de música y de ensueño. Así que Apolo desenvaina su espada flamígera, naturaleza toda se agita y suda; y los dulces afectos van mejor en las faldas de la noche que se desvanece.

Vamos al Parque temprano, pollos; abandonemos el lecho cuando hiere nuestro vidrio de la ventana el rayo trémulo de la primera luz. Vamos cuando cantan las golondrinas echándose de la torre de la iglesia al fondo de los jardines; vamos cuando es natural que las virgencitas despierten y corran á pasar su lino oloroso por sus lindos ojitos, y su cepillo blando por sus bocas bermejas. Vamos cuando el aire fresco, matutino, acaricia las carnes con su plumón y embriaga el alma con sus aromas.

28 de Febrero de 1896.

# NINI MUERTA

Juicio

De niña era dulce y bella, un encanto.

De casada, una mujer tierna, ejemplo de esposa adorable.

De madre, un beso prolongado, una nota de amor que no se extinguía, una paloma blanca de interminable *cu..... cu.....*

De hija, un motivo de profundo cariño para sus padres. Si Juan Félix no hubiese muerto, moriría hoy. Dichoso amigo, que no ves tu propia alma en el ataúd. La pobre madre vive porque su hado sombrío la condenó á sufrir; ¡Pobre mujer!

***

Ninf era una linda criatura; pequeñita, graciosa, modelada en piedra blanca, madre de divinidades. Sonreía como un rayo de luz, enamorado del seno crespo de una flor que da su virginidad perfumada al rocicler de la mañana.

Hablaba como una cuerda de gamas misteriosas. Su voz era una nota desconocida pero embriagante de sueño. Una palabra suya era una armonía con alas para llegar al cielo.

Ninf es una cadencia que significa oro esterlino, diamante sin quiebre, rayo de luz primaveral, corazón sin una mancha, mujer limpia, querubín de la antigua creencia.

***

Todos sin excepción, lloramos sobre la losa triste. Hombres y mujeres han puesto una perla de su alma sensible sobre las coronas fúnebres.

A paso lento fuimos hasta el cementerio. Cuando nos habló la llegada, despertamos de nuestro dolor intenso.

Vimos en los hombros de los amantes, de los adoradores firmes de la belleza y la virtud de Ninf, aquel féretro odioso, y despertamos de la triste meditación. Dedicamos al pobre Ricardo un doloroso pensamiento. ¡Pobre esposo viudo!

***

Ninf fue llevada al cementerio con un inmenso acompañamiento. Los que no concurrieron lanzan su queja alta; y tienen razón: ¿qué menos querrían los mortales orgullos que persuadirse para de una vez que no hay salvación posible; que las rosas, sedosas y perfumadas, se hunden en la fosa como cualquier bagatela despreciable?

***

Luego hay quien pretenda que el escepticismo no es doctrina filosófica. ¿Dónde están los inmortales, dónde los soberbios, dónde las heroínas, dónde las dulzuras, dónde Ninf? Bajo una capa de tierra.

1º de Mayo de 1895

# ¡AY QUE TRISTE!

(A la muerte de doña María Teresa de Salazar).

De modo que la vida es un apagador fúnebre. La flor dulce y olorosa nace al céfiro llena de color y de suavísima seda, y cuando el sol la besa enamorado así que la rueda del mundo lo surge al horizonte, cae la indescriptible belleza del ideal, pálida y sin aroma y descompuesta, hasta la profunda eternidad. Y amamos, sin embargo, con empeño soberano, el triste minuto..... ¡Ah, Dios! ¿Por qué hiciste horas? ¿Por qué no mataste la vida cuando la creó tu poderosa mano? La vida no es sólo una ilusión; la vida no es sólo un frenesí: la vida vale tanto como un dolor infinito que clama contra el despotismo indomable de tu alteza; es el pesar, la desesperación, lo inexplicable; es la blasfemia de tu hijo. Haces á César, y lo eclipsas á puñaladas; haces á los Carnots y les rompes el vientre con la navaja del asesino. Allí encumbras á Catón de Eutica para que caiga en lo hondo de los odios imperiales; allá levantas la figura soberana del redentor del esclavo para que escandalosamente le atraviese el corazón la bala horrible del loco temeroso del implacable vulgo.

¡Ah, Dios!..... ¿Quién ha de comprenderte? El polvo de la tierra no es bastante para esconder la frente á tus caprichos ó á tus ciencias que afligen las almas con el espanto de la fe, de la negación ó de la duda.

Me inclino..... ¡qué sé yo!

Pero deja, Señor, que llore, deja que sufra y me retuerza de pesadumbre. Eres bueno:..... dejaste al pecho una válvula de escape: sin ella habría reventado tu imagen y semejanza. El llanto tiene virtud inestimable; una lágrima es un consuelo. Ah, Señor! déjame llorar por María Teresa, la consorte infortunada de mi amigo.

Su cariño no había perdido un perfume ni un color; como las rosas nuevas que durmieron con la noche desplegadora, así guardaba sus esperanzas y sus ilusiones; es decir, sus aromas y sus delicadeces. La nube del trueno parecía un imposible sobre su sér: el rayo exterminador, un cuento de hada abominable para su vida. La mujer adorable por su corazón sencillo y hecho para las suavidades de la emoción, estaba guarnecida de los cariños de la tierra y de las sonrisas enamorantes del cielo. Se había dicho que María Teresa era inmortal. Su raya se abatía bajo la

pesadumbre irresistible de condiciones de gracia que suelen otorgar los genios impalpables de la felicidad.

Pobre mujer..... Cuando la centella luminosa de la maternidad joven enloquecía su cerebro y su corazón; cuando su pecho de mujer sensible y apasionada se llenaba de sopor delicioso al contacto de su preferido; cuando el vigor la contorneaba con su maravillosa savia; ¡ah! entonces cayó la muerte con sus alas anchísimas y negras,.... y María Teresa, joven madre, esposa y digna de vivir, dobló para siempre al destino su cuello delicado de arrullante paloma.

Pobre amigo..... pobre amigo..... qué quieres de mí? sólo tengo lágrimas; comprendo tu dolor; ahí van mis quejas y mi llanto.

31 de Mayo de 1896.

# ASI FUE LA DESGRACIA

(A la muerte de don Juan Gutiérrez).

No sabemos quién inventó pescar en las pequeñas pozas que dan al frente del establecimiento de baños de Bella Vista.

Eran las tres de la tarde del domingo, poco más ó menos. El día estaba ardiente y la luz radiante; el cielo se preparaba para descargar un gran diluvio.

De pronto oímos una detonación: era esta señal del trabajo de recoger pez. Al ruido, corrimos: nos echamos de pecho sobre el baluarte del ancho corredor que comunica la cantina del Hotel y demás cuartos bajos con la corriente del río. Este pasa, exactamente, rozando la base roqueña del edificio que tiene su extensión larga de Este á Oeste.

Lo primero que se presentó á nuestros ojos fué el pecezuelo muerto flotando á flor de agua; luego echamos la vista para debajo del puente, y allí encontramos al señor Ossenat, metido hasta medio cuerpo en las aguas y con un cesto en las manos y en actitud de recoger pescados.

Mirábamos, cuando de repente vimos que Juan se echaba de cabeza al río desde una roca que tiene que sumegirse poco para tener su cúspide al enrase. Sentimos en el acto un cierto frío en el alma; nos atemorizó el pensamiento súbito de que no era prudente precipitarse así sobre un sitio lleno de piedras y de puntas de rocas apenas ocultas á poquísimas pulgadas bajo el nivel del agua.

El río estaba seco y casi transparente; no había tenido creciente en cuarenta y ocho horas por lo menos; el tiempo hasta entonces había sido de verano, ó de sol claro.

Un segundo, cinco, calculando mucho, habían transcurrido, cuando el cuerpo de Juan fue recogido y sacado al peñón; Ossenat y otros individuos que miraban de cerca, recogieron desmayado á aquel joven infeliz, por cuya sien y mejilla derecha corría la sangre enrojecida con toda la rebeldía irresistible de la vida que surge aún y que no se avecina todavía á la cumbre del descanso.

Juan se lanzó con el carácter irreflexivo de sus años llenos de calor, y la fatalidad que lo espiaba, así como hambrienta de tan valiosa naturaleza, lo recibió en las puntas mortales de su colmillo fuerte.

Quedó momentos poquísimos bajo del agua, como un cuerpo cuya densidad no es para flotar sobre la superficie ni para bajar á capas hondas del frío elemento; como entre la vida y la muerte.

Pronto descubrimos que aquel fenómeno era una amenaza de dolor: verlo con su cabeza hundida en manera de abandono y con sus brazos sueltos al descuido, como alas de una ave acuática que, atravesada del plomo, olvida ya como se corta el aire, todo fué entender que aquel amigo era víctima de la desgracia.

«Se ha matado, está muerto ese muchacho» gritamos. Ossenat lo recogió sin pérdida de tiempo y todos acudimos á recibirle en brazos para depositarlo en el primer lecho á mano de aquella casa.

La consternación fué general, el grito de duelo se extendió por todo el ámbito; los labios se resistían á dejarle paso á la palabra, y ésta misma se abandonaba á la quietud de la sorpresa.

Eramos los más interesados, por mil motivos, y fuimos los primeros en decir: ¿cuál es el médico, señores? qué médico debe venir? Todos convinieron en que el doctor Pirie fuese el escogido.

Pues que venga; y Pirie llegó como montado sobre un rayo, como si el muchacho del mandado hubiese tenido poder para atraerlo con su pensamiento. En efecto, cuando creíamos que el correo iba á mitad del camino, ya Pirie cortaba el cabello de Juan, y como por máquina le cosía las tres roturas que formaban un triángulo casi equilátero, con la coronilla en el medio.

«Fricciónenme, señores; que no siento mis piernas ni mis brazos, y me duele el pecho»: esta era la frase triste á que estaba reducida aquella elocuencia verbosa y matizada de vivos colores, que fue encanto de los regocijos y plegaria fúnebre delante de las tristezas.

Nuestro anhelo fue hacer lo posible. y ojalá que nos conceda la crítica que hicimos algo de lo necesario.

Despojamos al querido enfermo de su ropa interior, con la cual se había echado á la muerte, y lo cubrimos con tela de lana confortable; el médico recomendaba que se le tuviese abrigado.

La tarde, junto con las benévolas almas que allí se encontraban, la pasamos alentando al moribundo.....; le decíamos que era joven y que su robustez no se rendiría así no más; que debíamos esperar mucho del empuje de su edad temprana.

No quisimos afligir á la familia, ni á sus allegados, por razones de sangre. La verdad es que Pirie no nos declaró que el lance era grave y mucho menos mortal. ¿Para qué dar susto? nos decíamos. Esperemos. Y esperamos..... ¡Ay, qué triste!..... Esperamos hasta que el día siguiente, sin el auxilio de médico, nos dijo con su primer albor que se moría indiscutiblemente el queridísimo amigo y leal compañero.

Con la luz de la mañana le notificamos á la familia..... Enviamos conocimiento al doctor y nos pusimos en dolorosa espectación.

Como llegó el primer tranvía sin el médico, Mr. Schutt, que iba á Cartago, llevó recomendación de hacer que Pirie se decidiera á prestarnos

de prisa sus recursos científicos. Llegó el doctor hora y media antes de morir Juan. La pobre niña, la desventurada hermana Fidelia, había logrado llegar desde San José, una hora antes.

Pirie practicó un reconocimiento general con paciencia y actividad recomendables. La deducción fue la más amarga, la muerte incontenible. El pobre corazón, el lleno de ilusiones, el foco de luz tornasolada en esperanzas hermosas, la juventud plena, radiante, que no quiere encorvarse, que odia las penas y abomina la muerte; la sed de gloria, la ambición noble; el reloj de oro que cuenta con alborozo los tic-tacs de la vida temprana; la condensación del sentir y del amor de Juan, el amigo dulce de las flores que perfumaban su existencia de treinta y dos años..... ese fue el último en rendirse. Cuando todos los elementos principales de vida habían abandonado por la parálisis el puesto recomendado, aquel valiente jefe calentaba la caldera y hacía sonar el pito de salvación. Fue el último en rendirse, en caer, digamos mejor. Ah! probrecito corazón: como todo infeliz eres el último en conocer tu desgracia.

Muerto Juan, se nos cerró el cerebro. Había llegado á vernos, á nosotros los padres desventurados del pobre Julio, cuyo cuerpo emblanquecido hasta el marfil por la muerte odiosa, aún estaba resistiendo en su hueco de eternidad. Es decir que Juan, el cariñoso muchacho de pecho compasivo que había ido á buscar alivio al dolor de sus amigos, quedaba allí, rígido á nuestros ojos, como el querido Julio había quedado unas cuatro semanas antes!..... Por fortuna recordé á don Demetrio Tinoco, el noble Gobernador de Cartago. Es pariente del joven infortunado y lo llamé perentoriamente. También di la triste nueva á don Ezequiel Gutiérrez. Ambos deudos acudieron, y Demetrio me quitó de encima un peso de condenado. Se hizo cargo de todo: mandó, ordenó, exigió; y el tranvía condujo á Cartago el cuerpo; y el tren del ferrocarril lo trasladó luego á esta capital. Nosotros entregamos el cadáver en San Francisco, y ahora sabemos que en San José hubo de tener un entierro excelente. Juan Gutiérrez merecía que se le tratase muy bien, aún después de muerto.

Nuestro amigo era un excelente muchacho: tenía talento claro, viva imaginación, derroche de viveza, ideal fantástico, apego á la vida que corre, amor á lo romantesco, pasión por la burla y burla por la vida. Era un excelente muchacho á quien sólo faltaba un tornillo, el tornillo de lo práctico. No tenía sino brochazos de estudio; su ilustración la llevaba en el hueco de la mano; pero había nacido con el poder de la adivinación; y así solía hablar muchas veces como quien es orador hecho, y escribir como quien ha aprendido á tajar la pluma. Era gracioso, era sencillo, alma maligna como la de un lucifer muy simpático y siempre pura como la de un ángel de la luz. Era una humanidad, era una naturaleza, aunque metida en pequeño vaso, pero no rebelde á la aplicación.

Desde la mañana de su agonía pidió los consuelos de su religión. Hicimos lo posible por complacer aquel corazón entero; más he aquí ¡oh desgracia! que el gran bálsamo de consuelo, las más de las veces no suele estar donde se necesita. No murió confeso, pero la hostia delgadísima del

anhelo abrillantó aquella alma sedienta de luz cuando flaqueaba la mísera tierra.

Así murió..... inesperadamente. La fatalidad perseguía el picaflor; y ¿qué es un pajarillo, sin embargo de sus brillantes matices, entre las garras del ave de rapiña?

Ni siquiera nos atrevemos á poner flores en su losa: nos da miedo que salga á recibirnos con su invariable sonrisa de piedad. Ni queremos ver su madre anciana porque nos estremece pensar que nos pregunte: «¿qué habéis hecho de vuestro hermano Juan?»

Son tremendas las picardías del destino y siempre admirables las cosas de Dios.

9 de Julio de 1896.

# QUIEN SABE!

(Al partir don Camilo Mora).

QUIEN sabe si volveremos á vernos! Te vas joven y lleno de vida; pero *El Heraldo* se queda del otro lado del perfil de la montaña. Tú llevas el alma repleta de ilusiones, la indiferencia apenas como alfiler de oro, ornamento de tu corbata; tú buscas, tú aspiras, tú descubres aún, allá en el cielo, girones de azul claro ó turquí; tú amas, tu corazón tiene ritmo, tu sangre calor, la pesadumbre no oscurece ni pone húmedo tu ojo; eres un hombre que trepa todavía por los declives ó lomas con esmalte del anverso de la vida, y la nube se encrespa poéticamente sobre tu cabeza, y la niebla de plata no ciega sino que esmalta tu camino; esperas, alzas la frente; el rayo te ilumina pero no hiere tu sien con su fluído mortal; el trueno no rompe tu oído sino que divierte y acaricia tu oreja; tú eres feliz y mereces serlo largo tiempo por tu corazón entero y tu alma noble; la duda no te ha taladrado hondamente; la desesperación no ha entregado tu creencia entre su faz negra; tu músculo está firme, tu arteria late potentemente, y te ríes, y desprecias con altivez, y sientes que no se ha roto la pluma de tus alas, que tu escudo está sin hendiduras, aunque brillan en su campo las rayas del enemigo acero; que va á plomo sobre tu frente el casco firme, y ostenta tu aguda lanza el centelleo amenazante; tú vives de este lado de la cumbre y sientes aún los aromas dulces de la falda perezosa del amor; el desencanto es una malva simpática y olorosa en el ojal de tu levita.

Pero este tu pobre amigo, para quien no hay afeite que esconda sus cicatrices, ni esparadrapo que vende sus heridas fructuosamente; este viejo conocido tuyo, que te ha estimado y querido tanto, no tiene ya vena henchida; su caballo está muerto, su armadura quebrantada; un sauce lo convida allí al reposo, otro sauce lo llama allí con su ramaje desfallecido como las alas de una garza oscura que vuela moribunda diciendo adiós!; losas, letreros fúnebres le anuncian su descanso próximo.

¡Quién sabe si nos volveremos á ver! Cuando tornes, recorre el cementerio y busca mi losa y atestigua tu cariño leyendo las borradas letras de mi nombre olvidado. Anda, muévete, busca; estás en plena vida; ojalá que seas feliz, quiera Dios que Cuscatlán no ignore lo que vales.

Yo, nada espero!

2 de Agosto de 1896.

# ARMONIA

NADA hay más hermoso que la paz entre las naciones, nada más fecundo que la armonía entre las regiones políticas de un mismo estado.

El derecho internacional bien entendido y mejor aplicado á sus fines saludables, alienta á los hombres á formar de sus tierras otras tantas vías rápidas de comunicación á su espíritu y á sus necesidades físicas. La ley es humanidad, es el vínculo que traba relaciones fructuosas, y vence las barbaries y los egoísmos que dividen el mundo en países que defienden sus ideas y sus productos. Cuando el derecho reine no habrá naciones, no habrá hombres del Norte ni del Sur, y el negro y el amarillo y el cobrizo se habrán borrado en la inmensa paleta de la civilización. La cultura tiene el brillo de la luz plena, cuyo color es de armiño casto; de modo que todos los hombres serán fundidos en un solo crisol, el que da el color blanco ó mate ó rosado ó áurico. El derecho internacional se propone hacer una sóla gente de la diversidad de tipos; su fin último es de mostrar que descienden de Adán, ó que los distintos troncos surgieron en una misma época ó bajo una misma condición del planeta.

El derecho político viene á ser á las secciones de cada país, lo que el internacional á las naciones, ó mejor dicho, Estados. Establece el conocimiento exacto de obligación sobre todas ellas, haciendo sentir á cada una la perentoria necesidad que tiene de la cooperación de la otra, y poniendo en claro para la comunidad nacional la ventaja que importa la estricta unión y prestaciones recíprocas de todas las unidades. El derecho político es la vena, el derecho internacional la arteria.

Pues decimos que también las provincias, departamentos, prefecturas ó proconsulados forman en su vida propia una especie de mundo y de país. Y que siendo así, conviene á su bien que se sometan á la dirección general administrativa en modo constitucional, de suerte que gocen el influjo benéfico de la acción gubernamental, que distribuyan su savia en igualdad de proporción á todas las entidades administrativas, y que, por otra parte, mantengan la provincia entre todas sus esferas de actividad, clase y tendencia, en la más estrecha armonía de relación é interés; porque sólo de ese modo podrán en menos tiempo realizar progresos que amparen á cada una y hagan la dicha de todas y la fuerza de la unidad.

Nuestro propósito era hablar del último interés. En vista de ciertas dificultades, que luego surgen entre los elementos de nuestras sociedades cantonales, pensamos que no será demás recordar lugares comunes de la filosofía, de la política y hasta del sentido común. Mientras nuestras pequeñas entidades no aprendan á entenderse dentro de sus propias lindes, no deben esperar ventajas que sean sensibles en relación con la política general á todo Estado.

Prescindir de celos y recelos de comadres, de antojos aislados, de miras solitarias, de creencias desengranadas de las otras que se tienen con igual derecho; dejar las separaciones por razón de oficio, de familia, de aspiración, y llevar cada ciudadano su contingente á el arca común donde están en depósito todos los anhelos de toda la comunidad, mal que pese á las diferencias que introducen los egoísmos, las personas, la falta de cultura y las soberbias de arriba y de abajo: eso es lo que á nuestro juicio debe hacer cada departamento político. De otro modo es imposible realizar cosas grandes, resolver problemas capitales.

En todas las provincias, y principalmente en los centros capitales, sucede con regularidad lastimosa que reina el desorden por motivo de los celos y recelos de los próceres que no se acostumbran, sin embargo de sus desastres, á meditar sin que el número *uno* y después el *gremio casero* sean los factores de primer orden en la especulación y la empresa. No quieren convencerse de que si la justicia se entroniza en la esfera, por el mismo hecho se ha ganado en detal; es decir, que la ganancia de un pueblo es la utilidad de cada uno y de todos. No quieren los testarudos abandonar el pequeño dominio, sino que esperan que su ventaja sea ajo, cebolla ó nabo de huerta; no conciben que la hortaliza que crece en el solar de la comunidad, es la que promete especies más substanciosas, porque la dicha de todos acrecienta la fortuna de cada uno de los ciudadanos.

Resumiendo decimos, que así como para su bien las naciones deben armonizarse en el derecho internacional, así los elementos sociales de cada país deben engranar sus vidas por medio del derecho público y privado del territorio, y así también, para su dicha, y para poder llegar á la solución de problemas capitales, cada entidad política debe fundirse en una unidad de tendencia por la cohesión de sus elementos morales; es decir, por la guerra firme que todos hagan á sus miras egoístas, á sus preocupaciones sociales y á sus soberbias.

3 de Octubre de 1896.

# EL SOFISMA

En cuestiones políticas, cuando los asuntos se tratan con buena fe, con talento ó siquiera con sentido común, el fiel de la balanza en la que los pueblos pesan las razones que se aducen en pro ó en contra de los principios que se atacan ó se defienden, oscila vacilante, sin saber á cuál de los platillos inclinarse. Entonces los partidos son peligrosos, por más que las teorías que sustentan sean las más absurdas y descabelladas.

Porque es sabido que lo más verídico, lo más tangible, aún lo que no necesita de ojos para verse, porque se siente y se palpa, el silogismo rudo, escueto y descarnado, en fin, tiene su enemigo, poderoso por cierto: el sofisma, cuando éste viene oculto en las tortuosidades de la dialéctica de Maquiavelo ó envuelto bajo el manto del talento, en la elocuencia de Bossuet.

De ahí la lucha formidable de la teocracia y la democracia; sosteniendo aquélla que todo poder emana de Dios, y replicando ésta que todo emana del pueblo; de aquí la lucha eterna del dogma con la razón, pretendiendo aquél hacer como un axioma el derecho divino de los reyes y ésta como una gran verdad el derecho incontrastable de los pueblos á darse por gobernantes á aquellos que sólo sepan obedecer á los eternos principios de la justicia y de la equidad; luchas en que no se hubiera avanzado nada aún, si no fuera porque la razón tiene siempre que abrirse brecha á despecho de todos los obstáculos, del mismo modo que la luz á través de las más densas tinieblas; pero lucha también que habría desaparecido ha tiempo, que ya no tuviera razón de ser, como ya lo dijimos, siquiera sea con otras palabras, si la rémora de la sofística no fuera poderosa y formidable.

El sofisma dió al traste con el Paraíso de Moisés; el sofisma dió á Josué el poder de parar el sol, y en ello estuviéramos creyendo si no hubiera venido un Galileo á probarnos que es la tierra la que se mueve, y el sofisma, en fin, es lo que ha tenido y tiene aún, á la humanidad, envuelta, sumergida en un piélago de errores, errores que han traído al mundo calamidades sin cuento. Por eso son fatales los sofismas, porque con la sagacidad de Mefistófeles hacen creer que es realidad lo que es sencillamente una apariencia, como en el desierto las reverberaciones del sol hacen ver arroyos de agua cristalina en lo que no es sino efecto de ilusiones ópticas, y por

eso es que, los que aman la verdad, han luchado y luchan con denuedo y sin descanso por aplastar bajo el pie de la razón.

Así todos los liberales debemos de trabajar por implantar en nuestra tierra los principios del verdadero republicanismo, así debemos temer el falso raciocinio de los contrarios, cuando él sea lanzado con talento, pero así también debemos hacer caso omiso de este raciocinio cuando los que lo emplean, como los de *La Unión Católica*, pongamos por caso, en vez de hacer vacilar el criterio de los pueblos, sólo causan con sus locas pretensiones la más espontánea hilaridad.

15 de Noviembre de 1896.

# CARTAGO

Es indisputable que la ciudad reina para una vida de reposo, tranquilidad y retraimiento es Cartago, sin que á estas falten condiciones que levantan el espíritu convidándolo á recreos amables que dulcifican.

Cartago es serena, pero está lejos de ser muerta como algunos afirman con poco ó ningún examen de lo que dicen. No puede faltarle vida, plenitud de vida, á un medio que reúne dentro y en torno las más hermosas manifestaciones de la naturaleza.

La ciudad de los Gobernadores de la Colonia tiene luz intensa y sombra fuerte que contrasta con aquella; frescura que vivifica, aire puro que ensancha los pulmones, aromas que espanden las ventanitas de la nariz; sol radiante que hace la gloria del germen y el hechizo de la planta; luna que parece, ahora, la bruja tradicional que vaga por los aires, derramando su opio al través del linón blanquecino y plomizo á trechos que impide que las estrellas nos claven sus ojos parecidos á otras tantas tachuelas de oro, y luna que parece, después, sobre el filo de la montaña, aquella hostia que vió Víctor Hugo en la mano del mismo Dios que oficiaba en el suntuoso altar del Universo.

Cartago tiene muchas prendas. No olvidemos su magnífico cinturón de montañas soberbias, enriquecidas con todos los colores de la paleta inagotable del arte. Los verdes más raros, las gualdas más atrevidas, los azules más ignorados, toda clase de matices y las luces y sombras de la poética, clásica y romántica, del ingenio antiguo y del moderno, se ostentan allá en la cresta, allá en el declive. El filo del Irazú es de puro acero bruñido, empavonado y reluciente.

Pero Cartago tiene también planos bellísimos donde Flora ostenta toda su gala de fiesta; toda la ciudad está sobre una meseta ligeramente inclinada de Norte á Sur.

No hay el movimiento que hay en San José; pero en cambio se vive y no se muere en la eterna lucha del mío y del tuyo. La necesidad no espolea allí como en la capital; es más humana, menos exigente. Se contenta sin regateo con lo que basta. El lujo no la apura, la disipación no le grita, la fiebre de la soberbia no la quema, y ella puede, por lo mismo, mostrarse tranquila y pedir con dulzura y abnegación.

La sociedad tiene mucha semejanza con la josefina. Su cultura es

más exquisita, pero tiene el mismo sello. La juventud se distingue por sus buenas costumbres, y la madurez por su notable circunspección y amor á lo caballeroso. Cuanto á las niñas nada decimos. Nadie ignora que la mujer cartaginesa trasciende á esencias olorosas que manan de su candor civilizado y de su amor á la brillantez invariable de su pureza. Una niña de Cartago es una suerte segura, vale más que un talismán árabe.

Con que dígase por lo poco que hemos podido decir así, al vuelo, todo al vuelo, si no es Cartago la ciudad reina para una vida dulce, olvidada y feliz.

***

Quedamos en que la ciudad de Cartago es la reina para una vida amablemente quieta y reflexiva. Pues ahora decimos que no hay, sin embargo, motivo bastante para que excitemos, á los ricos principalmente, á que construyan en Cartago su palacio, y echen las bases de su finca; y es porque los cartagineses abusamos de nuestro bien; somos muy poco amigos de comunicar, amamos el egoísmo, y nos perdemos por cualquier capa ó sobretodo que nos cubra, en las noches de niebla fuerte que se derrite en lágrimas. El cartaginés tiene buen ánimo, pero le falta resolución. Que atraviese su acera sin temor, que cruce la calle, que oiga la lengua extraña y mire el rostro extranjero; que se avece á la humanidad entera y nadie, ningún otro pueblo podrá disputarle su ventaja. Faltan en Cartago hoteles buenos, cantinas limpias, paseos hermosos, y, sobre todo, calles propias para que corran, sin ruido estropeante de las orejas, coches y bicicletas. La Municipalidad no puede hacerlo todo, pero tiene derecho para exigir pago de gastos á los vecinos; y el que no quiera pagar que venda; así compraremos más barato los anhelantes á ser vecinos de Cartago. Cartago ganará mucho cuando á sus bellas condiciones —sin esfuerzo y sólo por don de la pródiga naturaleza—junte otras no menos necesarias que pide el *refinamiento*. No basta que la boca sea fresca y cautivadora por el carmesí de sus labios mismos; se necesita además que el cepillo lave sus perlas, las bruña y abrillante. Cartago es la muchacha linda, á quien nada le falta para que el seno le crezca en seducción y le palpite como enamorada nueva; sólo tiene que cuidar de sus afeites: que se pula, que se acicale, y que se ponga zarcillos y sortijas.

4 de Diciembre de 1896.

# VIENTOS

TAMBIEN en política sucede que todo es que empiecen á soplar malos vientos, para que los que viven en las altas regiones de la atmósfera gubernamental empiecen á sentir temblores, sacudimientos que la mayor parte de las veces dan en tierra con ellos.

Y hemos de estar en que así como para los terremotos físicos, para los políticos existen también seismógrafos que con tiempo están anunciando la proximidad del desconcierto que ha de llegar y la intensidad de la catástrofe. Un silencio prolongado, un mutismo que aparentemente es señal de aprobación, de aquiescencia y de conformidad absoluta del orden de cosas establecido, pueden siempre servir de aparatos sefsmicos á los gobernantes expertos, y así como el buen capitán de nave arrea velas y se pone á la expectativa y permanece vigilante, cuando precisamente las aguas de la mar parecen dormir para no despertar nunca, así decimos, en política hay que cambiar de rumbo, hay que enderezar la proa hacia la costa próxima y procurar cuanto antes echar el ancla.

Quién sabe si por fortuna ó por desgracia, pero ello es que no sucede así. Mecidos en las alturas y arrullados por las alabanzas del servilismo, la mayor parte se aletargan, se anestesian, y aquel humo y el ruido del incienso, ni les deja ver ni oir la tempestad que se levanta y ruge en derredor y oh! no despiertan sino cuando la conjuración es imposible, cuando en el naufragio no queda ni la tabla más frágil en que poder salvarse.

Mas, qué vientos nos han arrastrado aquí á hablar de vientos políticos, cuando nuestro intento, al empezar, sólo fue hablar de estos vientos que dejara el temblor del sábado? Diablo de pluma! y todo fué por que acostumbrados á que los vientos sean precursores de temblores para los mandatarios, nos ha extrañado que aquí el temblor haya engendrado vientos, como si en la naturaleza hoy todo estuviera anarquizado, todo vuelta abajo, todo al revés.

Y tanto que los vientos mismos, éstos que siempre fueron una amenaza para la salud de los individuos y una calamidad para las sementeras, en el día apenas si fastidian á los dependientes de comercio á quienes obligan á estar con escobeta en mano, sacudiendo la mercancía que se empolva, y á las niñas, á quienes saca el rubor al rostro, con aquello de

empeñarse en ceñir la vaporosa enagua y en dibujar las redondeces de sus formas turgentes y divinas.

¿Hay viento más inocente?

Y útil; por que á no haber habido viento, no habiendo tampoco sobre qué escribir en este bendito San José, *El Heraldo* se hubiera quedado este día sin editorial.

Con lo que tampoco nadie hubiera perdido nada.

# ASESINATO POLITICO

Todo asesinato es injusto. Esta tesis pasa ya por un axioma. La filosofía social ha encontrado soluciones tales de identidad entre la idea y el objeto acerca de ese punto, que no cabe discusión para demostrar que es impecable el quinto mandamiento *no matar*, que debe ser traducido por no *asesinar*.

*La política es un orden de cosas social sostenido por fuerzas de la comunidad, sea de un modo expreso ó de otorgación por el silencio.*

Esa no será una buena definición, pero á ella nos atenemos.

De modo, que si el asesinato político es bueno en un punto, tendrá que serlo en todos bueno; porque la autoridad social tiene hoy y mañana el derecho de señalar su víctima.

No habrá manera de contener el brazo homicida.

Hoy muere un rasurado?

Pues mañana muere un barbudo.

Hoy muere violentamente un liberal?

Pues mañana muere á manos tremendas un conservador.

Siguiendo ese procedimiento, que es el sostenido por Juan de Dios Uribe, dentro de poco tiempo acabaría la raza hominal. Las plazas de la cultura donde huelgan hoy á la sombra de sauces y de higuerones modelados por el arte las hembras y los machos, que saben otorgarse recíprocamente agasajos, serían invadidas mañana de la rústica arboleda de cuyas ramas salvajes suspendidas los monos llenarían la selva temerosa con sus agudos gritos.

El asesinato es una injusticia.

No hay manera de probar que García Moreno fue bien asesinado, sin demostrar con el mismo argumento que Alfaro mañana será perfectamente bien herido de muerte en el costado del corazón.

Cuando el liberal dice he aquí el título, el súbdito del Vaticano se presenta exhibiendo el suyo.

La lucha del puñal es una locura. Desde los tiempos lejanos está probado que injustamente nada se avanza y que es exacto el precepto de *no matar*.

Condenamos á Judit y al asesino de César; y condenamos también á nuestra egregia copartidaria, la gran Carlota.

El asesinato es una locura que tiende á echar el mundo atrás. Si nos arrojáramos por el camino de la sangre, el mundo antiguo aniquilaría el nuevo. Los batallones de la doctrina de *ayer* superan muchísimo, todavía, en número, á los batallones de *hoy*.

El triunfo moderno depende de la prudencia. El Gran Constantino no dió la paz á la Iglesia sino cuando sintió que era indestructible el muro del Sagrario de San Pedro.

*El Heraldo* no es hereje sino descreído, pero prescinde de ganar la batalla por medio de asesinatos.

Todo es lógico; no hay fenómeno que no esté en el orden de las cosas. Si las causas son, es porque los efectos persisten, y viceversa.

Deme usted la era de una revuelta religiosa y ya veremos como aparecen evangelistas que hagan nuevos evangelios. Que lleguen las ideas á su punto, tendremos Descartes; que suban y tendremos otros métodos.

El talento no consiste en la intriga ni el calor político; de lo menos que debe cuidarse el *hombre libre* es de la forma de gobierno; debe pensar en la dicha y la desgracia de la humanidad.

Un García Moreno es natural que piense que es tabla de salvación. Agujerear esa tabla violentamente, es dar barreno á los de su partido para que mañana hagan hueco en el buque de sus adversarios.

No es posible justificar el asesinato. Al contrario, cada alma noble debe protestar contra esa locura que, llevada en grande sobre la tierra, haría del globo un hospicio de locos.

Enero 1897.

# JESUS JIMENEZ

¡Imposible! Esa vida fecunda en hechos que corren por una escala de tonos variados, aunque siempre sonoros; esa vida consistente en claros magníficos y en oscuros no menos soberbios por la manera como hacen destacar con exacta severidad las figuras en todos sus contornos y todas sus siluetas; esa vida grande por la transparencia de su corriente, por la limpidez de su onda y por la calma sabia que sobre ella imperó, aún en medio de las rigurosas tormentas y las chispeantes tempestades; esa vida no puede ser tratada en un par de horas que están á disposición de nuestro lápiz.

Si fuéramos en todo rigor hábiles para echar á correr el lápiz, sin que obstáculo alguno de ignorancia lograra contenerlo, todavía no fuéramos suficientemente osados para describir los años de conciencia de ese hombre, cuya actividad y cuya actitud en la tranquila escena doméstica, así como en el teatro público, necesitan, no tanto un lápiz que corra sueltamente, para ser calculadas, como un estudio hecho ahora y repetido mañana, de los innúmeros motivos y las numerosas circunstancias que las solicitaron y á prueba dura las pusieron en ocasiones distintas.

Imposible! Ese estudio es preciso que lo haga un cerebro lleno de luz y de datos, y de alta destreza para salvar lo que la prudencia y lo conveniente exijan que aguarde nueva luz, oportunidad más acomodada al caso, conocimiento exacto y estudio completo de los latidos de la pasión y del porte alentador de la imparcialidad.

Ese hombre fue insigne, lo es, que nada insigne perece; y es justo que se le haga su libro en las condiciones en que la justicia histórica ha escrito siempre las páginas de gloria para los hombres de mérito indiscutible en las regiones altas de la humanidad. ¿Quién ignora que el patriota eximio ha hecho toda su larga labor batiendo con el ala de su empeño, cuando no el cielo político, casi siempre oscuro ó de matices indecisos y siempre peligroso, las alturas de la vida privada, es decir, la vida privada misma en lo que tiene de más útil, de más cooperativo, de mayor asistencia y más alta filantropía?

Ah! nuestro afán, nuestro gran cariño para el hombre excelso nos exalta, nos llena la cabeza de ilusiones y nos provoca á ser atrevidos; y sólo el mismo amor á esa figura patria, sentido fuertemente por el lado

del respeto que hace bajar la cabeza, tenemos ahora la fortuna de contener el entusiasmo y de advertir á nuestro lápiz que no basta el buen deseo para trazar vidas, cuyos contornos no se conocen bien, cuyas bases apenas se tocan y á cuyas cumbres cuesta mucho llegar.

Nuestro patricio, que no es mengua llamar así á quien merece por sus virtudes el renombre de benemérito, ofrece desde luego grandes recursos al escritor que ama el estudio y procura hacerlo con la debida circunspección.

Don Jesús Jiménez..... esta cúspide costarriqueña, ha venido á ser, aun ántes de completar la intensidad de su vida fúlgida con el negror de la muerte, un símbolo del valor, de la ingenuidad, de la prudencia, de la fortaleza, de la abnegación, de la probidad, del honor y del infortunio. Presidente dos veces, en ambas fué desgraciado por su fortuna. La locura del Poder, el arrojo de la superioridad, la ambición de la ventaja, no turbaron su cerebro; tal vez lo hirieron, pero á fuerza de hacerle pensar el modo mejor de salir del caos sin que la mancha viva de la felicidad terrena lo indicara á la reprobación. Al contrario; ya se convierte en axioma de política en este país, axioma exagerado por supuesto, que la conducta de los gobernantes debe ser apreciada con relación al estado de fortuna en que se hallan cuando dejan el mando.

Nuestro grande hombre ofrece un ejemplo, casi inimitable, de honradez enaltecedora sobremanera.

La primera virtud de los que gobiernan, no es quizá el odio á la rapiña, el desprecio á la especulación que se hace á la sombra del sitial de la Presidencia; pero es indiscutible que, en el cuadro de las virtudes políticas, lleva notas muy altas de la confianza y la simpatía populares, esa virtud que sale blanquísima del crisol de los manejos limpios del haber fiscal.

Pero en la vida política de don Jesús Jiménez hay tantas excelencias de orden superior que piden consideraciones graves y que, más tarde, habrán de servir de estudio y de modelo.

Hay un fenómeno que no debemos olvidar. La revolución del año 70 echó abajo la autoridad de don Jesús Jiménez, con alegato de que este jefe era indigno de gobernar á Costa Rica, á la cual desacreditaba y hundía con su administración plagada de locos derroches y de tiranías y muchos otros errores capitales. El señor Jiménez fue arrebatado de la silla de mando por el torbellino de rugientes odios. La Convención enfurecida se alzaba y le perseguía como ola que encrespa el cierzo, y á nadie se le escapaba una defensa del hombre: que tal era el coraje con que la victoriosa revolución hería con su herradura las huellas políticas de aquella vencida é infortunada personalidad. El gran Guardia, sin embargo, no tardó mucho en amparar aquella alta ruina, al gran don Jesús Jiménez; y no había trascurrido mucho tiempo, cuando ya el *enemigo de la República* andaba de boca en boca como insigne jefe, ejemplo de mandatarios, modelo de hombres probos, desinteresados y patriotas. Hoy ¿para qué decirlo? El nieto del doctor Castro, del Presidente caído por las espadas sin disciplina de las cohortes, para hacer campo á la segunda administración del

señor Jiménez, está allí en su puesto de jefe, despreocupado de la República, con el traje negro, símbolo de duelo, con el pensamiento del dolor en el alma, y ofreciendo con la más pura sinceridad los fúnebres honores de alto rango al grande de Costa Rica.

Mas ¿á dónde vamos? ¡Imposible!..... Ni tiempo ni estudio tenemos para trazar esa vida. Fuera preciso tener ya completas las planchas del libro y no hacer sino que se moviera la prensa.

Lo que ansiamos es que nuestro lápiz consigne en el acto nuestra pesadumbre, que se vea nuestro crespón negro. Ha caído el alto cedro, pero en su lugar, la justicia histórica planta hoy el laurel resplandeciente de la gloria inmortal é imperecedera.

13 de Febrero de 1897

# UN IDILIO

Es difícil hacer cosa que valga una mirada ó una atención, aunque el asunto tiene por demás interés poético. Ellos se casan; digamos mejor, el y ella se dan la mano de esposos el domingo, y se juran, por lo tanto, en ese hermosísimo día, amarse con todo el corazón; término igual á sostener una larga cadena de dimes y diretes deliciosos, por encrespados que parezcan, de oposiciones graves, y toma un pellizco y toma otro, que hacen amable la vida monótona y ramplonísima de los matrimonios que duermen para siempre la noche de la boda ó no se divorcian.

Y es cosa dificilísima, repetimos, hacer literariamente algo que merezca llamarse celebración ó epitalamio de la boda de esos muchachos peregrinos, que después de siglos y siglos de misérrimo descreimiento ó de la *desplumación* de Cupido, llegan á las tablas y se presentan en traje de verdaderos amantes ó sea de Tirsis y Dafne.

Con todo, es grave la obligación que pesa sobre nuestra pluma. El es un joven, que bien pudiéramos pasar por alto, esta es la verdad sencilla; pero en cuanto á Dafne..... ahí está la historia, ahí está el gran problema.

***

*Tirsis?*.... que nos importa el imberbe y vanidoso que ya no mira á nadie y á ninguno guarda los debidos respetos de hombre en esbozo, nada más que porque la fortuna loca le puso delante una niña que vale un millón de veces más de lo que él pudiera esperar? Porque ese pastor de la Arcadia ó de cualquiera otra parte de la tierra de los Teócritos ó Moscos, suele presentarse ahora entre los grandes, como si por acaso su estatura de enamorado de los tiempos de Tirteo, lo autorizara para pretender que es figura, ó puede serlo, entre los alegres traficantes de la época de Zola. Mas seamos justos. Nuestro querido Tirsis, es un buen esclavo de su amada. No podía tener la dulce criatura un servidor de condición más alta. Tirsis, tiene talento que va mucho más allá de la visión vulgar; es muchacho estudioso que se informa, que planta mirtos, rosas, jazmines y laureles en su jardín; que hace fuerza por abrir campo en el dominio de la economía honesta, que estudia oraciones de Cicerón y hasta de Demóstenes, porque al mismo tiempo que ama la vida del juez,

ama también los ímpetus del político. Tirsis es muy inferior á Dafne..... ¿Quién lo duda?.... La niña trigueña ó de color de trigo, grano que Ceres pintó en su primera inspiración, no tiene nada que se le parezca: es sola como el Polo del Norte ó como el Polo del Sur, pero sola! Tirsis es buen muchacho. Tiene delante el porvenir, pero sus fuerzas son mayores que todo el susto del futuro. El triunfará, él será rey, aunque no tenga más corona que la dicha de tener en su sala de esculturas soberbias á la peregrina Dafne.

Ella es un portento. Su rostro no es el de una madona, es el de una hija perfecta ó típica de los capullos que brotan en esta tierra de bellezas, al calor de los faldones muelles de nuestra rica naturaleza tórrida. Dafne tiene una gran fuerza de atracción. Su juventud tiene más lindas flores que una primavera tropical, y más perfumes suaves que la vida parisiense que rueda sobre francos inagotables.

* * *

Que se casen! Bien hecho!....

Manuel Argüello de Vars, realiza su fresco sueño, el delirio de sus primeros años. ¡Ah! que espantosa felicidad. Ver hecho figura tangible el anhelo de la juventud que apenas empieza á palpitar! Parece mentira. Manuel Argüello, nuestro querido amiguito, es un gran dichoso. Se meció en el columpio de la ilusión, y sin profanar la sencillez, quema sus entrañas en el dulce fuego de su primer amor.

Clemencia Bonilla ¡oh Dafne encantadora! tu serás feliz. Desde luego te hacen dichosa la belleza y la dulzura. Tu eres la liana verde y florecida.

Que sea Manuel tu roble robusto.

* * *

El misterio los envuelve. La alondra canta, el ruiseñor tañe su flauta nocturna, el jilguero arranca notas á su famoso clarín. La hoja del huerto conversa con el céfiro, el mimbre revela las travesuras de la ninfa, y la corriente mansa se pára á escuchar el susurro misterioso de la grama que la sombrea. Ya son felices. Se aman como dos locos, como dos muchachos embriagados de sangre nueva, de sentimiento fresco y de fantasía acabada de pintar. La boda estuvo soberbia.

Delirad amigos, la copa es jónica. Está recamada de driadas y faunos. Baco la llena, mientras Pan se regocija. La diosa de la concha, y el consentido chiquitín que la llama madre, bendicen desde el borde á la juvenil pareja. La espuma convida. El licor hierve como una pasión que no sufre espuela ni freno. Oh! la dicha..... Qué bella es la felicidad! Qué hermosa es la juventud enamorada! Hundid hasta el fondo vuestros labios juntos, mis queridos jóvenes. Buenas hadas, cubrid de flores el lecho de la núpcia.

Abril 1894.

# LA CIVILIZACION EN PELIGRO

El asesinato perpetrado en el señor Carnot, Presidente de Francia, ocurrido en Lyon, según el cablegrama que publicamos ayer en el alcance á nuestro diario, es un acontecimiento tristísimamente ruidoso, y que tiene gran virtud para inspirar dolorosos recelos, no solamente á los jefes de la política oficial, buenos ó perversos, sino también á la sociedad de arriba y abajo, ó digamos mejor, á la civilización moderna, ó sean el derecho, la religión, la moral, el arte y la práctica económica de nuestros tiempos. La cultura que hemos creado está amenazada de pasar bajo la rueda trituradora de espantosa revolución. El cristianismo socavó las grandezas paganas, y entregó el vasto imperio romano á la espada de los Alaricos, y sobre sus míseras ruinas, cantó el monje sus endechas místicas que empequeñecieron la Europa por largos siglos. Pues ahora ha venido la nueva insigne doctrina de la indiferencia por lo futuro allende el cementerio, á poner su puñal en el costado de nuestros tiempos de locomotora y alambre, no más temerarios que egoístas, y el genio de las ruinas entrega su hacha tremenda en manos del harapo mendigo y del estertor del hambre. Fuerza horrible la que empuja y amontona para partir de un solo tajo la balumba del poder, de la riqueza y la soberbia.

Pero Carnot no era malo. Mr. Carnot era un presidente de primera estirpe, un caballero de calidad ventajosa. ¿Por qué lo asesinaron? ¿Es loco el asesino? ¿Es un fanático político ó religioso? ¿Es un gran pícaro?

En nuestro concepto, la vida de Carnot ha venido á extinguirse para contrapesar, conforme á los juicios funestos de los grandes insurrectos ó sea enemigos de la convención presente humana, las vidas de aquellos enfurecidos cuyos crímenes no quiso perdonar la severa convicción y la justicia firme del Presidente de Francia.

No creemos que haya habido complot, asechanza, ni puñalada de carácter político. No creemos que un hombre famoso que había renunciado su candidatura para el próximo septenio de mando, y que, por otra parte, iba á dejar dentro de pocos meses el cetro de la República en manos del elegido de los franceses, haya sido víctima de la cólera política.

Los anarquistas le han dado muerte. Ravachol y Vaillant le atravesaron el corazón. La miseria impotente, el hambre sin ingenio, la bajeza altanera: hé ahí las tres fuerzas que buscan por donde surgir á todo

trance y por cualquier medio: hé ahí los asesinos horripilantes de un hombre honrado y notable por sus propios merecimientos; hé ahí los tres brutos que hirieron al Jefe de la República francesa.

La muerte de Carnot nos entristece el alma; pero nos la alegra el que ese grande hombre haya muerto por su deber.

26 de Junio de 1894.

# ANARQUIA

. . . . . .

El viejo príncipe inglés asesinaba al viejo príncipe inglés que le hacía sombra á su ambición de mando. En los primeros tiempos de la revolución cristiana caían los hermanos herederos al golpe funesto del puñal de sus hermanos, y quién sabe si en nuestros tiempos, allá por Africa ó los senos oscuros de Asia, disputen á sangre y fuego la ventaja del mando autocrático, aquellos que nacen bajo el anatema fuerte de que han de ser príncipes de su gente, En estos momentos históricos del 94, se cometen bajezas de concepto y de acción en los países civilizados; y Carnot, el descendiente del revolucionario inmortal, acaba de ser herido y muerto; el pícaro revoltoso le hundió su puñal en el vientre.

En los viejos tiempos de Roma—no tenemos para qué recordar otros desórdenes de la antigüedad—el plebeyo encorvado por la diferencia de costumbres y legislación, trataba de ponerse derecho y ocupar el asiento glorificador de la soberbia curul aristocrática. Los esclavos buscaban su redención y Espartaco con ellos la victoria del humano derecho. La revolución francesa tenía su ideal incomparable, surgido de las desventuras del tercer estado, con mucha razón sediento de los oxígenos privilegiados que engordaban á los grandes del reino y á los clérigos sibaritas.

Nunca fueron absolutamente injustificables los *conatos* de abajo para arriba. El hambre europea, el afán de igualdad social, el amor á la doctrina de Rousseau, crearon la dinamita y otras materias aun más inhumanas. El Czar de Rusia es un tirano formidable que cultiva siervos, que deja vender y comprar las niñas ó las doncellas de la Circasia; en Alemania hay un imperio altaneramente militar; en España una monarquía que ya no sufre las olas del tiempo; en Francia una república cultísima que despierta en los Vaillants la sed de poder y de lo grande y el sentimiento de la igualdad humanamente considerada: cada uno quiere su puesto en la mesa del banquete; el estaño le disputa al oro su color y aspira á repartírselo diciendo que es insufrible que él solo luzca la cabellera rubia: hasta los talentos de primero y último orden se encuentran y chocan, «todos somos unos mismos, productos de Dios ó del Demonio».

* * *

Pero en Costa Rica no hay razón que demuestre que es justo conspirar con puñal asesino. El zapatero de este país suele tener muchas veces la chuleta más amplia sobre su mantel, y el sastre elige para sí la tela que lleva la corona ducal entre sus géneros. Porque este es un país donde la propiedad y las comodidades sólo se reparten entre los hijos de la nación que ponen más de punta sus huesos en el trabajo y más recta su conciencia en el cumplimiento de la obligación.

***

Aquí no hemos tenido espíritu de anarquía. A nadie en Costa Rica le ha trabajado el error hambriento ó desheredado suficientemente la cabeza, para hacer que estalle el cerebro en odio aniquilador de la política, ó mejor dicho, del gobierno ó del orden de sesenta siglos, según la Biblia. Anarquistas en Costa Rica es imposible que los haya mientras la leche se venda cara y el café mantenga su precio y el peón último gane por medio día de trabajo para que su mujer y sus hijos no renieguen de la luz del día por falta de techo guarecedor y de papa que sustente. Anarquía no hay en este país, y lo decimos con un sentimiento de orgullo que hinche el pecho. Estamos llenos de juventud que apenas ha tenido tiempo para pensar que hay flores y que los años verdes son los que preparan los capullos más excelentes. La anarquía obedece á dolores de la chochez, principalmente allí donde desigualdades en el orden social han sido parte dura de los resentimientos históricos ó tradicionales. Donde ha habido el absurdo del rey ó del emperador ó del sultán, allí no es maravilloso que los caídos luchen con el puñal y la dinamita para levantarse. Pero nosotros, los *ticos*, somos iguales y apenas hay matices de altanerías personalísimas que distinguen á los que gastan color de España de los que llevan tez cobriza más ó menos clara. Vemos con frecuencia que desde el fondo del vaso sube á la superficie alta la burbuja ignorada. Por que nada obstruye el camino, y á la matemática se le da campo para que resuelva sus problemas matemáticamente. El que no quiere no surge. Todos tienen paso. Y los artesanos suelen gastar más puntos altos que médicos y abogados.

Aquí no puede haber anarquía, ni ha habido anarquía ó tendencia á la guerra contra la institución de Gobierno.

Setiembre de 1894.

# LA PROVIDENCIA

. . . . . .

Ha tiempo que la Providencia viene siendo la explicación de todo para los místicos, no los católicos fanáticos que son los que tienen menos misticismo, arrebato ó visión sublime, porque estos sólo piensan en ganar la curul regidora del Universo, sino los hijos en Jesucristo, maestro incomparable de la piedad, y los viejísimos indios y los decrépitos egipcios. Moisés enseñó la misma doctrina: Jehová lo hacía todo; y cuando él degollaba israelitas ó hacía destruir las naciones incircuncisas, protestando y jurando que el pecado más abominable era perdonar á un *infiel*, fuera viejo ó niño, armado ó desarmado, descansaba sus órdenes y razones sobre la secreta voluntad de *Israel*. La cuestión es antigua como el mundo. La primera inclinación del mísero hombre fue encorvarse ante lo desconocido que lo creó. El trueno era la palabra del Señor, el rayo su mirada, el huracán su poderoso aliento. Y no debe sorprendernos, que al través de los siglos haya venido hasta nosotros la preocupación, si reflexionamos, por una parte, que en nuestros días de luz abundan, sin embargo, los Adanes Sosos que, sin probar su fuerza, se dejan arrebatar su conciencia y su pensamiento, así como aquel *en cueros* de la Biblia que á la vista de un mozalvete Arcangelito dandi, que blandía muy colochudo y risueño su espadín, como lo habría hecho cualquier rapaz de teatro, se encogió de hombros, se abrazó á la pobre muchacha con quien vivía y abandonó como un zopenco el Paraíso, que le pertenecía con el título justísimo de primer ocupante ó inventor del mismo;—y, por otra parte, que desde que hay humanidad hay también carneros que con facilidad se dejan engullir de los osos..... Los sacerdotes más antiguos dejaron sus leccioncitas á los menos viejos y éstos á los que ahora tenemos. Y así sucede que desde remota edad ha habido casta que haga su festín con las gentes bonachonas que son, por desgracia, abundantes en todo el mundo como el banano en Santa Clara y Matina.

Todo es providencial. Los griegos también pensaron y enseñaron que nada sucedía sino fatalmente. Pero los dioses del clásico paganismo bien podían burlarse del mundo, porque eran unos tunos endemoniados, que lo hacían todo: enamoraban desvergonzadamente á las hembras del cielo y

de la tierra, y algunas veces solían reposarse hasta con animales brutos, porque tenían pasiones de todo género; guerreaban los unos contra los otros, y combatían del mismo modo entre los ejércitos humanos; eran vengativos, rencorosos y falsos; eran hipócritas, eran borrachones y se desperecían por las muchachas de la tierra; eran, en fin, dioses tan endiablados y amantes de las diabluras, que nada tenía que ellos se atribuyeran, para consuelo de su gente de á pié ó de tierra, que cuanto pasaba aquí ellos lo decretaban y hacían; recurso que daba ocasión á que sus agentes, para la recolección de diezmos y primicias y otras entradas de precio, pudieran lograr ópimos frutos, ofreciendo su mediación entre el hombre y Dios; es decir, que á veces una buena paga, un buen presente á la divinidad solía hacer que ésta modificara sus designios; y cada pregunta al oráculo iba también acompañada de valiosa ofrenda. Pero esa burla pagana no debe gastarla el Dios excelso de los católicos. Lo mejor es encorvar la frente y adorar el misterio. Callemos!..... Osadía formidable es decir que Dios hace y deshace todo, todo. Las consecuencias que de esto se deducen son tremendas. Los que no piensan más que en la Naturaleza, esos son lógicos. Pero los que creen en el Altísimo, esos deben callar y adorar, que Dios no puede ser autor de picardías, ni del asesinato de Mr. Carnot.

***

¡Tengamos paciencia! *La Unión Católica* se empeña en que discutamos un pedazo de catecismo con que nos obsequió: le daremos gusto, vamos adelante y acabemos pronto.

Según ustedes, Dios, ó sea la Providencia, gobierna el mundo. Nosotros contestamos diciendo que el mundo está plagado de infamias, miserias y desgracias de todas clases, tan negras, tan horribles, tan lamentables, que horroriza el solo analizarlas. Una esposa adúltera; un amigo desleal; un hijo parricida; la honradez muriéndose de hambre y miseria, quizá víctima de la calumnia; el talento despreciado, ultrajado; una plaga que asola comarcas fértiles; un terremoto que de un golpe destruye mil hogares; una peste que siembra la muerte; el robo, el crimen, la hipocresía, etc., etc., son moneda corriente en este desequilibrado planeta que ustedes dicen que gobierna Dios. Más aún: quítese la policía, ciérrense los tribunales de justicia, suprímase toda seguridad personal, y dejando el mundo solamente bajo el gobierno celestial que ustedes proclaman, pronto se vería en qué quedaba y para qué servía el temor del infierno.

Si «Dios no quiere el mal pero lo tolera», como ustedes dicen, queda El peor parado; pues eso de que contemple impasible tantas perversidades, crímenes, injusticias, desgracias y demás, sin evitarlas pudiendo hacerlo, es ponerlo por debajo de cualquier criatura de sentimientos medianamente generosos, pues el que más y el que menos conserva á veces una parte de buen corazón.

Que Dios creó al hombre dotándolo de libre albeldrío, lanzándolo así á la corriente mundana, para luego castigarlo por sus deslices. Eso

equivale á coger un hombre descalzo y obligarlo á correr, con los ojos vendados, por sobre un suelo erizado de cristales rotos, con la indispensable condición de que no se corte los piés, bajo pena de ser después castigado con imaginables tormentos, si así no lo hace. El mundo está erizado de pasiones y la criatura débil, corre en medio de ellas, empujada por su propia naturaleza. Si ustedes se encuentran limpios, arrojen la primera piedra.

No somos nosotros quienes reniegan de la Providencia, lo más que hacemos es dejarla tranquila. Ustedes son los que la insultan y escarnecen, haciéndola autora de toda villanía, de todo crimen, de toda desgracia.

No abrigamos la pretensión de que ustedes algún día se quiten la careta, pero nos damos por satisfechos con el aplauso de la gente razonable, que está de nuestra parte.

Pero volvamos al punto: sostengan que la Providencia frustró el crimen por el cual discutimos, y díganos por qué no lo evitó desde su principio.

28 de Setiembre de 1894.

# MARINA

En efecto, el precioso puerto del Atlántico surge como las olas del Caribe que estallan sobre sus corales y ahora contra los muros de su tajamar, á manera de poderosos cañones cargados de perlas y pedrería. Surge Limón como se alzan sus cocoteros en las fecundas playas que le sonríen; como crece yerta y soberana la palma real, primer ornamento de su precioso parque. Parece una invitación, parece una carta de convite hecha con artístico talento y con recto ánimo de ofrecer y derrochar la vena del agasajo. Se yergue con cierta altanería, diciendo: ¿quién compite? ¿quién me disputa en Corinto ó en Olimpia el mirto y el arrayan, el acanto y el laurel?

Quién ha de ser atrevido para entrar con la negrita pizpireta y resalá del orto claro, en lucha desnuda ó en competencia armada de escudo y casco? Allí está la calurosa mulata, tal cual es: con su madeja ondeada á cortos tramos; con su tez de cacao encendido como la sangre nueva; con su ubérrimo alto pecho, á las cuatro luces seductor, descubierto; con su muslo que tiembla avaro de embriagador deleite, y con su pantorrilla tensa para resistir de pié: allí está la mulata con su riente y marfilina dentadura, tan filosa y bruñida como las ringleras del caimán; y con su crespa ceja, y con su pestaña larga y doblada para el sol como las hojas de las palmeras que brotan en lo tierno, y con sus ojos negros y atrevidos como los perros del Canadá: allí está la mulata de temperamento febril, con sus labios que se prolongan sedientos como llamas que deliran ansiosas de tragar combustible; con sus hombros osados para desafiar los desenfrenos del aire caliente; con su cintura franca, apenas ceñida, que dice de soslayo, á un mismo tiempo, desdén africano y caricia de Europa; con su piel húmeda en el ámbar de la pasión ecuatorial, y obscurecida y resplandeciente en el afán salvaje del otélico celo; con su nariz que se agacha y se avienta como tribuño popular desperecido porque vaya lejos su proyectil rojo; con sus fosas abiertas y trémulas que dicen la vida es todo. Multiplicar la vida es virtud: allí está la mulata llena de gentileza, seducción y desafío: allí en nuestra costa atlántica, mirando con sus grandes ojos sensuales á Europa y Africa, los dos polos del mundo.

# ISABEL TINOCO

Te beso los piés, linda niña. La juventud con su aroma virginal, con su tez de rosa que esconde sus pétalos aun á los tímidos aleteos del aire; la juventud sonriente que la gracia unge con el óleo fragante de su vaso ebúrneo, ha puesto en el naranjero, con su propia linda mano, los perfumados azahares limpios que ciñen tu frente hecha para llevar corona de emperatriz de la hermosura. La de España y la de Inglaterra, grandes ambas, no fueron sinembargo más reinas que reina eres tú, oh joven gentil! La Isabel americana y la Isabel inglesa fueron dueñas de vastos países, de numerosos vasallos, de grandes duques y de soberbios marqueses; pero tú eres sultana (jamás turca sino católica) de vastos dominios donde la belleza manda y no deja que el sol se ponga para tí. Tú eres la gran señora tirana de almas y corazones, que tomarían á dicha quemarse enteros en el incensario de tu aclamación. Reina el que vive y vive el que es feliz; y tú tienes la gloria incomparable de la belleza y la gracia que tranquilizan el corazón femenil; que lo hacen dichoso, que lo ensanchan con el suave oxígeno de la alabanza y lo adormecen arrullándolo con los ritmos del amor que entrega su escudo y su casco á la beldad del castillo.

Tú, Isabel, no tienes nada que envidiar á la casta inglesa ni á la majestuosa española. Ellas tuvieron tierra y vasallos; tú tienes el dominio atractivo de la belleza, el poder cautivador de la gracia, y, por sobre los corazones que te aman locamente, aquel que tú amas y que te hace dichosa perteneciéndote entero; el corazón de tu excelente germano, de tu caballero Wahle. Te beso los pies, linda desposada.

Febrero 28 de 1897

# ANAS Y CAIFAS

El paso es grandioso por demás. Los sentidos surgen, la imaginación se aviva como un sol que va á apagarse, y el pensamiento racional se encorva para dejar campo de elevación á las meditaciones incomprensibles con que la secreta sustancia de lo misterioso suele unir y pegar en *uno* lo que es del tiempo y de la muerte, y lo que es del minuto sin fin y de la palpitación sin término. Es decir, que ese gran paso pone en su vigor entero todas las potencias de la forma humana, así como para recoger de sus puntas las flores más hermosas de la sensibilidad, de la idea y del amor. Y es lo más extraordinario, que la presencia de este signo trino, urna santa de la *libertad, igualdad y fraternidad*, no mueve sino á lo más grande; porque no es fácil estar con él sino decididamente, ó no estar con él sino decididamente: el término medio no puede ser sino la negación de la inteligencia y del amor. Si alguien nos dice:—¿y la duda?—contestaremos que nada hay más hondo ni más mordiente que la duda; con lo cual habremos demostrado que aun allí hay que entornar un tanto los párpados para ver el astro mucho más vivo que el sol que arrastra la mísera tierra.

No hay remedio; á Cristo no es posible creerlo, ni negarlo, ni dudarlo sino grandemente. Hé aquí una de las confesiones grandes de ese Redentor.

La pasión y muerte de ese judío nazareno incomparable, inspira, en verdad, particulares sentimientos y reflexiones. Grande es Sócrates; ¿habrá quién niegue la aserción? Enseñó la verdad y por la verdad fué vencido de sus enemigos; pero el moralista griego, dijo: no puedo admitir la fuga que se me propone, las leyes del Estado me condenan y debo obedecerlas; luego murió por inclinación á la condena. Cristo se dejó ceñir la corona de juncos marinos, poner en cruz y abrir el costado, por mantener firme el credo que enseñaba; sin dignarse de responder á los Caifases ni á los Pilatos. *Tu lo dices:* hé ahí su desdeñosa contestación. La doctrina del héroe estaba por encima de la espantosa muerte; y el Estado no era para él sino un accidente mero, un fenómeno, un rayo del tiempo. Por lo demás no cabe comparación entre el viejo sabio y excelso amante de Aspacia y señor de una esposa abominable, y aquel otro, que era joven, hermoso y cautivador—hecho para despertar licencias;—y que, sin embargo

de tales títulos, apenas permite que Magdalena le unja los cabellos, y apague su sed la Samaritana.

El Hijo de María es, en efecto, una joya de precio incalculable; la inteligencia de la tierra no ha descubierto aún cifra ni cálculo que fijen su valor.

¿Quién recuerda á Sócrates? ¿Quién sabe de Platón? ¿Quién entiende de Aristóteles? Tal vez siete docenas de sabios y unas cuantas universidades de hinchados estudiantes.

Pero Cristo, ¿dónde está? ¿donde está el hijo de María? En todas partes; allí donde la civilización antigua se ha quebrado bajo el hierro de la idea moderna, allí está la cruz y el mártir. En todas partes; como Dios, en todas partes. Hasta entre los salvajes está Jesús: la China y la Oceanía lo conocen, sea para temerlo ó para aborrecerlo. Nuestro Dios es una figura enorme; y siquiera porque es tan grande este ídolo, deberíamos amarlo doblemente. ¿Habrá quién dispute grandeza á aquel que mide toda la tierra?

No diremos que es Dios, ni jamás pecaríamos diciendo que es Dios. El mismo Cristo, si fuera posible que el Samaritano llegara á impacientarse, lanzaría su rayo contra aquellos que lo ponen en el trono del Tremendo Desconocido, cuando él fue figura clara, ostensiblemente humana y grandemente caritativa y piadosa. Pues, por ventura ¿hizo Cristo gemir y temblar la tierra y morir ahora en brazos de Neptuno ó de Vulcano á los míseros desorientados, navegantes sin brújula? ¿Pues no fué Cristo aquel que sufrió muerte de cruz ansioso de legar al hombre el consuelo de la conformidad?

Y si fuera *Dios verdadero*, tampoco querría que lo confesáramos; la vergüenza con toda su sangre mancharía su mejilla. Pues, ¿dónde hubo ni ha habido modestia, desprendimiento y humildad más acrisoladas? ¿Cuál de los hombres ha pedido con más franqueza á su padre inmortal que le sostenga porque es carne y alma que se abaten? ¿Quién como Jesús ha dirigido á Dios sus preces y reconocido la grandeza de su Padre, que es el padre de sus hermanos? La dulzura de Cristo se opondría también á que se le llamase el más grande de los hombres!

20 de Abril de 1897.

# UNA VISION

En uno de los escañitos que miran á donde nace el día desde la verja del Oeste, estaba sentado, y, aunque solo, no tan romántico ni pensativo como avariento del aire dulce entre fresco y tibio, pero siempre aromático y regalador, que ciernen los cielos en el cedazo de hojas y de flores que dan sombra y frescura al precioso y animado parquecito central de San José. El propíleo de la catedral se asomaba á mis ojos por entre los claros del frondoso ramaje, que apenas se columpiaba; pues el sol del meridiano tenía á Favonio perezoso y amodorrido. Las agujas donairosas de las torrecitas elevaban sus cruces sobre los viejos higuerones, y el reloj, ensamblado en la altura central del pórtico, iba de prisa á herir doce veces la campana. Los pajarillos parecían tiralíneas en las anchas claraboyas del follaje; triscaban picando ó cazando entre los mirtos y los pacayos y los arbolitos de Júpiter florecidos, ú, ocultos en las ramas altas, peinaban sus plumajes con aquellos breves picos, más que ejercitados, maestros en peregrinas notas. Allá, en un claro oscuro, ví destacarse, de repente, una forma al parecer fantástica, al parecer real. ¿Era un querubín? ¿era una mujer? Mis ojos no pudieron sufrir serenos la repentina impresión, y, deslumbrados, entornaban de prisa y de prisa abrían los párpados. Un momento de ofuscación me hizo pensar en la familia de las hadas y en si los poetas é inventores de leyendas no tendrían tal vez razón para decir preciosidades maravillosas de las ninfas, de las náyades y las huríes, así como si en verdad se hablase de seres vivos y ciertos aunque encantados. Traté de mirar con atención fija; y cuando apenas sacaba del estuche mis anteojos, observé que aquella quimera deliciosa tenía doblada y apretada al seno su ala derecha, como si tratase de proteger algo que allí descansaba sobre la dulce curva, y que, con la punta de nacar y rosa de la otra ala, sonriendo, tocaba á guisa de halago aquel tesoro invisible, pero que se adivinaba por el rayo que surgía al través de las plumas de aquel ángel custodio. Con el auxilio de mis lentes, descubrí la verdad. La magnífica aparición descansaba ya en uno de los banquillos del kiosko. Unos niños jugaban en el estrecho recinto y concertaban el rico canto de sus bocas coloradas, como pájaros nuevos que ensayan sus trinos. Las niñeras descuidaban su deber para clavar sus ojos en la dulce visión de las blancas y rosadas alas; y yo con

el alma henchida de cielo y agitada de alegría, abandoné mi puesto, exclamando: ¡nunca me pareció tan virtuosa, bella y adorable la joven esposa de Cano!—Canta, tenor; tu felicidad es cierta; tienes una mujer espléndida. ¡Benditas las madres que aman á sus bebés, y, como Claudia á su tierno Alejandro, les llevan guardados bajo sus protectoras alas á que respiren el aire puro de los parques, y oigan la música de los pajarillos. Pero ¿cuáles son las madres que no aman con locura las flores de su amor?

Junio 9 de 1897.

# AVE QUE PASA

UN ataúd blanco de pequeña estatura, ornado cuidadosamente de encajes finos, de flores blancas y rosadas, de heliotropos y celestes *no me olvides,* descansaba en el centro de un camarín forrado en tules y tarlatanas ceñidas de cintas y de escarolas. Una señora, joven y hermosa todavía para llenar de luz la estancia de la aflicción y de las lágrimas, prendía ramilletitos y flores sueltas al cortinaje, y cercaba el ataúd y el pié del camarín de saucos, jazmines, verbenas, rosas y resedas.

Dentro del ataudito aún ostentaba su frescor, su verdura y brillantez el capullo caído, la prometedora flor tronchada en botón. Allí estaba para siempre! enrojeciendo el párpado y escaldando la mejilla de los padres, aquella dulce esperanza y fúlgida fantasía que un momento antes había sido aroma de sus almas y regalo de sus corazones. Allí estaba el niño, pequeñuelo de diez meses, así como opuesto con infantil y luminosa candidez al hielo rígido y pálido de la muerte. En la sala del velorio unos buenos amigos, y allá en la alcoba un grupo de ángeles cuidando el dolor de la madre desesperada.

¡Oh cuadro triste que arrancó con brusquedad la venda de mis heridas!

Mayo 4 de 1897.

# HEREDIA FELIZ

La Arabia de los panales y los aromas no le lleva ventaja á nuestra pequeña provincia de oro; cada uno de sus redondos cafetos viste por la primavera el traje prometedor de novia, ornado de azahares, no de naranjo, pero más níveos y más olorosos aún que aquellos de pistilos dorados que son orgullo primaveral del naranjero, y cada arbusto orondo viene á ser, así como puesto en jarras, por la estación caliente del regocijado Baco, no la promesa consoladora ya, sino la riqueza misma y el hurra entusiástico de la República. Heredia es la provincia de oro, es una valiosa plantación de café, sin rival en el país.

La ciudad capital no es grande, pero es un pequeño dije. Viene á ser toda ella como un solo gran hogar, porque la casa vecina siente el chisporroteo y el calor de la otra; porque en aquella sociedad, por especial condescendencia de los dioses, tan ofendidos con la tierra, aún suena el arpa de la concordia y cantan los recuerdos siempre deliciosos y bienhechores de la sencilla fraternidad de los pueblos patriarcales. El mío y el tuyo, patrimonio infame del rebelde expulsado del Eúfrates, no media allí en la manera que hace crecer su vientre donde no calienta la mirada piadosa de los inmortales, y antes bien, del modo que el perfume sabeo desparramado por Eolo sobre todo el vecindario, regala las pituitarias de cada cual, sea rico ó pobre, así, en igual forma, se reparte en proporción que no agravia, el éxito de la vendimia.

El Baco costarricense, más piadoso aún que el Baco antiguo, entabla su danza alegre en la ciudad de Heredia, para que cada labio se tiña en el tinte de nuestro aromático despertante licor. La niña delicada que pasea su hermosura y gentileza por la galería rica en macetas de la cómoda vivienda, no goza más, oculta bajo sus telas de aire, que la churrigueresca campesina que esconde sus morbideces en los pliegues del cambray y la zaraza. La una es señora; pero la otra no es esclava; que tambien es ingénua por el milagro del trabajo y de la repartición del haber.

No tenemos afán de engolfarnos en metafísicas sociales; decimos llanamente que Heredia es una provincia dichosa, más que Arabia feliz, la que logró aprisionar en su laboratorio los rayos del Sol que engendraron el café.

Mayo 14 de 1897.

# FRANCIA

FRANCIA es la *Encantadora*; y no sólo ríe sino que piensa; enseña al mundo la sarta de perlas que guarda en su estuche oloroso de claveles de llama, y al mismo tiempo hace derroche de reflexión elevada, gasta gracia y distribuye fósforo; á un golpe de arte junta un arrebato de concepción severa; es torneada como una forma femenina..... (francesa) y tiene la musculatura del soldado heróico; como Atenas tiene su Partenón, y como la patria de Solón tiene Milcíades y Temístocles; al lado de sus Esquilos y sus Aristófanes, brillan las picas de sus falanjes inrompibles; allí tiene á Aspasia y á Friné y de la otra parte resplandece la majestad de la madre dichosa con la horrible noticia de que sus hijos murieron por la patria.

Francia es la soberbia Encantadora de nuestro tiempo. Grecia está muerta; Grecia reposa en su mausoleo inimitable de peregrinos mármoles; pero ella vive; Francia respira; tiene entero su pulmón y las chispas de sus ojos, y los relámpagos de su boca arrojan al mundo la savia de su alma.

Muchos discuten en favor de Italia; tienen razonamientos poderosos: entre ellos está Dante; entre ellos están Leopardi y Manzoni; y la justicia y la ley allí tienen, en esa tierra de las grandezas sobrecogedoras, los tipos más puros del valor romanesco; allí están la cuna y el sepulcro de Garibaldi; allí están la tumba de Víctor Manuel y el trono de Humberto. Italia es *dolce*, es simpática, es adorable; pero Francia es la Encantadora de nuestro siglo. La melodía del idioma itálico se rinde ante el puro hechizo de las sonrientes bocas que disparan en el Teatro las flechas de oro de la lengua francesa.

Francia es la maga del arte. La divina Estética ha ido á encender su moderna antorcha en Francia, y su gran corona de laurel bruñido la ha puesto sobre las sienes de Francia. Allí se habla, allí se escribe, allí está la tribuna donde la elocuencia hierve como acero fundido. Cuando se dice grandeza se recuerda al Presidente que abraza al Czar de Rusia; pero cuando se pronuncia gracia, chispeo, talento, amor á la locura celeste, se dice niña francesa, aunque se hable de Manon Lescaut.

10 de Octubre de 1897.

# ANIVERSARIO

DIA de fiesta nacional tenemos hoy. Nuestro buen amigo Cristóbal Colón ajusta un aniversario más de su atrevida aventura. En efecto, tal día como éste que celebra Costa Rica, en virtud de un decreto de honor para el glorioso Colón, *La Pinta* velera gritó ¡tierra! á eso de las cinco de la mañana, piensa *El Heraldo*; pues conforme á los relatos más fidedignos, cuando Aurora salía de su aposento, en bata algo desabotonada; con los tirabuzones de la cabellera rubia en baile desordenado, con los ojos medio entornados aún, con un ensayo apenas de sonrisa en la purpurina boca, la cual alguien le acabaría de morder porque sangre semejaban las dos sedas húmedas de los labios, y no acertando de prisa á poner su primera flecha en su arco de oro, y menos á clavarla en la tierra, sino que á las nubes la envió desde su ventanilla mal abierta, entonces, cuando así Aurora se mostraba en descuido cautivador, medio dormida, medio despierta, fue el grande, trascendental é incomparable hallazgo. *La Pinta* gritó ¡tierra! y á su palabra profética cayó la niebla hecha girones y los valerosos marinos de hinojos sobre sus puentes. En efecto, allí estaba la tierra. El loco Cristóbal arrebataba, en ese instante supremo del amanecer, á los mares caribes, un mundo que agonizaba de anemia en manos de salvajes.

Salud al 12 de Octubre de 1492.

12 de Octubre de 1897.

# JOLGORIO CELESTIAL

La cosa ha sido triste. Lo fúnebre y quejumbroso no estuvo con frecuencia tan saliente, como ahora lo ha estado.

Los misteriosos cipreses y los verde-claro sauces prolongaron su ramaje y tupieron sus frondas.

Se mecían con aire de dolor, y cuando los aires se besaban en los follajes, la nota príncipe era semejante al *Ave María* de Gounod.

***

Qué pasa? esto fue lo que dijimos en son de pregunta al primer peregrino. Y supimos allí que algo muy notable ocurrió á la provincia de Cartago. Un minuto más, y acertamos á saber definitivamente que los cielos estaban de mesa de oro y marfil con motivo de la recepción de un santo.

***

—¿Quién ha muerto?

—Ha muerto, nos dijo con voz lacrimosa, una niña forrada en piel de durazno dulce; la que, por el cordón que el suelo acariciaba, más que *tercera*, nos pareció de primer orden. Era una franciscana que daba la vida con su boca entreabierta de granada madura ansiosa de que sus pepitas fuesen regalo de algún prójimo.

—Pero, quién, quién es el muerto? preguntamos otra vez con angustia que ya era delirio.....

Y la niña adorable, de cabellera rubicunda y de tez manchada en beso de rosa, siguió diciendo:

—El muerto es un santo, un capuchino que todas nosotras amábamos;..... que amábamos todas nosotras, siguió diciendo el eco de aquella voz dulcísima, en mi corazón enfermo de malicia volteriana. El muerto es fray Antonio de Igualada.

***

La emoción nos hizo ceder, y proseguimos nuestro camino, pensando en que había muerto un santo, querido y amado de los quince y veinte

años femeniles de la juventud espléndida. No quisimos reflexionar en las treinta, ni en las cien primaveras: nos pareció bastante considerar que las quince y las veinte florescencias habían sido sus amorosas penitentes.

* * *

«¡Oh, que español tan feliz!» murmuramos por entre las difíciles separaciones de los dientes. «Lo amaron la juventud y la belleza, y ahora lo acojen en mesa redonda de oro y marfil las peregrinas morbideces del cielo. La flor de la tierra coronó su sien, y los soberbios lirios del Edén ponen ahora á competencia, para coronarlo, sus tintes y sus aromas.»

* * *

En efecto, dicen que era un santo, y así lo cree *El Heraldo*. Lo místico no ofende á nadie en tanto que no haya potro ni llama purgante del error religioso. Si la iglesia no asesina ni quema, nada se opone á que vayamos en paz. Que canonice todos sus capuchinos, todos sus mártires y todas sus vírgenes. Pero que abandone para siempre la persecución del pensamiente libre, de la libre conciencia, del examen libre; y que ame á los hombres, y patrocine á los hombres, aunque sean sus enemigos. Savonarola se retuerce todavía y protesta de su infame tormento.

* * *

En casa, dichosamente, ya tenemos reliquia; algo hay del virtuoso hijo de Dios: no sabemos si una guedeja ó la punta de uno de sus últimos pañuelitos; pero no ignoramos que la señora ama de llaves, nos hizo el favor incomparable de buscarnos y traernos un pedacito del santo; decimos de sus efectos ó de sus enseres, que es lo mismo, porque la carne de cualquier hombre no es menos perecedera que una hebra de algodón ó una hila de ramio. Cuanto al espíritu, es bien seguro que el santo se llevó todo el suyo; lo más probable es que los bienaventurados no son, en tratándose de virtud, menos egoístas ó avaros que lo somos los perversos cuando se trata de maldades ó vicios: que siempre queremos ser los señores, así los de arriba como los de abajo.

* * *

La funesta muerte del *santo*, ó mejor dicho, la gloriosa defunción del alma justa, ocurrió el domingo ó el sábado. Ese mismo día se hizo el embalsamamiento, y el otro se verificó la inhumación: una de las más soberbias cosas que haya visto nunca la ciudad antigua, cabecera de la dominación española, en estos dominios del coloniaje.

* * *

La piadosa ciudad cartaginesa, llamada por los impíos irónicamente *frailesca*,—se levantó compacta para sentir, sollozar y lacrimar en ese día terrible de prueba. La defunción del santo fué lamentada en términos, que habría podido suceder que tan enorme dolor fuese considerado como protesta rebelde á la justicia y voluntad de Dios. Muchas gentes rasgaron sus vestiduras y se cubrieron de ceniza las cabezas; y, juntando las narices y las bocas con el vil suelo, esforzaron el grito hasta poner miedo en corazón fuerte.

. . . . . .

***

El triste penitente, el afligido enfermo, el moribundo encontró en fray Antonio la mano de amigo, el corazón de hermano, el precepto de amoroso padre, y el ejemplo del apóstol de conciencia y fe inquebrantable, que cual manantial de bienes hizo brotar, hasta en la escarpada roca, flores de esperanza y de consuelo.

Su misión le alejaba de lo terrestre y por lo tanto, aunque recomendaba á sus feligreses la paz, la moderación y el respeto debido á las leyes humanas y á las autoridades constituídas, él se ocupaba del reino interno ó espiritual, que es el reino incomparable de poder irresistible que hace al hombre verdadero y digno hijo de Dios.

Fray Antonio de Igualada siguió su vocación bajo la influencia de los rayos de la fe; esa fe en el Sér Supremo le alentó en sus peregrinaciones, le dió valor para enfrentar todas las vicisitudes de este mundo, le aumentó su modestia y desinterés, le estimuló sus esperanzas, le guardó en la esfera dé la religión, le empapó en amor eterno y le condujo feliz y gozoso á la verdadera vida, á la vida de los justos.

El panegírico más completo de las relevantes virtudes de fray Antonio de Igualada, lo hace actualmente el sentimiento, el abatimiento público; y esa general veneración constituye su más hermosa corona fúnebre que la eterna gratitud coloca sobre su tumba.

14 de Octubre de 1897.

# SUUM QUIQUE TRIBUERE

En efecto, suena la hora de comenzar decididamente á distribuir sin locura. A cada uno lo suyo, y, ¿para qué más? Ha sido costumbre de la necedad hacer caritativo al avaro, bonito al feo, y muy inteligente al necio, como se trate de muertos. Pero no vemos razón justificadora de tanto disparate. Mas vale, en tal caso, recomendar al que vive, á quien tiene aún que andárselas más de prisa, para no romperse los hocicos en la dura piedra de la necesidad. El que muere ya descansa, ya es feliz: ese no ha menester de que éste ó el otro le ponga coronas de laurel ni de hojas de *tápate*. El muerto vive tranquilo, y la vocinglería de los vivos no le hace favor ni perjuicio. Son los que aspiran el aire enfermo de las casualidades ó de las injusticias, los que en todo caso serían merecedores de que los ampare el voto de sus semejantes aunque sean pelagatos.

A nadie debemos engrandecer injustamente; pero si fuere preciso que la lisonja figure, seamos lisonjeros con quien tiene todavía la desgracia de necesitar el favor. Los egipcios y otros pueblos antiguos estudiaban á los muertos con suma rigidez. Eran filósofos los que así obraban.

Nada sería más acertado, para bien de los vivos, como pintar á los que mueren así como si anduvieran sobre la tierra; tanto más cuanto que los que viven despiertan celos; pero los que mueren ya nada tienen que se les envidie, como no sean los elogios póstumos.

Demos á cada uno lo suyo, como enseñó Ulpiano; que eso es derecho. Elogiar al que no vive, sólo por cariño á su muerte, eso es andar en contra de la buena doctrina moral y jurídica. Recomendemos á quien tiene necesidad de recomendación, á quien ha menester pan; no guardemos nuestra benevolencia para cuando ya se duerme tan profundamente, que no sea posible pedir socorro.

Mientras tanto, es cosa evidente que á los vivos les aprovecha mucho el juicio formulado sobre los muertos. Si Tácito y Suetonio no hubiesen flagelado á los Césares perversos, es indiscutible que hoy no habría corona ni mandato popular que no fuesen así como Tiberio.

No digamos más en agravio de la verdad histórica, que Pedro fue un sabio, ni una alma pura, ni un buen padre, ni una gloria, sólo por que tales majaderías se ajustan á la fúnebre losa. Si queremos hablar de los

muertos, digamos la verdad; y si nó, callemos; que nada nos obliga á abrir la válvula de la adulación sobre los cementerios.

Es malo elogiar tontamente; pero en todo caso es preferible patrocinar al que vive. El que murió se reirá de todo bien póstumo. Y lo más horripilante y más hiriente, es que no suele ser elogiado el infeliz, sino cuando se lo han hartado los gusanos.

Así somos ¡qué tristeza! siempre inoportunos. En tanto que corremos el peligro de que se nos pida una peseta, le volvemos la espalda á cualquier prójimo.....

Nos mueve á escribir estas líneas el recuerdo de Reitz.

Le vimos hinchado y macilento, pálido como una hoja muerta, y casi tan triste y solitario como la fúnebre piedra de una sepultura desconocida; le vimos dado á su desesperación muda, sin romper su gravedad alemana para pedir un auxilio; le vimos envenenarse á fuerza de no amar el mundo que lo repelía, y por último caer y morir como cae y muere quien nada tiene que esperar;—¡oh sarcasmo maldito!—ahora ese desventurado es digno de celebración abultada; ahora se reconoce que era inteligente y útil, y no falta quien diga que poseía una *vastísima ilustración*.....

Por supuesto, que esto último es una hipérbole que no aprovecha á muertos y perjudica á vivos; porque sería posible que muchos llegasen á creer que serían celebridades llegando á tener los conocimientos del joven Reitz.

Este apreciable muchacho alemán era notable arquitecto y nada más.

16 de Octubre de 1897.

# POBRES HIJAS DE EVA!

La desventura, fatal herencia de los que fuimos hechos, por favor señaladísimo, á la imagen y semejanza de Dios, cuando no va como lobo indomesticable con su ojo sangriento, atada á nuestro pié, nos sigue y nos rastrea, así como perro famoso por su fino olfato husmeador.

Todos somos, más ó menos, queridísima presa del infortunio. Hasta ahora no consta que nos ha servido en algún tiempo esa semejanza que tenemos con el Padre Eterno, que nos creó á su bellísima imagen, aunque ya un tanto arrugada y encanecida por el hielo de los años, que no deben bajar de setenta siglos, cuando menos; pues el Génesis nos enseña que ya era viejo barbudo y cejijunto, cuando tuvo la gran chochez de entretenerse jugando al barro de teja.

Pero el infortunio de que nos dolemos ahora, es de un orden particular. Todos somos, más ó menos, desgraciados, es verdad. La espada de Damocles está suspendida sobre todas las cabezas; la tremenda sentencia de muerte comprende á los grandes y á los chicos; no se salva el que distrae su hambre con el mendrugo caído de la mesa opulenta; pero el que se harta de pavo trufado no logrará tampoco que se le perdone la vida.

Mas decimos que es otro el infortunio que nos aqueja. Eva, arrojada del Paraíso, no acabará nunca de ser la imagen más lastimosa de la desventura. Joven, bella, con su pecho túrgido de ilusiones, con la curva suave de su frente marmórea henchida y acalorada de fantasías; con su desnudez incomparable, sin saber donde ocultarla á las miradas de la tierra y del cielo; y con su Adán, monstruo tentador, conturbado y sobrecogido de espanto, y con la cerviz gacha, así como tratando de esconder sus ojos al rayo de la cólera, ¡que de tal modo fue tremendo el gesto del divino inventor de la electricidad! ¡oh Eva, caída por la avidez salvaje de tu hombre: aun tienes representantes de tu miseria! El pelele sigue siendo el mismo serpentón que se enrosca en la higuera para hablarte de las pomas de su huerto. Animal egoísta, sigue siendo carnal, y no se detiene por ningún influjo de virtud. La virgen no tiene para él otro precio que lo que representa el alboroto de su afán y de su pasión. Tu tienes, pobre madre paradisíaca, infelices parecidas á tí, que abren á diario el libro de tu historia dolorosa. La meretriz y la que apenas ha pecado: esas son tus

dignas hijas; esas son las que corren y beben en festín loco la herencia que les dejaste. La niña casta es una promesa de corrupción.

Pero el mundo ríe y goza. El hombre sigue siendo el sátiro, el mismo egoísta y salvaje. Descendiente de Adán, no se detiene en su mala obra, y todos los días manda á la reclusión y á las casas de sanidad, número grande de sus víctimas, de esas que la burla y el escarnio apellida horizontales. ¡Oh infelices hijas de Eva! ¿Quién podrá redimiros de la servidumbre?

19 de Octubre de 1897.

# EL TIEMPO FRIO

El viento y el frío siguen tan á sus anchas, como si ya, por caso, hubiese agonizado ó muerto toda autoridad de policía en esa nuestra antigua ciudad de los gobernadores de la colonia. Cuando hemos desembocado á la estación templadita de San José, aún seguimos erizados ó erizos y sobándonos y apretándonos las manos, como no lo hiciera mejor ningún fraile del convento de nuestro querido padre señor San Francisco, el admirador invariable de Nuestra Señora de Soledad. Y es que aquel viento abrasa con entusiasmo de hielo y hace que se queme de escarcha lo que en sus molares y caninos y filosos incisivos cae. Aquel Eolo cartaginés parece que se empeña en monopolizar la fabricación de hielo. Salirse uno de debajo de la *manga ó del cobo* es caer, allí no más, á las patas de la caja, en un estanque enfriado á cuatro bajo cero; luego siente uno oprimido el pecho, y gran ansia de correr y de saltar y de dar brincos y bailar y cantar. Por fortuna, si no hay café en casa, puede llegarse de prisa á donde el recalcitrante *Bacelli,* y tomar allí el más aromático y gustoso grano de Arabia-Costarricense; y con eso, quedarse uno muy campante para reirse del viento y de su espada de titiritero.

Hemos oído con gran placer que varias josefinas que se quejan de su mucho calor, están ideando ó ya tienen ideado buscar un temperamento tranquilizador de su espíritu, ó, mejor dicho, de su sangre que brota al rayo ardiente del Febo de San José, allá en la villa de la milagrosa fuente de la Virgen de los Angeles, reina del cielo y de la tierra, por maravilla encontrada sobre la piedra que no perece.

Cartago, en efecto, es una posición grata al corazón que no ambiciona demasiado. Tiene un aire más liviano que el de San José, unos mil piés; pero en cambio, mucho más depurado: las emanaciones mefíticas no son allá tan comunes como en la capital.

La tierra húmeda y fangosa de esta última enriquece de miasmas la atmósfera, mientras que en Cartago, aunque tenemos á veces más humedad atmosférica, en cambio gozamos de las ventajas de una altura que, en su mayor parte, está fundada en suelo de arcilla ó de arena, que hacen oficios de esponja ó de papel secante.

Tiene también, la antigua capital, otros muchos atractivos: las más altas cimas de la meseta, y quizá del país, se presentan al ojo más pobre

de alcance, como si estuviesen para que se las toque y registre sobre el tapete, en sus rayas entrantes y salientes, en sus codos y recodos, en estos vericuetos y aquellos planos más ó menos inclinados que brillan cuando el sol resplandece, como artísticos hechos en una piedra fina.

Allí están á la vista más cansada los verdes incontables, y toda la gama del azul y de la gualda; el oro aquí, el bronce allá, el acero bruñido más lejos, y, aunque la plata está ahora muy mal parada, justo es decir que de vez en cuando entra el argentino metal en el ornamento de nuestras altas filas, sobre todo cuando la tarde abandona el regio manto y prefiere mostrarse á sus súbditos en níveo camisón escarolado.

Pero lo más lindo que hay en Cartago son las niñas; que nos perdonen las otras, que tampoco dejan de ser apetecibles, pues que lo cortés no quita lo valiente, ¿estamos? Mas decimos que son lindísimas las niñas, y no sólo aquellas que pimpollitos son de la ciudad, sino que también reinan por su belleza las zagalas y zagalejas. Ha poco nos decía un amigo de la capital: pasé de prisa por aquellos campos de amapola y de tomillo, y aún no puedo que mis ojos dejen de ver aquellas manzanas maduras, aquellos ojos de Africa, y aquellas caderas por desgracia hechas felizmente para el serrallo.

***

Sigue la garúa, es decir, la llovizna, ó el *pelo de gato*, ó, mejor aún, la *silampa*, como dicen en estas tierras á la bruma que se deshace en menuditos aljófares, tan livianos que sobre el ala del viento se entran con facilidad, no sólo á las salas, sino á las alcobas y demás aposentos, como encuentren gotera, rehendija, grieta, resquicio, venteadura ó agujero por donde colarse.

Los cafetaleros, principalmente los que *benefician*, están muy cariacontecidos por ese tenaz llover fino que, allá en la antigua, suele ser apellidado *moja-bobos;* y es verdad que no del todo desencaja de la idea el dicho apellido; porque, si nó, salga y diga alguien que haya pasado bajo el cedazo de una de esas nieblas que crispan y encogen al guapo de más tupé, cuando Frailesca está de capote, si ha vuelto á casa sin que de perlas estén el mostacho y las barbas (caso que el menganejo sea barbudo) y hecho una sopa fría y sin menudos de pollo, el chaquetón. Tan fina es la silampa, según dijimos ya, que á nadie le ocurre oponerle paraguas ni capa de hule; bien que el paraguas de nada aprovecharía, pues las gotitas atacan por todas partes, por arriba, por abajo y por los flancos; son como furias infinitesimales, á las que no faltan uñas, ni alas, y así se prenden de cualquier parte, ya suban, ya bajen, ya marchen de soslayo, al través ú oblícuamente. Esos puntos matemáticos son el Demonio, pero un Demonio que por nada se acobarda y del cual no hay como librarse, ni con agua de Lourdes, ni de la fuente de Nuestra Señora de los Angeles, ni con los panecillos de San Nicolás, ni con el cordón de San Francisco, ni con las cóleras de las beatas, ni siquiera con la humildad de la cruz. La *garúa* cartaginesa viene á ser un corazón fuerte á quien no le impone miedo nin-

gún santo, ninguna letanía. Hasta que no llega el tiempo de marcharse, conforme á la ley de estación, se burla y requeteburla de todo rasurado, de toda conjuración y toda rogativa. Y cuando está de *no verte ese pelo de gato*, así pudre el café en el arbusto ó en el patio, como frunce la espiga de maíz y picotea las papas y atabardilla los frijoles.

De modo que la lluvia—llovizna,—y el viento y el frío siguen de lo firme en nuestra tierruca; y los señores agricultores cafetaleros, están que se los lleva quien los trajo, pensando que la *silampa* se empeña en quebrarlos. Tal vez convendría un *via crucis*.

5 de Febrero de 1898.

# FE POLITICA

AYER se hablaba fuertemente contra el régimen político. Don José Joaquín Rodríguez, decíase, está más obligado que nadie otro, á sacrificar de lo suyo por la salvación del derecho. Abogado de principio y circunspección, se hizo vida casi solitaria entre los muros de su morada antes que ofrecerle puerta al contagio de la tiranía. El, lo mismo que otros catones de entrecejuda severidad, consideraban como crimen de leso pudor patriótico hacer vida común con hombres de mando que no besaban la Constitución y demás leyes para entrar en la alcoba y fregarse el rostro por la mañana. El señor Rodríguez, en su rectitud indómita de ciudadano virtuoso á la clásica antigua, llegó á decir que nadie estaba autorizado para someter la soberanía de la Nación al imperio de una voluntad y que no conocía forma de conflicto que pudiera justificar el empeño de un hombre en mantener su libre arbitrio sobre los dictados de la voluntad nacional, significada por medio de sus diputados á la Cámara Legislativa. Y recordamos la impresión que nos hizo su enérgica profesión de fé, lanzada no ha muchos años, de este modo:

«Si el Presidente de la República llegase á topar con graves dificultades para hacer gobierno fácil dentro del espíritu y la forma de la verdadera democracia, siempre tendrá á su disposición, para salir del apuro sin romper la base del Estado, una gran puerta: la renuncia de su empleo; que es preferible no mandar, á ser jefe relajador de las buenas costumbres.»

En efecto, pues, nadie más que ese prócer costarriqueño, jurisconsulto de largo tiempo enamorado del artículo de la ley, aunque tal vez de apego poco fuerte al derecho sumergido en los cielos de la filosofía; nadie más que ese altivo ciudadano, desdeñador frísimo de cualquier mandador sin letra á que obedecer, así el tal hubiera podido decir:

«Yo soy el mismo Augusto que ha hecho preso á Jano dentro de su mismo templo; soy el pontífice católico, único conocedor del itinerario que debe seguirse para llegar á la garita por donde San Pedro da el *¿quién vive?* á los ambiciosos de vida celeste ó regalona»;

Nadie más que ese hijo de la patria está obligado á mantener en firme el principio y la razón de la ley fundadora del Estado republicano-democrático de Costa Rica.

Pero hay que creer ó que reventar. Quien mucho habla mucho yerra; y en boca cerrada no entran moscas; y la mejor palabra es la que no se dice. Y así nos parece que el señor Rodríguez se hubiera andado con más discreción y juicio, si en vez de hablar contra los Césares que lo precedieron, se hubiese anudado la lengua; porque nadie que no se conozca puede definirse sin presunción temeraria. Y al buen entendedor, con una palabra. El Gobierno de nuestro querido Jefe es como cualquiera dictadura, y tan apagador de la conciencia libre como cualquier cúpula de San Pedro.

Por vuestro nombre, señor, y por la honra de este país, que ningún mal os hizo al escogeros para Jefe, devolved á la patria el tesoro que os confió: su Constitución.

No dejéis que os denigren; que á nosotros nos enfurece oir los malos juicios que se hacen de vuestra fé política.

17 de Diciembre de 1892.

## CALMOSAMENTE

Pues bien, como íbamos diciendo: don José Rodríguez no es un *ogro*: al revés, este sereno ciudadano es abogado pacífico, que no fue inclinado, en los días de su gestión forense, á los estrépitos y grandes luchas ruidosas; por bajo alegaba, por bajo hacía el cálculo de sus demoras y respondía *sotovoce* á las oratorias más decadentes ó parnasianas de su rival; y cuando el esgrimista contendor se quitaba de la frente la gota sudada y veía al rededor buscando una aprobación de su esfuerzo y el aplauso del modelador de frases, entonces era cuando nuestro hombre astuto, aunque lento, se ponía á rezar un artículo, y le metía hasta el alma su cachaza provervial al antagonista inquieto, como á cualquier jefe ó soldado de la revolución. Y conste que las más veces se iba él con la posta, y le dejaba al otro el hueso mondo y lirondo.

Creemos haber demostrado que el señor Presidente Rodríguez no tiene condición de *ogro*, y que, antes bien, en todo y por todo, antes y después de su ascensión al mando, fue persona suave y calmosa, poco ó nada amiga de revolver las aguas y ponerlas turbias. Posible es que este juicio provoque protestas, quizá enérgicas; y lo cierto es que no ignoramos que ha habido prisioneros, destierros y confinamientos, y que el señor Carazo se considera con derecho á indemnización por daños y perjuicios personales y reales; y también sabemos que ahora mismo pudiéramos tropezar con muchas voces contrarias que jurarían, por Cristo y Mahoma, no ser verdad lo que aseveramos, en cuanto á suavidad y calma reflexiva.

Mas eso no importa; nosotros estamos seguros de que no él, sino sus muletas, tienen toda la culpa de esos desahogos presidenciales, por vías de dictadura. Esas muletas lo alzan por los sobacos; y para que no lo dejen tentar tierra con su propio pié, conviene que las recorte.

Nuestro antiguo Jefe no es un hombre para sacudirle el polvo á su prójimo con abuso de su poder y escándalo de la justicia. Mordería antes el polvo que verse en el caso de echar carbones encendidos en sus venas y sentir los ímpetus de una sangre irritada y loca.

Su naturaleza es de paciencia, tal vez de serenidad genial. A nuestro juicio, él prefiere llegar con el grano de arena á la cumbre, haciendo el papel de poco esforzado, antes que rodar al fondo del abismo, á manera

de aquel personaje mitológico que luchaba en vano por dominar la altura cargado con su enorme piedra. También el purgatorio tiene cosas parecidas. Dante refiere que varios tunos purgan sus locuras subiendo á la sierra con malecones al hombro, y rodando al valle luego que la planta va á tocar el filo de la altura!

El señor Rodríguez prefiere ir con su grano de arena, y poco á poco, sin que el trabajo le impida tomar huelgo y rayar un fósforo y encender tranquilamente su..... cigarro. Los otros son los malos; y aspiran al pronto favor de la suerte necia, que siempre fue politiquera; aunque, por otra parte, el señor se hunda y se pierda y sea presa del demonio en cualquier minuto.

¡Mucho ojo, pues, mucho ojo! señor Presidente.

Y ya que usted es caballero tranquilo, hombre de reposo, Jefe amigo de la calma, aquí nos permitimos decirle serenamente que la dictadura es un potro silvestre y soberbio, un toro encohetado, un perro con rabia, un asesino metido en pliegue nocturno, un loco ó una loca de atar, un temblor de tierra, una erupción de volcán, un fuerte escollo del honor y de la dignidad.

Persona serena, que prefiere llegar á la cima con su grano, hace mal si oye á los tunantes y se echa al hombro una montaña. Si usted quiere beber el aire de la cúspide, déjese de ir como esos tunos del purgatorio, que nos pinta Dante. Sea usted abogado de escasa locuacidad y abundante código.

14 de Marzo de 1893.

# DOCTRINA DE MONROE

La América para los americanos

La política salva la frase.

Ese decir del yankee no ha sido en sí mismo sino una triste síntesis del egoísmo, una demostración dolorosa de la lucha por la vida, una prueba más de que los hombres son rivales ó enemigos de los hombres, de que la humanidad es una pobrecita.

Pudo creer el ilustre americano que este nuevo mundo había de ser el mundo grande de los ingleses pequeños que huían á leguas del cetro hostil de los bretones normandos, escandalosos por demás en aquellos tiempos.

Pero ese pensamiento de superioridad sobre el resto de la América, fabricada por el aliento español principalmente, no justifica la frase de que *la América es para los americanos*. Este nuevo mundo es de todos los que sean dignos de él.

Mejor sería que fuese de la gente civilizada, y nada más que de la gente civilizada.

Europa no es el mundo. Estados Unidos no son el mundo, son un buen pedazo del mundo. Se vende y se compra, se hace gestión fuerte por la ventaja, se procura la vida á todo trance.

La nueva sociedad inventó política nueva. El puritano quiso cosa distinta del tremebundo perseguidor de la conciencia y de la idea y fundó la nueva Inglaterra.

Ahora ya vamos por otro camino. Aquellos puritanos se ocupan menos de la doctrina y piensan más en la economía. La América del Sur, ó mejor dicho latina, para comprender á Méjico que desgraciadamente ha perdido la mitad de sus tierras en beneficio del sajón americano, no es cualquier cosa. Pesa en la balanza. Y si las palabras de Monroe significan que desde el Norte á Patagonia, este continente debe ser suyo, del americano inglés, parece necesarísima una contestación fuerte del americano español que dice así:

La América ha de ser de los americanos ibéricos, ó, mejor significado, latinos.

La América es de todo el mundo. Del asiático y del africano, del europeo y del inglés.

Las palabras de Monroe no se podrían salvar sino por un esfuerzo especial de la fantasía político-egoísta.

14 de Noviembre de 1894.

# PENSEMOS

No son las naciones que más de prisa y con mejor fortuna se levantan y florecen, aquellas donde tienen su labor establecida la cólera de los gobernados contra los gobernantes ó de los gobernantes contra los gobernados. No hay para que decir la historia....; basta que haya sentido común para comprender que las sociedades crecen como debe ser en virtud y dicha, á la sombra de la paz fundada en la legalidad de los unos y el respeto á la ley de los otros. Dicen los de fuera que en el mundo no hay pedazo de tierra como este que llamó «Costa Rica» el aventurero glorioso que lo descubrió. Se da á entender que estamos en el punto verdaderamente medio ó de cintura de esta América tan buscada del extranjero, á pesar de ser todavía vino nuevo, si se la compara con los jugos seculares de la vieja Europa; que el Nuevo Mundo, por muchos escándalos que tenga en su política gubernativa ó social, ha de ser siempre el dichoso vientre de donde salen hechos hombres los grandes principios liberales, ó, mejor dicho, humanos, de la revolución enemiga de las soberbias locamente linajudas del Antiguo Mundo.

Costa Rica es un pequeño país situado para su dicha en el angosto delicioso de la América, allí donde hay todos los elementos naturales para que la vida corra sin que su pié se rasgue en los filos mortales y, más que todo, traidores de Panamá y Colón. Nuestra fiebre amarilla se cae, de falta de oxígeno, á las cuatro millas de Puntarenas y Limón, y muy costosamente logra pasar, en las épocas de más aciago, de las lindes calcinadas que muerden el mar en los días desesperantes del verano.

Tenemos, pues, un país envidiable, donde la franca palmera, lo mismo que el arbusto agazapado, viven llenos de alegría, de abanicos fulgentes y de ramos trémulos de menudas hojas de terciopelo. La palma real cimbrea de voluptuosidad donde se encoge de recato el mirto, á los soplos del aire que germinan en este trópico tibio desleidor de la sangre.

Convengamos, entonces, en que la naturaleza nos abruma de caricias, en que el cielo, perverso y corrompido idiota para otras zonas, nos hace regalo á los costarricenses de ajorcas y brazaletes deliciosísimos. Convengamos en que la naturaleza nos grita; muchachos!.... á la felicidad! á la buena vida..... al abrazo fraternal que enciende el pebetero imcomparable de la ventura! Nada falta. Lo tenemos todo. Buena familia, sangre

de múrice, piel de pergamino blanco y satinado. Tenemos el banano, tenemos el café, tenemos la dehesa, tenemos el artesano, la altivez del revolucionario: tenemos todas las prendas de la materia y del espíritu. Lo que nos falta es método, menos ira, menos soberbia vana. Tenemos que comprar un poco de talento sajón ó, por lo menos, de sentido político.

Dejemos que hoy gobierne este; mañana mandará aquel otro. En esta tierra no ha habido nunca escándalos de gobierno que merezcan el odio cruel de la historia. Rivalidades, y más que todo impaciencias; las dos cosas por adelanto de vida, por exhuberancia de vida; hé ahí los enemigos principales de nuestra alma nacional.

5 de Enero de 1895.

# OTELO

La pieza inmortal fue sacada á escena en nuestro desgraciado corral la noche del martes.

Nada hablamos de Shakespeare: nos libre Dios de pronunciar un solo monosílabo en tratándose de la encumbrada cima del arte trágico moderno.

¿Qué valdría una letra más ó una letra menos? En el inmenso océano una gota no pesa; en el cielo sin fin una nube no vuela; un juicio ahora añadido al infinito mar de ideas críticas que ya está redondeado, no altera la eterna serenidad del autor de Prometeo, del inventor de Ayax, del padre de Segismundo, y de aquel terrible espantoso, sondeador de las pasiones, que puso su complacencia en modelar una mujer dulce y bella y enamorada, y sobre todo, llena de inconcebible inocencia, para hacerla morir de asfixia bajo la almohada de novia, tierna y delicada, sostenida por el músculo salvaje de un hombre horrible, encarnación del orgullo y de los celos brutales.

Shakespeare vive en el olimpo alto; como la pluma de Cervantes, ahí está intocable. La traducción no satisface á nuestro deseo. Nos parece mucho mejor la de Zapata, que ha merecido los elogios de un crítico tan notable como Valera. Esta versión del señor Retes tiene el defecto del retintín en su mayor parte, ó de la consonancia abundante, que es ya cosa insoportable, tratándose de escenas de la vida ordinaria ó en rigor humana. Tambien echamos de ver que esa versión más tiende á parafrasis, que á copia exacta. El último acto, sobre todo, nos parece una verdadera falsificación del pensamiento y del arte del invencible maestro. Este señor de Retes, hace morir á la pobre muchacha, enamorada de su ogro africano, en manera espantosa que pone á rabiar de ira y de impaciencia. El cuarto acto es un toque funeral, verdadero campaneo de agonía, que comienza al alzarse el telón y concluye con Otelo.

El momento menos odioso es aquel en que el moro bárbaro se rompe el pescuezo con el mismo puñal impío que abrió el cuello sedoso de la infeliz Desdémona.

Es verdad que la desventurada dijo cosas lindas, cuando ya expiraba sobre su lecho. Aquello del sauce es una canción admirablemente romántica. El recuerdo de su pobre esclava es un capítulo de alta poesía. La

fuerza de Shakespeare, en concepto nuestro, más que en otra cosa alta, consiste en su gran decir. Sus descripciones son inimitables. Pero decimos otra vez que el traductor nos ha dado gato por liebre, sobre todo en el cuarto acto, por el cual hemos de tenerle siempre feroz resentimiento. De Otelo nos hace un verdadero tigre, un histórico huno, despreciable bajo todos conceptos. De la criatura suave, de la veneciana luna poética, metida entre purísimas gasas, nos hace una especie de loca, de atolondrada y de muchacha común. Se enamora del ogro ferozmente, y cuando comprende que su destino es morir asesinada, no quiere resignarse y pide amparo y ruega y se queja y huye como liebre acosada del galgo.....

Escena ridícula que hizo esclamar á un caballero vecino de nuestra luneta: pero mujer, llame usted á la policía y que encadenen al jamaiqueño.

Aquellos fueron quince ó veinte minutos de verdadera angustia.

Ni siquiera logró, el perverso marido, degollar bien á su esposa. Cuando la creíamos yerta, habló, sin embargo, la hija de aquel noble altanero (que con razón se oponía al matrimonio) y se quejó y estuvo á punto de hacer testamento.

10 de Octubre de 1895.

# LA BODA

PARA hoy estamos convidados.

La boda se ha de verificar á las doce de este día; para nosotros, los que ya sabemos lo que es canela, día de sobra; para ese joven armado de ilusiones y de esperanzas, día absolutamente necesario y lindo y luminoso y feliz, aunque llueva á cántaros.

Que así es la vida: amar mucho y aborrecer mucho; y cada afecto y cada odio tienen su momento; el que va á besar por la vez primera, tiene encima el cielo azul y debajo la tierra florida, blanda y perfumada. Roberto, nuestro joven amigo, no puede hablar; la alegría lo turba y le obliga á callar. La hora exige que su boca se ocupe apenas en sonreir. El matrimonio es como todo en el mundo: bueno ó malo, el que gana se divierte, el que se da contra una punta de canto ese se pone vendas, si le tiene miedo á la muerte ó demasiado ámor á la vida.

Mas queríamos decir que Roberto se casa hoy y que, por su dicha, ha visto claro y lleno de matiz adorable el inmenso altar del Oriente, desde que echó pié á tierra. Una mujer bien hecha y redondeada por la vida, orgullosa de salud y frescura, es muy capaz de hacerle ver á cualquier joven, sol resplandeciente donde no hay sino niebla plomiza, cumbre envuelta en tul de garúa y, por los cuatro rumbos, viento frío. Es la dicha mayor casarse: hablemos claro, la mejor parte de la vida está en el momento en que el cura ó el gobernador fallan diciendo: *ego te conjungo;* luego es posible que el demonio se meta en la felicidad, pero eso no importa, siempre va junto al esposo reverberante de felicidad, ó escuálido de pesadumbre, el hermoso recuerdo del día de la corona pura de botoncitos de naranjo y del velo misterioso del pudor pálido de vergüenza y de afán ó sobresalto.

En fin, se casa Roberto y aún admitiendo con el materialismo hiriente que no hay locura más grande que el matrimonio, siempre queda en firme que obra con juicio y hasta con talento de fuerza, el que se pone al cuello y al pié cadena bien labrada en metal fino.

La novia de Roberto es un primor, esa joya hará feliz á nuestro joven amigo, la naturaleza la dotó de hermosura y gentileza. En los momentos duros de la lucha, Roberto pondrá sus ojos sobre una mujer disipadora de amarguras, y él podrá sonreir alegremente.

Esa es la verdadera dicha en medio del arenal del infortunio. Encontrarse con una mujer hermosa á la hora de llorar. Antonia Esquivel es prenda de mucho precio. Roberto será dichoso.

Octubre de 1895.

## OBRAS DE ARTE

El apreciable señor don Zenón Castro nos dió á leer, en la *Unión Católica* del viernes, una carta suya dirigida al señor Ministro de Policía, en la cual le recuerda á este funcionario el artículo 23 del Reglamento de Policía (sección 1ª) y le delata el hecho de que en el almacén de muebles de don Juan Rafael Mata, ángulo Sudeste del Parque Central, se exhibe, á plena luz, una colección de pinturas indeciblemente obcenas.

Dice así el

«Artículo 23.—Los Jefes de Policía recogerán las estampas y pinturas obcenas que se exhibiesen en público ó que se vendan en los almacenes y tiendas, imponiendo á los culpables una multa de diez hasta cien pesos.»

El anhelo del señor Castro está claro y no tenemos para que comentar el fondo de su carta, que lo refleja perfectamente; y decimos que de veras iríale muy mal al señor Mata, si por fortuna no surgiera desde luego esta cuestión que lo salva: «Tiene don Zenón verdadera personalidad artística en materia de pintura, para juzgar, con la corrección debida, de la estética ó la inmoralidad de un cuadro?» Ignoramos que piensa el señor Ministro de Policía, pero nos aventuramos á creer, desde luego, que él no cometerá jamás la ligereza de arrebatarle al señor Mata sus bellísimos y soberbios cuadros, que son gala de su almacén, recreo de ojos no enseñados á la malicia pecadora, y de multarlo incontinenti con diez ó cien pesos, en prueba de aprecio por el talento y gusto que tiene para elegir obras de arte que recrean la mirada y alegran el espíritu; en todo caso, el señor Ministro elegiría, antes de proceder tan duramente, personas competentes que estudiasen los cuadros delatados y emitiesen juicio acerca de su condición.....

Nos gustaría oir á Valiente, á Echandi, á Mr. W. J. Taylor, á Fienne, á Rud, versados en el arte del dibujo, de la fotografía, y de la pintura y el crayón; nos gustaría oir á caballeros ejercitados en la contemplación y examen de las obras célebres de los grandes maestros, conocedores de los estilos y de los rasgos y coloridos y genios de cada época del arte pictórico; caballeros que han viajado por Europa y dedicado tiempo á los museos de pintura de España, Italia, Francia, Alemania, é Inglaterra;

nos gustaría oír, después que ya hemos oído el voto y la sentencia de don Zenón Castro, el juicio de esos verdaderos jueces.

Y ya estamos ansiosos de saber que piensan de aquella Dolce Far Niente, cuyas mejillas enciende con suavidad el amable aleteo de un cisne; de aquella guapísima mujer de las soberbias curvas y la espiga majestuosa, que apenas medio envuelta en sendal tejido con rayos de luz del amanecer, finge á Flora, la que abre los botones con el calor de su boca y pinta los lirios con la humedad de sus labios encendidos en el frescor matutino; de aquella tempestad de primer orden, que no crispa con la culebra del rayo, ni aturde con el grito del trueno, ni espanta con el Satán de su negrura, ni estremece con el ala gigante de su resuello, sino que es tempestad parecida á otro cuadro que allí mismo simboliza la Primavera: dos bellezas: una mujer y otra hombre, tocándose de cerca, casi abrazadas como Paolo y Francesca y echadas á volar vivas y brillantes bajo un manto no poco parecido á la sombra poética que cobija á los desgraciados amantes de Rímini; de aquella Primavera ya citada que no es otra cosa que dos muchachos de sangre nueva que entibia la pubertad y se aproximan por el perfume opuesto de los sexos, así como los fluídos que hacen el rayo, sentados ambos en el columpio que Tirsis echa á volar con amorosa queja y miedo apasionado de Dafne, su gentil zagala; de aquel *Interior of a Harem in Tunis*, donde las figuras y las magnificencias que rodean á aquellas mujeres de la sierva Circasia, de la esclava Samarcanda y de las arenas líbicas junto á las cuales gime y canta la onda mediterránea, más entristecen el ánimo que lo alegran renovando los recuerdos de la bajeza de lo grande y de lo grande de la miseria humana sometida al Corán y al alfanje de la tiranía; de la virgen que se baña curva, mórbida y fresca como debieron ser las ninfas griegas, tímida de rubor aunque no vé sus hechizos, sino el ojo del cielo; de aquel grupo de alegres locuelas del mar, que subieron hasta la cresta de la ola á ver la barca del pescador en cuya red quedaron cautivas; y quisiéramos saber que piensan de muchos otros cuadros que, seguramente, figuran como obcenos en la lista del señor Castro y que, sin embargo, tienen sus grandiosos modelos expuestos en las salas de pintura más acreditadas de Europa: cuadros de la antigüedad clásica, cuadros que pensó la barbarie de la Edad Media, cuadros modernos, cuadros contemporáneos, escenas de grandes dramas, de comedias famosas, de óperas de renombre, á cuya representación están abiertos los mejores teatros del mundo; cuadros históricos, como el de Tanhausser tentado por el vicio, en el cual figura una mujer de atrevidas redondeces destacadas por la visión fantástica del pincel en una desnudez casi total.

Si la doctrina de don Zenón fuera exacta, ya tendríamos que echar la policía y el anatema á las estatuas de bronce que ornan las fuentes, y que las ornaban antes principalmente, y á las grandiosas figuras del Monumento Nacional, y particularmente á la de Costa Rica: con los pechos y otras desnudeces al aire puro, ¡Que barbaridad! Y que diría don Zenón de Angélica, huyendo desnudita, desnudita, apenas medio envuelta

en su madeja espolvoreada, sostenida por el nervudo brazo de Medoro y un poquito en desmayo sobre las ancas de veloz corcel, acaso ejercitado en el rapto de princesas enamoradas? Y el Quijote y el Gil Blas, y el inimitable poema de Ariosto, no deberían entrar en Costa Rica, ni deberíamos admitir en las ventanas anchas de las tiendas la exhibición de tantas mujeres y hombres desnudos, que son otros tantos ejemplares de Venus, de Ninfas, de Bacantes, de Bacos, de Panes, de Faunos, Cupidos, Dioses, Diosas, Héroes y Heroínas.

En fin, no pretendemos que nuestro juicio sea mejor atendido que el de ese severo censor que ya querría ver en llamas como los libros de don Amadis y de don Galeor y de muchos otros caballeros andantes, según la relación famosa del árabe Benengeli; no pretendemos que sea mejor el criterio de *El Heraldo*, pero somos de opinión que los cuadros *acusados*, más que la pena de azotes, ó de la cuerda camino de San Lucas, merecen el himno de Píndaro, como triunfadores en el torneo.

Quedemos, pues, en que, á pesar de la buena fé, recta intención y demás calidades honestas y morales del señor Castro, su cartita al Ministro de nada sirve, ni tampoco su cita del artículo 23, ni su acusación, ni su deseo de que el señor Mata pague multa y pierda las estampas, mientras no haga buena su diligencia con el voto de nuestros artistas y de nuestros amadores del arte, acostumbrados á distinguir entre lo bello y lo indecoroso, entre el numen y la corrupción, entre la desnudez poética y los contornos lúbricos, entre la línea que inspira afecto y la que inspira lascivia, entre la figura que regocija el alma y la que enardece los sentidos.

1º de Diciembre de 1895.

## COMENTARIOS

El cable nos viene anunciando con frecuencia varias cosas graves. Desde luego hemos tomado nota de que Satanás no debe estar muy guardado. La lima del tiempo ha roto sus cadenas, y la malicia venal de los guardianes ha abierto al condenado las puertas del calabozo. Se siente olor á azufre concentrado, á querosín, á aguarrás; el viento sacude sus alas y trasciende luego los olores á infierno.

¿Qué pasa?—La cruz, símbolo de la cultura de que hemos estado orgullosos, habrá cerrado sus brazos? Por ventura, dónde está el Cristo que nos redimió y que ofrecía con divina elocuencia que las puertas del infierno no prevalecerían contra San Pedro? ¿Dónde vive ahora el alto Dios, cuya irresistible tropa de criaturas aladas echó del alto trono á los indignos luciferes? Se ha dormido el atleta incomparable? El señor de los fuertes adalides, aburrido de hacer, ha preferido el reposo, que ya no se le siente?

Todos los días nos anuncia el cable desastres y desastres. No hay para que referir los robos y los asesinatos, las traiciones y los estropeos, los abusos sangrientos del poder y las tremendas puñaladas á la inocencia, las impiedades y los ateísmos: basta recordar las guerras de pueblos á pueblos, los degüellos abominables de nación á nación. Como en los antiguos tiempos del paganismo, como en los días turbios en que la ley de la razón abría paso al Cristo al través de las turbas que se oponían: tal vemos ahora levantarse la falange contra la legión, el pueblo contra el pueblo, el un hemisferio contra el otro.

Ha tiempo que el cable no anuncia sino ruina y desolación, sangre, humo, desastre y pavor y vergüenza.

Europa está armada hasta los dientes; no puede moverse; las espadas y los cañones á aherrojarla, y, mientras tanto, el pueblo, el trabajador, el desheredado sigue sudando de esfuerzo y de hambre para fundir nuevos elementos de ruína y más cadenas para sí mismo.

Asia apenas come; no tiene tiempo para estar á la mesa doméstica; el festín guerrero la incita y excita; China se abaja más, y el Japón crece como los borregos que el orgullo soberbio del aristocrático cocinero mima ahora para degollar después. Y allí se forjan armas y odios y venganzas y gran miseria y dolor. Los cielos internacionales han abierto sus alas al

ruido de las cadenas infernales, rotas por el rebelde arcángel, que aspira á dominar el mundo desde que se ha secado la sangre de Dios sobre las piedras del Calvario.

La India es una esclava grande, rica, apetitosa; el Asia entera cruje de pesadumbre y siente los espasmos de la muerte.

Africa es una gran presa. Las zarpas del Norte están clavadas en sus dos costados. El pobre negro no es más esclavo fuera; lo seguirá siendo dentro de su heredad.

Y ahora nos dice el cable que ya toca el ala negra nuestros horizontes, en modo grave y terrible. Las locuras de nuestra raza latino americana han sido nada; la guerra fuerte de Chile y Perú pierde mucho de sus colores, se olvidaría. También pasarían sobre el cuadro histórico, como leves sombras, los combates aturdidos de las miserias pequeñas de Centro América, de las ambiciosas miras de Colombia y Ecuador. Se han olvidado, casi, los combates recios librados entre los indios de este lado de Sierra Madre y los mestizos altaneros que moran á la otra parte.

El cable nos anuncia ahora cosas mil veces peores que la tremenda lucha pasada, apenas como un cataclismo humano, entre el franco y sajón alemán, peores sin comparación que las guerras de independencia del pasado y el presente siglo.

Inglaterra, Estados Unidos de América, España y Portugal, están en lance de agitar el planeta, de desviarlo de su órbita. Ayudan en este momento Italia y Abisinia; y en manera menos directa, ayudan Francia, Alemania y Rusia. Venezuela y Cuba, en América, son las manzanas de la pavorosa discordia. En Europa gime la puerta sobre sus goznes quebrantados, y ya se siente el frío del agudo filo de la espada occidental y del Norte; Asia y Africa se retuercen en la agonía. Las otras naciones claman por su independencia y afilan sus hierros mortales, y el globo se extremece de un polo al otro y de éste á aquel meridiano. Todo es triste, hondo malestar, temor profundo.

¿Qué será de las naciones? El desconcierto apagará la vida como un nuevo diluvio?

Ah! Dónde está Dios! Qué se ha hecho de los clavos y de la cruz del Samaritano! No duermas ¡oh gigante!; basta de reposo: despierta y haz que la tierra vuelva otra vez á girar sobre su eje de diamante.

13 de Marzo de 1896.

# IR AL MERCADO

I

MORTAL pereza: hoy es lunes, y el primer día de semana es el verdadero día de descanso. Eso de que el domingo sirve de reposo y para las piadosas meditaciones, no pasa de ser un cuento divertido. Si la Iglesia reformara el precepto, acertaría. El lunes es cuando amanece cada prójimo bostezante de fatiga y de amor á la contemplación. Sólo que si el Papa llegara á disponer que sean los lunes los días de oir misa entera, entonces el martes, indefectiblemente, tendría que ser el primer día de pereza de la semana, y siempre quedaríamos en la misma, por aquello de que el orden de los factores no altera el producto. Dejemos, pues, las cosas como están, que bien vive San Pedro en Roma.

Pues amanecimos ayer de modorra mayúscula. El domingo nos hace el efecto de un gran narcótico: cada lunes estamos con más ganas de dormir que de trabajar. Por lo menos sentimos que nos vencen una repugnancia feroz hacia el trabajo y un afán irresistible de pasarnos de codos sobre una mesa de conversación, hablando mentiras y oyendo chascarrillos sosos. Y lo seguro es que apenas habrá quien no pase por las mismas angosturas que nosotros. Aquí, allá y acullá, en todas partes, tenemos la dicha de encontrar muchachos y hasta viejos bien dispuestos á no consentir que nos coma á solas el fastidio.

Ayer, al golpe de las nueve, nos vestimos á la carrerita y dijimos adiós á la casa; sentíamos una verdadera necesidad de ver á los amigos y acudimos á preguntar por ellos donde Mangel, donde Ventura y donde Soley, y, en efecto, allí estaban éste y aquel otro; que no decimos los nombres por miedo de que lo tomen á mal. Tengo, me dijo Eduardo, una esparceña de lo más cabal; vamos á dar una vuelta y de camino nos quitaremos..... el mal estar bilioso.

Partimos con dirección al Mercado. Mejor no hubiéramos querido hacerlo, mas valiera que nos hubiéramos quedado en cama hasta otro día. Jamás nos hemos visto henchidos de celo más noble en favor de las buenas costumbres. Habríamos dado cualquiera cosa por tener en nuestra mano la vara del famoso Alcalde de Zalamea, ó el bastón del Gobernador, ó siquiera la autoridad del Agente de Policía. ¿Y para qué es la Policía?

gritábamos. ¿De qué sirve que haya cánones legales modeladores de la conducta? ¿No será preferible hacer gran pila de las leyes y reglamentos y meterles candela? ¿Pues no es un escarnio del derecho y de los buenos usos principalmente, lo que aquí pasa, por abandono perfecto de quienes están en el deber de vigilar por que el orden y la moralidad marchen ajustados á medidas hechas? ¿Será cierto que el lunes no es día de trabajo? ¿Será que es necesario que la corrupción, hija de la disipación y la pereza, acabe de minar nuestra sociedad? Y, sin embargo, ¡qué vergüenza!, nos atrevemos muchas veces á roncar, diciendo con verdadero aire de Galicia que no hay pueblo ni más honesto ni más laborioso que el de Costa Rica. ¡Canario!, pues si los que así vociferan son en efecto personas de juicio, que se acerquen los lunes y hasta los martes y también los miércoles y demás días lectivos (pues que del domingo no hay para que decir), y vean y juzguen de esas buenas costumbres que los infla y llena de tanto orgullo. No hay nada comparable con el *tico;* muchacho excelente, dedicadito al trabajo desde que Dios amanece hasta que nace véspero. Si nó, veamos lo que pasa, por lo pronto, aquí: el Mercado está lleno todo el día de vagos y mal entretenidos, de borrachines vulgares y hasta de bebedores que por nada soltarían sus antecedentes de familia. No sólo por los patios del Mercado van y vienen los gomosos y las engomadas de la noche, que son otro cáncer y segura muestra de bajeza social, sino por las cuatro calles, que, por fortuna, están atestaditas de tabernas.

Ayer tuvimos ocasión de fijarnos atentamente en el daño grande que nos está haciendo la borrachera, la tahurería y la vagancia, y, principalmente, la autoridad llamada á perseguir los desbordes ó malos usos, con la tolerancia que gasta, con su descuido y su desprecio por el cumplimiento de su deber. Y es cosa cierta que lo que sucede allí por el Mercado y sus alrededores, ocurre también en los demás cuarteles de la ciudad, siendo mayor el ejemplo que se da de miseria moral, allí en los establecimientos de último orden, que es donde se reúne la pobretería que más necesita de su trabajo para vivir honradamente.

Sabemos que el uso del aguardiente mina nuestro pueblo en todas partes, y, por lo mismo, deseamos que la persecución del vicio de beber sea encarnizada. Tampoco el juego y la vagancia deben vivir en paz.

Con que así pasamos el lunes por la mañana, hechos ascuas de furor contra las malas costumbres y nuestros alcaldes de Zalamea. Cuando nos apartamos del cuadro, decíamos: si la autoridad arrease con toda esta turba de gente baja, nada nos importaría que también nosotros fuésemos en la colada, por andarnos aquí dando paseítos á la pereza, cuando tantos quehaceres nos esperan en la oficina. Y en efecto, si desde temprano nos hubiéramos puesto á la labor, ahora no tuviéramos la pena de publicar este pergeñado trabajo, que también á nosotros nos hace bostezar; ¡tan fastidioso nos parece, y lo es en verdad!

Pero ayer era lunes.

## II

Con motivo de nuestro artículo publicado ayer, acerca del vicio del aguardiente y del juego y la vagancia y otras malas costumbres que arruinan el crédito de este país llamado antonomásticamente Costa Rica, nos han salido algunos, que se fijan mucho en la honra del mismo y poco en los fundamentos de la honra, diciéndonos que hemos ido más lejos de lo necesario, y que los defectos que hemos atacado, son defectos humanos y no de la nación; y que, en todo caso, mejor es que la ropa sucia sea lavada en casa y no tendida en el solar ajeno.

Echamos de ver fácilmente que la vagancia y la tahurería y la borrachera no carecen de celosos defensores, que son consecuencia del falso patriotismo y de un concepto equivocado del honor.

El patriotismo es la adhesión grande al pueblo donde se nace, á las entidades que forman políticamente la nación, cuya bandera nos cubre. Es un cariño fuerte á la madre tierra, parecido al apego que sentimos hacia la mujer que estruja su pecho para darnos vida con su jugo.

El honor es el rechazo pronto y enérgico de todo aquello que rebaja y humilla; el más fuerte sentimiento de odio á lo que avergüenza.

Según eso, no hay razón para que se nos eche al rostro que hacemos mal con negarle crédito á lo que ya lo tiene perdido ó está en camino de perderlo. Nada sufre Costa Rica con que diga el periodista y cualquiera otro, que el vicio carcomedor y arruinante seguro de las virtudes nacionales y del individuo, está haciendo prodigios de valor y de progreso en la pequeña masa de nuestra sociedad. Se bebe y se juega y bagabundea (y á esta palabra le atribuímos mucha extensión y comprensión), como se hacen picardías á granel en cualquiera de los más vetustos centros que vienen trabajados de abusos de siglos y de faltas de juicio para equilibrar los elementos del país y á cada fuerza ofrecerle aplicación ventajosa.

Hablar con franqueza es una virtud; el que no dice la verdad clara, si no hace mal, ningún bien hace jamás. Es evidente que nos desplomamos por diversas razones, que ahora sería difícil y hasta oficioso enumerar. Y hay que tomar en cuenta que nuestro número es muy corto. Que tal si Costa Rica contara sus habitantes por los millones que cuentan los suyos China, Rusia, Estados Unidos, Japón, Inglaterra y sus posesiones, Francia y las suyas, Alemania, Austria, etc., etc? Bien es cierto que todo es relativo, y que donde hay una sociedad grande existen más elementos que pueden ser aplicados al servicio del orden; y que, por consiguiente, parece mal alegato decir que un país como el nuestro, por ser pequeño, está en más propias condiciones para ser regido como conviene.

Mas nadie podrá negar que sí es indiscutible que en los países infantiles el vino de la perversión no ha tomado aún todo el bouquet y la fuerza que allí donde las sociedades están gastadas por las infamias de los reyes y de las tiranías y, en general, de los malos regímenes políticos que hacen papel al través de los siglos. La Europa entera ha sido víctima de una

*larga* formación dificilísima. Lo que ahora tiene exhibible, en cuanto á moralidad, lo ha ganado en las últimas centurias. No hace mucho que aterraban los Luises octavos y los Luises quinces; y no hablemos de los demás países, ni recordemos siquiera á los reyecitos de Italia y de Alemania, ni tampoco al bobón de Fernando Sétimo. No hablamos de Asia, y menos hemos de hablar de Africa. Ni tampoco queremos hacer mención de las antiguas culturas, llenas de grandes virtudes y de mayores vicios. Baste recordar que Europa ha tenido que ganarle muchas reñidas batallas á la barbarie para ser civilizada y reina de nuestro siglo. Pero, en medio de sus triunfos, tiene grandes bajezas, las que aún no han podido ser demolidas. Todavía el señor pisa al colono, y todavía el colono le besa la mano al aristócrata. El anarquismo tremendo es hijo legítimo de las viejas condiciones sociales que se prolongan aún, á pesar del reconocimiento de los derechos individuales..... Y allí hay vicios y allí hay corrupción y gran pequeñez al lado de lo culto, por una costumbre inflexible que, sin embargo de las leyes y de la civilización revolucionaria, forja grandes poderes y grandes debilidades, grandes riquezas y grandes miserias. La anarquía, con luz ó sin ella, no busca otra cosa que el nivel de la naturaleza. Pero tampoco es cierto que la rebelión es viciosa. El vicio es mil veces más abominable. La anarquía tiene ideal, es decir, piensa, revela ser hombre. El vicio es idiota, demuestra ser bestia. En Europa también hay vicio muy grande; pero estudiadas las condiciones sociales de allá y de aquí, el nuestro resultaría ser mucho más censurable, porque nosotros no hemos tenido el ejemplo corruptor de los siglos; porque somos originales; porque hemos creado nuestras malas costumbres.

Da vergüenza que no podamos vencer. Con poco esfuerzo de la autoridad, no le quedaría á los *malhechores* guarida donde ocultarse. El vicio no ha profundizado nuestro ser, no ha penetrado en nuestra sustancia. Que la Policía obre como debe obrar, y el nefando edificio de la maldad caerá hasta en sus bases más profundas. Somos pocos, y tenemos más facilidades para gobernarnos decentemente. El dolor antiguo no tiene raíces en Costa Rica. Aquella lepra de siglos no tiene asideros en este país. Costa Rica, si no es una República, es á lo menos una democracia. El que quiere vive; el trabajo sobra, los caminos de engrandecimiento andan por la calle pública. ¡Pobres de aquellos que hoy mismo no encuentran quien les ofrezca modo de comer pan negro á cambio de sus actividades!

En suma; mantenemos lo dicho. Es un crimen que haya vagos y borrachos y taliures y mal entretenidos, en este pequeño país nuevo, donde la mano no se mueve sin encontrar un quehacer honesto. Creemos que hablar así es entender el patriotismo y el honor.

18 Marzo de 1896

# DIAS FESTIVOS

Con motivo de haber sido ayer la Anunciación de Nuestra Señora y día del señor San Dimas (el buen ladrón) y de San Irineo, que era muchacho muy apreciable por su buen humor; nosotros, los de *El Heraldo*, digimos: no es tiempo de trabajo y debemos dedicar las horas de la fiesta á cosas mucho más graves que el trazo de artículos que pueden salir bien y pueden salir mal. Hoy toca la campana á descanso; la campana religiosa tiene inconcebibles bondades. Parece que adivinara el odio al trabajo con que suele amanecerse. Ello es cierto que muchas veces nos ha librado de empuñar el lápiz y puesto en camino de ir y venir sin ningún sacrificio del alma ni del cuerpo. Toca y llama á las contemplaciones, y luego nos movemos á piedad, y vencemos la tristeza de una mala noche echándonos á dormir después de almuerzo. Benditas sean las campanas que anuncian las fiestas de los santos mayores y recuerdan las obligaciones que hay que llenar en los días de ceremonias estupendas, como son, principalmente, las de Cuaresma y, sobre todo, las de Semana Santa. Los pobres de espíritu, que no suelen amar el trabajo y se dedican á la salvadora devoción religiosa, no acabarán nunca de elogiar el hermoso talento de los Pontífices y los Santos Padres, etc., etc.

Por cualquiera casualidad, amanecimos ayer, miércoles de la Asunción, un poco pesaditos de mala noche; y á tiempo que nos disponíamos á hacer periódico (para que no se corran los suscritores), malo, por supuesto, y dominábamos la dureza del sueño perezoso, se acercan varios cristianos amigos, exclamando á nuestra oreja: vamos á echar un cocktail, que se aproxima el almuerzo y hoy es día de fiesta.

Como trepados á la gloria, soltamos el lápiz, y dimos á Dios gracias por haber dejado, allí donde menos era de esperarse, cisternas quebrantadoras de la sed.

¡Muy bien! ¿es hoy día de fiesta? Pues nos hemos salvado. Teníamos una gran pereza de trabajar. Ahora nada nos importa que el suscritor rabie. Explicaremos que somos católicos, y que nuestro gremio tiene la facultad de no cumplir, sin menoscabo de su honra, los compromisos que haya contraído para con el mundo, siempre que se trate de los hermosos días de fiesta de guardar.

¡Oh, qué hermoso sería que hubiese una misa cantada con maitines

ú otros salmos cada vez que uno amaneciera hecho una lástima de mala noche! Si así fuera, la especie humana no sería una pobre sierva del deber y la obligación. Cada prógimo podría alegar: «no estoy en el caso de prestar mi servicio y me tiendo á dormir. Me ampara la ley, que me ordena que no trabaje este día». Y si alguien alegara que ese descanso no es para servir al Altísimo con meditación santa, podríamos contestar republicanamente: «¡quién tiene derecho para meterse en mi conciencia! De mis actos morales sólo á mí me toca responder; y me quedo roncando hasta mejor ocasión; con que cada cual cargue con su responsabilidad y nadie juzgue á su prójimo».

Ayer, volvemos á decir, era día grande y, por lo mismo, nos fuimos al Mercado y calles adyacentes huyendo de la perrada de trabajar.

Nos divertimos. Aún quedan muchos vagos y muchos trapos sucios que piden á gritos agua filtrada.

Parece que la Policía se ha movido de esta vez un poco más que antes, pero aún debe moverse mucho más.

La borrachera no se resuelve á encorvarse, y al contrario, se yergue altanera, con la insolencia del enemigo que siente de cerca el frío de la lanza que le amenaza el pecho. Y así hace el juego, y otro tanto la vagabundería. Es decir, que los vicios capitales de nuestra sociedad, digna de mejor suerte, se aperciben para el combate. Disponen barricadas y reductos y minas; y juran por Baco y todos los dioses infernales que no admitirán ni ley ni fuerza que los domine.

Las muchachas de colorete se andan por aquellas encrucijadas, olorosísimas á sus ungüentos y pomadas y pacholíes; y de polvos no digamos, porque cada una daba á entender en la seca piel de su rostro, que había librado batalla del demonio la noche víspera del santo día. Se las hubiera tomado por ángeles, que tal era la costra de opoponax ordinario que les encalaba la faz.

No queremos ser difusos, y aquí ponemos punto con esta breve declaración. Ayer, día de la Asunción, lo ocupamos en descansar de la noche pesada que nos cayó encima, alegando que era víspera de un gran día de fiesta.

Con todo, y aunque parecemos adversos á los días de fiesta de guardar, nos pronunciamos en contra de la reforma hecha á provocación del diputado Núñez. Si hubiéramos seguido en la sencillez de antes, no habría tanta gente perdida, dispuesta á reirse de la supresión de los días de fiesta.

26 de Marzo de 1896.

# URIBE

La contienda toma cuerpo. La chispa prendió bien, y de prisa la llama va tragando combustible.

Las terribles tesis de Uribe, y sobre todo, las síntesis formidables de su puro radicalismo, lanzadas como otras tantas demostraciones rápidas y parecidas á balas que salen de poderosos cañones, han despertado el entusiasmo de los unos y de los otros, es decir, de la gente buena y de la gente mala. Los liberales aplauden y llenan las columnas de sus hojas con vivas y hurras á la revolución; mientras tanto encréspase la familia rasurada y cada calvillo hasta echa barbas hirsutas de purísimo despecho.

El combate va siendo temible: *La Unión Católica* se propone desmontar las baterías liberales, y ordena á sus manteos capitanes que se echen al hombro la sotana y recorran las filas con el machete desnudo parado á plomo.

Los enemigos del ultramontanismo hacen, por su parte, gemir sus bronces, con las bocas puestas sobre los muros negros de la bastilla clerical.

Y es Juan de Dios Uribe el Lucifer que todo lo ha revuelto de arriba abajo..... Hombre dichoso que con un solo prólogo ha producido más incendio que las petacas de la casa antigua de don Isidro Levkowicz. ¿Qué tal si ese bárbaro llegase á escribir un libro entero?

La mayor parte de los que guerrean del lado liberal están ardidos, no tanto por lo que entraña ese maldito prólogo, como por el terrorífico estilo tan semejante al del Apocalipsis. Hay que reconocer, definitivamente, que si las ideas pesan por su propia cuenta, el dominio que tienen debe ser calculado por el alcance del rifle que las lance. Queremos decir, aunque sea con los viejos retóricos, que no hay pensamiento viejo en forma nueva. Uribe es un gran artista; acierta á elegir la montadura en la manera que va mejor á cada piedra.

Tiempo ha que el radicalismo anárquico vibra allá lejos y acá cerca su lengua ahorquillada de culebra; pero en el *prólogo* de Uribe contra esa gente sin pantalón, la víbora ostenta toda su cólera por las ascuas vivas sobre que se revuelca. Esa forma del Luzbel que ahora despliega sus

murciélagas enormes alas, cerniéndose sobre el azufre del Pichincha, reanima el pensamiento antiguo y lo hace aparecer como serpiente nueva.

Esto es lo que nosotros celebramos: la elocuencia inusitada del tajante escritor colombiano.

En lo que toca á las ideas puras, consideradas en el cielo limpio, sin el prestigio de nubes negras ni doradas, hemos de confesar que no vamos pié á pié con el amigo Juan.

Más tarde, acaso, si fuere *oportuno*, nos produciremos acerca de esto con toda amplitud. Por supuesto que nada habrá que falsee nuestro juicio adverso á la familia rasurada. Para esa no tenemos sino el rifle moderno contra su averiada carabina de Ambrosio.

2 de Febrero de 1897.

# CELINA

Dos ó tres veces, y acaso más, héme sentado con ánimo de hacerte una gracia literaria.

No me ha faltado pluma de ave, y también la he tenido de acero y hasta de oro; aunque la verdad es que la última no ha sido mía sino de un amigo bondadoso que no suele esconder lo suyo cuando otro lo necesita.

Pero mi numen no ha dado una vuelta: allí está del mismo lado sobre que se durmió hace unos treinta años; por que ya tengo cuarenta y cinco, aunque yo mismo creo, á veces, que he cumplido los *cincuenta*.

Mi numen prefiere la vida echada: considera el peor de los males aquella obligación de abrir las alas y espolvorear las plumas.

No conoce la humanidad; y apenas ha oído contar que el mundo es pícaro y que no vale la pena de que uno se apersone por él. Mi numen afirma todos los días—cuando se le hace á fuerza de cosquillas abrir los ojos—que no le perdona á Cristo el que se hubiese dejado engañar tan candorosamente de los hermanos fariseos..... Piensa el angelote mío que todo es mentira, y que nada es comparable á una buena roncada de dormido.

Por eso, mi linda *bebé*, héme pasado en ánsia inútilmente, queriendo ofrecerte una tonada, una canción, ó, por lo menos, un rasgo prosaico, pero muy cariñoso, de mi lápiz. Tú eres un pajarito de los sunsunes reverberantes que algunas veces hacen mágico mi jardinito; y bien me agradaría pagar tu dulce encanto de colibrí templador sobre las rosas vírgenes, con un tornasol de mi lápiz.

Juzga si no me ha de endiablar eso de que mi numen incorregible siga prefiriendo dormir á pierna suelta.....; en efecto, tiene el capricho de creer á pié juntillas que es una imbecilidad hacer vida de despierto.

Vamos, mi Celinita; dejemos que la inspiración duerma cuanto le dé su gana. Yo, que soy tu gran amigo, puedo decirte que eres ojinegra y boquirrubia, y que si no tuvieras esas ventajas tuyas, siempre te valdrían por recomendación grande ante el mundo, el haber nacido de Adelita y Demetrio.

Si eso no te basta, déjame correr á la tienda para comprarte la más linda de las muñecas baratas; por que has de saber que los periodistas somos muy pobres.

1897.

# LOS SUIZOS

I

En efecto, todo el que no ignora hasta las cosas más simples, ha de saber que el valiente y decidido natural de Helvecia hasido, por desgracia y para descrédito suyo, soldado de cualquier ejército, vendedor de su *puntería*, sin que le haya importado descerrajar el tiro, aunque ello fuese sobre un hermano ó, por lo menos, pariente de las sierras alpinas. Descrédito grande para ese batallador, siempre colgado de la asta pública, en tal manera, que hubo suizo que un día mismo disparó en favor de Francia contra Alemania y viceversa.

Pues ahora es necesario decir, resonantemente, que en estos países sencillos de América los suizos son abominables. El artículo de ayer contra los intrusos que sólo buscan su *dotación* ó sueldo, conviene que caiga en desprestigio entero. Y el partido de la democracia independiente está decidido á introducir esa reforma en las costumbres viejas. Nada de suizos, nada de fuerzas que tan pronto pueden servir á la idea liberal como á la más recalcitrante del conservatismo. Nada de suizos, nada de gente que sacrifica ó está dispuesta á degollar su convicción y simpatía, en ventaja del salario ó de la papa. Mejor dicho, nada de gente que considera, como los sofistas, que toda causa es buena ó mala, conforme al precio.....

Echemos de la República á los suizos, pero no á los ciudadanos del pequeño país europeo, que se ha hecho grande por su espíritu levantado en favor de la independencia del derecho nacional. Los suizos nuestros, son los pocos extranjeros que llegan á nuestras playas y no penetran en el interior sino cuando han logrado que la fuerza gubernativa les prometa utilidad, á cambio de sus convicciones propias para sostener el pró y el contra. Por fortuna pocos son, ya lo digimos, esos traficantes del honor y la sinceridad, esas hojas amarillentas colocadas en alto, que se abaten á la derecha ó á la izquierda, conforme al rumbo del viento que las sopla. Amigos y defensores incondicionales hoy de cualquiera dictadura chirle ó sustanciosa, y mañana los primeros en allegarse á la piedra sangrienta del sacrificio, para abrir las venas del dictador y secuaces. Pocos son, por fortuna, los malvados. Esos microbios envenenadores de nuestra mo-

ralidad política é insultantes del carácter enérgico de ésta, no llegan aquí sino en bandadas de escaso número; gran dicha por cierto. Pero conviene que acabemos con esa raza menguada, traficante, impura é impía.

***

Hemos de explicar claramente.

Costa Rica es país pequeño, cada uno de cuyos campos tiene más que de rocío, sed de inmigración. No es la gente que nos trae su talento y su actividad trabajadora industrialmente, la que muerde y marchita nuestro decoro. Es aquella especie aventurera, siempre determinada á hacer ó no hacer, según que la semana del servicio *venal* ó alquilado, represente mayor ó menor promesa de satisfacciones para el intestino, aunque por otra parte bostecen y perezcan de hambre la inteligencia y el corazón.

Se dirá que política hace el extranjero en toda parte, y que la nación libre nada grita porque los de allende alaban ó vituperan la conducta de los gobiernos americanos ó de los grandes hombres de partido. Pero á ese país admirable por la grandeza de su estructura política ó social, los de fuera no van á pedir para su periódico ó para su intriga adversa á los que no mandan, ni un bollo entero, ni un medio pan. El de allende, que necesita ejercitar su industria para vivir, ataca allí á Cleveland, ó lo defiende, sin contar con más ventaja que el número de hojas que venda *en su colonia*; y lo más seguro es que los hombres de estado norteamericanos, no suelen hacer mérito alguno de las opiniones de tanto pobre y escuálido periodista, aficionado á juzgar la política de *casa*, sin conocer ni las galerías de la morada. Pero Costa Rica está muy lejos de parecerse á la tierra de la libertad. Aquí sucede que los hombres de estado, que necesitan siempre plumas y espadas que los defiendan, suelen atribuir más consideraciones al pelagatos suizo, que al ciudadano recto que no vende su convicción.

No son los extranjeros los que han movido la pluma del *remitidista;* los extranjeros son vena de este país, riquísima en sangre superior. Los parásitos, esa langosta que vuela eternamente con dirección á donde está verde la sementera oficial, esos son los que sublevan el ánimo.

Francia, Alemania, Italia, Colombia, etc., todas estas naciones nos protegen con sus remesas de ciudadanos. Gran parte del primer valor de Costa Rica está fundado en la actividad de las colonias extranjeras.

Entonces conviene que cuando lancemos el rayo contra los merodeadores africanos, que así sirven á Aníbal como lo traicionan, busquemos término que en nada sea ofensivo para el que de fuera llega á este suelo trayéndonos el caudal de su cultura, de su dignidad y de su amor al trabajo independiente.

## II

Qué tiene que ver el pensamiento libre con lo que no es noble ni

decoroso? Y qué tienen que ver los extranjeros con los que de fuera vienen con su llaga á hacernos más insufrible la peste de las malas costumbres que por nuestra cuenta tenemos? *Politiqueros* hay bastantes en Costa Rica; quizá nosotros mismos pertenezcamos al número. Pues entonces, ¿para qué los peleles de allende? y ¿por qué la culebra de allá ha de venir á rastrear aquí? Nuestro artículo de ayer esplicó bastante que no son los extranjeros quienes nos acatarran; que son los pájaros perversos que andan errantes á casa de granos en la gavilla ajena, los que merecen que se les tunda y despida, para que vayan con su música á otra parte. Por dicha son pocos los tunos y en el ángulo de un carro de carga pueden ir con su güí-güí.

***

Ahora digamos que nos duele haber empleado la palabra suizos, á propósito de esos peleles.

Suiza es un pequeño gran país, honor y gloria de la ilustre Europa. Sabe hacer ciudadanos útiles en la ciencia, el arte y la industria. Nosotros tenemos aquí algunos de esos hombres circunspectos y laboriosos, y nos duele, lo repetimos, haber tomado su nombre gentilicio para hablar de los extranjeros perniciosos que de allende se nos meten con frecuencia.

15 de Junio de 1893.

# EL CEMENTERIO

Este último albergue del peregrino, que no sabe de dónde viene ni á dónde va, resplandecía ayer más que una vía láctea en despejadísima noche. También los muertos gozan de sus ventajas, de pomposas manifestaciones. Muchos candidatos excelsos se gozarían con recibir un quebrado cualquiera de la gran manifestación del 2 de Noviembre. Difuntos hay que nada fueron en vida, y que reinan y hasta imperan bajo las grandezas de sus túmulos. Lo cual significa que no hay mucho por qué afanarse durante el respiro, que también así que están hechos polvo los pulmones, se puede hartar cualquier prójimo de gloria, de cetro, corona y vanidad.

La inocencia no tiene muchas veces una azucena, mientras la impudicia suele gastar coronas de nieve perfumada.

Lo mejor es cerrar los ojos y no ver la vida ni la muerte.

¿Qué es uno?

Cualquier cosa. Por dicha nada subsistirá largo tiempo. Cuando estalle la tierra, la locura humana, que es la dinamita que amenaza el globo, no ha de seguir haciendo comedia ni en el palacio de Windsor, ni en la cabaña esquimal, ni en el campo santo.

Inclinémonos ante los muertos. El hueso no quiere lucha, la carne es la miserable.

Qué nos importa!

***

Túmulos mágnificos. El arte vale la vida. La ciencia es contristadora, el arte una energía. Un mausoleo soberbio por su idealidad levanta el espíritu. Muchos sosos han dejado de serlo ante un ángel, ante una columna, ante una fachada que hable por sus ángulos ó por sus ojivas. El arte es la vida. Sin arte no habría alma, sin arte no habría cerebro, ni existiría jamás la paupérrima víscera del corazón. Lo religioso es artístico; donde no hay arte no hay religión. Por eso el papado va en decadencia; queremos decir que San Pedro ha dejado de ser pescador maravilloso.

***

Los artistas son los grandes reyes de la tierra. Con hambre son más dichosos que la gula. El pensamiento los llena de sangre, y la concepción es su racimo más rico en jugo calentador. Dichosos los que son artistas.

***

Las obras de arte son las hermanas legítimas de las flores y de las aves lindas, de los calados matutinos del cielo, de los encajes de la tarde, de los héroes y dioses de Homero y de los ángeles de Milton, de los picos humeantes, de las sierras nevadas y de los soberbios mares. Las obras de arte son la selva obscura y los condenados terroríficos de Dante. En el Cementerio, donde es posible que tengamos posada, aunque sea bajo una muela grande de tierra que triture nuestra carne y rompa nuestros huesos, hay ya mucha excelsitud artística.

Túmulos, tumbas, bóbedas, mausoleos, panteones..... en nuestro campo santo hay cosas que ya merecen ser consideradas y, ante todo, vistas y miradas.

***

Quisiéramos hacer descripción de obras; pero hé aquí que nos contiene la impericia. Tenemos temor de hacerle injuria al ángel soberano de anchas y agudas alas que descansa sobre un hacinamiento de bloques negros. Es un sepulcro sencillo y magnífico.

Del panteón de la familia de don Alejo Jiménez, para qué hablar? ¿Hay quien no conozca aquella rotonda descansada sobre columnas y muros solemnes, aquel pórtico grave y aquellas criptas silenciosas, allá en el fondo, que convidan á morir?

Noviembre 3 de 1895.

# EN BOCA CERRADA.....

(Estando suspendidas las garantías individuales.)

Este periódico ni por sapo que vuelva á entrometerse diciendo: hé aquí la situación, mi tesoro de amor, mis ilusiones! Desde ahora se corta la lengua; buena tenaza es la señora Prudencia, la muchacha más linda y adorable de este tiempo serio, que parece relámpago y trueno que anuncian lluvia. La verdad es que el verano quemador se prolonga demasiado. Sobre estas zonas tropicales, en donde no escasea arcilla que se calienta como ladrillo al horno, ni arena que chispea como crisol que se encarna al fuego, conviene que llueva. Sería Júpiter un dios indigno de gobernar el cielo y la tierra si dejase, con la boca abierta á modo de papanatas, que ardiesen y se abrasasen por falta de aguas oportunas estos suelos caros de Costa Rica.

Decimos que *El Heraldo* guardará el más profundo silencio. Buen sapo sería si se metiese á usar tufo cuando todo está diciendo que no es feliz época la actual para llevar cabellos largos ni por delante ni por detrás. Lo mejor es ir con la cabeza, si no rapada á navaja como coronilla sacerdotal, á lo menos pelada á la francesa.

El afán muerde y tritura la punta de nuestro lápiz. Son tantas las novedades, y es tanta la comezón de soltar la sin hueso por el negro incomparable de las tres bees, que son la marca distintiva de la clase de lápiz que cuadra mejor con nuestro gusto. Es un lápiz de primera; cuando más aburridos y menos expeditos nos palpamos, entonces le dejamos toda la carga ó toda la tarea á este lápiz; que luego corre con Norte ó con Sur, pero corre y llena su papel, es decir, las tiras que le señalamos.

Pobres periodistas!; ¡cómo nos rasgamos el rostro con las diez uñas, y si fuera posible, con las veinte nos lo señalaríamos coléricos, al considerar que con tan buena *mano llena* no podemos jugar, porque se nos defiende el juego de cartas por quien tiene autoridad para prohibirlo. Mire Ud. si no será tortura y desesperación callar cuando más asuntos de lo lindo hay para vencer á Cicerón en un torneo de elocuencia y al mismo Castelar en unas cañas de hablar mucho, mucho, muchísimo. Nosotros, tan dados á la palabra hablada y escrita, tener que mordernos la lengua y hacer añicos el lápiz ansioso! Nosotros, tan amantes del principio de

derecho, tan aficionados á la peroración caliente y al artículo caldeado: nosotros, que en breve tiempo hemos aprendido la retórica y la dialéctica de Dantón y el arte de estimular á los ciudadanos, no sólo los de la ciudad sino los serranos y montañeses..... ¡ah! vernos ahora reducidos á la triste suerte de guardar silencio de sepultura honda!.....

Sí, nos parece mentira ver rotas de un solo golpe todas nuestras ilusiones!

Ahora, qué haremos?..... Ponernos á pensar que hemos sido unos locos; que no supimos aprovechar la ocasión; que alzamos el grito como muchachos de escuela graduada; que nos pusimos muy inflados y que el viento nos reventó. Está visto que los periodistas alegres no sabemos hacer fortuna; nos embriagamos fácilmente; y, perdida la cabeza, hacemos disparates.

Ahora estamos con punto en boca, eso era lo que queríamos? Pues ya estamos frescos. Y lo peor es que nos pica la lengua; si casi soltamos aquí lo que sabemos. ¡Tan buenos datos!..... ¡Ah, cómo quedaríamos de relucidos si se nos permitiera soltarlos..... Si á lo menos se nos dejase hablar en alegoría, en parábola, en apólogo..... De ese modo podríamos contar cinco..... verdades..... y meter cuentos de Napoleón, y de César, y hasta de Mario y de Sila; y no dejar de la mano un segundo las instituciones inglesas y americanas.

Pero por ahora no hay más que callar y reconocer que nos han perdido nuestros afanes de estudiantes y nuestras picoterías de muchachas que buscan novio.

22 de Setiembre de 1897.

# CRISIS MINISTERIAL

Se ha discutido mucho hasta por doctores y licenciados (parentetizamos á los tinterillos) acerca del modo como uno debe presentarse en el Teatro.

Opinan varios que de cabeza, otros que de medio lado, otros que á manera de *cul de jatte* ó de *cul et de tête;* no faltan verbas elocuentísimas que se pronuncian á favor de la presentación á brincos ó vueltas de carnero. En fin, ello es cierto que la disputa ha sido acalorada, más aún que los conflictos supremos de nuestro Congreso. Pero el palenque de arena más escarmenada ha sido, sin duda alguna, la grave cuestión suscitada con respecto al traje conveniente; los pollos elegantes (los derechitos y cimbradores), están en gran mayoría por el frac; y no faltan viejos, más chochos que verdes, ocupados calurosamente en pronunciar discursos borrascosos y defender, nó menos arrebatados de hidalguía que lo están los galanes y barbas de las comedias de capa y espada, el voto de los mirtos frescos ó de los pollos esponjados ó repollos de lo rico.

Mas hemos de afirmar que no todo es aquilón, y que también el austro se apersona y rivaliza; y ya se han roto muchas lanzas y partido muchas espadas en el estadío enrojecido de la turbulenta discusión. Sobran los rocines de los caballeros que prefieren hasta el saco y la chaqueta, sin que pueda asegurarse, sin cometer error, que apenas se presentan como excepciones aquellos que, con lanza enristrada, pisan de rondón el campo de Marte en señal de amor aguerrido á la camisa monda y al pantalón lirondo.

En fin, los pareceres son numerosos como los ejércitos de Carlos y de Agramonte; y aunque no sobran los Bayardos ni los Bridadores, justicia es decir que los caballeros no se quedan á pié por falta de rocinantes. También es cierto que no abundan los Orlandos; pero, en cambio, es evidente que sobran los furiosos. Las Durindanas ¡qué importan!; como si la suya, que era legítima, hubiese librado de la cólera de Rugero al espantoso Mandricarno.

Mas volvemos á decir que la razón princesa porque se lucha no es el Ferrocarril al Pacífico, ni el patrón áureo, ni el restablecimiento de las garantías, ni la reforma del artículo 97, ni la conducta de los Consejos, ni la actitud del Congreso, ni la alternabilidad, ni la reelección, ni la apre-

tada de pinolillo que se ha dado el Cónsul general, ni Fray Antonio ó el capuchino de Igualada, ni Punta de Castilla, ni otra cosa de ese jaez, aburrida é inservible. En la declaración de esta guerra desoladora, está escrito á la cabeza de las graves consideraciones, este artículo primero:

*Del modo como debe irse al Teatro.*

Y aquí decimos que, en efecto, nos parece motivo bastante para un solemne rompimiento de tratados de paz, eso de la inconformidad de las potencias en asunto del modo como debe irse al Teatro. *Casus bellísimo* es el presente. ¿La camisa aplanchada ó sin aplanchar? ¿Nos acogemos á la moda reciente, ó nos amparamos á los usos y costumbres de los antiguos? Vamos como los griegos iban, ó vamos como los tremendos descendientes de Eneas que se volvían locos de entusiasmo allí junto al Tíber, mirando caer al atleta rasgado por la zarpa? ¿Qué traje llevamos?: el antiguo, el medio, el moderno ó el contemporáneo? Hé aquí una gran cuestión de estado; hé aquí una de las más trascendentales y de las más árduas cuestiones sociales. La dinamita entra en todo esto; bien sabemos que allí está el puñal asesino, así de los autócratas como de los presidentes, sean ó no sean Lincolns ó Carnots.

Se trata, pues, de un asunto demasiado serio, y apenas tenemos audacia para subirnos á nuestro rucio, y echarnos á correr huyendo de la peligrosa y nunca vista aventura de los leones.

Con todo, aquí hacemos constar que algunos desalmados tienen esta extravagante opinión:

«Cada cual vaya como le dé su gana, siempre que no sea en cueros; por que si se presentase sombreado apenas por la hoja del Edén, estaría muy expuesto á que la autoridad de buenas costumbres le agarrase de prisa por el pescuezo y le echase á la calle».

Natural! se ha de tener decencia en cualquiera ocasión, y muchísimo respeto, principalmente al bello sexo, que es delicado y suele alarmarse con facilidad de los usos atrevidos. Y si nó, que algún pelagatos pruebe presentarse en palco ó butaca, ó aunque sea en el Paraíso, sin que esté ataviado de arriba á abajo, según usanza, ó bien, digamos, sin que lleve cada botón en su legítimo puesto; que pruebe, y ya verá el fresco si no paga su frescura en manera que no ha de darle gana de probar otra vez.

Estamos con los que piensan que es ridículo establecer el frac, en son de riguroso, para nuestro Teatro, cuando es cierto que en Europa clásica no suele ser de ordenanza ni en los primeros coliseos. La gala no está mal para casos extraordinarios; pero dictar ley obligatoria, que debe cumplirse hoy ó mañana so pena de excomunión del círculo de la cultura, nos parece que es dictar un estatuto oloroso á Dracón.

Censuramos, en efecto, esas manías de las pequeñas ciudades: querer ir en refinamiento más allá de lo acostumbrado en los centros que llevan la corona en lo tocante al buen tono. Y decimos que vaya de frac y demás tiros largos, el que tenga gusto de ir así; pero que no es de rigor

el traje de gala, y que, antes bien, será bonita la variedad, siempre que no desmerezca la civilización.

Con que, muchachos, desde ahora establezcan la buena costumbre de que al Teatro se vaya con limpieza y decoro, nada más. Las vanidades aristocráticas no cuadran bien con las democracias, menos aún cuando son tan modestas como la democracia costarricense. Al que se presente de gala no habrá por qué censurarle; lo digno de censura sería que se tratase de imponer como ley obligatoria de cultura social las alas de chapulín y la sorbetera.

20 de Octubre de 1897.

# TODO PASA

Todo pasa; he aquí otra verdad de Pero Grullo. El entusiasmo de la juventud se convierte en fastidio senil; la belleza, en arrugas y patas de gallo; el cabello más negro, en barbas de viejo; una boca, nido de besos, en concha de ostión; el amor, en riña de gatos; la música de la palabra, en canto de sapo; y así todo va pasando; y lo más triste es que todo se nos va de los ojos en el tiempo que dura una pestañada, ó que gasta un fraile de ojos vivos para santiguarse: volando, volando!, así pasan las horas que la luz esmalta, y así se van las tres gracias y para siempre dicen adiós las ilusiones teñidas con el múrice de Tiro! Mas ahora no pensamos en el romántico arte, ni en las esperanzas y los desengaños. Nos ocupan otras ideas.

* * *

En efecto, es cosa que entristece el alma esto de la facilidad con que cambiamos de parecer, entender y opinión; se trate de la política ó se trate de los intereses privados. El egoísmo, que es ley dominante en la raza de Adán, también sufre vejámenes; ese mismo animal que nos muerde, nos envenena y nos mata, no se libra de purgar la condena decretada por el destino. Vemos, de repente, que el usurero más inclemente abandona, de improviso, las llaves de sus arcas á quien menos carece de tontería para desperdiciar la ocasión y llevar á la práctica el aforismo aquel de que *en arca abierta hasta el justo peca.* Y cuántas veces no hemos visto caída la virtud y enaltecido el vicio? La delicada niña que huele á rosa pura y lleva en sus pupilas el rayo de la santidad y en su frente el beso de Dios, se rinde, se postra y se pierde, sin que sean parte para salvarla el consejo del padre, la viva lágrima de su ángel custodio, ni el trueno que salta de la nube negra de la deshonra. Y en cambio, Margarita Gautier desplegó sus alas entumecidas en el fango, abriólas, y quiso y pudo volar al ancho cielo de la redención; y la inolvidable Magdalena gozó de la indecible dicha de ungir con su óleo de amor los cabellos de Jesús. ¡Todo pasa, todo se altera!

. . . . . .

* * *

Pero lo que más nos pone á meditar en la instabilidad de las cosas del mundo, es la Semana Santa, la Semana Mayor, aquella en que Dios, hecho hombre, fue abofeteado, escupido, coronado de espinas y puesto en cruz, por amor al hombre, mísero gusano que se arrastra sobre este terrón del odio, del egoísmo, de la malicia, de la ingratitud y del pecado: jamás satisfecho y siempre envidioso, nunca manso y siempre enconado. Por supuesto que hay excepciones: pero son tan pocas, que la ley queda casi sin notas.

* * *

Cuando éramos niños, y todavía no somos demasiado viejos, ¡oh! cómo nos impresionaban las augustas ceremonias de la semana de la Pasión y muerte. Eramos entonces buenos y ahora somos malos, es la verdad. Pero también los hombres, los otros hombres, han cambiado..... y hasta nos parece que los sacerdotes se han entibiado mucho más de lo creíble. Ello es cierto que ya el Mártir no tiene entre nosotros el mismo respeto, cariño y admiración de que gozaba antes, cuando nosotros éramos niños y aún jóvenes. Duélenos en el alma ver y sentir la indiferencia, que es hielo enfermador de la esperanza y de la fé y de la caridad, escalas de luz ó de Jacob, por donde se va al cielo. Es indiscutible que los santos y hasta las santas bonitas han perdido mucho de su prestigio en esta tierra. Hace veinte ó treinta años, conocimos una que era bellísima, y ahora nos parece que tiene pecas y hasta cacarañas. ¡Oh cómo es cierto que todo pasa y que todo es mentira!..... ¿Dónde están los grandes grupos de los arrepentidos: dónde se oyen los golpes de pecho, dónde el canto del Santo Dios y el Santo Fuerte: dónde el dulce cantar del Ave María después del vía crucis: qué se hicieron las solemnes procesiones, y sobre todo ¿qué se ha hecho de aquella compostura que reinaba con los ojos puestos al suelo, en los solemnes días? ¡Oh, cómo todo pasa! ¡Bendito sea Dios!

7 de Abril de 1898.

# LA EVOLUCION

Todo evoluciona, á pesar de los espíritus que se empeñan en que reine, por los siglos de los siglos, un mismo credo y una misma avemaría. Todo evoluciona; las oraciones más santas suelen cambiar, aunque no sea más que de puntos y comas; y tan cierto es lo que decimos que por cada nuevo tomo de académica gramática vemos estupendas variaciones. Las vírgenes, que antes eran ó andaban todas acentuadas, ahora corren mondas y lirondas sin *vírgula* ninguna ó sin señal arriba ó abajo. Antes se decía *vírgen del Pilar*, *vírgen casta*, *vírgen serena*, *la reina vírgen*, etc., etc.; ahora se dice *virgen*, sin necesidad de indicar el acento prosódico. Los muchachos y hasta los viejos de la Academia Española así lo tienen dispuesto. Mas no sería extraño que de repente se exija otra vez que las vírgenes lleven su señal ortográfica correspondiente al tono prosódico.

***

De modo que, ciertamente, evoluciona todo en este mundo, al cual los despechados suelen llamar *pícaro*, como si el mote los librase de que sean unos sin ventura ó dejados de la mano de Dios. En cambio, otros no se hartan de admirar este bajo terrón y de andarse con la boca abierta contemplando los que arriba giran; y grande es el número de los que cantan con los ojos enternecidos, que es bella la vida que el cielo nos da.

***

Mas no queremos decir sino que todo evoluciona, y que el caballo gordo y luciente de hoy, es caballo flaco y erizo de mañana; y que el que hoy come pastel, otro día se considera feliz pudiendo tragarse las moscas que meriendan las zurrapas; y que el cuerdo del día, es el loco de la noche; y que el que hoy traga más pinol, mañana tiene tisis de galillo; y que la muchacha que nos enamora de temprano, nos desespera vieja de tarde; y todo va siendo modificado y sustituído; porque el tiempo se compone de estaciones, y porque el universo gira, y porque la tierra se halla en su perigeo tan pronto como ya está en su apogeo. En fin, la ley es que todo evoluciona, menos Dios, *el invisible doquier*, *doquier presente*, porque

ese no fue, ni será, sino que es, fuera de todo tiempo y de toda distancia. No hay palabra que traduzca esa tremenda metafísica.

***

Mas no tratamos ¡por vida nuestra! de hacer filosofías, que buenos somos nosotros para andarnos en manoseos de hondas profundidades, aunque, por otra parte, luego, por locuras comunes á los hombres, no trepidemos en pedir cotufas en el golfo. Nada de lucubraciones; echarse á morir por pensar, ¡qué locura!; no seremos nosotros los que asesinemos el cerebro por pescar la verdad, que, al fin y al cabo, encantadora es que no quiere salir jamás del pozo profundo.

***

Pero, vamos al grano. ¿Qué nos proponemos decir? Pues cosa muy sencilla y apartada de prólogos ó prefacios de casaca. En efecto, cualquier cambio de ministerio es llano, no vemos donde un suceso tan frecuente lleva su cola de novedad. Un ministro mas ó menos poco importa, y menos ha de ser razón de maravilla que hoy sea uno y mañana otro; y principalmente en las repúblicas, es cosa muy acostumbrada no llevar siempre una misma camisa política, ó con más propiedad, administrativa, ó también de despacho; sino que, antes bien suele cuadrar á la movilidad del público ver que varía la redacción de los decretos, la forma de las cartas autógrafas ó de Gabinete, la estampa de los gobernadores y hasta el modo de matar los perros.

11 de Mayo de 1898.

# TU TOBIAS

(A la muerte de María Zúñiga Montúfar, niña de catorce años, hija de don Tobías Zúñiga).

I

¿Estas triste? Estás adolorido? Estás para volverte loco?.... Esto es lo que yo presumo, lo que adivino por la demudación de tu rostro, por el rojo de tus párparos, por la llama sangrienta de tus ojos, por la contracción de tus labios, por la actitud amenazante de tu cabeza, por el surco no menos pálido que temerario de tu frente, por el movimiento nervioso de tu boca que me hace recordar, aunque confusamente, frases maldicientes y enemigas de Dios que ha poco salían de mi *gouffre* como reptiles odiosos que surgen hechos veneno por la odiosa oscuridad de una espelunca de víboras. ¡Ah, pobre Tobías,..... acaso te imaginas que eso dura, que el dolor es acicate hoy y mañana, que el llanto brota minuto á minuto hecho agua que hierve y arruga las mejillas con su poderoso calor; tú te imaginas que el suspiro está á la orden hoy y mañana; que la queja se enrosca á la garganta dispuesta á sofocar sin tregua; que la desesperación corre desnuda como loca que no descansa, retorciéndose y dando gritos que retumban por todas las cavidades del pecho; que no hay tregua, que no hay reposo, y que el puñal suicida es la única panacea que la suerte compadecida le concede al desventurado que no espera..... porque de las cumbres de la luz, caído se mira, cual otro Luzbel, en las profundas simas del Tártaro. Ah! si eso te imaginas, pobre de tí!.... Tu desgracia es mucho más aborrecible; el demonio que te asedia es más negro é hirsuto de lo que piensas..... Después de ese pavor que te sobrecoge hoy, tú no podrás llorar sino reir; no gritarás sino que lanzarás ritmos; tú no tendrás quejas sino trinos; tus maldiciones se convertirán en bromas y tus lágrimas en relámpagos. Ah! es una locura, pero esta locura de los dioses es una verdad. Ellos llevan su encono contra el hombre hasta obligarle á creerse vivo cuando está muerto, cuando ya no tiene en su árbol ni una flor de esperanza ni una rosa de ilusión.—¡Somos pobres juguetes! Con triste, pero exacta razón exclama un poeta: «*¡Oh, barro miserable, eternamente no podrás ni aun llorar!*»

II

El dolor y el infortunio es mucho más grande. Le pedirás en vano al cielo que te dé lágrimas, que te dé sollozos, que te dé rabia, que te dé maldiciones. El cielo se burlará de tí, y sólo cuando más distraído te halles, entonces te lanzará el rayo del recuerdo como una espada filosa que parta tu corazón sin destruirlo. Figúrate que vas por el mundo con un peso enorme, rotas tus raíces, vacilando, ya pronto á caer en el desmayo; y que, sin embargo, el demonio de la vida te pone á reir y cantar y se burla de tu pena, sin dejar que lágrimas la rieguen, ni sollozos la refresquen. Sentirás que una espada horrible se revuelve dentro de todo tu ser, y que no te mata, sino con la fiereza brutal de la lentitud que goza bebiendo gota á gota la sangre de las víctimas.

III

Pero si tú eres infeliz..... amigo, cuán grande no ha de ser el infortunio de tu mitad..... No hablemos de ella, ni siquiera mencionemos á MARIA..... ¡Que no oiga esa mujer desgraciadísima el nombre de su corazón, el nombre de su hija! Silencio.....

IV

La lluvia..... ¡Ah, no faltó la lluvia del Cielo; no lloraban solamente los ojos de la tierra, también se anegaban en llanto las pupilas altas! Los genios celestes son más duros que blandos; más crueles que humanos; más amantes del odio que de la caridad; más aficionados á lanzar el rayo mortal que el oxígeno de vida; más atentos á esgrimir la burla mofadora que el verbo de la consolación;.... pero también suelen los genios y los dioses irresistibles perdonar á su víctima, y hasta llorar sobre sus infortunios, ó humedecer y refrescar con su divino rocío las heridas que les ha hecho su altanería y su desprecio. Y la lluvia no faltó; mientras la rama tronchada del naranjero que florecía, allí en su urna se estaba doliente esperando los besos de la fúnebre despedida; y no faltó la lluvia cuando la caja envuelta en raso blanco, fue levantada llevando en su seno aquel símbolo de castidad ó de belleza, jamás tocada por la onda más leve del aliento de la tentación ennegrecedora; y no faltó la lluvia cuando aquella arca guardadora de las reliquias más perfumadas de la juventud, cuyo capullo apenas se abría, iba entre cabizbajas filas de pesadumbre; y no faltó la lluvia cuando aquella hostia fue depositada en el sagrario de la madre tierra ansiosa de sacrificio y expiación. Todos lloraban..... todos llorábamos, y los cielos enternecidos miraron su obra, y, como quien se arrepiente de todo corazón, derramaron también miles de lágrimas.

V

¡Ah, fresca lila, flor entre azul y celeste, ¿quién no ha de llorar la ruina de tu gracia y la ruina de tu belleza? ¿Eras un tipo antiguo? no; ¿eras un tipo moderno? tampoco; ¿eras un tipo griego? nunca; ¿eras un rostro judío? jamás! Eras una dulce ilusión que habría podido servir de modelo á un nuevo toque, á un primor de arte desconocido; MARIA era un preciosísimo botón de mujer. Cuando el alma de la vida se empeñaba en abrir ese capullo con sus caricias, hé aquí que la muerte vino con su hoz salvaje, y salvajemente cegó el tallo. Pobre Tobías; mil veces infortunada Chayito!

17 de Juniode 1898.

# LA EPOCA

UNA gran parte de los hombres son públicos, es decir, dados á la política; y otra parte, todavía mayor, no se conforma con la posición de caballero particular, ni de caballero de gracia. Esos prójimos aspiran aunque sea á un rinconcito en el gran escenario de los hombres públicos. Todos, más ó menos, viven de esperanzas cortesanas, prisiones en que muere el ambicioso y donde al más astuto nacen canas. Ya nadie aspira á la vida pastoril, pintada por Teócrito, Virgilio y Garcilaso; y aún los mismos que escollan en la carrera emprendida no siguen el ejemplo del manchego, quien, cuando tuvo que suspender el ejercicio de la caballería andante, se dedicó á pastor. Aquella vida tranquila, cantada por Fray Luis, ya no nos satisfaría, por más que esté exenta de cuidados. El espíritu de la época está marcado por el buen ánimo con que acometemos atrevidas empresas, en busca del metal preciado, ó de la gloria ó de cualquier cosa, con tal que pueda producirlo, aunque la gloria sea de oropel.

La publicidad, la agitación, el ruido, forman la atmósfera que nos rodea. Y guiados de ese espíritu, unos cruzan con frecuencia los océanos, otros se devanan los sesos por hacer nuevos inventos, otros aporrean las tribunas democráticas, esforzando las laringes y soltando gazafatones más grandes que cetáceos descomunales, y otros, en fin, hacen sudar las prensas, resolviendo con aplomo de estatua y frescura de lechuga todos los poblemas políticos, económicos y sociales.

29 de Junio de 1898.

## UN POEMA

En efecto, esa colección de versos no es un simple ó vano culebreo de ritmos y armonías. Allí está el oro en finísimas láminas, sonando como mimbre que es flauta al céfiro matinal, como ramo de ciprés que canta herido del aura vespertina; allí está el arroyo que entre guijas se desata..... allí la alondra que surge como meteoro y se hunde en los rayos limpios del amanecer, recordándole á Romeo que ya es hora de abandonar el cielo,.... de que el colibrí se desprenda de la rosa perfumada de Julieta: allí está la sirena vencedora de la voluntad; allí está la garganta del jilguero de nuestros bosques; allí está la palabra obligada al número, cuerda subida al enrase de la melodía. Ha tiempo que se gasta afán de hacer buenos versos, versos sin mácula. Las estrofas de Núñez de Arce son brillantes blancos sin una mancha, y todos los versos modernos son liras y arpas de cuerdas heridas á la perfección. Hoy no hay quien gaste su tiempo en hacer versos medidos en los dedos. El poeta que ritma tiene en su oreja cada metro, cada cadencia, cada número. Uno de los grandes versificadores es Núñez de Arce; otro, Justo Facio; otro, nuestro querido Soto-Hall. Zambrana y los demás que tienen menos autoridad que Zambrana, andan de acuerdo en que el poeta de *Amores Trágicos* vacia sus versos en los moldes de las musas. Y es indiscutible que da ira no encontrar de prisa en esas armonías un defecto que apuntar. A veces saltan, entre las rítmicas frases, notas que disuenan, pero no por falta de oído, sinó por vicio de pronunciación, cosa que no es rara entre los grandes músicos del idioma. Nunca ha sido maravilla encontrar un panteón en dos sílabas y un poeta en otras tantas. No hay qué pensar, pues, en atacar á Hall con defectos de versificación y corte de verso. Teje con Facio gran tela de cachemira, rica púrpura, brillante tisú.

21 de Agosto de 1898.

# LA FIEBRE

La muerte se anda fuera de su costumbre, que era mala pero tolerable. Sabíamos que, conforme á su naturaleza llena de perversión, solía atisbar y herir y desgarrar y devorar á un grande ó á un pequeño, sin consideración ninguna. Mas también teníamos entendido que el esqueleto endiablado no mostraba, así no más, su cara seca de vandolero empedernido, sino que la sacaba cuando ya era muy oportuno el momento para ejercicio de su malévolo instinto. Allí se quejaba una pobre vieja hermana de Matusalén?; pues aquí me tienes, decía la escuálida fantasma y le abría el vientre de un sólo zarpazo. En este otro punto un niño de pulmones falsos se la pasaba melancólico y palidito como la cera de Castilla? pues aquí me tienes, ¡oh querubín!, mandibuleaba la enemiga huesosa, y de un arañazo le ofrecía alivio eterno al chico. Mas allá un pendenciero, ó enrolado en cuestiones de política se exponía á un fracaso cierto por amor al espejo de cuatro reales que se le metían entre ceja y ceja, ó por el apego á un despacho de Regenerador ó Padre de la Patria? Pues entonces la vieja demoledora caía, como una gata que no come, sobre esa vanidad y locura, y de un tirón lograba engullírsela palpitante y viva, con los Jesuses y Marías sonantes en la boca.

***

Mas ahora, la pícara mulata, porque mulata (pícara por supuesto) ha de ser la maliciosa y taimada, no se anda con los usos viejos. Abandonó su costumbre de atacar en la sombra, y como quien no teme derrota, se lanza como león sin miedo por entre los temidos bambúes ó los tupidos pastizales ó al través de las rocas calvas ó de sus grietas que han hambre, y educa su guadaña en la audacia sangrienta.

***

Estamos rodeados por los batallones del enemigo universal. En Costa Rica nos moríamos, es verdad, pero nos moríamos poco á poco, rezando el credo, delatando al cura nuestras vergüenzas y fortificándonos con la hostia, pequeño pan, pero lleno de virtud muy capaz de resucitar á los

muertos, conforme dice nuestra fé católica. Mas ahora nos morimos de repente. La *amarilla* nos muerde el calcañal en Limón, y si allí nos quedamos, boqueamos antes de entender que nos morimos: y si al interior nos trasladamos, hacemos el último gesto ó morisqueta final, cuando apenas estamos saludando ó nos disponemos á saludar á los amigos. Esto es una barbaridad: ni siquiera se nos permite que muramos en gracia, cuando hasta los sarracenos permitían á los condenados escribir su cartita de consuelo á la familia. Esta muerte que ahora manda aquí es mil veces peor que cualquier califa estupidizado por el amor al Corán y á los fuegos de sus arenas infecundas y quemadoras.

13 de Septiembre de 1856.

# POLITICA

Es recomendable en letras mayúsculas toda personalidad que se aparta del sistema de agradar sin ton ni son, pero ni por familia, esperanza lisonjera ó interés presente, á los que mandan. Tenemos á la vista muchas páginas que son otros tantos graves testigos de que no hay nada que dure en las tremendas evoluciones del tiempo, y de que la presunción se va de bruces cuando menos lo piensa. Sin recurrir á las hojas históricas de nuestra vieja labor de independientes, fácil es que recordemos, si por caso no somos bestias cerradas á la contemplación de los fenómenos políticos y sociales, que don Braulio Carrillo—hombre aficionado al Código asesino de lejanos tiempos—fue víctima de su loca pretensión y que no pudieron privar después de él, ni el Doctor Castro, ni don Jesús Jiménez; y que Guardia, habiéndose encaramado sobre excelsos auspicios de revolución, murió para que nadie se acordase de sus innovaciones, de sus impulsiones; ni de sus fierezas; que don Próspero Fernández anda difícilmente en la memoria de la Nación; que don Bernardo Soto hace vida de aislamiento, ambicioso de olvido; que el señor Rodríguez sufre á diario la acerba censura de su vasto y temerario pueblo del 7 de Noviembre; y que don Rafael Iglesias no es presentado en la escena de la política *trascendental, republicana, democrática*, sino para que oiga que ha sido desleal y traidor y logrero, que es lo último que cabe decir á un prohombre.

***

Tal es la política, y sobre todo en estos países medio indios y medio negros y apenas con manchas de español: abrazo y beso de enamorados ó pescozón y tente tieso de comadres—no por cierto las alegres de Windsor—y en vista de eso, es una solemne majadería que nuestro Gobernador imagine que es el Gobernador Poncio Pilatos; que nuestro Juez imagine que es Gallo; que nuestro elocuente mudo ó tonto del Congreso se haga ilusión de que es Padre de la Patria; y de que nuestro Presidente calcule que puede ser, con habilidad y aceite, siquiera Napoleón el azotado por Víctor Hugo, más azotado aún que el triste Bélis, cuyos lomos deshizo á latigazos el inmortal loco Ayax.

***

Queda á los que suben, sea por el voto popular ó por sus artes mágicas, una manera expedita de ganar simpatías, porque en este país y los otros todo puede ganarse ó con dinero ó con talento. Esta manera de lograrse ventaja por parte de los que imperan (pues que nunca republicanizan) es abandonar la necia idea de que, así como eran ungidos por Jehová los reyes hebreos, lo fueron los reyes absolutos de Europa y lo son los presidentes de la América Central. Dejen nuestros encaramados de mostrar orgullo y presunción, hagan vida legal, no ultrajen á nadie, no fuercen situaciones, olviden hasta cierto punto su interés mundano.

***

Un modo estupendísimo de no ser mañana un muerto— sin embargo de los esfuerzos de los suyos—es hacer el bien por el bien y no por el egoísmo, sea pecuniario, sea de soberbia ó vanidad. Recuerde cada jefe que no se vive sino poco tiempo. Pensar solamente en el minuto de ventaja, es de necios. El buen corazón y el alma grande piensan más en su ultratumba que en su hora de felicidad, las más veces costeada por el favor ajeno. El socialismo ha germinado entre las locuras insoportables de los más favorecidos por la suerte. Y el anarquismo, que asesina emperatrices, no es tan responsable de su crimen como lo son los títulos de superioridad gratuita que se empeñan en humillar á los desheredados.

9 de Octubre de 1898.

# DIVAGACIONES

Ante todo, hacemos constar al respetable público que nos lee (mucha honra para *El Heraldo*) que este lápiz que nos sirve para el trazo de nuestros artículos. es un lápiz digno de veneración, no por la sencillez y el buen deseo que le hacen punta y le gobiernan, sino por la profunda convicción que tiene de que es muy difícil acertar, y de que nada hay de mejor clase en materia de razón, que una renuncia pronta y enérgica de que «mi trabajo es producto mondo y lirondo del mejor criterio, así como si dijéramos que es el más rico pedazo de la más indiga catalufa».

Pues antes al contrario, lo que debe pensarse y decirse, cándida y concientemente, es que la tela humana no suele siempre resistir á los ultrajes del tiempo, al influjo del reactivo, ó bien, digamos, á los lentes de la observación y los cuchillos de la crítica. Ni lo que habló Sócrates pudo salvarse de las mordeduras de la lima; y para no ir lejos, cuéntenos cualquiera si no caminan en pelotón por las calles aquellos adocenados que al mismo redentor gustan de ponerle las peras á cuarto.

***

Nos proponemos investigar y decir con toda la anchura que el caso lo requiera. No tenemos mala opinión del Gobierno, sino que antes nos parece que el timón que está dirigiendo el rumbo de la chalupa costarriqueña, es un Gobierno contra el cual no sobra lo que es posible decir con arrogancia y gritar con fortaleza. Un pisotón allá, que se le puede perdonar; un resbalón aquí, de monta, que apenas agita, pero no hincha las velas de la ira; una intriga de esta otra parte, que se sufre con resignación; un preferimiento injusto, que no pasa de irritar los celos del aspirante burlado; un poco de mano abierta para unos y firme puño apretado para los otros, sin que sea fácil encontrarle á esa conducta la cabeza ni los piés..... eso y cualquiera otra cosilla que viene á ser bicoca con las demás; hé ahí las tildes más fuertes que hasta ahora le conocemos á este Gobierno actual, que tan feliz sería si lograse tratar á las mansas gentes de la Nación, así como si él fuese el mismito patriarca Abraham, ó el escogido por Jehová, para celebrar su pacto.

***

Se necesita tiempo para practicar el estudio de la conciencia y no correr peligro, por falta de examen, de hablar por los huesos de la nuca, siendo así que debe hablarse con la boca. Estamos ansiosos de conocer el movimiento administrativo, pero no en las Memorias, que á veces suelen ser meras fantasías y obras del arte, sino que hemos de buscar los datos de por debajo, como diría un etimologista apasionado, tratando de encontrar los profundos orígenes de una palabra. Buscaremos como un lince la pista, y ya habrá tiempo de hacer notas de peso, cuando haya material sustancioso, porque las Memorias de Estado (francamente) suelen ser tejidas con sobrado desparpajo, y los ministros que no se distinguen por su dedicación y paciencia para ajustar como debe ser cada pieza de la contextura, no es fácil que salgan avante, sobre todo cuando se trata de las complicadísimas Memorias de Hacienda y de Fomento; porque esas ruedas de la Administración Pública son las que, en nuestros países, tienen más radio y giran más de prisa. De modo que no es prudente aceptar sin muchas reservas, cortapisas y escrúpulos, los datos que ofrecen esos documentos oficiales.

19 de Octubre de 1898.

# POR LOS DIFUNTOS

Siguiendo la tradicional costumbre, en virtud de la cual dedicamos á nuestros amados difuntos los primeros días de este mes, San José entero ha concurrido al cementerio, llevando su tributo á los que en él disfrutan de la eterna bienandanza del reposo. Animador y sugestivo, en sus caracteres peculiares, es el espectáculo que nos ofrecen la necrópolis invadida por dolientes y curiosos, y la avenida por donde se organiza el incesante tráfico. Todos, cual más, cual menos, hemos tenido que hacer la anual visitaá los que nos esperan en vida más feliz, tal vez, que la nuestra; coronas, flores, cruces, anclas, macisos de plantas, mármoles, porcelanas y pastas en artísticas combinaciones, han contribuído á la fúnebre festividad; y no ha quedado niguna tumba sin recuerdo, ni losa alguna que no se haya leído con dolorida solicitud. La solemnidad del presente año ha sido, á nuestro juicio, menos mundana que en los anteriores, cual si sobre todos los que á ella asistieron hubiese pasado el soplo de la desgracia para avivar el hogar inextinto del cariño; y la multitud apiñada en las sombrías avenidas, en los húmedos pasillos, junto á las tumbas orladas de un nimbo de misterio, discurriendo por los pasillos estrechos que resuenan cóncavos al golpe de las pisadas, se ha sentido más cerca del verdadero concepto de ese tributo póstumo que ofrendamos á los seres queridos que nos dejaron para siempre.

4 de Noviembre de 1898.

# OFERTA

(En venta ó arrendamiento).

I

Deseoso el propietario de *El Heraldo* de respirar algún aire fuera de la ahogadora prensa, propone este diario en venta al mejor postor. Unos cuantos años—aunque no muchos, es verdad—han demostrado al propietario y editor responsable que, habiendo algún tino y alguna actividad, no es difícil del todo ganarse la vida publicando avisos y gacetillas y artículos varios, siempre que en la tierra política no se meta muy hondamente el arado; pues si el periodista se pone de la parte del gobierno, pierde el óbolo grande de la oposición, que siempre es lo más alto, rico y sensato del país; y si, por el contrario, trabaja resueltamente en el taller de los hombres de juicio, de altiva y noble aspiración social ó pública, entonces el pobre tonto facedor de hojas no suele dormir, sino tender desjuntos los párpados y avivadas las pupilas, considerando que en una que va y en otra que viene, lo más posible es que vaya á conciliar el sueño en un calabozo estrecho, hediondo y muy afortunado en ratas y cucarachones. Mas decimos otra vez que nuestro gran anhelo es encontrar por ahí algún prójimo aficionado á la tela periodística, y que sea tan bueno y tan desprendido que nos haga el favor de comprar esta pieza de cotín, y de sacarnos, con eso, de la tristeza en que vivimos y de la agitación abrumadora en que estamos desde hace nueve años larguchos, desde que fundamos este diablo, ó mejor dicho, desde que fundamos este ídolo gentil, que sólo ha servido para podrirnos el alma por virtud de sus malicias, de sus inconsecuencias, de sus dudas, de sus descreimentos y de sus sesgaduras. Lo dicho no es razón para que nos consideremos más abatidos que los demás; no, de ninguna manera, porque á la vez que hacemos cuenta de las flaquezas de nuestro pobre perro, tan escaso de olfato y falto de habilidad para cazar conejos y arrancar de sus cuevas á los famosos tepescuientles, así como diestro para arrancarnos desventuras, vemos, en manera muy clara, que algunos de los cofrades se encuentran en parecidas circunstancias. Como el nuestro, distínguense otros periódicos por su pellejín baboso de sanguijuela resbaladiza, por su falta de ideal y por su dedicación al negocio lucrativo. Si alguien se pusiere á creer que esto que

acabamos de hablar ha sido inspirado por la gacetilla de *El Eco Católico*, descortés gratuitamente con nosotros, y servil acaso con título oneroso, para con el Poder, háganos el favor ese alguien, cualquiera que sea, de cambiar de opinión: porque lo cierto del caso es que ya que decididos estamos á no disputarle más la taba á ningún otro mastín, sino que más queremos que suya sea toda la carroña, por nada de este mundo, ni por interés político, ni religioso, ni económico, aspiramos á tener rencillas con los queridísimos colegas de la prensa.

## II

Decimos, pues, que estamos decididos á cambiar de posición, y que, por lo tanto, para no ver buitos, nos resolvemos á no salir más á la calle, ó sea en letras de molde que nos acrediten de propietario de este demonio de *Heraldo*, tan parecido en sus cambios bruscos á algunos santos de los más encopetados, tales como San Pablo ó San Saulo, el cual, de perseguidor luciferino de la fé de Cristo, resultó, de la noche á la mañana, orador pasmoso, enemigo de los gentiles. Si nadie quiere poner en riesgo sus realillos comprando esta empresa, que podría ser muy productiva en manos hábiles, entonces proponemos el arrendamiento de *El Heraldo*, por el tiempo que se quiera, como no baje de seis meses. Este diario tiene unos pocos suscriptores que pagan avisos escogidos, y excelentes amigos que suelen patrocinarlo con sus comunicaciones valientes, y así decimos que quien se decida á comprar ó arrendar esta empresa, hará buen negocio y se chupará el dedo.

[illegible] de Noviembre de 1868.

# NOS COMPLICAMOS

No es *El Heraldo* el que se complica, y si hemos dicho en el epígrafe «nos complicamos», es porque á los periodistas les es permitido hablar el idioma mutuo ó colectivo de los dependientes y bodegueros, de los cuales se asegura que acostumbran á decir esperamos, cuando la mujer del jefe espera, y hemos dado á luz, cuando la señora del almacén ha parido un nuevo libro. Siguiendo esa rutina comercial de los mozos y mozalvetes de tienda, hemos dicho en el epígrafe «nos complicamos», por mucho que ya sabemos de pé á pá el viejo catecismo de nuestra complicación antigua. ¿Habíamos de ignorar, por ventura, que sobran allí y allá los que aman leernos todavía menos que el no pagarnos? y, si nó, ¿por qué tenemos en nuestra caja ese gran número de recibos protestados ó negados por caballeros ó buenas gentes (que así á lo menos lo parecen), y por qué también miramos con frecuencia que avisadores hasta de remates, que es lo mismo que decir carroñas, suelen á veces ajustarnos las cuentas, como si fueran dueños de esta empresa heráldica, y hasta negarnos el pago de lo calculado por ellos mismos? y por qué sobra la gente amiga de ocuparnos con sus comunicaciones, y enteramente adversa del sistema que tanto nos gusta á nosotros, en que cada prójimo amante de comunicarnos sus calores contribuya á la paga del periódico?

* * *

¿Quién, pues, se complica? quiénes se complican, pues? Se complica la política centro-americana, y se complican los asuntos internacionales de Europa y Estados Unidos de América; se complica la paz del mundo y se complica la situación económica de Costa Rica, sea que se la mire y examine por el lado público ó por el privado; y se complican en este paisecito los intereses opuestos que le sirven de factores al Estado; es decir, el interés ó la mira civilista, la tendencia republicana y la aspiración clerical; y también se complica el credo del verdadero católico. De modo que tenemos una complicación vastísima de la cual, sabe Dios como podrían salir bien la raza hominal, la sociedad y el prójimo. Bien es cierto que sería ofensivo pretender que los dioses no celebrasen, con estupendas mojigangas y ruidos escandalosos, las postrimerías del siglo de las luces

Lidias, corridas de caballos, luchas de fieras, batallas de gladiadores; todo esto, aunque en mil anfiteatros romanos se pusiese en escena grandiosa, no pasaría de ser un modo vulgar y ruín de hacerle muecas de lastimoso ¡adiós! al siglo XIX, riquísimo en novedades y conquistas sin ejemplo.

***

Espectáculo digno de esta gran puesta del sol esplendidísimo es, ya lo creemos, una gran alteración de la paz internacional. Nada, nada podría ser magnífico y majestuoso al igual de semejante despedida. El certamen de la cultura humana á que se dispone Francia con imperial pompa y grandeza republicana, ¿qué viene á ser?, una bicoca; mejor sería que nada hubiese, ó que el presente siglo se arrojase á reposar en el seno de la eternidad sin llevarse del mundo, que tanto quiso, ni un viva ni un muera; ni siquiera no fue un buen hijo ni esposo ejemplar, padre modelo y ciudadano intachable; mejor, decimos, que no hubiese para él excequias ni oraciones fúnebres; mil veces mejor que ningún Ministro del Altar ni del Estado se acordasen de consagrar sentimientos ramplones ó frases convencionales y mil veces mentirosas, así como notables por el vacío y la inestética que los sopla. La tierra, si quiere despedirse del glorioso siglo de la sabiduría que triunfa, haga su adiós en forma, hágalo grande como el que se va y nunca más ha de volver, aunque los hombres maliciosos los apelliden nuevamente allá en otra evolución humana. Nada más propio para festejo del que inventó el vapor raudo, la electricidad de alas angélicas por su rapidez y su luz; nada más propio para festejo del inventor de Pasteur, de Comte, de Litré y de Spencer, de la unidad de Italia, de Lincoln, de la redención del esclavo, del autor de *Los Miserables,* de la independencia de Cuba, que es un certamen como el insigne que la Francia propone al mundo para el último año del XIX. Estamos de acuerdo en que la inmensa cultura rinda su culto incomparable al foco enorme de donde procede. Con razón se ha llamado á este siglo el siglo de la luz!

***

Mas, seamos francos y confesemos que también ha sido éste el siglo de las tinieblas; combinación de Dios y del Demonio, por una parte tiene su carbón encendido y por la otra su carbón apagado. Es justo, cuanto alcanzan nuestros sentidos en antítesis ó términos de antítesis. No inventamos esta verdad; el bien y el mal, el espíritu alboreante y el espíritu anochecedor vienen al eterno recorriendo, á líneas paralelas, órbita infinita. Así, pues, decimos que para despedir al siglo debemos forzosamente poner en un mismo escenario las dos representaciones; la de la civilización radiante y la del salvajismo ennegreciente. Toda realidad consta de dos términos opuestos.

***

Los grandes acorazados y los poderosos cañones; la dinamita y la panclastita, los torpederos y caza-torpederos, los Napoleones y los Molkes, los Bismarkes y los Blaines, los elementos de inhumana destrucción de la humanidad, son otros tantos ejemplos de la inagotable fecundidad de nuestro siglo. Entonces ¿cómo podríamos oponer resistencia á que Estados Unidos se convierta en potencia avasalladora, de potencia que fue liberal, y que así ellos como la poderosísima y cultísima Inglaterra, se empeñen en dominar costas y mares atlánticas y pacíficas y australes é índicas? ¿Cómo pretender, si éste ha sido el gran siglo de las armas pavorosas, que haya un choque violento, jamás habido entre las naciones de ambos hemisferios y que la sangre humana salpique el cielo—tan perezoso desde ha muchos siglos—pidiendo venganza ó por lo menos amparo?

***

Témese, en verdad, que estas postrimerías del XIX sean saludadas con un cataclismo. Estados Unidos, Inglaterra y el Japón, por una parte; por la otra, España, Francia, Alemania, Italia, Austria, Prusia. Todas son grandezas más que homéricas; podemos imaginar lo terrible del encuentro. ¡Oh! quisieran los dioses que no muriésemos sin presenciar tan grandioso espectáculo! ¡Del choque surge la luz!

Noviembre de 1898.

# TODAVIA NOS ESTREMECEMOS

La sociedad josefina desciende mucho—ello es indiscutible—de aquella altura moral sobre la que tanto la esclarecía y embellecía la luz nítida del renombre ó de la buena fama. Desde las cinco de la tarde del aciago domingo último que cuenta el lapso trascurrido del presente mes, hemos ido y regresado muchas veces por las calles primeras y últimas de San José, ansiosos de investigar y saber qué sienten, y qué piensan, y qué quieren las moradoras y los moradores de esta ciudad, después de la fiera catástrofe que hubo de consistir en el odioso asesinato de una infeliz mujer, de una muchacha, aunque ligera, no menos seductora que desamparada.

Si el crimen hubiera sido perpetrado en encrucijada soledad, en un ángulo recóndito, juntura de callejones tenebrosos; si ese crimen que nos horripila y hace que odiemos aún al bárbaro rey de la tierra, no hubiese ocurrido ante los ojos de numerosas gentes, en uno de los puntos de cita más vistosos y animados y espléndidos de la capital, en presencia de los cuatro linajes, es decir, de la aristocracia, del clero, de la plebe y de la servidumbre; si allí mismo donde fue vertida y corrió aquella sangre roja de la juventud encendida y radiante como una flor de fuego que se embriaga devorando los primeros besos del sol, no hubiese habido suficiente cuerpo de policía, más que de sobra para oponerse á la violencia de aquel hombre loco, y echar atrás con su esfuerzo la espantosa desventura de aquella infortunada, crecida en la liviandad, tal vez nacida en el delito y, de seguro, muerta en el desprecio, ó, por lo menos, en la indiferencia social; ¡ah!, si todo ese drama hubiera tenido su principio y su desarrollo y su fin sangriento allá lejos, allá en el misterio!; entónces, qué cargo? ¡ninguna condenación lanzaría ahora nuestro lápiz nerviosísimo de ira á esta sociedad, tantas veces alabada de civilización y hasta de cultura! Pero, lo dicho, dicho:..... numerosa gente de todas clases estuvo presente allí, cuando el puñal ó la navaja del asesino, mil veces infame, rasgó la seda brillante del corsé y abrió el raso perfumado de aquella piel que la juventud satinó con su arte más peregrino. ¡Oh pobre muchacha alegre, encariñada locamente con las palpitaciones de la carne nueva, con el goce fugaz, con el amor inquieto y voluble, con las mariposas livianas de la fruición de los sentidos!; ¡ah pobre Eva, divinamente encantadora como

satánicamente extraviada en este piélago borrascoso de la vida incomprensible!.....; no hubo una mano compasiva, no hubo una protesta, no hubo un deber cumplido, un odio á la barbarie, ni un temor de lo salvaje; no hubo un rasgo de autoridad: caíste bañada en tu sangre caliente que humeaba púrpura y luz de ansiedad por las glorias del día y por las seducciones y supremas delicias de la noche; así caíste, ¡oh niña adorable, niña siempre, aunque el rigor de la suerte miserable hubiese de arrancarte de la gruta misteriosa del rosal, para lanzarte mujer al mundo del desamparo, de la orgía, del asesinato y de la muerte que nos contrista!

Era la arrogante moza como de dieciocho años. Decir de su belleza no puede decir ahora este lápiz que, además de ser negro y ordinario, va corriendo á toda prisa. Pero tenemos enteritos en nuestra memoria impresos aquellos ojos que parecían dos africanos atisbantes, con sus puñales desnudos, bajo enarcadas hojas de palmera. Y también tenemos vivo el recuerdo de aquellas caderas redondas, de aquel seno alto, de aquella boca que echaba ritmos al calor de los deseos, y de aquellas dos patecitas que se disputaban la cadencia del movimiento en los compases criminales de la jota. Y el talento de aquella mujer de carne apretada en purísimo tejido sérico de la India, en verdad que nos pareció, esa tarde sangrienta, superior por demás á todas las seducciones de la tierra que atesoraba esa misma estampa adorable de Venus combinada con la nocturna cazadora del cielo. ¡Oh, es imposible pensar en el suceso, sin que la sangre de la indignación suba á enrojecernos el rostro. Demonio! cuándo será justo que trinemos y vociferemos contra las fieras matanzas, que suelen ocurrir en nuestros lejanos caseríos y bosques solitarios, si casos aborrecibles como el de esta capital orgullosa de la República, si lances de puñal y pistola, de odio y venganza y celos vemos pasar friamente sin que haya de parte de la sociedad servil, pero ni de la señora, un grito de rabia, ni una voz ardida, ni siquiera fría, de protesta? Es indiscutible que estamos perdidos, que retrogradamos, y que no será maravilloso que, si de ese modo seguimos, dentro de poco tiempo sintamos sobre nuestros lomos, otra vez, el látigo de la conquista.

Había mucha gente; pero hasta las cinco de la tarde ningún bochinche en serio, ni gazapera en firme nos habían hecho temer por la esplendidez de la tarde, por el limpio azul del cielo, ni por la tranquilidad de nuestro ánimo. Ocupábamos puesto dominante en una especie de anfiteatro, y desde allí habíamos observado á los alegres de la vida ir y venir en acción activa; y alguna vez notamos, sin que ello nos emocionara apenas, pendencias de aturdidos esgrimidores convencionales de espadas y navajas infructuosas. Con nosotros miraban al fondo del llano y del paisaje, esmaltados por la luz vespertina y embellecidos por el arte, un austriaco y una alemana, muy amigos nuestros, y la dulce niña gentil, fruto delicado de ese matrimonio ejemplar. Estábamos distraídos, pensando quizá en la inmortalidad del alma de los cangrejos; pero de seguro reflexionábamos en el talón de oro, en el Ferrocarril al Pacífico, en los palacios de corrección, en la guerra con Nicaragua, en las esterlinas que nos traerá el

señor Iglesias, en los viajes del Presidente por ambos mundos, en la elocuencia fúnebre del Gabinete, en Poncio Pilatos, en el clarísimo ingenio del Jefe Titular de la Nación, en nuestros bostezos de á cuarta y falta de dinero de á vara; en la revolución perentoria que es necesario armar para que caigan los malos presidentes, es decir, los de Honduras, de El Salvador y Nicaragua; en la entrada de más chinos, cuando ya es maravilla, desde el 89, encontrar en Costa Rica una sola gente que no tenga trenza ó, por lo menos, los ojos oblícuos; reflexionábamos en la bancarrota, en el cambio por las nebulosas, en la crisis, en las quiebras, en la baja del café, en la poca confianza que inspira *El Heraldo*, y en el triste descrédito en que vive el pobrecillo; y también, probablemente, reflexionábamos en el agua de chocolate chirle con que nos envenena la ilustre Municipalidad. Reflexionábamos en eso, y quién sabe si en otras cosas, como el Teatro de millón y medio de pesos, y como la rebaja de los sueldos oficiales—cuando nos puso otra vez en la vida de la verdad un murmullo fuerte, parecido á la llegada de cuernos ó de toros al cozo tico ó al toril español. Volvimos de nuestra fascinación, de nuestro ensueño; le vimos claro el talón á Aquiles y hasta el casco, aquel brillante casco que lo hermosea, y dijimos: hay corrida, hay lidia, toros tenemos.

En efecto, nos pusimos las gafas observadoras, y muy de prisa leímos sobre un pórtico que debía de ser el mismo del redondel, un rótulo que decía PLAZA DE TOROS, ó cosa parecida á lo que indica con sus cifras tiznadas de hollín aquella tremenda inscripción de que nos habla Alighieri con pavor, puesta en el alto del primer propíleo del infierno:

Per me si va nella cittá dolente

Como tenemos alguna sangre de Castilla y Aragón..... y basta; al ver el dicho letrero, ya no pensamos sino en dejar el puesto que ocupábamos junto con aquella apreciable familia austro-alemana, y correr desaforadamente á comprar un palco sobre la arena, aunque éste fuese de los que miran al sol. La sangre obliga, y al punto—lo confesamos—nos pareció grande el picador, glorioso el banderillero, envidiable el de la capa y ceñido de luz inmortal cualquier Frascuelo; digno de mucho respeto cualquier chulo y de amor entrañable la primera gitana ébria de aguardiente, olorosa á anís. No pasaron por nuestra cabeza el triunfo de los Estados Unidos, ni la pérdida de las colonias, ni la destrucción de la flota, ni la ruina de Carlos V; sino que nos llenaron la fantasía los cuernos agudos de los bichos y los bofes de los caballos lanzados de las barrigas y pisoteados en la plaza por las mismas bestias.

Vamos, dije, y me levantaba presuroso, cuando me hizo esperar un altercado. La linda muchacha que había sido el recreo de la tarde con sus primores juveniles, con sus curvaturas de hembra estimulante y con sus liviandades gitanescas, le arrojaba á la cara un ¡nunca más! seguramente negro como aquel de Edgar Poe, y con ese, el anillo del antiguo amor. La sorpresa nos hería, y estábamos ansiosos del resultado, palpitando de

sobresalto y temor. De repente, el pálido y desencajado suplicante monta en ira, y como un leopardo ligero, se precipita sobre su cruel amada, sobre su adorado tormento, la hoja de su navaja fulgurante en la diestra como un incisivo de Lucifer. Quisimos arrojarnos, y el amigo austriaco nos contuvo; pedir socorro, y la señora nos intimó; lanzar un grito, y la dulce niña nos miró con cierta sonrisa de lástima. Nos mordimos la lengua y nos apretamos los labios con ambas filas, é íbamos á gritar ¡oh témpora, oh mores!, oh sociedad injusta y corrompida!, cuando nos heló la sangre el grito de aquella muchacha, no menos desgraciada que digna de vivir. La navaja le había atravesado el pulmón y la poma izquierda, y caía desplomada con todo el peso de la muerte.

«Oh Collamarini excelsa» grita una linda boca femenil que allá cerca derramaba su púrpura y su fulgor..... Y yo exclamé: con que es la Collamarini la víctima de ese cobarde asesino..... y ya tomaba impulso para arrojarme del palco, cuando la dulce niña, mi compañera, me despertó de mi entusiasmo artístico diciendo: la Collamarini resucitará; ella ha hecho el papel de Carmen, ha desempeñado brillantemente el papel difícil de la infeliz gitana española; nada más.

23 de Noviembre de 1889.

# ALTA POLITICA

AHORA, volviendo á *La República*, órgano de ideas tan raras respecto de política, tenemos el gusto de manifestar que nos parece el colega por demás equivocado. Lo que él llama la política alta, es lo que justamente llamamos nosotros la política pequeña. Porque política alta, hablando por ejemplo de los Estados Unidos, ha sido su afán de hacer libre á Cuba, con lo cual no sólo debía favorecer esta isla, sino agrandar su especulación comercial y dar ensanche al activo industrial y productor de la Federación; de política alta es su pensamiento y su resolución de agregar á sus dominios el vasto archipiélago filipino, porque Washington considera que ya es grande lo bastante para pensar en que no conviene estar más tiempo alejado de los grandes problemas que Europa resuelve y trata de resolver en Asia y Africa y las tierras oceánicas. De alta política fue la preparación de su poderosa marina para llevar á cabo la libertad de las Antillas y sus proezas en el archipiélago que ahora codicia. Pero todo eso mismo no habría sido ni merecería llamarse de alta política, si la Federación no hubiera podido alistarse para sus empresas, sin agitaciones, sin estremecimientos sociales, sin sacrificio ruinoso de sus ciudadanos, sin quiebra del fisco, sin contraer compromisos gravosos, y sin despertar las iras populares. Los Estados Unidos llegaron á la meta de sus ambiciones sin que haya peligro de que los pueblos se desgracien por esa ambición cumplida, sino que, antes bien, han ejecutado lo que se proponían haciendo más respetable, fuerte y gloriosa la República.

* * *

Alta política es engrandecer el Estado, pero arruinarlo y empequeñecerlo, jamás. Roma hizo la conquista del mundo, y fue el mundo conocido. Pues decimos que alta política hicieron aquellos cónsules y aquel senado de reyes que unieron á Italia, que dominaron á Cartago, que agregaron á los dominios romanos el vasto imperio de Alejandro, que civilizaron las Galias, que sacaron de su rudeza á España, que plantaron sus águilas en Inglaterra, y casi conquistan la Germania. Esos hicieron alta política, porque los llevaba y enardecía el amor de la gloria y el triunfo de la Nación. Mas los césares ya no hicieron alta política, porque contra

los pueblos no los guiaba sino el egoísmo del trono, la soberbia de la corona y la ambición del cetro. Ya no era heraldo de sus conquistas y dominaciones, y menos árbitro de la paz y de la guerra, el puro amor de la patria. César imperaba, y el pueblo comía debajo de su mesa.

***

Mas cómo podemos decir, sin que el prójimo se mofe de nuestro dicho, que hace alta política el que, en vez de ensanchar la riqueza del país, la aminora con medidas imprudentes, que no son tal vez equivocaciones del cálculo, ni errores del no saber, sino lo que es peor, fruto de ojerizas y prevenciones indebidas y siempre funestas en los hombres de Gobierno? Cómo podremos decir que es alta política pensar en que el país salga de sus apuros con vender siquiera un palmo de su tierra, en vez de agrandar ésta que tan escasa es, conquistando nuevos dominios, aunque sea á precio de 20.000,000 de dollars? Cómo diremos que es alta política pagar interés por oro que vive allá enterrado en las bóvedas del Banco, á cambio de papel que ha alzado el ídem? Cómo diremos que es alta política el empeño de llevar á cabo empresas que demandan crecidos recursos, cuando el Estado no los tiene ni pequeños? Cómo diremos que es alta política buscar libras esterlinas, que pueden escaparse de pronto sin saber por donde, á cambio de acciones y otros valores que ya producen y que el país tiene asegurados? Por lo demás, no estamos de acuerdo con que la política alta obliga á los gobiernos al secreto. Es posible que alguna vez, tratándose de política alta sea prudente andar con alguna reserva. Así el Gobierno americano prohibió se les informara á los periodistas respecto de la situación de la marina y del resultado de los combates, cuando éste no era perfectamente conocido, ó bien, si era lamentable. Y también prohibió que la prensa lanzara especies que no estuvieran comprobadas y que fueran desalentadoras.

La política que habla en cuchicheo y guiñada, la que ama la sombra, la que se ejercita en los rincones ó detrás de los archivos ó puertas de palacio, la secreta, digamos, esa es la chata, no queremos decir de nariz roma, sino que empleamos la palabra como la usamos aquí vulgarmente, en el concepto de enano, aplastado, sapo. Esa política es la que anda con mordidas de lengua.

1º de Diciembre de 1898.

# LA PURISIMA

ANTES de ayer era dulce la mañana; el aire se movía un tanto retozón, pero sin crudeza. El cielo mostraba azul de Prusia en su lejano fondo, y de este lado dejábamos ver unas que otras lanas muy bien lavadas y emblanquecidas de sus borregos escogidos. Porque el cielo de allá y la tierra cuentan sus carneros niños, por docenas y docenas. ¡Qué felicidad!.... Este mundo fue anunciado, indiscutiblemente, para millones de años: tiene mucha carne y muchas condescendencias amables. Con que decimos que el cielo estaba sereno, limpio como una gasa virginal que besa hoy al amanecer el contorno puro de una cadera que se extremece al sólo pensar en las dulces mentiras de la vida, y que se desvanecería tal vez al tocar la torpeza de las mezquindades humanas.

***

El cielo estaba como tul de novia un tanto melancólica; así como la gasa que viste á una muchacha que ama y que se casa con el varón que señala el dedo de su padre. Tristecito estaba el cielo. Era el día de la Purísima..... No falta quien afirme que nuestra hermosa y linda judía, ni siquiera pensaba en el belemita carpintero, sino que ella dormía embriagada, soñando con su hermosura, cuando el crespo San José la hizo sentir los aromas de su vara florecida. Mas nada importan las habladas de los mundanos: ello es cosa demostrada que la bella y seductora hija de Jericó, rosa de múrice y de aroma celeste, fue amada de Dios y esposa del Patriarca, escogida por el incomparable espíritu. Y nosotros, desgraciados de la tierra, nos gozamos en ofrecer cariño y profunda adoración á la virgen inmortal del pesebre. Aún están negras nuestras manos con el humo de los cohetes; la Purísima nos queda debiendo mucha pólvora.

***

Era día de la Purísima, y el mal tiempo cejó, y desde por la mañana del glorioso aniversario, puso á sus pajes en fuerte aptitud de trabajo. Apolo fue lvantado por la campana glorificadora, cuando el muy perro de crin rubicunda aún descansaba muellemente de sus correrías de ban-

dolero por las altas sendas de la cazadora. Cejó el mal tiempo, la niebla rompió su cendal plomizo y la luz del sol hirió las cresterías y las llanuras. Hermoso día de fiesta. El símbolo de la pureza radió en los cielos, y en la iglesia de Dios crucificado fue glorificada la rosa de Jericó y lanzada á los cielos la flecha incomparable de la Torre de David. Aunque somos gentiles, tenemos adoración por María. Pobres las musas paganas; una sola mujer humilde las hundió para siempre: La Purísima.

Diciembre 1898.

# GALEOTO

Hay que tomar á don Galeoto, no como el dramaturgo español quiso imaginarlo, sino como en verdad y en rigor se presenta, sin tapujos, el pícaro animal. Es un destornillado siempre, resuelto á herir con el arma abominable del descrédito, y donde encuentra una arena allí forma un guijarro, donde un guijarro una roca, y donde una roca una montaña de granito. Don Galeoto es un perro que va siempre sobre la huella del fustán oloroso de la maledicencia. Esta mujer vieja, mucho más que vieja estrujada por la flacura, arroja su piltrafa mezquina á don Galeoto, el can no menos hambriento que rabo caído; y con eso logra tener á su devoción frailuna, los dientes y las dentelladas del miserable. Don Galeoto es menos que perro, es un perro mucho más canino que los canes. Los descendientes del lobo son nobles, no menos de sangre vieja, que duques y condes que resultanron mondos y lirondos de los bandidos desalmados de la Edad Media. Pero Galeoto es una triste degeneración de esos dogos, compañeros inseparables de la nobleza rancia, es un mastín plebeyo.

***

Pues decimos que Galeoto es malo, peor mil veces que ese Galeoto lírico y palabrero del dramaturgo español. Echegaray no hizo su estudio con recta intención; no fue imparcial; sabe el demonio si ese enamorado de las frases no tenía relaciones estrechas con ese pillo surgido de la cornamenta del oscuro ángel de alas de fuego. Galeoto lo entenebrece todo. No persigue la sombra; donde el trueno revienta allí no está su figura odiosa. No cruza el espacio sobre las alas de la tempestad, no se mece en las ondas del torbellino, ni le conoce la mar encapotada que engulle y lanza así los pinos endebles como las poderosas guarniciones de acero. Galeoto es más negro que Herodes, y el infierno ha elevado su trono por encima de las imperiales sillas de Poncio, Anás y Caifás. Ese malvado lo es tanto como la tierra, como la vida, como el progreso: este caballo sin brida avanza menos aún, y corre menos torcidamente que Galeoto. Este es el hijo muy amado—del siglo XIX, nó;—el mas querido y amado de todas las edades; es la llaga humana, es el cáncer incurable de la humanidad. Vencer ese león: hé ahí el triunfo que no tendrán nunca los endebles conejos del planeta. Júpiter y Theseo nada hicieron; arrancar las lenguas, eso sería la cumbre dè la proeza y de la gloria.

10 de Diciembre de 1898.

# EL CACAO

TAL VEZ ustedes habrán visto por ahí, en las columnas de *El Heraldo*, algunos pasajes políticos, de acción y reacción, gobiernistas y viceversa; porque en el teatro de las nubes, tan pronto hay luz como oscuridad, oro como margaja, plata como estaño, verdad como mentira, vergüenza como cinismo, desprendimiento como interés, hartura como hambre, prudencia como necedad, talento como locura, patriotismo como estómago, justicia como tiranía, odios como simpatías, conciencia como perro muerto. Está bien todo eso, y *El Heraldo* no se opone á nada, aunque tiene la costumbre de expresar altamente lo que se le da la gana, en vista de los usos y costumbres de la sociedad, principalmente la política. Un animal vivo le da lo mismo que una carroña; porque desgraciadamente esta hoja sabe á la maravilla que en cualquier dehesa hay, á toda hora y en cualquier momento, ganado que engorda y ganado que enflaquece, y reses que viven y reses que mueren. Tal es el mundo, tal es la vida, tal es el pobre ser que se retuerce en la tierra miserable, sin otro oriente fijo que el afán de ventajas sobre el puente inseguro.

Mas, á qué toda esa filosofía huera y más conocida que el famoso *guacal*, cuando la verdad del caso es que tenemos compromiso de hablar y tratar del cacao, que es materia muy distinta de aquella que sirvió para la información de Los Siete Tratados del reconocido ecuatoriano, autor de las *Mercuriales*, aunque sea fácil decir, con sobrada razón, que no hay materias, sino que una sola es la forma sensible, y que entre la grasa del cacao y la injundia de la política no existe otra diferencia que la que hay entre una y otra palabra. En tratándose de materia, las ideas son las mismas. La oratoria funeral es lo mismo que la parlamentaria, la política lo mismo que la intriga, y el cacao cosa idéntica á cualquier gobierno y á cualquier partido, como es la humildad á la soberbia, y la envidia á la ambición, y la sabiduría á la ignorancia; porque nada hay entre los dos platos de este vaivén de la humanidad, que tan donosamente ignora su principio, como divertidamente ignora su fin.

Diciembre 16 de 1895.

# PLENA ALEGRIA

El ánimo está de jolgorio por la razón agradable de que se acerca, más y más, el día en que libres de cuotidiana tarea periodística, nos hemos de dar la antepenúltima divertida del siglo.

Francamente hemos de confesar que al principio nos tenía la crisis tan abatidos, que cuando oíamos hablar de toros y músicas y baile y montañas rusas, dábamos una carcajada en nuestro corazón, en que poníamos toda la desconfianza que inspira á un ser triste la posibilidad de que los otros estén alegres. Quizás la insistencia con que el público repite la palabra que traduce una idea que graba honda impresión en su ánimo loco de muchedumbre, ha ido acostumbrándonos á la perspectiva de pasar en deliciosa parranda los tres días finales de este año, que ojalá fueran la víspera del juicio final, para consuelo de los deudos morosos de esta empresa, á quienes verá el año nuevo colgados en grandes filas, de las picas de *El Heraldo*.

Cuando bajamos de la estación; cuando, paso tras paso, subimos al Parque Nacional, en digestiva charla, fumando uno de los habanos que suele obsequiarnos Benedictis, una vez pagada la cuenta de los banquetes que en su hotel saben servirse, nuestra imaginación, de un natural exaltado, nos finge halagüeños placeres, á que nos proponemos dar realización cumplida.

Las montañas rusas que nos preparan, y que nada de ruso tienen, sino es el frío que obligadamente han de producir en el rápido descenso, nos causan voluptuosas corrientes nerviosas, calofríos en la espalda y sonrisa de gusto.

Luego los toros, que veremos desde la luneta que algún amigo nos obsequie, están allí: los distinguimos claramente correr tras la insidiosa muleta roja. Y grupos de atrevidos calamocanos pasean su inspiración entre el coro de sus gritos y al compás de los sustos que da la fiera con sus amenazas. Y hay sol y sombra. Y al sol se adivina al pueblo, á nuestro pueblo de atávicos gustos salvajes, pero que ensanchan agradablemente el espíritu, luciendo, en las mujeres, los tonos infinitos del verde y del rojo, y en los hombres, las variaciones maravillosas del grito y del silbido. A la sombra, en cambio, la circunspección vestida de morenos colores y trajes europeos, animada en la conversación, correcta en el

porte, y harto más simpática en las muestras aristocráticas de sus bellezas, tanto femeniles como masculinas.

Al frente, la Fábrica Nacional de Licores, chorro brillante que se desparramará sobre el pueblo en millones de chispas que le darán valor, hidalguía y gana de ejercitar los pulmones.

Y tambien se piensa que las sombras caen, de un cielo que de día es todo luz, todo azul, ó sea todo poesía, para los que aman la idealidad. Va entonces la mirada hasta los fondos en que la discreta obscuridad favorece las caricias enamoradas de la juventud; y se piensa en las dulces palabras y en el embeleso de sentir cerca del alma las palpitaciones de otra alma embriagada de cariño.

Vaga entonces el espíritu de una en otra impresión, hasta llegar al glorioso final de las fiestas, al baile del Teatro.

Es un encanto fantasear allí. La cita galante de la capital á la belleza y al buen tono del país entero, ha de sonar de modo delicioso al oído de mil y mil hechiceras hijas de nuestras ciudades. Vendrán en parangón con las josefinas, poseídas de su valor y convencidas de lo difícil que es luchar contra ellas, vendrán envueltas en seda, bien olientes, mórbidas y esbeltas, unas á derramar sonrisas de sus ojos morenos, otras á recoger corazones entre sus rubios cabellos; muchas vendrán, y ansiosa la mirada, recogerá la belleza nacional en síntesis.

El Teatro guarda en sus cavidades las mejores notas, las más gallardas, las más sonoras. En sus pasillos se esconden nuestras mejores impresiones artísticas. Nuestro orgullo nacional está resumido en esa obra que merece alabanzas de cuantos extranjeros puedan juzgarla.

La sociedad que el 31 se reunirá en él para despedirse del 98 y entrar en el año nuevo, conservará memoria, de seguro, de la fiesta más lucida que se haya obsequiado en Costa Rica.

Con tales perspectivas, nadie que no sea un verdadero cocodrilo, pensará mal de nuestras fiestas cívicas.

25 de Diciembre de 1898.

# UNIDAD

I

PARA que la prensa tenga alguna representación efectiva y voto real en estas luchas por la sociedad y la política, es de todo punto necesario que el periódico, sea que se empeñe desde la caricatura y el epigrama, sea que trabaje desde la gravedad y el estudio, guarde sin tregua ni excepción un mismo convencimiento, un mismo calor de sensibilidad y una misma tensión de querer. Porque el parecido constante de la idea, del entusiasmo y de la aspiración, viene á ser en estas labores por el logro de una conclusión del bien social y político, como el pico y la piqueta que, siguiendo el rumbo trazado por los ingenieros, comen y comen el material inútil hasta dar con la vena rica. Es verdad que el cielo y la ciencia también suelen estrellarse, y que no pocas veces hemos visto burlados los afanes y esperanzas de los más activos y juiciosos emprendedores; es imposible impedir que eso suceda en tanto que no reinemos positivamente sobre la naturaleza, por el avasallamiento total que hayamos hecho de ella y de cuanto en ella es y vive, sin exceptuar del dominio pleno lo que en ella vive más recóndito, ni lo que llamamos, á fuer de impotentes que somos todavía, sus irregularidades y aberraciones. Porque mientras no, la conozcamos á fondo y en todas las manifestaciones y detalles, nuestra matemática abstracta no se dejará llevar á la ampliación del cálculo en términos tales, que los puntos de su circunferencia coincidan exactamente con los puntos de la otra.

* * *

Pero la unidad es buena en todos los puntos de vista del afán. Persistencia del pensar, querer y sentir, es una buena regla para llegar á un fin. Si no se llega, á lo menos queda el derecho de gritarle á la insolencia burlona: no tengo la culpa de mi imperfección, y mi propia insuficiencia responde de que no soy responsable de mi fracaso. Mis ojos vieron ese camino más ancho y más recto; si su cristal los engañó, ¿qué culpa tienen ellos?. Mas decimos que la unidad no significa aquí el todo de una vida ó del tiempo; porque si dijéramos eso, negaríamos la ley del progreso en la que, por ser fatal, nuestra mano se rompe si le resiste ó trata

de desviarla. Y aquí viene lo difícil; cohonestar la unidad con el progreso. Este estudio, sobre ser arduo, pide mucho análisis, serenidad de conciencia, idioma extenso y facilidad de exposición dialéctica. *El Heraldo* no puede hacer ese trabajo, por falta de dotes y preparación. Unidad parece que significa conservación, término antipático para nuestros días; y progreso vale tanto como acción, que entraña reforma y rectificación, ideas comprendidas en el concepto de libertad, el cual término es sumamente antipático para lo que pasa y más aún para el tiempo ya pasado. Pero no abordamos el asunto.

***

El arduo trabajo de esa cohonestación, ó mejor dicho, armonización, quede para quien haya más fósforo y cultura que esta gente de escaso haber de *El Heraldo*. Por fortuna, colegas tenemos en el palenque, capaces de librar batalla ventajosamente hasta con el mismo Apolo, el dios de la luz. Nosotros, por lo pronto, sólo queremos justificar el nombre unidad, con que hemos bautizado estas notas, diciendo que, en efecto, hemos de trabajar de consuno los que á un mismo orden de política pertenecemos, si honrada y seriamente aspiramos á un fin último, y que lo primero que nos toca hacer es convenir en dicho fin, y trazar el plan de acción que debe encaminarnos hacia él. La prensa de un partido ó de una situación no ha de componerse de factores yuxtapuestos, como aquellos ladrillos que apenas están en pilas esperando que la mezcla los una y ligue y constituya en cuerpo compacto; sino como los otros que forman muro, ya pegados por quien sabe hacer paredes firmes. El modo que á nuestro parecer debe adoptarse para fundar la unidad que anhela *El Heraldo*, es la asociación metódica y sistemática de los elementos homogéneos. Aquel de la prensa de oposición que tenga más autoridad, dé un paso al frente, tome de la mano á sus compañeros y dícteles la ley; ó por lo menos, propóngales un plan de cooperación y de fusión en unidad de hacer. Si la diferencia no es sensible ó reconocida libremente por los colegas para que alguno de éstos tome la iniciativa á título de superioridad, entonces cualquiera de los colegas haga propuesta de reuión y conferencia, con el objeto de armonizar la tendencia y la acción de todos. Uno de los primeros empeños debe ser la desvatación y ruina de las zizañas que crecen en el campo, con gran perjuicio de los intereses del partido á que se pertenece. Aunque haya mejor y haya peor, una resolución fuerte del amor al triunfo que se espera lograr, debe imponer el respeto mutuo y hasta la igualdad de todos; y el primero que se levante, ese no pertenece á la fila, sinò que debe ser considerado y tratado como enemigo de la fila.

## II

Decíamos ayer cómo es conveniente y necesario á la prensa de oposición (y de cualquier partido que sea) el que se una en idea y sentir y

querer, cuando por caso aspira á dar batalla por un fin último y está empeñada en que este fin corone su ambición. Ahora decimos que eso mismo sostenemos hoy; pero que precisa deslindar y saber hasta dónde la prensa puede hacer campaña por su propio esfuerzo, no sea que este importante factor contemporáneo mire su influjo en los asuntos de la vida, con los lentes de la vanidad, que todo lo echa á perder en un momento.

***

La prensa debe ser considerada como una palanca, pero jamás como la fuerza total; palanca que obedece, quizá con más exactitud, rueda que gira llevada de la impulsión de un eje. De modo que la prensa es parte de un ejército, así como el ejército es brazo ó músculo armado con una voluntad empeñada. No está bien entonces que la prensa que tiende á su fin, sea dueña de la dirección total; porque antes debe estar sometida á una intervención de fuera que la aliente, encamine y dé poder. La prensa de oposición, que sobresale en este diminuto país, tiene robustez y temple de lo fino. Su buena intención está comprobada, y su energía lleva el adorno enorgulleciente de más de un sello de cumplida demostración. Pero la prensa de oposición debe estar sujeta á principios y reglas de un ideal, que pueda pasar de la abstracción de hoy á la encarnación de mañana.

***

Lo que falta para que la prensa llene su papel fructuosamente, es que haya idea social y política que le trace rumbo; ese ideal no puede ser de la prensa, sino que la prensa debe someterse á él, para que su empeño sea uno, metódico, sistemático y sirva ó dé resultado práctico. El ideal debe surgir de una agrupación, cuanto más grande, mejor. Salgan al frente, den un paso adelante los que aspiran á la inversión de lo que tenemos ó por lo menos, á la reforma. Júntense, únanse las fuerzas opuestas á la política vigente, á la conducta del Gobierno actual, y digan qué piensan, qué quieren, qué sienten, y cómo se imaginan que las tres entidades de su alma pueden triunfar. Para que la prensa pueda llamarse con algún nombre propio, en relación á la política, necesita que la informe, la dé vida y la rija un partido. Y aquí preguntamos: ¿á qué partido pertenece la prensa de oposición de Costa Rica?

***

Trabaje la prensa, está bien; pero no vaya á creer que su tensión, mientras no haya partido ó ideal descansado sobre los hombros de una agrupación que piensa, siente y quiere una cosa definida, puede ser ¡nunca jamás! de influjo en los negocios públicos; pero ni siquiera en los

sociales. Dedíquese entonces el periódico á su negocio: venda campo á los avisadores, atisbe y despelleje á los remitentes, y procure tener suscripciones, conforme á este criterio, muy triste pero seguro para utilizar: «qué quieren las gentes: ¿que se le tire al Gobierno, ó mejor dicho, á quien tomó los estribos?; pues allá va.....; que tenga apoyo el Gobierno en cuya mano centellea la suerte de cada barriga?; pues, hosanna, hosanna!» La verdad es que nuestros periódicos de nada sirven ni podrán servir mientras no tengan timón cierto y uno. Márquese el punto, sea éste el polo Norte ó el desconocido Antártico; pero márquese un punto. ¿Dónde están los hombres desinteresados y de abnegación? lo primero debe ser encontrarlos; dar con los espíritus rectos, capaces de sacrificio, si no por el bien mismo, á lo menos por una pasión ó por un interés ó por un odio bien definido. Más decimos aquí que esto ha de seguir, por mucho que el egoísmo nos condene diciendo que filosofamos.....

27 de Enero de 1899.

# PROBLEMA

No somos espiritualistas, pero tampoco materialistas; y aunque nos carga las más veces cada prójimo, luego sentimos una dulce inclinación espontánea á ser del gremio humano, que nos parece odioso, sin excluir nuestro pobre número arrimado al cero, y á reconocer que, en verdad, es posible que tengamos, los míseros mortales, metido algún rayo de la alteza de los dioses entre las feas y mal trazadas paredes de nuestros cráneos, ó allá en las vísceras íntimas que se llaman corazón, hígado, bazo, y quizá estómago é intestinos. En efecto, el materialismo puro nos patea; y aunque la duda ó el abandono pensado de cuanto se ofrece (hipócritamente) como objeto de estudio trascendental, nos importó muy poco antes, y ahora mucho menos, hé aquí que, en verdad de verdad, por ley del temperamento que nos rige, sentimos una suave inclinación á rendir culto á los dioses y á suponer, por lo menos, que de su licor divino ha tocado nuestra lengua una preciosísima gota. *El Heraldo* la siente, y casi se atreve á retar al incrédulo á que verifique el examen y diga si no está entera, aunque derramada, en sus membranas guturales. Hay que creer en Dios; es una picardía cerrar los ojos á la luz de la evidencia. Todo hombre, por salvaje que se presente, lleva dentro de su ser la enfermedad tristísima de lo divino; es decir, de la nobleza, del pundonor, de la dignidad y del afán de morir antes que llevar una vida de vilipendio.

* * *

Ese es un problema grande del espiritismo. No juzgamos ser competentes para resolverlo, aunque, en verdad, prevalece en nuestro número de marca lo impalpable de los dioses, más que las funciones del tacto y las visiones de los ojos de nuestra carne. Hay verdadero honor en la tierra? la vergüenza, es una realidad? el progreso del ser, es camino cierto? existe la altivez con la forma gallardísima y soberana que le atribuye la fantasía de la soberbia luciferiana ó grandiosa? el linaje humano, es ciertamente mejor, de más alcance, duración y trascendencia en el derrotero de

los tiempos y los espacios, que el género animal que funde al hombre con el mono y con el oso? Los verdaderos sabios no han resuelto todavía ese punto de interés en manera definitiva. Lo único que sabemos de cierto, hasta las postreras agonías del siglo, es que todo brota y todo pasa, y que las formas se repiten por ley ineludible de retroceso ó de atavismo.

Marzo 17 de 1899

# DICHOSAMENTE

AHORA no hay novedades. El fastidio, con su misma pesada losa de ayer, nos pudre y entrega al gusano roedor del desaliento. Estos son días insoportables. Más calor y más polvo de lo necesario, donde apenas se respira y se siente la agitación de la vida, es cosa desesperante! Ni los sábados, grandes días del toma y daca, como fue ayer; ni los más grandes aún, como son los domingos, según la Iglesia que veneramos y las encíclicas de los sucesores de San Pedro, logramos ver que esta época de aflicción, deje su triste retraimiento y marcas fuertes de pesimismo. Y todo depende, según sabemos, de que los campos seductores y la vendimia de la estación entran muy de firme en el espíritu de las gentes de ambos sexos; y no parece sino que se empeñan en hacer amores torcaces y conciertos de matrimonios campestres. Es decir, que este tiempo ha sido para mayor gala de la campiña, y que debemos someternos á los lujos de lo alto condensados así:

En agosto, de las uvas sale el mosto, y del mosto sale el mostillo, ó como sea, porque nada sabemos de teatros, ni de campanadas. De manera que hay que creer ó reventar. La estación no favorece las alegrías de la ciudad, sino que protege los idilios..... las églogas..... las geórgicas y los arrebatos de Pan y las sensitividades vergonzosas de las desnudas ninfas que limpian sus redondeces de nieve y rosa ó de trigo y sangre en las canoras aguas diáfanas de la fuente, el *yurro* y la quebrada montaraces. De modo que andamos muy mal; la divina poesía, es decir, todo lo que forma el encanto de la capital, anda rompiendo su gasilla espumosa en las puntas de los cafetos audaces ó en las muelas cortadoras de los rastrojos olientes á hembra que ambiciona multiplicarse, según el barbudo Eterno lo dispuso en su libro. Muy mal estamos, pésimamente, si no mira Dios con ojos más llenos de luz esta ciudad, viuda de mucha buena gente. Casi toda la belleza josefina está en las haciendas. Se nos asegura que dentro de poco volverá San José á embriagarse con el perfume de sus hermosas. Varios matrimonios ha concertado Fauno en los quiebres y las lomas de aquellos andurriales, y quién sabe si no habrá hecho otras dulces picardías!

Marzo 19 de 1899.

# "EL HERALDO" ESTA TRISTE

## HASTA LA MUERTE

Con mucha razón se queja fúnebremente la hoja que, por desgracia, nos dimos á publicar desde ha cerca de nueve ó diez años. La mayor inconsecuencia de las grandes y pequeñas empresas comerciales, y el indiferentismo glacial del público, esos los arrayanes son y las hojas de apio y de laurel de Dafne ó Apolíneo con que se le tejen coronas en premio de su afán. Es cosa muy triste y muy aburrida, y más que todo, aburrada, esto de meterse periodista, que es lo mismo que decir: á sacar del brasero las castañas ajenas en el mal aconsejado país de Centro América.

***

*El Heraldo* seguirá, tal vez, pero su viejo propietario está resuelto á que no se le vea más en esta arena, que no es candente sino arena del desierto, cuya anchura solitaria aflige, enferma el corazón, envenena el hígado, corta el aliento, asfixia, traga y pone sello de olvido sobre el mísero muerto. El fundador y propietario actual de *El Heraldo* está para tomar las de Villadiego, ó para poner piés en polvorosa, y escapar, así el cuerpo como el alma, de ese encono injusto con que los hombres de posición imaginan que deben ver y castigar la pequeña oposición común y merecida que les suele hacer, de tarde en tarde, alguna pluma desocupada y no tan harta de buen humor como llagada de fastidio y de odio á las quisicosas políticas.

***

Se va el propietario, abandona la empresa.....

Es preciso respirar siquiera por Pascua, aunque no sea florida, porque si nó se corre el peligro de que las válvulas se aflojen y abran cuando menos se piense en ello. La dispepsia es un demonio que ojalá fuese reducida á sus antiguos antros del infierno; y ese ¡vade retro, Satanás! que tanto aflige á los que no beben vino, ni comen palabras en salsa, se insolenta más y más contra quienes á diario se ven forzados á tragarse el mal genio de los gobernadores, la bilis de los médicos de higiene, las cóleras

de los jefes políticos, los despechos de los contratantes con el Estado, las iras negras de los vanidosos, las donosas indigestiones de las municipalidades, de los ayuntamientos y de los capítulos, los anatemas de los curas, los sortilegios de los sacristanes y los palos de escoba de las brujas. Cuando un pobre escritor de buena fe, que todo lo hace con la boca abierta de pura inocencia, se ve en el caso de mascar y engullir esa carne más que manida de la vanidad toreada, de la majadería babosa y del engreimiento absurdo, entonces, figúrate amigo lector, cómo se le pondrá la panza al pobre prójimo que sólo aspira á que perezca el desbarajuste, á que se hunda la maldad, á que surja la vergüenza, á que se tenga idea clara de la política, á que no se confunda el oro con la margaja, á que el pundonor se corone y la justicia barra el tablado de la representación.

***

Los países pequeños, y sobre todo, cuando apenas están en el crepúsculo de la civilización, suelen andar con susceptibilidades que desconciertan al más decidido á no poner mientes en niñerías. Y todo depende, quizá, de lo poco que los pueblos chiquillos hacen por conocer el mundo grande, porque en su pequeñez se imaginan que su porte de gallo enano no cede ni ceja ante el más zancón, crestudo, plumado y fuerte de las aves de corral; porque una de las primeras condiciones de los chicos es considerarse grandes; de los tontos, considerarse discretos; de los pollinos, considerarse caballos; de los politicastros, considerarse Meterniches; de los monigotes, considerarse curas de almas; de los campaneros, considerarse maestros de orquesta; de los pelagatos, considerarse barberos de la corona; de los bodegueros, considerarse socios de la casa; de los archiveros, considerarse ministros de Estado; de los malos escribientes, considerarse buenos escritores; de los porteros, considerarse señores de la oficina; del herrero, considerarse mecánico; del mecánico, considerarse ingeniero constructor; del rábula, considerarse abogado; del curandero, considerarse médico; y del zampatortas, considerarse zampalimones, etc., etc. De modo que en las villas, aunque lleven el nombre de ciudades, ó en los caseríos, aunque se apelliden poblaciones, hay abundancia de pequeños grandes y de majaderos graves; allí es donde no se tiene conocimiento del oro, ni del diamante, ni de la perla; pero allí es donde cualquier pelota jalde, cualquier cuenta de rosario y cualquier lágrima de San Pedro, es oro, es brillante, es perla. Por eso abundan las presunciones, las soberbias locas, y con todo esto falta de paciencia y de tolerancia. Allí encontrará usted las epidermis más delicadas y los amores propios más sensibles.

***

Lo mejor es abandonar el campo y no verles más la cara á las ventoleras. ¿Qué sirve aquí el periódico? Si el periodista no se resuelve á adular incondicionalmente, no sacará su tripa de mal año, ni tendrá seguras

sus quijadas, ni libres de un acaecimiento sus costillas; y eso suponiendo que sólo se le trate á puño y palo limpio; porque también es cierto que algunos salvajes suelen apelar á la pistola y el acero, ó bien al juzgado del crimen, que viene á ser cosa parecida. El periodista que habla con ánimo de ser honrado, y llama al pan pan y al vino vino, ese periodista no medra sino que enflaquece. Vamos, que ya ni los jueces de paz quieren sufrir que se les diga; hay que dejarles libremente por donde les parece camino más llano. Aquí todo el mundo se indigna. Decirle al gobernador que en tal parte debe poner los ojos, porque aquello anda mal, es lo mismo que pedirle que nos vea de soslayo y nos aplique, por lo menos, un rodillazo al primer encuentro. Y á un diputado ¿quién se le encara? Y quién provoca la cólera de un juez? Ni la higiene soporta que se le llame la atención sobre las ratas que ruedan por las calles, sirviendo á los zopilotes de merienda de negros. Y *El Heraldo* recuerda que el otro día un maestrito de aldea le puso las peras á cuarto, porque se atrevió á publicar un suelto en que alguien decía que los exámenes no correspondieron á las esperanzas que se tenían.

***

Todos esos efectos repugnantes tienen su origen en lo muy poco que aquí se conoce lo que pasa fuera. En todo Europa, sin excluir á Rusia y menos á España, (no contamos á Turquía), la prensa tiene libertad amplia, un pulmón enorme para respirar. Difícilmente se encocoran allá los hombres públicos; y los periódicos, cualquiera que sea el color que los distingue, pueden decir que desde la princesa altiva hasta la que pesca en ruín barca, etc....., es decir, que desde el rey hasta el alguacil, todos pasan por su criba. Allí nadie se enoja; es muy raro que alguien se encienda por frases de periódico. Si el periodista censura con razón, el censurado escucha y se corrige; y si el periodista se equivoca ó miente, el aludido se ríe y deja pasar, ó abandona la causa al fallo social. Durante la guerra hispano-americana, ¿qué cosas no le dijeron los periódicos al Gobierno Español. Y la caricatura, y la persecución de la prensa alemana, ¿cuándo dejan en paz al Emperador y los más eminentes políticos que le secundan? ¿Y dónde están el epigrama y la invectiva que no le asesta el periodismo á los hombres de Estado en Francia? De la libertad de la prensa americana no hay para qué hablar. Somos nosotros, los pequeños, los vanidosos é intolerantes que de todo nos escaldamos.

Mejor es irnos. ¡Adiós!

Abril 16 de 1899.

# POESIAS

# La Torcaz

Por qué tan triste, torcaz,
Te lamentas cabe al nido,
Y con acento sentido
Hondo un ay! al viento das?
Triste el ala
Batir con ansia te miro,
Y del aura que resbala
El ramaje estremeciendo,
En las alas, va creciendo
Tu gemebundo suspiro.

En tus ojos no dirás
Por qué la inquietud asoma?
¿Por qué suspiras, paloma?
¿Por qué estás triste, torcaz?
¡Ay!..... vén..... deja
Del triste sauce la cumbre,
Y á la mía une tu queja.
Esta es del llanto la hora.....!
Ven, torcaz, conmigo llora
Del crepúsculo á la lumbre.

Esta es la hora del profundo
Sentir secreto del alma,
Que, perdida ya su calma,
Ancho desierto halla el mundo.
Hora cruel
En que todo triste está.....!
En que es todo amarga hiel
Para el que gime angustiado,
Recuerdo del bien pasado,
Del bien que no volverá!

Aquella nube encendida
Que se mueve en lontananza
Me parece una esperanza,
Una esperanza perdida.....!
Y el dorado
Lampo que lejos se vé
Sobre el cerro levantado,
Me parece en mi dolor
El trémulo resplandor
De la ilusión que se fué!

Torcaz, tus notas sentidas
Suspende; el céfiro llega
Y el ala trémula pliega
Sobre las flores dormidas.
No el reposo
Interrumpamos, paloma,
Con nuestro triste sollozo:
De la luz la blanca huella
Allá muy lejos destella
Apenas sobre la loma!

Yo también silencio pido:
De silencio funerario
A este bosque solitario
En pos, torcaz, he venido.
Gemebundo,
La algazara de la vida,
Vengo huyendo; que en el mundo
No se aviene el altanero
Espíritu placentero
Con el alma dolorida

El retiro es mi contento,
Porque en el mundo falaz
¡Son antípodas, torcaz,
La risa y el sentimiento!
Aquí nada
Burla el dolor y el quebranto
Del alma desconsolada;
Se llora con libertad,
Pues fué hecha la soledad
Para suspiros y llanto.

De las hojas el murmullo
Sólo suena, interrumpido
A veces por tu gemido
Y melancólico arrullo.
¡Ay!..... tú sola
En mi pena me acompañas!
Del dolor la férvida ola
A tí te abate también.....!
Paloma. dime, por quién.....?
¿Has amado? ¿No me engañas?

¡Pobre torcaz!..... como yo
Gimes con pena punzante:
Acaso traidor amante
Tu existencia acibaró!
Ven, paloma,
Si tu ilusión, cual la mía,
Es triste flor sin aroma
Que el vendaval ya deshoja,
Tú calmarás mi congoja,
Yo calmaré tu agonía.

Al pié del sauce doliente,
En cuya cima te apenas,
Sobre menudas arenas
Tranquila corre una fuente.
En su orilla
Los dos, si acaso lo quieres,
Tú me dirás avecilla,
Al son de las linfas suaves,
Si engañan tanto las aves
Como engañan las mujeres!

Oculta aquí entre las flores
Frescas que bordan la vega,
A contarme presto llega
La historia de tus amores.
Sí, torcaz,
Deja el sombrío ramaje
Y esa historia, me dirás,
Yo entiendo tu idioma bien,
Pues de amor en el Edén
Me enseñaron tu lenguaje.

Yo también evocaré
Del pasado la memoria,
Y de amores otra historia
Harto triste te diré.....
¡Ay! qué triste
Es pensar en lo pasado,
En el bien que ya no existe,
Cuando muerta la esperanza
Sólo se ve en lontananza
Un porvenir angustiado.....!

Vén, pues, y posa en mi seno,
No temas posarte en él,
Que de amor mentido y cruel
Está por dentro el veneno.
Compañera
Dulce serás de mi vida,
En tanto que el cielo quiera
Que, al llanto de nuestros ojos,
Se quemen, ¡ay!, los despojos
De nuestra ilusión perdida!

De mis amores perdidos,
Amores que me inspiraron
Los rayos que me alcanzaron
De aquellos ojos dormidos,
Sólo un triste
Recuerdo amargo me queda,
Que de luto el alma viste.
¡Ay!, paloma,..... qué martirio
Recordar que fué un delirio
Toda mi esperanza leda.....!

Mas la noche se adelanta:
A la luz ya cierra el paso,
Y del oriente al ocaso
Su cortinaje levanta.
Pavorosa
El alta cima envolviendo
Va en su sombra misteriosa.
Quédate, ¡adiós!..... tu gemido
No suspendas. ¡Ay! herido
Yo también me voy gimiendo!

## Por qué te quiero?

Porque tus ojos de azulado cielo,
Tan apacibles y de luz serena,
Con su mirada de ternura llena
Mi duelo
Saben calmar y suspender el llanto
Que brota á mi gemido lastimero,
Por eso, niña, enamorado, tanto
Te quiero.

Cuando tu frente de alabastro miro
Medio escondida en tu cabello blondo,
Trémulo arranca de mi pecho un hondo
Suspiro,
Y el corazón, á tu beldad rendido,
Arrebatar de la pasión se deja;
Y, delirando amor, entonce olvido
Mi queja.

Si de tu labio, de exquisito aroma,
Los ritmos oigo de tu nota varia
Como arrullos pasar de solitaria
Paloma,
Mi dolor un momento se adormece,
La alegría en mi frente un rayo vibra
Y late el corazón y se estremece
Su fibra.

Mas si tus labios á entreabrir acierta
Vaga sonrisa á tu bondad creada,
Tu boca, flor semeja de granada
Abierta.
Y yo imagino, cuando así la miro,
Que en su pequeña forma se desliza,
Dejándola, al pasar, dulce suspiro,
La brisa.

Y entónces, hondo sentimiento extraño
Mi corazón sacude, y al momento
Se desvanece como nube al viento
Mi daño;
Suspende el alma sus amargas quejas;
Y en torno tuyo el ala ténue agita,
O, bajo el arco de tus lindas cejas,
Palpita.

Tú puedes tanto en mí, que si sollozo,
O, herida el alma, de dolor me quejo,
Con solo verte de quejarme dejo
Y gozo.
Y otra vez lleno de ilusión sonrío;
Y, aunque conozco que siempre es mentida,
Torno de nuevo á amar, dulce amor mío,
La vida.

Mas ya que tú eres de apacible calma,
La blanca estrella que su luz me envía,
Llevarte juro hasta el postrero día
En mi alma.
Y pues que sabes enjugar mi llanto,
Y dar alivio á mi tormento fiero,
Sabe, mi niña, que por eso tanto
Te quiero.

## La Camelia

Pláceme verte, ¡oh sencilla
Flor de admirable blancura,
Retrato del alma pura
De una virgen sin mancilla!
Porque un día
Simbolizaste el amor
Que nacía,
Así como tú, inocente,
En mi corazón ferviente,
Casta flor.

Recuerdo que me dijeron
Que las inodoras flores
Son las almas sin amores,
Que de su cárcel huyeron;
Mas ya veo
Que aquel que lo dijo, erró;
Pues yo creo
Que las flores sin olor
Son las almas que el amor
Engañó.

Lo dice la brisa errante,
Que, cuando tu cáliz besa,
De bullir alegre cesa
Y suspira palpitante;
Y llorando
Por la pradera se va
Divulgando
Que, en la camelia, escondida
Una alma desconocida
Triste está.....!

Cuán mal pensé, cuando á Celia
Le ofrecí el primer latido
De mi pecho conmovido,
En un botón de camelia!
Ignoraba
Que ella tan solo el dolor
Figuraba,
Pues las camelias son hechas
De almas muertas á las flechas
Del amor.

Sí, camelia blanca y pura,
Tus hojas pálidas son
Pedazos del corazón
Que asesinó la amargura.
Si te miro
Siento por eso pesar;
Y suspiro
Imaginando que un día
En tu copa el alma mía
Ha de estar.....!

Sí, flor, yo sé que de Celia
El desdén me ha de matar,
Y que mi alma ha de pasar
A animar una camelia.
¡Ay! quién sabe
Si con sus trinos querrá
Tierna el ave
Sus horas gratas hacer.....
Tal vez no llegue á saber
Dónde está!

Tal vez con honda ansiedad
Muy lejos ha de vivir,
Do ni el viento ose bullir
Por miedo á la soledad.
Allá donde
El silencio sea la voz
Que responde
Al rumor que se levanta
Bajo la invisible planta
De mi Dios.....!

Mas, camelia, qué se hicieron
Los colores peregrinos,
Que los silfos matutinos
En tus pétalos pusieron?
Los oculta
Triste el alma que en tí, flor,
Se sepulta
Velando tu forma breve
Con sus alas, y es de nieve
Su color.....!

Doliente flor inodora
De inmaculada purèza,
Te dió el Cielo la tristeza
Del espíritu que llora;
Y por eso
El céfiro gemidor
Te da un beso
En la mañana, diciendo,
Que estás de pena muriendo,
Pobre flor!

Me cuentan que en la mañana,
Al crepuscular celaje,
Y, cuando al concluir su viaje
La noche, se esconde Diana,
Que, de nieve
En cendal envuelto, aquí,
Vaga breve
Espíritu misterioso
Que se cierne quejumbroso
Sobre tí.

Y que el airecillo blando
Que sus lágrimas vapora,
Por qué gime, y por qué llora,
Le pregunta suspirando;
Y que luego
Su amarga queja al oir,
Sin sosiego,
También muy triste se queja,
Y á la soledad se aleja
A gemir.....!

Cándida flor, tú eres triste
Como la noche dormida!
Así también es mi vida,
Pues honda pena me asiste.
Si un lamento
Es tu existencia fugaz,
El tormento
De la mía hizo un gemido,
Pues que lloro un ya perdido
Bien falaz.....!

Por eso pláceme tanto
Contemplarte, flor hermosa,
Y tu forma vaporosa
Humedecer con mi llanto.
En tí hallo
Algo extraño, un no sé qué
De desmayo
Que remeda mi agonía,
Cuando pienso en la alegría
Que se fué!

Cuando recuerdo en mi duelo
Que hoy me miran con enojos
Aquellos dormidos ojos
En que se refleja el cielo;
Cuando pienso
Que es el rigor de mi hurí
Tan intenso,
Que en su boca de amapola
No hay una sonrisa sola
Para mí.

Ahora, pues. que el pecho mío
Lleva en su centro una herida,
A aquella Celia querida
Esta camelia le envío.
Dulce Celia,
No es esta pálida flor
La camelia
Que un día te di felice,
Es la triste flor que dice
Mi dolor.....!

Aunque marchitas sus hojas
Al soplo de pena airada,
Verás en ellas grabada
La causa de mis congojas;
Y si en calma
Lees lo que en ella escribí,
Toda mi alma
Hallarás, Celia querida,
En sus pliegues, escondida,
Para tí.

## El Baño

Día de primavera,
Cuando de flores nuevas á los tallos,
Como hebras de dorada cabellera
El Sol enreda sus primeros rayos;

Orillas de aquel río
Que de Ujarrás al pié rápido truena,
Ya roto en el peñón su poderío,
Ya en los relieves de esmaltada arena,

Por los bosques tupidos,
Con la maleza en lucha y los abrojos,
Atento discurría en pos de nidos,
Objeto de mis férvidos antojos.

Que de los verdes años
Aun estaban las flores en capullo,
Y, excento así de tristes desengaños,
En todo hallaba delicioso arrullo.

De quince primaveras
La corona en mi frente todavía,
Ostentaba las flores lisonjeras
En que tan pura mi niñez dormía.

Inquieta mariposa,
Mi paso aceleraba, ó bien atento
Parábame á escuchar la misteriosa
Queja de la hoja que movía el viento:

O bien la humilde abeja,
Cuidadoso á mirar con qué ufanía,
De los estambres de oro entre la reja,
De frescas flores el licor bebía.

Escuché de repente,
Como nota de música lejana
O el ruido de las hojas y el ambiente,
El dulce acorde de una voz humana.

Detúveme un momento,
Y ya orientado, en dirección seguía
De aquel extraño melodioso acento,
Cuando pude escuchar que así decía:

—«Amor, yo no te quiero
Porque las almas con ficción engañas:
Guárdate bien de perseguir artero
A la reina gentil de las montañas.

En la verde campiña
Te vi lucir las palpitantes alas
Y yo te dije, aunque inexperta niña,
No me seducen tus radiantes galas.

Mis ojos celebraste
Y de mi boca la encendida llama;
Mas de tus dardos el disparo erraste,
Que no mi pecho la lisonja inflama.

No me llames Diósa
Buscando que tu flecha me taladre
El corazón, pues aunque soy hermosa,
«Lelia» es el nombre que me dió mi madre».

No aquella melodía
De acento tuvo el arpa del gilguero
Que alegre canta al despuntar el día,
De las montañas trovador primero.

Sentí en aquel instante,
En el pecho, un extraño movimiento,
La nota al escuchar, que suspirante
Así me trajo tembloroso el viento.

Y fuera que medroso
Quedara al escucharla, nunca olvido
Que el viento arrebató del tembloroso
Labio una especie de fugaz gemido;

Y que notas extrañas
Entre las hojas á compás sonando,
Misterioso rumor de las montañas,
Raros secretos iban divulgando.

Mis ojos se cerraron
Y ardió mi corazón, y mientras tanto,
En el labio sentí que me besaron,
Y me deshice en amoroso llanto.

Del misterioso acento
Volví á escuchar la plácida cadencia:
Símbolo grato de infantil contento,
Del alma casta virginal esencia.

Y tardo y temeroso,
Así como indeciso, fuí avanzando,
Como ciervo al peligro cuidadoso
La yerba apenas con el pié rozando.

Que tal vez adivino
El corazón que su pesar augura
En esa voz, de su ulterior destino,
Sospechaba temblando la amargura.

Ello es que dentro el pecho
A cada paso el corazón latía,
Y mal de la aventura satisfecho,
Secreto miedo punzador sentía.

Allí, cabe una peña
En onda mansa resbalaba el río,
Bajo los arcos que tejió la breña
Con follaje poético y sombrío.

Selvática morada
De la bella parásita olorosa,
Reina gentil al viento columpiada
Del árbol en la copa majestuosa.

Tal vez cuando en la tarde,
Sobre los rayos de la luz postrera,
Posando en nube vaporosa que arde,
Y el paso guiando de la noche austera,

Angel de paz desciende
Con regia pompa hasta la humilde tierra,
Y el pardo manto de la noche tiende
De las pasiones á aplacar la guerra,

Derramando beleño
En sus besos de paz sobre las flores,
Que llevan luego vientos bullidores
Llamando el mundo á reposado sueño;

A celebrar consejo
De amor, tejieron la morada aquella,
De la onda azul sobre el movible espejo,
Un blanco silfo y una ninfa bella.

Del río en la ribera
Nevado cisne que se apresta al vuelo,
Allí de Lelia, por la vez primera,
La forma vi de seraffn del cielo.

De frescas azucenas
Y de jacintos cándidos cercada,
De enredaderas de perfumes llenas,
Por Mahoma esa hurí no fué soñada.

Si leda se movía,
Si estática quedaba entre las flores,
De Citeres la forma ya tenía,
Ya la del hijo rey de los amores.

No hay tinte en mi paleta
Con que pueda pintar belleza suma,
Del ideal brillante del poeta
Llama que sube en ilusoria pluma.

De nácar visión bella
Que en atrevida inspiración fulgura,
Que no deja en la forma ni la huella,
Como la luz en la tiniebla oscura.

Del peñón escondido
Entre la gruta de intrincada yerba,
Erguirse vila al eschuchar el ruído,
Como al peligro temerosa cierva.

De pié allí en la ribera,
Al seno el brazo de marfil ceñido,
Medio oculta en su larga cabellera,
Ala negra, ondulante, del olvido.

Allí estaba, y de espuma
La tembladora linfa al pié tendía
Una rizada y vaporosa pluma
Que crespa nube de zafir fingía.

Y de limpio alabastro,
Bajo la curva de su nívea frente,
Cada uno de sus ojos era un astro
De arcos ceñido en el pomposo Oriente.

A compás del aliento,
Su seno en ténues ondas se movía,
Y como en lago que acaricia el viento
Un cisne y otro cisne se mecía;

Y la rosa encendida
De su boca de púrpura entreabierta,
Lucía hermosa derramando vida
Al vago lampo de sonrisa incierta.

No á la tibia mirada
Del Sol naciendo á trasparente día,
Eva, cortando flores, descuidada,
Mejor beldad en el Edén sería.

De repente miréla
Cimbrar el talle en raudo movimiento,
Y flexible y fugaz como gacela
Que, al cazador huyendo corta el viento.

En la onda zafirina
Entre encajes de espuma ya surcaba,
O ya del fondo, seductora ondina,
En las arenas fúlgidas jugaba.

Ora de la ribera
Opuesta en las espumas asomando,
Esparcida su negra cabellera,
Como el ala de un cuervo iba flotando;

Y bella y trasparente
Las azules burbujas figuraban
Corona de zafiros que á la frente,
Las palpitantes aguas le arrojaban;

Y la garza serena
Parece que á la ninfa conocía,
Y esa nívea y acuática azucena
El ala en su semblante sacudía.

Y las aves cantaban
En las ramas ocultas, ó saltando,
Una lluvia de flores arrojaban
Que la onda perezosa iba llevando.

Copo de espuma leve
Que impele el soplo de escondida ninfa,
Del agua aquella flor de blanca nieve
Nadaba sin cesar sobre la linfa.

Mas luego, fatigada,
El rumbo puso á la primer ribera,
Como serpiente de ébano enredada
Al talle cimbrador la cabellera.

Y en la arena tendida,
Citeres limpia cual la casta diana,
La claridad primera, desprendida,
Fingió á mis ojos de la azul mañana.

Ignoro lo que en tanto
En mi alma estremecida sucedía:
Mi labio suspiraba, y dulce llanto
Por mis mejillas férvido corría.

Que la emoción primera
Del alma es una mezcla de dolores
Y caricias sin fin; la Primavera
Con guirnalda de espinas y de flores.

La emoción era aguda.....
Sentía arrebatada mi cabeza,
Y á no ser que mi lengua estaba muda,
No sé qué hubiera dicho á la belleza.

Allí sobre la arena
En abandono seductor tendida,
A la amargura del dolor ajena
Gacela incauta que empezó á la vida.

A la ávida mirada
De mis húmedos ojos parecía
La tarde en los collados reclinada
Diciendo «Adiós!» al luminar del día.

Mas luego, ya repuesta,
Irguióse altiva cual palmera ufana,
Y el paso guiando á la empinada cuesta,
Nube fugaz despareció liviana.

Ay....! del alma un gemido
Estático lancé, que luego el viento
Arrebató temblando, á su quejido
Uniéndolo en tristísimo concento.

Febril el alma mía,
Lancéme luego al arenal, gritando:
«¡Oh! Lelia, Lelia.....!» y Lelia repetía
El eco entre las peñas resonando.

Las aguas cristalinas
Temblaban aun, y al rose de mi bella,
De enredaderas altas las cortinas
Por donde rauda señaló su huella.

Oh Lelia infortunada.....!
Por qué mis ojos, ay!..... allí te vieron
De gracia tanta y de beldad colmada
Que dulcemente estremecer me hicieron.....?

Triunfante tu hermosura
La playa y onda abandonó serena;
Yo hasta entonces exento de amargura
A gemir principié sobre la arena.

Y hoy mismo hay diferencia
Tan grande entre los dos: tú no quisiste
Pensar ya más en mí, yo en la existencia
Por tí suspiro y me lamento triste.....

Mas, ay! por qué me apeno?
Tú lloraste también mis veleidades.....
Deja mi corazón de angustia lleno,
No oigas mi queja, ni de mí te apiades!

## Cumplo mi promesa

Poética avecilla es el canario,
—Quién lo ignora —
La nota siempre de su trino vario,
Si alegre canta ó si doliente llora
El pecho mueve.
De dulces ojos y de forma breve,
De bello pico y de plumaje de oro,
Cautivo, es llama cuya luz refleja
La estrecha cárcel de dorada reja:
Del cielo en la región, fugaz meteoro.
Mas al pagar mi deuda, amada mía,
No te dé enojos,
Si dejo el ave que cantar debía,
Y hago un soneto á tus dormidos ojos,
Porque en ellos hallé más poesía.

## Tus ojos

Bello es el cisne que en sereno lago
Un copo finge de luciente nieve;
Bella la garza que las alas mueve
Lenta remando por el viento vago;

Bello de amor el tembloroso halago,
Que vez primera el corazón conmueve,
Y bello el beso de una boca breve,
De tiernas almas seductor amago;

Bella la nube, que al lucir serena
La tarde argenta, y vaporosa gira
De franjas áureas y de pompa llena.....

¡Pero esta nota que te da mi lira,
La hallé en los ojos que en tu faz morena,
Son los espejos en que Dios se mira.....!

## La ingratitud

Una blanca paloma de Castilla
Joven, muy joven vino á mi morada:
Era tan linda que muy pronto amada
Fué de mi alma la cándida avecilla.

Volar aún no podía; mas sencilla,
En mi cariño al verse tan mimada,
Se estaba en mi regazo reclinada
O en mis palmas picando la semilla.

De amor la di la explicación primera;
En las ramas de un mirto la hice nido,
Y fué por ella mi pasión sincera.

Mas luego que su pluma hubo crecido,
Dejóme en soledad..... en cuál esfera
Premio del bien la ingratitud no ha sido!

## La pobreza

Del que apenas tal vez fortuna escasa
Al riego de su frente se procura,
Tú puedes aliviar la carga dura
Cubriendo el techo de su pobre casa;

Del peregrino que la sed abrasa
Humedecer el labio; con hartura
Al hambriento aliviar, y en noche oscura
Abrir tu puerta al que sin rumbo pasa.

El que suplica de rubor cubierto,
El que soberbio calla su flaqueza
Al cabo en tí hallarán sereno puerto.

Mas, qué alivio darás á la tristeza
De aquel que tiene el corazón ya muerto?
¡Gemir y no esperar, eso es pobreza!

## A.....

¿Se unirán nuestras almas? De la vida
Surcaremos la mar juntos los dos?
Tú eres nota de amor, y yo perdida
Queja que dice, sollozando «¡adiós!»

Una noche á tu lado, vida mía,
Qué esperanzas tan dulces me forjé.....!
Mas rompió la ilusión la luz del día:
¡Por qué te conocí..... por qué te amé.....?

Joven y bella tú como la ninfa
Que el vate sueña en trasparente tul,
Y que dicen que mora entre la linfa
Tejiendo encajes con la espuma azul;

Eras la virgen que en la noche aquella,
Coronada de mirtos, reinar ví:
Dominabas entre otras como estrella
Del hondo cielo en el azul turquí.

Y mis ojos en pos de tí se fueron,
Y mi pecho latió con emoción.....
¿Por qué mis ojos, ay!..... allí te vieron,
Y un rayo no partió mi corazón?

Del mundo en el revuelto torbellino
Retuérzome angustiado yo por tí,
Cuando tú, venturosa en el camino,
Nunca tal vez te acordarás de mí.....

Mas, ¿qué puedo esperar, si de la vida
Tú eres la luz y la tiniebla yo?
Si tú eres alma flor y yo caída
Hoja que el sol canicular quemó.....!

Aves somos los dos, mas de colores
Que siempre opuestos estarán tal vez:
Tu morada se mece entre las flores,
Y mi nido vacila en el ciprés.

Tú tienes anchas alas matizadas
Que te elevan del cielo hasta el turquí;
Mis alas de dolor están plegadas.....
¡Cuándo podré llegar yo junto á tí!

Mil sombras se cuajaron en mi frente
Y zarzas circundáronme al nacer;
Tú viniste á la vida, y trasparente
Gasa de lampos envolvió tu sér.

Yo soy el polvo que en el bajo suelo
Sin rumbo arrastra el huracán veloz;
Tú el polvo de oro que abrillanta el cielo:
¡Qué grande es el abismo entre los dos.....!

Goza, tú, pues; que en mi dolor impío
Ya muerto á la esperanza y la ilusión,
Yo de mi pecho en el sepulcro frío,
Un cadáver tendré por corazón.....

Prosiga el peregrino su jornada,
Que es fuerza hasta la tumba ir á parar;
Quédate, adiós....! pues que en el mundo nada
A tí ya nunca me podrá ligar.

Mas, ay....! mi dulce bien, por qué hechicera
El destino á mi senda te arrojó,
Si de la vida en la movible esfera
Un polo tú serás..... y el otro yo?

## En el silencio

Qué yo no te amo...? qué inocente éres.....!
Por que á tu lado siempre estoy tan triste
Y alegre y placentero ya me viste
Al lado sonreir de otras mujeres!
Deja, mi bien,
Que al lado de otras, como mienten ellas,
Ría, y fingiendo de un amor querellas,
Mienta también.
Deja que miéntras que á tu lado apenas
Doy un suspiro,
Testigo fiel de mis amantes penas,
Cuando otras miro,
Vibren palabras los abiertos labios,
Fingiendo historias de ternura acaso,
O bien inverosímiles agravios
A la coqueta que me cree su Tasso.
Deja que triste y pensativo mire
No mas al suelo,
Y que en silencio junto á tí respire
Las blandas auras de tu limpio cielo;
Mas, si traidora boca te suspira
Promesas sin cesar, que tú deseas,
Y amor te jura eterno, no le creas,
Porque es mentira.
Acaso ignora
Tu inocencia, dulcísimo bien mio,
Que siendo amor secreto desvarío,
Como secreto en el silencio mora.....

# Las ruinas de un templo

Población hermosa y rica,
Como doce lustros hace,
Según refieren los viejos,
Fué de Ujarrás aquel valle.
Testigos de ello, entre montes
Resistencia al tiempo hacen
Musgosos muros de un templo
Que agobiados ya se caen.
En su recinto sombrío
Moran misteriosas aves,
Y, adorno triste de ruinas,
Amarillas flores nacen.
Refiere el labriego humilde,
Que aún venera allí sus lares,
Cómo un tiempo moró un pueblo
En aquellas soledades;
Y con doliente suspiro,
Vestigios muestra de calles
Por donde gentes felices
Discurrieron á millares.
—El genio del mal un día
De sus iras infernales,
En aquel hermoso pueblo
Desató las tempestades;
Y la parca enfurecida,
Que nunca perdona á nadie,
No respetó condiciones,
Los sexos ni las edades.
Los moradores vencidos
Por estragos formidables,
En vano claman al cielo
Para que calme sus males.
No hay súplica fervorosa
En los labios de la madre,
Que, á salvar al inocente,
El brazo de Dios desarme;
Y así el fatídico soplo
De los pavorosos males
Indistintamente hundía
A los pequeños y grandes.
La muchedumbre afligida
Huyendo en último trance,
Con sus lágrimas apaga
El fuego de sus hogares.
Modula el adiós postrero
Que se pierde en los umbrales
Y entre sollozo y sollozo
Va á buscar otros lugares.
Hoy sólo quedan vestigios
En aquel hermoso valle
De lo que antes fuera un pueblo
Cuna de hombres inmortales.
Se dice que al amarillo
Postrer rayo de la tarde,
En las zarzas y malezas
Que cubren hoy los solares,
Se escuchan tristes acordes
De melancólicos ayes,
Mezclados con los sollozos
De las hojas y del aire.
Tal vez perdidos quedaron
En la fuga algunos lares,
Tal vez no todos huyeron
Los guardadores penates,
Y tal vez allí gimiendo
Por las llanuras errantes,
Cuando la huesa dejando
De las víctimas los manes,
Recorriendo en triste bando
Las desbaratadas calles,
Tristes memorias renuevan
Con acentos funerales;

También ellos lacrimosos
En fúnebre són derramen
La tristeza que los hunde
En aquellas soledades:
Y por el pueblo borrado
Do apeñas quedan señales
De las glorias de otro tiempo
Exentas de hondos pesares,
Disperso bando en los montes
De golondrinas errantes
A los quejidos del viento
Elegíacas rimas canten,
En sentidas armonías,
Que junto con los cantares
Que dan á la última lumbre
En són de queja las aves,
Suban al cielo en demanda
De un lenitivo á sus males.
Entre zarzas y malezas
Y otros árboles gigantes,
De enredaderas cubiertos
Y de musgo en todas partes,
Viejo testigo, aunque mudo
De otros tiempos agradables,
Las ruinas alza aquel templo
De sus muros seculares.
Allí está tan afligido
El anciano venerable,
Pliego que guarda la historia
De derrumbadas edades.
Polvo á polvo el ala ruda
De los años implacables,
Va barriendo los escombros
Del monumento indomable.
Mas, quién al tiempo resiste
Sin que se incline y desmaye.....!
Quién en lucha con los años
Permaneció incontrastable,
Hasta doblar la cuchilla
Que en su fuerte brazo blanden.....
Quién seguro se ha reído
De aquel ceño amenazante,
Con que los años humillan
A lo pequeño y lo grande.....!
Pobre de tí, monumento,
Que aunque yerto te levantes
De la destrucción en lucha
Con los genios infernales;
Pobre de tí que aunque ufano
Tus muros húmedos alces,
Que aunque reliquia de un pueblo
Tras de los años te guardes,
Llegará por fin el tiempo,
Ya vencedor, arrogante,
A quebrantarte por siempre
En sus brazos formidables.
Sin respetarte por viejo,
Por heróico en el combate.....
No quedarán ni reliquias
De tu talla formidable.....
Que aún existe la sentencia
De que muera lo que nace.....
¡Que sólo Dios es eterno,
Porque sólo Dios es grande.....!
Mientras tanto, escombro, vive
Testigo de otras edades,
Publicando de aquel pueblo
Las duras calamidades,
Vivo ejemplo de soberbios
Que se creen invulnerables.....
Y cuando viajero alguno
Cabe tus ruinas se pare;
Y solitario medite
En nuestra existencia instable,
Fijas en tí sus miradas,
Una lágrima derrame.

# El Almirante Grau

Bravo, indomable, irresistible y fiero,
Titán americano,
En la lid el primero
Que, arrebatando á Júpiter tonante
El rayo fulgurante,
Lo reventó en su mano
Al ronco estruendo del clarín guerrero.

Y temblaron los pechos más viriles
Al tremendo silbar de proyectiles
Que fulminó su diestra prepotente,
Como tímidos senos femeniles
Que cruel presagio de pavura llena,
Cuando al fragor del encendido bronce,
De centellas el ala reluciente
Del cielo abierta en la región serena,
Por la negra pirámide del humo
Súbito descendía
El ángel de las iras, y ceñía
Surco de fuego á su radiosa frente.

Mas, no mezquina la ambición de gloria
Efímera al combate le lanzaba,
Ni en su robusto brazo levantaba
El rico pabellón de la victoria.
Generoso guerrero, si iracundo
La corona de Marte tú ceñiste,
No fué porque indomable pretendiste
Como otros héroes conquistar un mundo,
Y suspender al cuello de tu hermano,
Ya sometido á servidumbre triste,
Férrea cadena de feroz tirano.
Por eso ni una sombra tu memoria,
Hércules bravo del peruano suelo,
A guisa empañará de negro velo;
Ni moverán los odios tu ceniza,
Las páginas hollando de tu historia;

Que el patrio amor condújote á la liza,
Y el patrio amor condújote á la gloria.

Por qué del estro la encendida llama
Mi frente no corona,
Y al sacro fuego que mi pecho inflama,
En vigoroso ritmo no pregona,
Mi lira la grandeza de tu fama?

Mas, no de Apolo los favores quiero
Que siempre altivo me negó inclemente;
Lejos el rayo de su luz divina,
Que hoy para dar al canto la argentina
Nota del himno enérgico y valiente,
¡Oh Grau!, me basta recordar el fiero
Arranque en la batalla
De tu pecho fortísimo de malla
Que hinchó gigante corazón de acero.

Aguila pavorosa, sin ejemplo
En las cimas del Ande soberano,
No sin crudo temor la lira templo
Que á sacudir apréstase la mano.
Pues, ¿quién soy yo para elevar la nota
Del canto al héroe, intrépido peruano
Que, de Occidente en la región remota,
Fulminó la centella
Encendida en las cóncavas montañas
Del mundo americano,
Ignea imprimiendo luminosa huella,
Del mar hasta en las diáfanas entrañas,
Y en la esfera escondió de sus victorias,
De Gravina y de Nelson las hazañas
Y el círculo brillante de sus glorias?

Como de airado Jove, que rojiza
Estela luminosa
En su vuelo dejando, surca el rayo
Y en su ímpetu terrible pulveriza,
O súbito destroza
Cuanto á su ardor terrífico se opone,
Partiendo de la nube ennegrecida
Del ancho cielo en la región tendida;
Tal de la lid en el primer momento
Que la faja de fuego ciñó á Marte,
Del bélico clarín al són agudo,

Al peligro inminente sin pararte,
El alma llena de viril aliento,
Descendiste á la arena, enorme y rudo,
De lo alto de tu cólera violento;
Y negra tempestad de torvas alas
En la liza huracánico resbalas,
El inflamado seno
Rasgando pavoroso,
Y al enemigo horrendo y poderoso
Vibrando el rayo con furente trueno.

¿Y en dónde tu valor grabó sus huellas
—Ancha zona de fúlgidas estrellas—
Sin que al bando enemigo,
Para eterno dolor y cruel castigo,
Brioso dejara, en su infernal pujanza,
Recuerdos de destrozo y de matanza?

Allí naves y fuertes destrozados,
Moribundos allí, vencida el habla,
Que, al estrago de mares asombrados,
Llevaba la ola en fugitiva tabla;
Allí jefes valientes
Y temidos soldados
A merced de las ondas inclementes,
De humo y sangre cadáveres cubiertos;
Y en medio á tanta ruina,
Que el pensamiento apenas adivina,
De indómito terror los pechos yertos.....!

Mas no por eso, generoso atleta,
Almirante impertérrito y divino,
Inspiración fecunda del poeta,
Dejaste en tu camino
De sombra un solo rastro
Que pueda oscurecer el fúlgido astro
De tu brillante gloria;
Que si vencer gallardo fué tu sino,
No presidió jamás en tu victoria
El negro corazón del asesino.....

El honor de la patria te impelía,
El deber más sagrado te hizo fuerte,
Y más que cruel intrépido te hacía,
Y en tu diestra fortísima encendía
El fulmínico rayo de la muerte.

–¿En dónde, en dónde está del bando opuesto
La tricolor enseña.....!
Y noble capitán siempre en tu puesto,
Volabas el primero á la cureña,
Y al ronco retumbar del bronce fiero
Jamás el enemigo fué el primero
En dar de lid la aterradora seña.

Mas ay.....! por qué mi lira
A la nota ensordece desmayada,
Y mi mano convulsa se retira
De la cuerda templada?
Qué miedo, qué dolor así mi canto
En la garganta anuda.....?
Cuál es la flecha que me hiere aguda
Y el rostro baña en fervoroso llanto.....?

¡El valiente cayó, cayó el valiente,
Orgullo de la América latina.....!
Del Nuevo Mundo el inmortal Gravina,
Rendida nunca la altanera frente;
El que humilló á Neptuno, y su tridente
Le arrebató terrible;
El héroe entre los héroes invencible,
Que una lágrima, sí, vertió ferviente
Por Prat infortunado,
Y en su potente brazo quebrantado,
Robusto lauro al coronar su frente;
El raudo cóndor de los Andes fiero,
Justo terror de la chilena gente
Y admiración del Universo entero.....!
Allí de Mejillones,
Entre el humo y fragor de los cañones,
Del titánico Grau el pecho fuerte
Las alas quebrantaron de la muerte.....
¡Caudillo infortunado
No por otro héroe como Prat llorado.....!

Mas, ¿á qué lamentar, ¡fortuna impía!.....
Una muerte gloriosa
Que del Titán la fama lleva al cielo,
Y mientras brille el luminar del día,
Tendrá agrupados en la negra losa
Cuantos laureles robustezca el suelo?

# La Muerte

(De un cuadro de Víctor Hugo).

I

La muerte y la belleza son profundas,
Y tanto azul y oscuro tienen ambas,
Que pudiera decirse que rasgaron
Un mismo seno como dos hermanas;

Que igualmente fecundas y terribles
El infinito miden con sus alas,
Que siguen juntas por la misma senda
Y el mismo enigma indescifrable guardan.

II

¡Oh mujeres, sonrisas, trenzas de oro,
Negros cabellos, cantos y miradas!
¡Oh perlas que la mar mezcla en sus ondas!
¡Oh de la selva oscura, aves que irradian!

Bebed los dulces jugos de la vida.
El blando eterno sueño á mí me llama.
Vuestro libro jamás, jamás se llena,
Y en mi libro no cabe ya palabra.

III

Judit, nuestros destinos se aproximan
Como nadie creyera al ver mi cara
Y tu semblante, que refleja un mundo,
Cual de espumas la mar, lleno de gracia.

Todo el divino abismo está en tus ojos,
Y yo el hondo estrellado siento en mi alma.
Los dos nos encontramos junto al cielo:
Tú eres bella, y yo el viejo que se marcha.

## El nuevo mundo

El rumbo puesto á la región quimérica.
Acude el genovés en pos de un mundo;
Y sonriendo surgió de lo profundo
De ignoto mar á su mandato América.

Y á domarla feroz, la saña ibérica
Hirió su virginal seno fecundo,
Renovando en combate sin segundo
De Troya y Grecia la leyenda homérica.

Mas el olímpico Ande, no encorvado
Vuelve á retar las íberas legiones,
Y sobre ellas se rompe desplomado.

Huyeron los monárquicos pendones,
Y el Nuevo Mundo entonces fué llamado
El alto ejemplo á ser de las naciones.

## Colón

Mago, numen ó genio..... lo que seas:
Que ora ciñes la luz de un gran profeta,
Y ora vuelas, flamígero cometa,
Y de abismo en abismo centelleas.....!

Cantarte quiero: el pabellón que ondeas
Zona de lampos á tu sien sujeta,
Sacuda en mi alma inspiración inquieta,
Y surjan luminosas mis ideas.

Te cantaré..... Mas, ay! es tan inmensa
Tu figura, magnífico Demente,
A quien de hinojos todo el orbe inciensa,

Que no hallo nota.....! inclinaré la frente;
Pues eres como Dios,.... en él se piensa;
Mas solo, entero, el corazón lo siente.....!

## El mendigo

Qué pena cruel tu corazón destroza
Misérrimo infeliz, pues que te miro
Aunque en harapos mil, sin un suspiro,
Queja del alma en que la hiel reboza?

En el hueco de tierra de la choza
Te duermes sin dolor, y yo deliro
Maldiciendo mi suerte en el retiro
Do apenas tengo mi jergón de broza.

Mas tú pides humilde al potentado
Limosna por tu Dios..... yo no consigo
Encorvarme, aunque soy necesitado.

A mí mismo me pides el abrigo,
Y aunque mísero, á darte estoy forzado:
¡Cuál será de los dos el más mendigo!

## Napoleón

Mío es el mundo, en su ambición sublime,
Dijo, y soberbio se lanzó á la liza,
Y de pueblos deshechos la ceniza
Al viento da y el universo gime.

Del Nilo al Don la libertad oprime,
Y cetros y coronas pulveriza,
Y la fama sus triunfos preconiza,
Y al nuevo Aquiles de morir redime.

Y á detener el cataclismo fiero,
Preciso fué estrellar del iracundo
Sobre un peñón el corazón de acero.

Mas ya pasado el estupor profundo,
¿Quién no hace un himno al paladín guerrero?
¡Y que no haya tiranos quiere el mundo!

## A Posada

Posada, tú me pediste,
Si no me engaño, anteayer,
Algo mío que poner
En tu periódico; y fuiste
Tan mañoso en lo que hiciste,
Que, creyéndote á pié junto,
Hice propósito al punto
De complacerte, y por eso
De espinelas aquí empiezo
A presentarte un conjunto.

Malas ó nó, como sean,
Que bien las leas espero,
Pues que con franqueza quiero
Me digas de qué cojean.
Otros no habrá que las lean;
Mas no me importa eso nada
Por ahora; sí ¡qué *mamada!*
Todo el mundo las leerá
Cuando pueda hacerlas ya
Como las hace Posada.

Y no te rías, que entiendo
Que la espinela no es cosa
De formar tan trabajosa,
Cuando tres ya voy haciendo.
Y eso que estoy escribiendo
Tan de prisa y sin borrar,
Que ya me pongo á pensar
Que á este paso y con tesón,
Hasta al mismo Calderón
Muy atrás he de dejar.

Pero ya que á la verdad,
Tres llevo hechas sin trabajo,
Tronchando de un solo tajo
La dura dificultad,
Y que me hallo á la mitad
De la cuarta, y algo más,
Exprésame si podrás
Aguantar la quinta estancia,
Pues que yo tengo constancia
Para nunca echarme atrás.

Conque vamos: ¿qué me dices?
(Como que ya no prosigo:)
No temas hablar, amigo,
Que, aunque simple, unas narices
Me dió el cielo tan felices,
Que ya trascendiendo voy
Que en tu parecer estoy
Justamente condenado.....
¡Bien había yo alcanzado
Que para versos no soy!

Pues vaya al diablo la pluma,
El tintero y el papel,
Y que me lleve Luzbel,
Y el Infierno me consuma
Si otra vez más abruma
A alguno mi inspiración.
¡Adiós versificación!
Pues ¿quién demonios me mete
A mí que soy un zoquete
Con Posada y Calderón?

# El alba

(Año nuevo)

. . . . . .

Despierta el ave canora,
Trémula el ala batiendo,
Y cabe el nido interrumpe
Con su armonía el silencio.

Es la alondra, de la copa
Umbrosa del alto cedro,
Quien abre su arpado pico
Al vibrar su cuerda al viento.

Ya está su balada dulce
Con el idilio en concierto
Del trovador de las selvas,
Melancólico gilguero;

Y al oir tan dulces trovas,
Aun aquellas aves menos
Afortunadas en canto,
Modulan un vago acento.

Y así los melífluos trinos,
Como un célico concierto,
Arrancan, en mi entusiasmo,
De mi pobre lira un eco.

Montaraces trovadores,
Aunque de pena yo tiemblo,
Unir á vuestros cantares
Mi cantar humilde quiero.

De un llorón sauce cortada
Fué la lira que aquí llevo,
Sí..... cortada, en mi infortunio,
Fué de un sauce de los muertos!

De aquel sauce gemebundo,
Lira de suspiro eterno;
Pues sus cuerdas de alegría
Quemó del dolor el fuego.

Mas es la primera lumbre
La que asoma de *año nuevo;*
Yo triste, alegres vosotras.....
No importa! pero cantemos.

Palpitan en la cañada
Los cefirillos traviesos,
O se pliegan en las flores
De los copados cafetos.

Ya se levantan, ya vuelan,
Y en mil inocentes juegos,
Del Irazú por la falda
Van resbalando ligeros.

. . . . . .

Y la falange invisible
Se goza en los crespos senos,
Y de amor temblando hiere
Hasta los broches más tiernos.

Y el contacto de los pétalos
Perfumados, van bullendo,
Y el embriagador perfume
En sus alas ya lo siento.

Y todo parece ahora
Del moro la alcoba, y sueño
Que soy el sultán del turco
Y entre perfumes me muevo.

Entre tanto los corceles
Auríferos de año nuevo,
Por los jardines del alba
Vienen corriendo ligeros.

Y al soplo de su carrera
Las rosas van reviviendo
Y los jardines de nieve
Del claro Oriente risueño.

Y á la luz que ya refleja
Del uno hasta el otro extremo,
La púrpura de las nubes
Se va en los lampos perdiendo.

. . . . . .

Y en copos blancos los cirrus
Apiñados en el cielo,
Como corona se exhiben
Del celeste firmamento.

Y el vendaval que escondido
Se durmió en el bosque espeso,
Se levanta murmurando:
—Bien venido el año nuevo. —

Y el ala ya desplegada,
El valle cruza y el cerro,
Hasta que dobla la cima
Más empinada, en su vuelo.

¿A dónde irá presuroso,
A dónde el viento velero,
Que así las distancias salva
Ráudo en su férvido anhelo?

Lleva en sus alas un arpa,
Y sus cuerdas va tañendo,
Y al dulce són de las cuerdas
Suelta su canto á los cielos.

Avanza hacia el mar del norte
Por el camino de hierro:
El riel bajo su ala vibra,
Así me lo dice el eco.

Espera en el oleaje
Del mar del Caribe fiero,
Hallar la preciosa ondina
Del inimitable acento.

Allí con su voz pretende
Poner la suya en concierto,
Y al estruendo de las aguas
Saludar el año nuevo;

Y de espumas y de conchas
Ofrecerle un barco luego,
En que del mar encrespado
Salve la onda sin recelo.

Y ya abrazado á la ondina
Ir le miro placentero,
Atrás dejando la estela
Que brilla cual puro fuego.

Ya lo avista de las islas
En los confines, sereno,
Medio oculto todavía
En tornasolado velo.

Ya lo mira por las nubes
Queriendo tender el vuelo,
Y gozoso lo saluda
Con la nota del gilguero.

Y en trovas inimitables,
Dilatado á los reflejos,
Que tome, le dice, el barco,
Si quiere salvar el piélago.

Mas como el año anhelado
Por ser en su edad muy tierno,
Teme del mar el bramido,
Prefiere subir al cielo.

Y el vendaval presuroso
Le arrebata del mar fiero,
Y en rápidas espirales
El niño remonta al cielo.

Pero allí falanje de hadas
En su carroza de fuego,
Le montan y vuelan ráudas
Dejando perdido el viento.

Ya asoma el carro brillante
Del muy brillante año nuevo!
En sus ruedas diamantinas
Viene escrito este letrero:

—Te saludo, ¡Costa Rica!
Y á ofrecerte ya me atrevo,
Tejida de siempre-vivas,
La corona que te entrego.

. . . . . .

Así decía; y Apolo
Se levantaba sonriendo
Por entre nubes de grana;
Con pausado movimiento.

Y toda Naturaleza,
En dulcísimo concierto,
Envuelta en la luz, un himno
Entonaba al año nuevo.

## Nocturno

Ya misteriosa la deidad adusta
Del pardo manto y cabellera oscura,
Oculta de la selva en la espesura,
Ciñe á su frente el hórrido crespón.
Mientras la tarde en su postrer suspiro
Trémula esparce rayos que semejan
Esperanzas de amor, que ya se alejan
Del alma, en flor, tronchada la ilusión.

Al rayo del crepúsculo amarillo,
Que tiembla en el perfil de la montaña,
Se destaca en la loma la cabaña
Del hombre de los bosques morador.
Brilla el hogar, y por la vez postrera
Desciende al río la modesta esposa,
Y bajo el árbol de la humilde choza
Desunce su ganado el labrador.

Ah ¡venturoso! que al postrer destello,
Sin vil pesar que le ensangriente el pecho,
Del trabajo del día satisfecho,
Un ángel que le arrulle viene á hallar;
Y luego, reclinado en su albo seno,
Descansará soñando, que ya ufano,
De la doblada rama, en el verano
El sazonado fruto ve colgar.

En tanto el fatigado peregrino
Discurre por la ruta silencioso,
Sin encontrar asilo en que el reposo
Cierre sus ojos y le brinde paz.
Y sumido del bosque en la maleza,
Levanta al cielo la abatida frente,
Y entona triste su plegaria ardiente
Al trémulo gemir de la torcaz.

Se va la luz.....! en el vecino templo
Sonó de la campana plañidera
La acompasada vibración postrera
Anunciando á los fieles la oración.
Bate por cima de la espuma, apenas,
El ala perezosa la gaviota,
Y en el confín del puerto el barco flota,
Así como fantástica ilusión.

Tiembla la palma soñolienta, y trémula
Cierra el cáliz la flor; y en la majada
El pastorcillo tímido á su amada
Le revela el secreto de su mal.
Que yo no sé que extraña analogía
Tiene la tarde con el sentimiento,
Que al triste són de su postrer lamento
Una queja modula cada cual.

Se percibe un aroma misterioso
Que nos recuerda la beldad querida,
Y en sus celajes la ilusión perdida
Siempre parece que nos dice ¡adiós.....!
Y aun nos parece recordar un mundo
Y otra vida mejor que conocimos,
Y en las alas del viento el beso oímos
En que se unen las almas dos á dos.

Por eso cuando de zafiro y plata
Arroja la corona en occidente,
Y de amapolas y clavel la frente
Deja en las nubes coronada ver,
Sentado sobre el césped del collado,
Absorta la contempla el alma mía,
De sus falaces horas de alegría
La historia en ella imaginando leer.

. . . . . .

Se va la luz! En la lejana bruma
Se hundieron el collado y la montaña,
Y vierte solo claridad extraña
La pavorosa llama del volcán.
Y así como quimeras que alterada
Forja imaginación calenturienta,
Allá el Ocaso túrbido presenta
Sombras medrosas que subiendo van.

Sólo un ave cansada el viento cruza
Rompiendo la neblina tenebrosa,
Que allá en la copa de la encina añosa
Medroso empieza su polluelo á piar.
Y el ala negra al extender la noche,
El niño, de la sombra temeroso,
El soñoliento rostro silencioso,
De la madre en la falda va á ocultar.

Avanza noche.....! En tu capuz me place
Que el mundo todo entre tu manto envuelvas:
Tú vienes con la esencia de las selvas
Que al espíritu aduerme bienhechor.
Avanza noche; y desde polo á polo
Domine de las sombras el imperio,
Y absorta mi alma, oh noche, en tu misterio
Halle tregua á su afán abrumador.

Siempre, oh noche, te amé... Jamás mi pecho
Tembló medroso cuando tú tendiste
Por el éter azul el manto triste
El fúnebre silencio á proteger.
Diáfana ya, ó tenebrosa noche,
Al sacudir tu soplo mi semblante,
De indefinible goce palpitante,
Siempre he sentido el corazón crecer.

. . . . . .

Resbala por los valles gemebundo,
En són de queja, el céfiro intranquilo,
Diciendo que en sus hojas un asilo
No quiso darle la inocente flor.
Y como de lejana melodía,
Secretas voces en el aire suenan,
Voces que el alma de tristeza llenan
Como un recuerdo de perdido amor.

. . . . . .

¡Oh noche silenciosa.....! Acaso un alma
Oculta va en los pliegues de tu manto,
Vertiendo sobre el mundo el triste llanto
A que el mundo falaz la condenó.
Un alma que, á favor de tu silencio,
Para llorar una ilusión perdida,
De su mezquina cárcel desprendida,
Tu hondo misterio y soledad buscó.

Yo también, noche umbría, también gimo,
Y ansioso espero tu silencio santo,
Porque es tan dulce derramar el llanto
Envuelta la cabeza en tu crespón.
En medio del misterio de tus sombras
La acerba angustia que me oprime ceja,
Y hasta en las notas de su triste queja
Parece que se goza el corazón.

Porque eres tú la maga solitaria
Que llora quejumbrosa sus amores;
La maga de suavísimos rumores,
Que de las algas de la mar surgió.
La dulce maga que al primer gemido,
Que hendiera el aire, despertó en el mundo
A acompañar en su dolor profundo
Al peregrino que la senda erró.

Sí, noche, sí. Con el suspiro tierno
Que en són de duelo en el rosal exhalas,
Cuando en secreto trémula resbalas
Orillas de la fuente del vergel,
No sé que extraña simpatía tiene
El desgarrado corazón doliente,
Que, al escucharle, si tristeza siente,
No es la tristeza que reboza hiel.

¿Qué benéfico bálsamo derramas
Sobre el callado mundo, noche, díme,
Que de su mal el corazón redime
En la herida cayendo bienhechor?
Un halago yo siento, una caricia
Cuando en mi pecho mísero resbala,
Y aun me parece ver que me regala
Una sonrisa mi letal dolor.

Y al aspirar la brisa que mi frente
Con leve soplo refrescando, pasa,
Mi ya cansado corazón se abrasa
En la llama de ardiente juventud;
Y ora un delirio, una ilusión de rosa
Juega en las alas de mi fantasía;
Ora remonta el vuelo el alma mía
Y el éter cruza en plácida quietud.

Ora la prenda de mi amor eterno
En mi memoria mágica aparece,
Y en alas del deseo resplandece
Cual meteoro de encendida luz;
O conversa mi espíritu en secreto
Con las esencias tímidas que el mundo
Huyendo prefirieron el profundo
Misterio de tu lóbrego capuz.

Por eso cuando la amarilla tarde
Se duerme envuelta en las lejanas nubes,
Y al turbio cénit silenciosa subes
Sobre las huellas del postrer fulgor,
La soledad en el retiro busco,
Donde mi pena recogido canto,
Y, derramando el comprimido llanto,
Parece que se duerme mi dolor.

Dolor que en mi alma despertó la ingrata,
La ingrata silfa que adoré de hinojos,
Aquella ingrata á cuyos dulces ojos
Enamorado el corazón tembló.
Por ella ¡ay triste! mi abatida frente
Se inclina al suelo mustia y silenciosa
Como la flor que al desplegarse hermosa
Del verde tallo al aquilón cayó.

. . . . . .

Como las hojas que arrebata el viento
En el Otoño al declinar la tarde,
Cuando la gasa de las nubes arde
Al postrimero resplandor del sol,
Así el amargo desengaño fiero
Arrebató de la ilusión las flores,
La aurora al despuntar de mis amores
Entre nubes de fúlgido arrebol.

Y, roto el prisma de mi dulce encanto,
Sentí en el alma punzadora angustia,
Y es desde entónces mi existencia, mustia
Palma á los vientos encorvada ya.
Pues como el ave que se queja herida
Al pié del árbol de su caro nido,
Así en su centro por mi mal herido
Mi corazón agonizando está.

¿Qué importa que una risa el mundo brinde
Al que una pena sin cesar carcome,
Si cuanto más la risa al labio asome
Mayor sarcasmo del dolor será?
Perdido de la vida en el bullicio
El que en secreto sufre su congoja,
Es amarilla desprendida hoja
Que lleva la ruidosa tempestad.

Ah, noche, sí.....! Yo soy el desterrado
Del florido pensil de la alegría:
Cayó la flor de la esperanza mía,
Y así del alma se extinguió la fé!
Sigue, pues, noche, en tu camino avanza
Salpicando con lágrimas el cielo:
Brillantes ellas calmarán tu duelo,
Y yo tu amigo en el pesar seré.

———

Mas ay de mí.....!
A qué con notas sentidas
Tu silencio interrumpir,
Noche, si allí,
En las praderas dormidas
Dejas el traje luctuoso
Y empiezas á sonreir
Con celestial alborozo?

En lontananza
Trepa diana á la montaña;
Y envuelta en límpido tul,
Cuanto alcanza
En celeste lumbre baña;
Y dejas el negro traje,
Tú, noche, por otro azul
Para proseguir el viaje.

Y al caer rizado
De su alta frente serena
El rayo resplandeciente
Sobre el collado,
Vencida tu amarga pena,
Engalanada caminas,
Levantada ya la frente,
Al trepar por las colinas.

Ah, noche.....! ahora
No eres ya la vírgen triste
Que en desorden el cabello
Y traje, llora,
Porque en su pecho no existe
De su amorosa ilusión,
Ni un indeciso destello
Que alumbre su corazón.

Eres ahora
De los primeros amores
La más joven de las hadas
Encantadora,
Con monte y valle con flores
Con que la sien adornar,
Anchas alas recamadas,
Y un cielo donde volar.

¿Acaso allí,
Cándido silfo en la loma
Te dijo que te amaría
Con frenesí;
Pues que de una en pos, asoma
Otra estrella refulgente,
El reposo y la alegría
Marcando sobre tu frente?

. . . . . .

Por eso nada
Te importe quizá que gima
Triste un alma en su retiro
Desengañada,
O que en la elegiaca rima
Que le arranca la amargura,
Entre suspiro y suspiro,
Divulgue su pena dura.

Tú no eres ya
La que há un momento lloraba,
Pues en tu frente pintada
La dicha está.
Ay de mí.....! yo imaginaba
Tener en tí compañera
Que de mi alma desolada
A la queja respondiera.

Ah, noche hermosa,
La más azul que yo he visto
Ir sobre el llano y montaña
Tan misteriosa!
En vano en secar insisto
Mis lágrimas con tu manto:
Quizá te es mi queja extraña,
Desconocido mi llanto.

. . . . . .

Mas ¿qué belleza
Se distingue allá á lo lejos
Cruzando por la pradera
Con ligereza?
Ya se baña, á los reflejos
De tu luna, en el arroyo,
O hace brotar placentera
Tiernas flores del pimpollo.

Tal vez será
Preciosa la última musa,
Que, traviesa y juguetona,
Aquí se está;
Porque del vate rehusa
Tocar la frente abrasada.
Ay, ingrata, ven y entona
Mi lira desacordada!

¡Cómo eres bella.....!
Tienes de nieve la frente,
Las mejillas encendidas,
Y de la estrella
La languidez inocente;
Mirada que da contento
Y azules alas tejidas
Con los átomos del viento.

Ya vas cual cierva
Blanca corriendo ligera
Del tranquilo valle ameno
Sobre la yerba;
O ya garza placentera
Te elevas por las montañas,
Y allá del éter sereno
En la inmensidad te bañas.

Y luego en una
Nube, á los vientos mecida,
Reclinada el éter hiendes
Hasta la luna;
Y á par de ella suspendida,
Para perpetuar tus huellas,
Al cielo los cirrus prendes,
Con alfileres de estrellas.

Y luego ninfa,
Bajas orillas del río
Que sobre ladera ignota
Quiebra su linfa;
Y esmaltas con el rocío,
Modulando tierno arrullo,
La flor silvestre que brota
Del fresquísimo capullo.

O bien apuesta,
De la luna á los fulgores,
Del dormido bosque ufana
Vas por la cuesta
Dando besos á las flores,
Que ostentan allí al momento
Suave olor, color de grana,
De tu boca al movimiento.

O en níveo velo
De niebla sutil envuelta,
La gentil palmera escalas
En ráudo vuelo;
Y en hilos de plata suelta
La undívaga cabellera,
Desde su copa resbalas
Por toda la cordillera.

Y vas diciendo,
Por sus ondas al pasar,
A los pájaros que en ellas
Están durmiendo,
Que les quieres enseñar,
Para que canten el día,
Melífluas cántigas bellas
Que no saben todavía.

Y, ya cansada
De divagar por aquí,
Al mar con paso ligero
Te vas callada;
Y de las conchas allí
Tu barco formas á solas,
Que del viento al són, velero
Escapa sobre las olas.

¿Eres acaso
Tímida ninfa preciosa,
Que, triste la noche al dar
Su primer paso,
De la conchuela de rosa
Saliste á cruzar el cielo
Para plácida calmar
Su profundo desconsuelo?

O bien ¿serás
El alma de mi adorada,
Que, dejando su clausura,
Cruza fugaz
Bajo la noche callada,
A dar tranquila á las flores,
Que crecen en la llanura,
La esencia de sus amores?

Oh, dulce maga.....!
Si eres el alma de rosa
De la hurí que adoro tanto,
Ah! ven y paga
La ternura misteriosa
Que le guardo aquí en el alma.....!
Tu cariño puro y santo
Me devolverá la calma.

El cielo, mira,
Al contemplarte tan bella,
Parece que enamorado
También suspira;
Y sobre tu breve huella,
Para aumentar mi dolor,
Fulmina rayo argentado,
Mensajero de su amor.

Por eso quiero
Que ocultes tu gentileza,
Allá muy lejos, muy lejos,
Aunque me muero,
Me muero por tu belleza.
Huye, pues, tu forma oculta,
Y con ella tus reflejos
En el misterio sepulta.....!

Mas me parece
Que allá del mar turbulento
También la noche en la bruma
Se desvanece.
¿Será que al soplo del viento
Sobre las ondas mecida,
Medio oculta entre la espuma,
Se va quedando dormida?

Duerme, pues, maga,
Entre la concha marina,
Ya que la onda vagarosa
Mansa te halaga.
En tanto por la colina
El alba tímida asoma,
Su urdimbre de luz de rosa
Tejiendo sobre la loma.

Oh.....! duerme, sí.....!
Duerme ya, noche serena,
Y mañana volverás
A hallarme aquí
Para que calmes mi pena.
Y yo mi canto suspendo,
Porque rápida te vas
Entre los mares hundiendo.....!

## Serenata

A M. B.

Duermes, mi bien! En delicioso coro
Cantando pasan sobre tí querubes,
Y en luz bañando, como el Sol las nubes,
De tu alma pura los ensueños de oro.

Duermes, mi bien! y cándidas huríes
Tu lecho siembran de aromosas flores,
E inquietas mariposas los amores
Te besan en la boca, y te sonríes.

Duermes! y el niño arcángel de inocencia,
Velando junto á tí, tu fantasía
De estrellas borda, y luce como el día
El fondo claro azul de tu conciencia.

Arroyuelo gentil que en las serenas
Noches de mayo murmurando pasa,
La clara linfa trasparente gasa
Fingiendo sobre fúlgidas arenas;

PIO VIQUEZ

Mientras de lirios y de palmas bellas
La encantadora margen se retrata
De las corrientes aguas en la plata,
A la trémula luz de las estrellas:

Tal es tu dulce y despejada vida,
Que entre ilusiones ricas corre ufana
Reflejando la pompa soberana
Del terso cielo de la edad florida.

La dicha es para tí como el aroma
Para las flores es de la campiña:
Los dolores no son para la niña
En cuyos ojos la inocencia asoma.

Las sombras del Ocaso están muy lejos,
El miedo de la noche aun más distante:
Nada tu sueño turba; que radiante
La juventud te baña en sus reflejos.

Por eso duermes, y en tranquila calma
Conversas con los ángeles, soñando
Que á las cumbres del cielo va trepando
Como una exhalación tu virgen alma.

La juventud te brinda sus adornos,
La candidez su rayo diamantino,
La fortuna engalana tu camino
Y la belleza pule tus contornos.

Pero recoge y guarda, que en acecho
Están del corazón los años fríos,
Y amargos como hiel son los desvíos
Con que nos hieren sin piedad el pecho.

Recoge, niña, y guarda en tu granero
Esas espigas que en tu surco crecen,
Son las de bendición, y fruto ofrecen
Para el mañana tétrico y severo.

Cuando persiga el huracán tu era,
En tu cosecha de hoy tendrás consuelo.
Ama y sé generosa, y en el suelo
No ha de faltar un alma que te quiera.

Pero duerme, mi bien, duerme serena
Y no te importe el porvenir! Reposa,
Que mañana también serás dichosa;
¿Por qué has de llorar, si eres tan buena?

## Recuerdos

Si hace ya tanto tiempo que enterrada
Mi esperanza quedó, ¿por qué palpita
Amante el pecho cuando pienso en Ella,
Y la muerta ilusión vuelve á la vida?

El que fué fértil campo cultivado
Jamás del todo florecer olvida:
Lo besa alegre mayo, y de su seno
Siempre surge temblando alguna espiga.

En el vergel hermoso de mis sueños
Hoy sólo crece la invasora ortiga;
Pero me acuerdo de Ella y tiembla el alma,
Y amores y esperanzas resucitan.

* * *

Pasaron los encantos y las glorias
Que de mi juventud halago fueron,
Y en un silencio sepulcral reposa
Mi solitario corazón desierto.

¿Por qué entonces mis lágrimas desbordan
Y abrasan mis mejillas en su fuego,
Y al ir corriendo, de mi labio escapan
Ténues suspiros cual los de otro tiempo?

Al través de los sauces pasan rayos
Que el sol envía á los sepulcros viejos,
Y resplandecen sus gastadas losas,
Y se alegran sus fúnebres letreros.

Así, cuando al través de mis dolores,
Dulces lágrimas vierten los recuerdos,
Mi corazón se alegra y se ilumina
Y suspiros que cantan alzan vuelo.

## El apache

(A Juan F. Ferraz)

De México, hácia el Norte en la alta sierra
De inaccesibles cumbres, tiene asilo
El indígena genio de la guerra.

El cobrizo feroz, al duro filo
Del acero español, jamás domado,
Vive allí con las águilas tranquilo.

A sus odios atento, denodado
Desciende á la llanura: roba, mata,
Y á robar y matar trepa al collado.

La manchada pantera no desata
Más cólera jamás, ni tan resuelta
Tiñe la garra fuerte en escarlata.

Lo apura el enemigo? Pues le suelta
Diestro ginete á su corcel, la brida
Y escapa, y da, si le conviene, vuelta.

Es en la fuga corsa perseguida
De piés alados, y cuando hace frente
Más temible que loba en su guarida.

Del cansado desierto en la inclemente
Llanura solitaria, no lo alcanza
Ni el hierro frío ni la bala ardiente;

Y en el roqueño monte que se lanza
Entre las nubes como sierpe undosa,
Tiene puestos su muro y su confianza.

Alma profundamente rencorosa
Siempre en bostezo de venganza y muerte,
Ni Dios ni Lucifer le importan cosa.

Odia con el rigor de quien la fuerte
Letal ponzoña en sus entrañas lleva,
Que exprime sin piedad adversa suerte.

Del bien ajeno con la vista ceba
Sus implacables iras, y su mano,
Contra el que insulta su bajeza eleva.

Y elévala también contra el villano
Que, descendiendo de su propia raza,
Reniega de los usos de su hermano,

Y siervo miserable no rechaza
La codicia voraz del egoísmo
Que ufano lo escarnece y despedaza.

Abomina colérico el cinismo
Del que acepta misérrimos despojos
De aquello que es su patrimonio mismo.

Llamean en su rostro los enojos
Al recordar la humillación sufrida,
Y saltan de las órbitas los ojos.

Quiere tener abierta el ancha herida.
Y por el rico campo que fué suyo
Pasea la mirada enfurecida.

¿Por qué ha de ser mi patrimonio tuyo,
Rapaz usurpador del bien ajeno?
Grítale al blanco con desdén y orgullo.

Retumba en las montañas como trueno
El temerario grito, y el salvaje
La voz esfuerza de pavura lleno.

El cielo que me cubre con su traje
De luz ó de tinieblas es mi cielo,
Y mi tierra, el espléndido paisaje.

Lo que surcan las aves en su vuelo,
Lo que mora en el hondo mar bravío,
Lo que alimenta con su jugo el suelo,

Cuanto fué de mis padres, todo es mío!
Y pues mi bien usurpa el extranjero,
En sangre suya se hartará mi brío.

Esto pronuncia, y su ademán guerrero
Para el bárbaro Aquiles fuera envidia
Por lo airoso, imponente y altanero.

A su valor agrégase la insidia,
Que le es genial, y en el sangriento lance,
Astuto siempre con ventaja lidia.

Pone la caravana en duro trance,
Persigue la veloz locomotora
Y por ocultas sendas dale alcance.

Como ave de rapiña, así devora
Unas y otras distancias, y palpita
Al olor de la presa tentadora.

Cuando al hórrido crimen le da cita,
Satánico placer hinche su pecho,
Y cuanto más espera más se irrita;

Y si á dejar no alcanza satisfecho
El jadeante sanguinario antojo,
Ruge espantosamente su despecho.

Muérdele el corazón siniestro enojo
Como pisada sierpe, y el veneno
Sube en llama sangrienta á cada ojo.

Que, á todo arranque de piedad ajeno,
Sólo es dichoso cuando el campo mira
De cuervos y de entrañas y horror lleno.

Deléitase escuchando del que espira
El último gemido que convoca
el negro batallón á infame gira.

Cada queja su rabia más provoca;
Y el suplicante corazón partido
Sarcasmo y maldición halla en su boca.

Odia el linaje humano! El foragido
Mirara con placer el ancho suelo
De espantosos cadáveres henchido.

Pero no descorramos todo el velo
De tanta iniquidad, cuadro sombrío
De oprobio y ruiua y sangre y susto y duelo!

Como el antiguo atleta es el impío:
De porte magestuoso y contextura
No menos formidable que su brío.

Del homérico Marte la apostura
No pudo ser mejor: es intachable
Del rudo apache la marcial figura.

Ancho, enarcado pecho comparable
A una coraza, y brazo que semeja
De ásperas cuerdas retorcido cable.

De la pestaña y la tupida ceja
Entre la sombra grave, el ojo inquieto,
Como bruñido acero, audaz refleja;

Rasga el párpado tenso que sujeto
Tenerlo apenas puede, y la mirada
En són esgrime de insolente reto.

Pierna menos robusta que acerada,
Para vencer el árido desierto
Y las agrestes cúspides formada.

De la sombrosa selva, el tigre experto
En la espesura salta y la aspereza
Con más agilidad que en campo abierto;

Que para que ejercite su fiereza
En lo áspero, le dió nervio potente
Y flexibilidad naturaleza.

Por quebradas y riscos la serpiente
Ondea más veloz, y en el follaje,
Más miedo da su venenoso diente.

No de otro modo el ínclito salvaje
Aparece en las crestas y gargantas
Con ímpetu mayor y más coraje.

Monte, que al hondo cielo te levantas,
Dí como del Apache aborrecido
Humíllanse tus rocas á las plantas.

Aguila que en tus cimas labra el nido,
Cuántas veces con garra poderosa,
Tus soberbios perfiles ha afligido!

Por cuál escarpa tuya el indio no osa
Trepar ó descender, según su gusto,
Por tajada que sea y peligrosa?

Aquella que al reptil impone susto,
Donde á posar el ave no se atreve
Y tambalea atónito el arbusto,

A más audacia y ambición lo mueve;
Y no hay en tus agujas ni un costado
Que el hondo rastro de su pié no lleve.

Qué mucho que tal fama haya ganado
De insigne luchador; quién del Roqueño
La soberbia titánica ha domado?

## Rimas

I

Muerde, dolor; afila más tu diente
Y haz que lo sienta bien en las entrañas:
Funesto enamorado de mi vida,
Cultiva mis sollozos y mis lágrimas.

Embriagarte con sangre te deleita
Y ávido en torno al asesino saltas,
Regocíjate, pues, aviva el ojo.....
Su puñal me ha clavado la desgracia.

Me acuchilla el cerebro todavía
El grito de mi niña infortunada.....
Los ayes! se extinguieron poco á poco
Y se apagó la luz de mi mañana.

Bebí en sus labios el postrer suspiro
Y tenue por mi boca pasó el alma,
Y no pude llorar, porque allí mismo
De la muerte sentí la dentellada.

¿Por qué la vida recobré? mil veces
Benditas sean las odiosas parcas:

Me perdonaron, y llorar ya puedo
Por la hija de mi amor... les doy las gracias.

Muerde, mastín, afila más tu diente
Y haz que lo sienta bien en mis entrañas:
¿No fué brutal el hado rencoroso
Con la inocente dicha de mi casa?

Pues de leal tu condición ha sido,
No me dejes un punto en la jornada,
Y si me pierdes, con aullido ronco
Husmea y corre para darme caza.

¿Tienes hambre? Aquí estoy, salvaje amigo;
Hártate, perro, tenme confianza:
Tú recompensas bien cada bocado
Que de este pecho mísero me arrancas

Tú me afliges, pues sabes que le debo
A mi pobre Graciela muchas lágrimas.....
Ay! cuando ya te cansen mis gemidos,
Mátame el corazón, mátame el alma.

II

Ignoro que será lo que subleva
Mi corazón y mi alma.
El odio y el amor, feroces buitres,
Ha tiempo devoraron mis entrañas.

La presa disputáronse rabiosas
Con poderosas armas:
Dentro del pecho llevo todavía
Las sangrientas señales de sus garras.

Ignoro que será lo que me crispa,
Si no amo ni odio nada:
Lástima sólo la maldad me inspira
Y la virtud..... tan sólo me da lástima.

Qué mal me aqueja, pues? quién envenena
Mi corazón y mi alma?
Lo ignoro; pero sé que de la vida
Es grande y pesadísima la carga.

## Soñar despierto

Esperanza gentil jamás cumplida,
Que persiguiendo vengo de año en año,
Aunque me hiere siempre el desengaño,
Con qué fervor mi corazón te anida!

Que cuanto más despierta, más dormida
El alma ansiosa está para su daño;
Y, aunque así lo comprendo, no lo extraño:
Lo dijo Calderón, «sueño es la vida».

Sé que recorro el áspero camino
De la esperanza en alas, aunque advierto
Que hoy como ayer me burlará el destino.

Que siendo ley soñar de puerto á puerto,
Para mayor angustia, el peregrino
De la vida en el sueño está despierto.

## Soneto

En esta noche fría y turbulenta
En que el cielo se muestra borrascoso,
A donde me dirijo silencioso
Despreciando el rigor de la tormenta?

Rasga la nube el rayo que revienta
Con súbito estallido, y pavoroso
El trueno que retumba cavernoso
Del nocturno negror el miedo aumenta.

Y en tan lóbrega noche donde guía
El destino mi pié, cuando deshecho
Sacude el huracán la niebla fría?

Sensible siempre fué mi amante pecho,
Y, temeroso de una pulmonía,
A mi cama, lector, me voy derecho.

## El triunfo

«Levanta, sí! levanta la cabeza,
Marcha con tu ambición á la batalla;
No dejes que se burle la canalla
Con sarcasmo infernal de tu tristeza.

Hay en tu corazón mucha grandeza;
La brillantez del genio alza tu talla.....
Pues á la lid arrójate, y la valla
Rompe que el hado opone á tu entereza».

—Me dijo mi delirio,—y altanero
He querido estrujar la dura suerte
Entre mis brazos, y estrujarla espero.....

Ya èl hondo valle lóbrego se advierte
Donde, dado el combate postrimero,
Mi triunfo eterno sellará la muerte!

## Amo lo triste

Lánguida siempre y de ternura llena,
Hermosa compañera de mi vida.....!
Cómo pálida estás y entristecida:
Pareces hecha de hojas de azucena!

Triste estabas también cuando serena
Como noche de luna entredormida,
A mi amorosa súplica movida,
Piedad tuviste de mi dura pena.

Y temblando, la noche del gran día
El velo y la corona te ceñiste
Con esa tu genial melancolía.

Y porque sé que pálida quisiste
Que fuera tu tristeza mi alegría,
Con todo el corazón amo lo triste.

## A Pacífica Fernández Guardia

(En su natalicio).

I

Cuando el albor de tu esplendente día
Tembló en las cumbres del dormido Oriente,
¿Quién á tu lado, niña, sonreía,
Besándote en la boca y en la frente?

¿Quién ufano los brazos á tu cuello
Enredaba feliz y extremecido,
La cabeza escondida en tu cabello,
Con mil suspiros regaló tu oído?

Yo quiero delatarte! Sé quien era
El mancebo gentil de dulces ojos,
Que la sonrisa te dejó hechicera
De sus dos afelpados labios rojos.

En el secreto estoy de tus amores:
Yo se quién, al rayar tu nuevo día,
Ornó tu frente de laurel y flores
Cuando dormida estabas todavía.

Pero has palidecido..,.. y zozobrante
El aliento recoges y lo exhalas.....
Por qué te burlas, niña, si tu amante
Es un arcángel de radiantes alas!

II

Dicen que eres feliz; que el hondo abismo
De tus oscuros ojos,
La amistad dulce y el amor atrae
Y rinde poderoso hasta los odios.

Que llegan á tu boca las abejas,
Porque tus labios rojos
Se parecen á un grupo delicado
De encendidos claveles olorosos.

Dicen que eres feliz: que la fortuna
Sus favores, de tí derrama en torno,
Y que en la lucha, tu belleza es grande
Para vencerlo todo.

III

Yo sé que eres feliz; que en el oscuro
Abismo de tus ojos resplandecen
Dos pupilas que dicen cuánto vale
El alma que tú tienes;

Que como el polvo de oro de los cielos,
Sobre el rosado velo de tu frente,
Destella la inocencia, que celosa
Tu corazón proteje.

Yo sé que eres feliz; que si mañana
Sañoso el hado perseguirte quiere,
Contra su rudo embate, en tus virtudes
Tendrás un muro fuerte.

Yo sé que eres feliz; porque del cielo
El más joven arcángel se desprende,
Y viene á darte sus amantes brazos
Y sus besos ardientes.

## Estancias

Si en mi cálida senda no pusiste
Ni un jugo ni un abrigo,
Dime, Padre Inmortal, ¿por qué me has dado
Tanta sed que me quema en el camino!

¿Por qué este corazón que aspira y ama
Y vela estremecido
Me diste, oh Dios, si á oscuridad perpétua
Estaba condenado en tus designios!

El nómade infeliz en el desierto
Encuentra algún alivio:
Cuando caldea el Sol, de alguna palma
Lo protejen los anchos abanicos;

Y yo que de este mundo estoy forzado
A ser un peregrino,
¿No ha de encontrar en la tostada arena
Ni una gota de jugo el labio mío!

El corazón arráncame, pues dicen
Que justo siempre has sido;
El corazón arráncame, ó piadoso,
Rompe, Padre Inmortal, rompe mis grillos!

* * *

Vénse en el alto cielo mil primores,
Mares, montes, jardines y castillos;
Y el cóndor sube y do posar no encuentra
En el inmenso abismo.

Pero desciende cuando ya no puede
Fatigado luchar con el vacío,
Y halla reposo en las agrestes cumbres
Donde labró su nido.

Mágicos horizontes me cercaron
Cuando salí de niño:
El mundo tiene seducciones tantas
Como el cielo, cuando es de lejos visto!

Incauto entonces remonté mi vuelo
En alas del delirio;
Y de la vida en el desierto inmenso
Ya no puedo luchar con el destino.

Mas no puedo tampoco, como el cóndor,
Volver al dulce nido;
Y sin hallar reposo en la jornada,
Hacia el sepulcro sollozando sigo.

## La melancolía

Oh de mi edad temprana, frescas flores
De aroma virginal, quién me diría
Que un minuto tan sólo bastaría
Con llanto á marchitar vuestros colores.....
Pasáisteis como lampo
Que en noche pavorosa surca el cielo;
Cual la yerba del campo
Que en su mañana misma agosta el hielo!

Quién puede resistir la eterna queja
Del pecho abierto á la pasión tirana
De amor, que de la vida en la mañana
Clavadas flechas en el alma deja?
Jamás de la primera
Amorosa impresión, el dardo agudo
Romper en su carrera,
Para cerrar la herida, el tiempo pudo.

Melancólico siempre y pensativo,
En vano distracción busqué á mi pena,
Que aquella virgen de hermosura llena
Tenía en mi alma su recuerdo vivo.
Amor es de ocasiones.....
Ay del que le oye sin saber que hiere
Amor los corazones
Con amargo penar que nunca muere.....!

Sedienta de ternura el alma mía,
En la fiebre de amor que la irritaba,
Una á una mísera contaba
Las horas de la noche y las del día.
Y así calenturiento,
Mayor halago que en el lecho blando
Encontraba en el viento
Que al crepúsculo vaga suspirando.

Oh, cuántas veces la gentil aurora,
Perdido del jardín entre las flores,
Me sorprendió llorando, y sus fulgores
En mi frente clavó consoladora,
Y de senda extraviada,
Sentado sobre el césped escondido,
Cuántas veces la tarde á mi gemido
Entonó melancólica balada.....

La nube errante que en el cielo gira
Al vespertino sollozar del viento,
Del ave triste el quejumbroso acento
Cuando en las ramas del ciprés suspira;
De la viuda paloma
El misterioso, lánguido gemido,
Si llora en alta loma
El dulce halago de su bien perdido;

La luna macilenta que en el cielo
Marcha entre nubes que su disco esconden;
Las hojas tembladoras que responden
Con un ay.....! de la brisa al són de duelo;
Los arroyos que ondulan
Entre desiertas peñas, gemidores,
La nota que modulan
Del seco prado las marchitas flores.

Tales eran de mi alma adolorida
Los atractivos, ay! que sólo aquello
Que impreso lleva de tristeza el sello
Podía á veces restañar mi herida.
Por eso en las serenas,
Nocturnas altas horas, me agradaba
El mundo que callaba
Triste como eran mis amargas penas.

Y de las sombras los rumores vagos
Misteriosos mi oído acariciaban,
Cuando insomnes los céfiros erraban
Refrescando mi sien con sus halagos.
En vano con porfía,
De otros jóvenes, tregua á mi tormento
Buscaba en la alegría,
Que paz no hallaba para mí un momento.

Placer quiere placer: en este mundo
Entre risa y dolor no hay simpatía,
Y así sólo se junta en armonía
A un gran dolor otro dolor profundo.
Por eso en mi tormento
La soledad buscaba en el retiro
Donde bullendo el viento,
Sus sollozos unía á mi suspiro.

Era una noche; en el confuso Oriente
La luna macilenta reflejaba,
Y con su blanca claridad bañaba
A lo lejos la cúspide eminente.
A los recuerdos dado
De Lelia, estaba á la ventana mía
Que un reflejo extraviado
De la pálida luna triste hería.

Para las almas de tristeza llenas
La luna tiene indefinible encanto;
Dulce es, al rayo de la luna, el llanto
Que nos arrancan las amargas penas.
Dulce es á los reflejos
De la luna gemir, porque parece
Que viene de muy lejos
Con ellos una voz que calma ofrece.

Si la hoja seca de la rama cae
Tan dulcemente el corazón suspira;
Y si la rama tambalea, es lira
Que dulces notas al oído trae.
La luna es compañera
De almas sensibles; el que triste llora
Una amiga sincera
En ella siempre halló consoladora.

Un azahar en el jardín crecía:
Dejé la estancia, y á su pié sentado,
De Lelia á los recuerdos entregado,
La luna por las ramas distinguía.
Poco á poco en mi frente
Un peso fuí sintiendo, soporoso,
Y allí tranquilamente
Aletargado me quedé en reposo.

Yo todo lo miraba y lo sentía:
El pausado rumor del manso viento,
El rayo de la luna macilento,
Del azahar, las ramas que movía;
Pero mi cuerpo estaba
Desfallecido. Distinguí á lo lejos
Nube que caminaba
Hacia mí coronada de reflejos.

Mas cerca al azahar, de cariñosos
Ojos, miré que una mujer venía
Escondida en la nube, y que traía
Corona de jacintos aromosos.
Con plácida sonrisa,
Me dijo: —tú eres mi ilusión soñada—
Y en las flores la brisa
«Mi ilusión» repitió con voz cortada.

Tomó mis manos, y en la boca ardientes
Besos me dió, que estremecer me hicieron;
Y en mis sienes sus besos repitieron
Aquellos labios de coral, lucientes.
Junto á mí reclinada,
En mi seno ocultó su faz serena,
Y con voz encantada,
—No temas, dijo, calmaré tu pena.....

Yo te daré las flores de mi frente,
Que forman la corona que más quiero;
Yo te daré mi corazón entero,
Los besos todos de mi labio ardiente.
Y con ternura extrema
Desató de su frente nieve y rosa
La cándida diadema,
Y en mi mano la puso temblorosa.

Mas ay.....! las flores, al tocar mi mano,
Deshojadas y mustias se cayeron,
Y vil polvo volando se perdieron,
Al soplo frío de aquilón insano;
Gimió la maga triste
Su corona al mirar despedazada,
Y díjome ¡qué hiciste
De mis flores.....! en lágrimas bañada

Abrió su casto seno, y perfumado
Un lirio de él tomó, que luego el viento
Despedazó iracundo y turbulento
Apenas en mi mano hubo tocado.
La maga suspirante
Exclamó con voz triste ¡Yo me muero.....
Sólo besos me quedan!..... y punzante,
Otra voz contestó—ya no los quiero.....!—

Las lágrimas sus ojos empañaron;
Abrazóme gimiendo, y tristemente
Sobre la mía reclinó su frente,
Y ambos senos convulsos palpitaron.
Y oí que me decía
—Ingrato..... adiós.....! con moribundo acento
Ay.....! la esperanza mía
Más rápida pasó que raudo viento!

Y en las manos los ojos escondiendo
Envolvióse en la nube vaporosa,
Y al rayo de la luna, presurosa
Muy triste al cielo la miré subiendo.
Y cuando ya la nube
En el azul del cielo se perdía,
El llanto que contuve
En mi letargo, férvido corría.

Y entonces, como aquel que ha despertado
De sueño horrible que embargó su mente,
Medroso alcé los brazos, y doliente
Un quejido lancé desesperado.....
La luna tristemente
Su curso melancólica seguía,
Y en la yerba el ambiente,
Soñoliento entonaba una elegía.....

# La Primavera

(Oscuros del cuadro de Copée).

I

El Oriente centellea
Y es abril, le dijo él,
Ven, el rocío chispea.
Y ella le dijo: es la aurora,
Y en el valle vierte Flora
Sus ricos perfumes, ven.

Y al bosque donde escondida
Una limpia fuente está
Que al cabritillo convida,
Se dirijen palpitantes
Los venturosos amantes
Su columpio á levantar.

Se han sentado; Tirsis mece.
¡Qué ufanos están los dos!
La luz en las cumbres crece,
Se despliegan los capullos,
Se llena al bosque de arrullos,
Ríen ellos, ríe Dios!

De la pareja enlazada
El aliento es uno ya.
Vierte perlas la ramada
Al blando estremecimiento,
Y el rítmico movimiento
Alijerándose va.

Crujen las ramas..... con risa
Loca, Dafne, de temor
Convulsa, alienta de prisa;
Y su blanco brazo bello
Enreda súbito al cuello
De su moreno pastor.

Pero la carga es ligera;
Mírala él con embriaguez,
Y el movimiento acelera,
Que á luz de la alborada,
Le hace entrega de su amada
En lujosa languidez.

Al traidor Tirsis, medrosa
La virgen se acerca más;
Y él toca lo que celosa
Defiende banda terciada,
Que una brisa inmoderada
Con la falda hace flotar.

Sus cabellos confundidos
En ancha ala abierta van
Y rozan los piés unidos
Las florecillas; la brisa
Sube á los nidos y avisa
Que el concierto va á empezar.

II

Quiero besar tu cabello
Y que en ello
Tu consientas.—No pastor,
Porque oculto entre las hojas
De arriba, ve mis congojas
Un sátiro trepador.

—Un beso!—Tan prontamente!
—En tu frente,
En tu boca que es imán.
—Por piedad, menos de prisa.....
¿No oyes abajo la risa
Con que ya se burla Pan?

La niña, así pudorosa,
Temerosa
Quiere el lance conjurar;
Pero acrecer su pavura
El fementido procura,
Y el columpio echa á volar.

La doncella inmaculada,
Apretada
Del infcuo al corazón,
Con mirada que se queja
Ruega en vano y aconseja
Esperar otra ocasión.

Es tarde!; ya el movimiento
Lento, lento,
Es onda que va á espirar.
Mecerse más fuera exceso;
Pero el dulcísimo beso
No encuentra donde acabar.

De la amable adolecencia
La inocencia
A dónde los llevará?
Siempre astuto amor ha sido,
Y en el boscaje escondido
Espeso el césped está.

De la laguna que brilla
En la orilla
Canta alegre el vendabal,
Y mil nidos de palomas
Entre flores y entre aromas
Se mecen en el gramal.

Desde Adán, siempre Cupido
Ha tenido
En cada bosque un altar;
Y allí guarda las historias
De las soberbias victorias
Que ha sabido conquistar.

## El Erizo [1]

Ceñida de siniestros resplandores,
Desde el Mesón, la muerte enfurecida
Fulminaba sus rayos, que la vida
Agostaban de nuestros luchadores.

Del batallón guerrero, los mejores
Iban cayendo en cada acometida,
Que siempre inútil fué toda embestida
Y principio de lástimas mayores.

Mas las llamas envuelven de repente
El baluarte del déspota iracundo,
Y la victoria alcanza nuestra gente.

Exangüe y entre el fuego rubicundo,
Al lado de la tea, está el valiente:
ERIZO se llamó, sépalo el mundo!

(1) Así era llamado corrientemente Juan Santamaría, el héroe de Rivas (Nicaragua).

## Quién es.....?

Hermosa de ojos grandes, de mirada
De alba que ríe sobre verdes lomas,
De casto seno, nido de palomas
Que duermen de la vida en la alborada.

Sin hogar y sin pan! tú, desgraciada,
Al lecho de tu madre el rostro asomas,
Y llorando, su flaca mano tomas
Sin encontrar en su socorro, nada!

Y en tu inmenso dolor, pobre criatura,
Borrada encuentras la piedad humana,
Y al oro vendes tu inocencia pura.....

Pero tú no brotaste, flor temprana,
Para que el mundo ajara tu hermosura.....
¡Oh pobreza, eres tú la cortesana!

## Ella

La palma que á los cielos se endereza
No tiene tu apostura soberana,
Ni el lirio embriagador de la mañana
De tu frente y tu boca la pureza.

El cielo te dotó de gentileza
Que envidiarán la griega y circasiana:
Venus, saliendo de la espuma ufana,
Tal vez no tuvo tu sin par belleza.

Y así del alma enfermo, va siguiendo
Tus huellas el mancebo más constante,
Lleno de amor y á tu desdén muriendo;

Y morirá, sin duda, el triste amante,
Pues para ser más bella, á lo que entiendo,
Corazón tienes hecho de diamante.

## La Garza

Cabe el umbral de la casita, aquella,
Nido de mi torcaz,
Fabricada entre ceibos, la más bella
Casita de Ujarrás,
Estábamos los dos; ambos sentados
Mirando el cielo azul,
En que los cirrus, al cenit plegados,
Parecían de tul.
De la montaña en el confín lejano
Se miraba lucir
El rayo de la tarde soberano,
Cual franja de zafir.
Su mirada inocente de luz llena,
La niña, alguna vez,
Fijó en mi rostro, cándida y serena,
Y la quitó después.
De su rizado labio la sonrisa
Fingía, angelical,
Claro lampo de luz, que se deliza
En trozo de coral.
Callada Lelia y pensativa estaba;
Pero del corazón,
La humedad de sus ojos revelaba
Tempestuosa emoción.
Yo estaba triste, y á su lado, apenas
Podía suspirar,
Como suspira el viento en las verbenas
Que empiézanse á secar.
Me parecía presentir las horas
De sufrimiento cruel;
Que en vez de aquellas fúlgidas auroras,
Nos quedaría hiel.
Y agorero mejor, jamás ha habido
Otro, que el corazón:
Aquel ángel quedó lejos perdido,
Yo muero de aflixión!
Pasó la garza con pausado vuelo

Al frente de los dos;
Triste como el amargo desconsuelo
De un ¡para siempre adiós!....
Herida cual de súbita centella,
Los ojos clavó en mí,
Aquella de los montes, la doncella
Más cándida que ví.
Y en llanto las mejillas arrasadas,
Al suelo los bajó;
Y, entrambas manos á la frente alzadas,
Convulsa suspiró.
Y sus rasgados ojos de gacela
Lloraban más y más:
Nunca lloró más tierna la Graciela.
Ni más bella jamás.....!
Corazón que hizo Dios de pobre cieno,
¿Qué arcano singular,
Pues eres barro fútil, te hace bueno
Para poder llorar?
¿Qué extraña cuerda tu recinto oculta
Que vibra en el dolor?
¿Acaso de pequeño, así te abulta
La cuerda del amor?
Era yo un niño entonces en amores,
Y de Lelia al pesar,
Partícipe también de sus dodores,
Me puse yo á llorar.
Y lloramos los dos, porque en la calma
Juntos pudimos ver,
De aquella garza, la ilusión del alma,
Que pasa sin querer.
Y entre sollozos, que mi voz cortaban,
¿Qué tienes? dije, al fin,
Y á mi voz, más las lágrimas quemaban
Su faz de seraffn.
Tomé su mano bella, y palpitando
Al labio la llevé;
Y en su cabello de ébano ocultando
Mi frente, suspiré.
Cual inocente niño que en el prado
Se rinde á descansar,
Tal su labio rindióse descuidado
Mi sien á calentar.
Mas luego, ya repuesta, aunque muy triste.
De este modo me habló:
—La hermosa garza que volaba, ¿viste

Qué lenta que pasó?
No sé por qué me pareció remedo
De frágil ilusión,
Del bien amado que se va, tan quedo,
Huyendo el corazón.
Parecióme esa garza, así de nieve,
Volando ante los dos,
Blanca esperanza que las alas mueve
Para decir ¡adiós....!
Y mientras ella conmovida hablaba,
Yo, atento á su fervor,
Con profunda tristeza suspiraba
Presintiendo el dolor.
Ave yo de otros mundos, no debía
Mi nido allí fijar:
Era preciso que llegase un día
El pecho á desgarrar.
Quedóse luego pensativa Lelia,
Su boca no habló más;
Boca clavel nacido en la camelia
De su marmórea faz,
Y mientras tanto que el silencio mudo
No osaba interrumpir,
Sobre su frente la tristeza pudo,
Un adiós escribir.
Y como eco lejano se escuchaba
Una secreta voz,
Que al oído, doliente suspiraba
—Ay..... para siempre adiós....!
La tarde se escondía, y la paloma
Su queja moduló,
Y volvimos á ver sobre la loma
La garza que pasó....!

## El Delirio

. . . . . .

Yo la sabré encontrar..... sin ella ¿cuándo
Podré vivir en apacible calma....?
Por todas partes erraré buscando
Ese pedazo que le falta á mi alma!

La encontraré, y entonces de sus ojos
A la lumbre serena
Se extinguirán del alma los enojos;
Y al mal la vida ajena
Huirá sonriendo sin pisar abrojos.

Que lindo, allí con ella, de la loma
En el esmalte hojoso reclinado,
Extremecido al rayo enamorado
De sus ojos de púdica paloma;
De su argentina voz el claro acento
Escuchar cariñoso,
Cuando de amor reitera el juramento
Y ver como envidioso
La nota de su voz se lleva el viento.....

Del cerro enhiesto la cascada hermosa,
Ambos al pié con entusiasmo ardiente,
Mirar como se rompe estrepitosa
En la honda sima con fugaz corriente.
Y luego de sus frágiles vapores
Mirar los iris bellos
Que roban los matices á las flores;
Y del Sol á los fúlgidos destellos,
Contemplar sus magníficos colores.

Que lindo, allí con ella, en honda gruta
Escuchar escondido las congojas
Que, como acordes de lejana flauta,
Los céfiros modulan en las hojas.....
Y respirar entrambos palpitantes
De amor, allí tranquilos,
En las ondas de céfiros errantes,
Las flores de los tilos
Que se abrazan altísimos gigantes.

Y luego, allí sentados de la peña
En la florida falda, ver el río
Como rápido huyendo, se despeña,
El rayo abrasador de seco estío;
Y como en el remanso, silencioso
Que se duerme parece
Entre los arcos de follaje umbroso,
Y diáfano se mece
Bajo el ala del viento tembloroso.

Y luego, de la plácida ribera,
De espumas blancas en el borde cano,
Torcaz sedienta, verla lisonjera
En el hueço bebiendo de mi mano.
O de menuda arena en el relieve
Mirar, ambos sentados,
Con qué ufanía mariposa breve
De lirios perfumados
El puro néctar á libar se atreve.

Y atentos juntos escuchar callados
El zumbo alegre de fugaz insecto,
Y mirarlos los dos y enamorados,
Cambiar suspiros de amoroso afecto.
Y batidos entrambos por la brisa
De místicos rumores,
En una y otra lánguida sonrisa,
Contarnos los amores
Que en llama suben á la faz, rojiza.

Que lindo, allí con ella, por las rutas
Más escondidas discurrir sonriendo:
Yo desgajando las salvajes frutas,
Ella, coronas de azahar tejiendo;
Yo, en la amapola de su labio ardiente,
Devorando el aroma
Que ávido busca el pasajero ambiente:
Ella, mansa paloma,
Posando en mi hombro la nevada frente.

Y no contar las horas de la vida,
Oyendo el canto de pintadas aves,
Cuando nubes, del sol á la caída,
Escuadra fingen de doradas naves.
Y del collado en la empinada cumbre
Dilatar la pupila
A recoger del sol la última lumbre
Que se pierde tranquila
Del ancho cielo por la azul techumbre.

Y embriagada de aromas, que florida
Del prado esparse la feraz llanura,
En mi regazo verla entredormida,
Apoyado mi brazo en su cintura.
Y entoces de su seno en movimiento
Mirar como se agita

El blanco mármol, y en aquel momento,
Sentir como palpita
También mi seno de su amor sediento.

Y dormirnos por fin, los dos unidos,
Mientras las nubes con el sol se inflaman,
Como duermen dichosas en sus nidos,
Abrazadas, las tórtolas que se aman.....
Y sólo despertar cuado el relente
De la noche, primero,
Sus perlas vierta en la desnuda frente,
Y halague lisonjero
Las sienes de ambos el travieso ambiente.

Qué lindo, palpitando, las ramadas
Buscar ansiosos de la selva umbría,
Y perdidos viajar por las quebradas
Desde la aurora hasta que muera el día.
Y pareja de amantes ideales,
Ejemplo de ternura,
Marchar en dicha y en deseo iguales,
Del bosque en la espesura,
Del río en los tendidos arenales.

Y sorprender las aves que se esconden
Al sol abrazador del medio día,
Cuando apenas por bajo se responden
Si unidas hablan en la selva umbría.
Y en sus nidos mirar con qué dulzura
Se acarician uniendo
Los picos, rebozantes de ventura,
O las alas batiendo
Lánguidas de pasión y de ternura.

Y despues en la peña entretejida
De enredaderas verdes, si en quebranto,
Ella llora de amor desfallecida,
Entre mis labios recoger su llanto.
Y á mi cuello abrazada contemplarla
En languidez hermosa,
Y si trémula cae, levantarla,
Y al verla ruborosa,
En arrebato de emoción besarla.

Y al sentir de sus labios en mi boca
El poderoso imán, estremecido,

Si otra vez en mi labio, el suyo toca,
Caer con ella de pasión vencido.
Y en su pupila, leer del temeroso
Corazón palpitante,
El libro del amor, y venturoso
Su lángido semblante
Mirar enrojecerse pudoroso.

Y luego de temor sobrecogidos,
Con voz entrecortada, suplicarnos,
Y amantes guacamayos, siempre unidos
El viaje proseguir sin sonrojarnos;
Sin que yo, si sus lágrimas orea
La vagabunda brisa,
Flor sin aroma, suspirar la vea;
Ay! sin que enfermiza
La palidez de su semblante sea!

Qué lindo, allí con ella, en la llanura
Tejer guirnaldas de aromosas flores,
De la azucena uniendo á la blancura
De amapola y violeta los colores;
Y coronados ambos, á la choza
Que humilde nos espera,
Volvernos á la tarde, cuando hermosa
La tibia luz postrera
Las nubes tiñe de naranja y rosa.

Y así pasar con ella la existencia,
A la suya en consorcio siempre unida,
Y el perfume sentir de su inocencia
Si despierta me ve, si está dormida.....
Gozar cuando ella goza placentera,
Si llora consolarla,
Y siendo así mi dulce compañera,
Jamás abandonarla,
Y morir yo también cuando ella muera.....
. . . . . .

# Oscuros de insomnio

I

Llega la maga de la noche y me previene
Que ya domina la sombra que ama el descanso;
Y abre su pomo guardador del sueño, y unge
Mi frente y sienes, y me besa, y alza el vuelo.

¿A dó te lanzas ¡oh sílfide peregrina!
Inimitable bienhechora del que sufre?;
Custodia elige de luceros ó tinieblas,
Que igual es todo para el dolor que no duerme.

Tus ricos nardos no tienen todo el beleño
Que necesitan mis ojos para dormirse;
Ni tus magnolias, ni tus reinas perfumadas
Embriagarían mis ayes con tus efluvios.

Es la tristeza mi más adorable amada,
Y mis pesares, las joyas que más estimo:
¡Oh maga!, sólo cuando mi llanto se agote,
Paz tener quiero, la que nos brinda la muerte.

Piadosa guarda tus amorosos afanes
Para el que ríe, que se imagina dichoso;
Con tus arrullos apártalo del fastidio,
Y en mi memoria, deja que vivan mis muertos.

II

Torna la maga de la noche y me reprende
Porque flamea mi lámpara todavía;
Y los sollozos se enroscan en mi garganta,
Como culebras, y se chocan los suspiros.

¡Oh bella musa! consuelo de los que sufren,
En vano quieres ampararme con tu gracia;
Están abiertas mis heridas; ancha hoja
Clavó el destino, sin piedad, en mi costado.

Pero si anhelas que tornen mis alegrías,
¡Ay! vuela entonces donde los sauces gimen,
Rompe las piedras que mi corazón estrujan,
Y haz que mis hijos, como Lázaro, levanten!

Mas si no tienes el poder del Belemita
Y yo carezco de la fé grata á los dioses,
¿Qué sirve, maga, que yo mi lámpara apague
¡Ay! si encendidos han de quedar mis recuerdos?

Abre tus alas y abandona al infelice;
¡Oh dulce amiga! déjale aquí solitario;
¡No solitario! pues que lleva en sus entrañas,
Cual vivos eran, sus muertos inolvidables.

6 de Agosto de 1898.

FIN

# INDICE


Acuerdo ..... V
Prólogo ..... VII
Datos biográficos..... IX
Pío Víquez ..... XIII


## PROSA

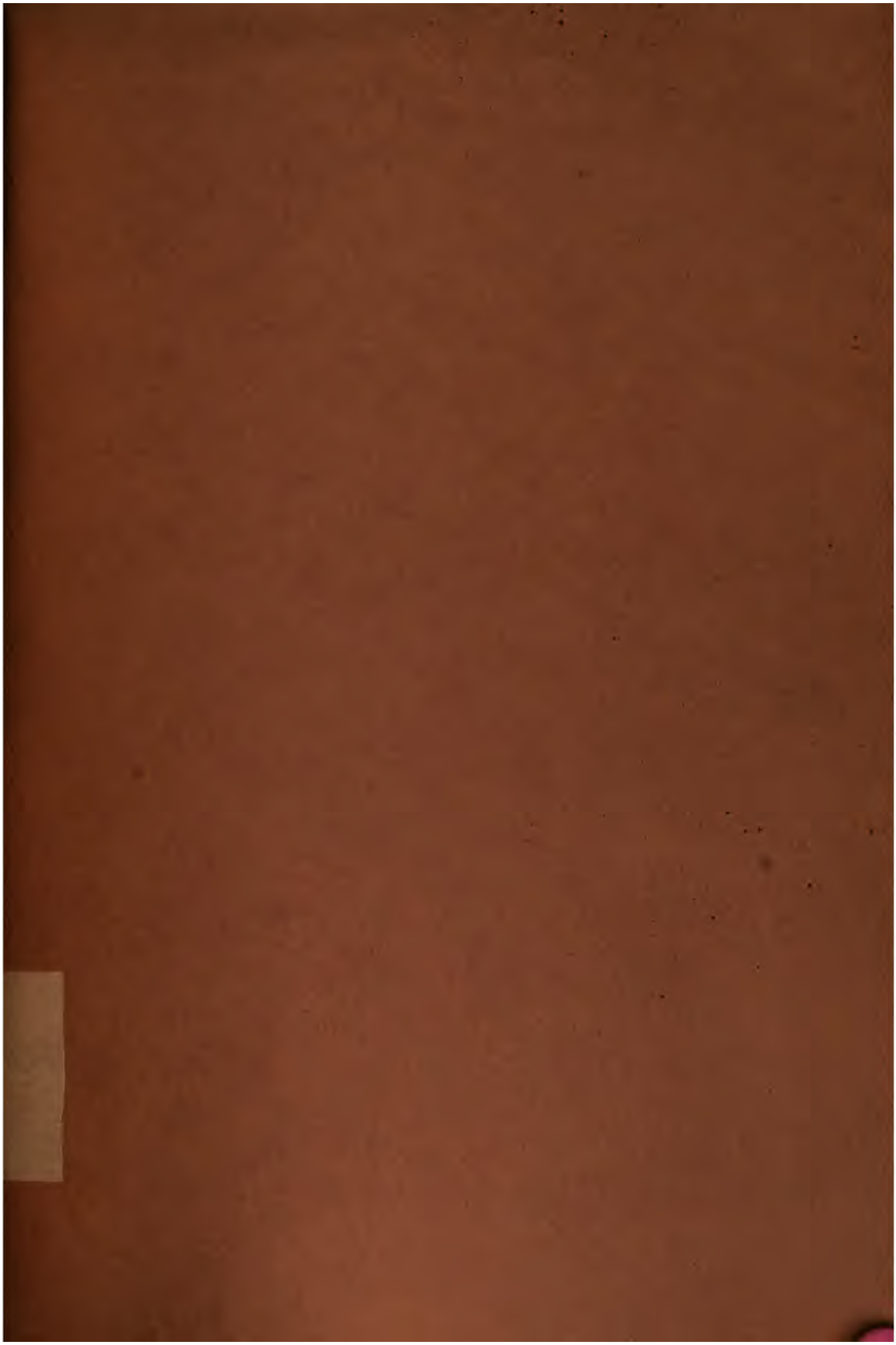

| | PÁGINAS | | PÁGINAS |
|---|---|---|---|
| Mi sueñito ..... | 1 | Ay qué triste! ..... | 117 |
| Polémica..... | 3 | Así fue la desgracia ..... | 119 |
| El Rey Cautivo ..... | 7 | Quien sabe..... | 123 |
| La Iglesia y El Estado ..... | 9 | Armonía ..... | 125 |
| Juan Santamaría ..... | 11 | El sofisma ..... | 127 |
| Boda celeste ..... | 15 | Cartago..... | 129 |
| Lorenzo Montúfar ..... | 17 | Vientos ..... | 131 |
| Minuto de oro..... | 19 | Asesinato político..... | 133 |
| Parajes ..... | 21 | Jesús Jiménez ..... | 135 |
| Hábeas Corpus ..... | 29 | Un idilio..... | 139 |
| Mario Castro..... | 33 | La civilización en peligro ..... | 141 |
| Sobre el mármol..... | 35 | Anarquía..... | 143 |
| Aplastados ..... | 37 | La providencia ..... | 145 |
| Números ..... | 39 | Marina ..... | 149 |
| Acuarela ..... | 41 | Isabel Tinoco ..... | 151 |
| Finados ..... | 43 | Anás y caifás ..... | 153 |
| Noche Buena ..... | 45 | Una visión ..... | 155 |
| Año noventa y tres ..... | 47 | Ave que pasa..... | 157 |
| Nelly ..... | 49 | Heredia feliz ..... | 159 |
| Todo tiende á su fin ..... | 51 | Francia ..... | 161 |
| En el tren..... | 53 | Aniversario ..... | 163 |
| Realidad ..... | 55 | Jolgorio celestial ..... | 165 |
| Temblores y lloviznas..... | 57 | Suum quique tribuere..... | 169 |
| Epitalamio ..... | 59 | ¡Pobres hijas de Eva!..... | 171 |
| Viajes Presidenciales ..... | 61 | El tiempo frío ..... | 173 |
| Bismarck ..... | 71 | Fe política ..... | 177 |
| Semana Santa ..... | 73 | Calmosamente ..... | 179 |
| Crónicas sagradas ..... | 75 | Doctrina de Monroe ..... | 181 |
| Estación lluviosa ..... | 79 | Pensemos ..... | 183 |
| Fragmento ..... | 81 | Otelo ..... | 185 |
| Igualdad ..... | 83 | La boda ..... | 187 |
| Grandes hoteles ..... | 85 | Obras de arte ..... | 189 |
| Qué cosas! ..... | 87 | Comentarios ..... | 193 |
| Limón ..... | 89 | Ir al Mercado ..... | 195 |
| La crónica ..... | 101 | Días festivos ..... | 199 |
| Canto epitalámico ..... | 109 | Uribe ..... | 201 |
| El Año Nuevo..... | 111 | Celina ..... | 203 |
| A las seis de la mañana..... | 113 | Los suizos ..... | 205 |
| Niní muerta..... | 115 | El Cementerio ..... | 209 |

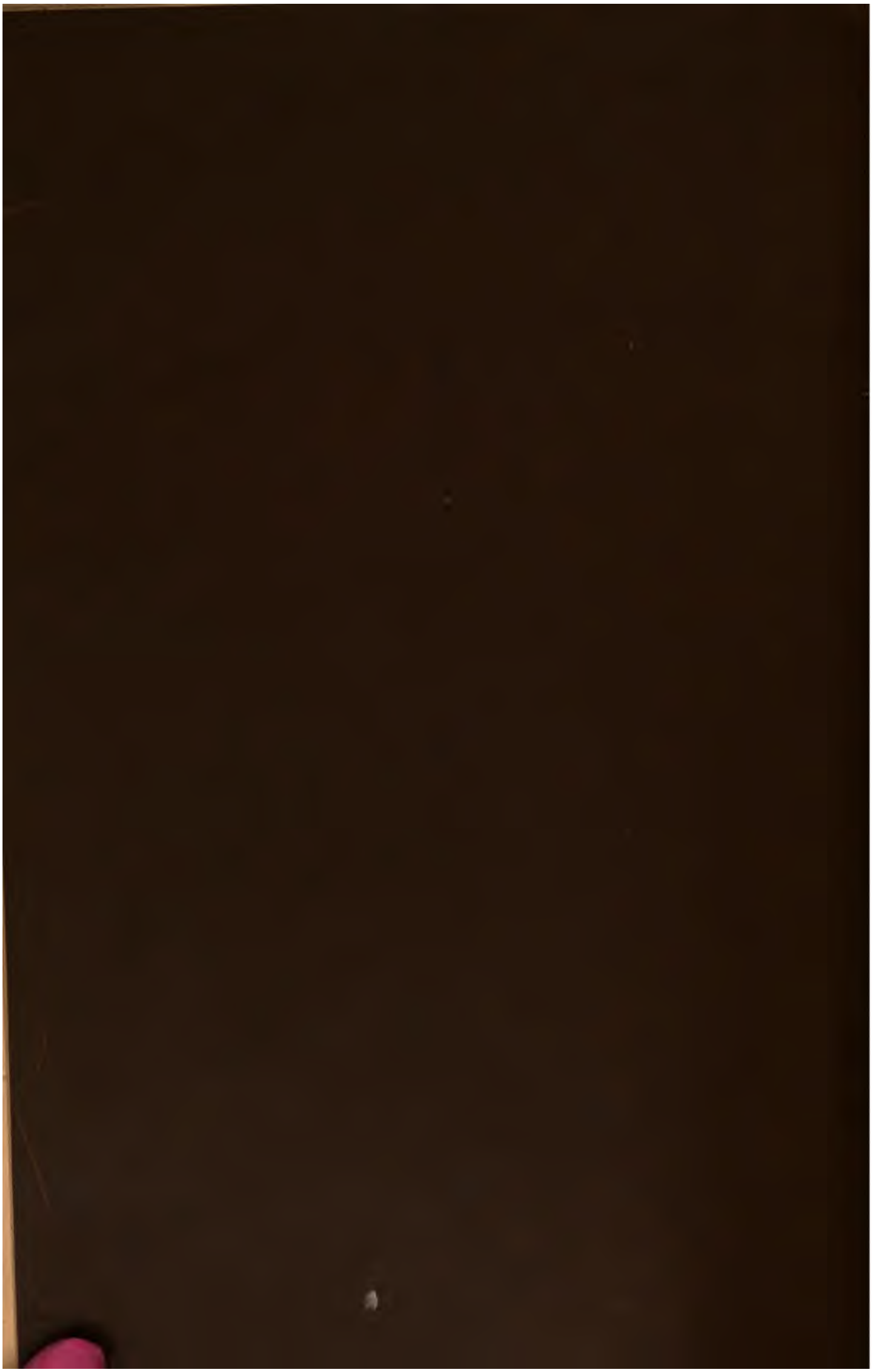
INDICE


| | Páginas |
|---|---|
| En boca cerrada | 211 |
| Crisis ministerial | 213 |
| Todo pasa | 217 |
| La evolución | 219 |
| Tú Tobías | 221 |
| La época | 225 |
| Un poema | 227 |
| La fiebre | 229 |
| Política | 231 |
| Divagaciones | 233 |
| Por los difuntos | 235 |
| Oferta | 237 |
| Nos complicamos | 239 |
| Todavía nos estremecemos | 243 |
| Alta política | 247 |
| La Purísima | 249 |
| Galeoto | 251 |
| El cacao | 253 |
| Plena alegría | 255 |
| Unidad | 257 |
| Problema | 261 |
| Dichosamente | 263 |
| "El Heraldo" está triste hasta la muerte | 265 |


# POESÍAS


| | Páginas |
|---|---|
| La torcaz | 271 |
| Por qué te quiero? | 273 |
| La camelia | 274 |
| El baño | 276 |
| Cumplo mi promesa | 284 |
| Tus ojos | 284 |
| La ingratitud | 285 |
| La pobreza | 285 |
| A . . . | 286 |
| En el silencio | 288 |
| Las ruinas de un templo | 289 |
| El Almirante Grau | 291 |
| La muerte | 295 |
| El Nuevo Mundo | 296 |
| Colón | 296 |
| El mendigo | 297 |
| Napoleón | 297 |
| A Posada | 298 |
| El alba | 299 |
| Nocturno | 301 |
| Serenata | 309 |
| Recuerdos | 311 |
| El apache | 312 |
| Rimas | 316 |
| Soñar despierto | 318 |
| Soneto | 318 |
| El triunfo | 319 |
| Amo lo triste | 319 |
| A Pacífica Fernández Guardia | 320 |
| Estancias | 321 |
| La melancolía | 323 |
| La primavera | 328 |
| El Erizo | 329 |
| Quién es . . . ? | 330 |
| Ella | 330 |
| La garza | 331 |
| El delirio | 333 |
| Oscuros de insomnio | 338 |





This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.